



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



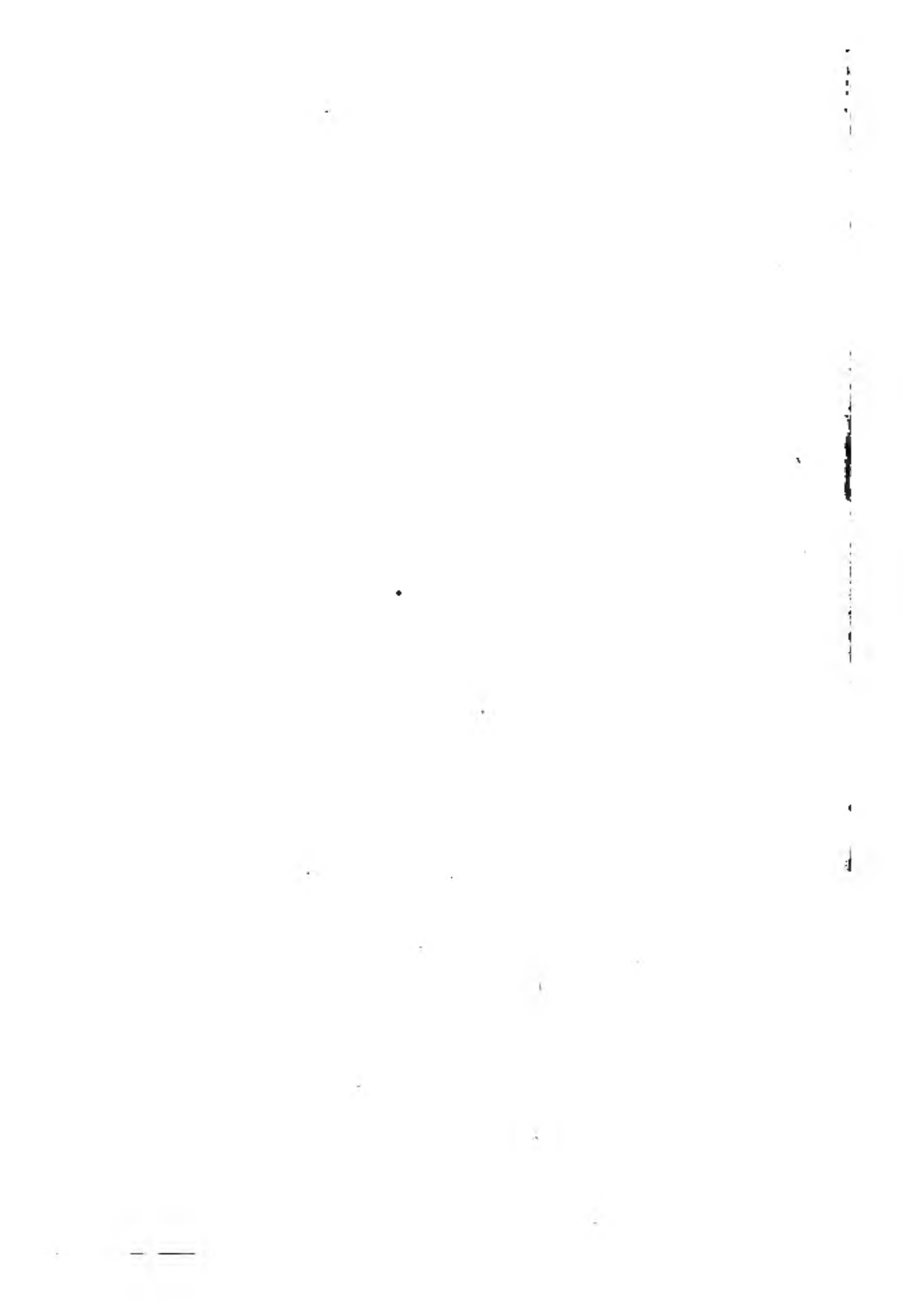
1

12



Ad. May 1924

LARY



CAUSA
DE
FERNANDO MAXIMILIANO
DE HAPSBURGO
Y DE SUS GENERALES
MIGUEL MIRAMON Y TOMAS MEJIA.

SUEÑO DE IMPERIO

MAXIMILIANO

La verdad de la expedición á México,
según documentos inéditos de

ERNESTO LOUET,
Pagador en jefe del Cuerpo Expedicionario,

POR

PABLO GAULOT.

TRADUCCION DEL LIC.

Enrique Martínez Sobral,
C. de la Real Academia Española.

El 4 de Octubre en Miramar.—Gutiérrez de Estrada.—Adhesión de Santa-Anna.—Navidad.—Promesa formal del Archiduque.—Carácter de Napoleón III.—El imperio latino.—Juicio acerca de los liberales y los conservadores de México.—Condernación de Gabriac y Saligny.—Elogio de Juárez.—La triple alianza.—Su ruptura.—La guerra está declarada.—Derrota de Lorencez en Puebla.—Llegada de Forey.—Sitio de Puebla.—Los franceses entran en México.—Los Notables.—La Regencia.—Delegación enviada á Miramar.—Biografía de Maximiliano.—Carlota.—Forey y Saligny son llamados á Francia.—La cuestión del clero y la Regencia.—Campaña de Bazaine.—Las minas de Sonora.—Maximiliano se prepara para el papel de Emperador.—Poesía de Maximiliano.—Juramento.—Partida á bordo de *La Novara*, etc., etc.

Ejemplar, rústica.....\$ 1 50

Empastado....." 2 00

PARA PEDIDOS:

ANGEL POLA, México, calle de Tacuba, núm. 25.

Apartado postal 1265.

Maximiliano, emperador de México

REPÚBLICA MEXICANA.

Ejército de operaciones.—Querétaro, mayo 24 de 1867.

X CAUSA DE
FERNANDO MAXIMILIANO
DE HAPSBURGO,

QUE SE HA TITULADO EMPERADOR DE MÉXICO,
Y SUS LLAMADOS GENERALES

MIGUEL MIRAMON Y TOMAS MEJIA

SUS CÓMPlices POR DELITOS CONTRA
LA INDEPENDENCIA Y SEGURIDAD DE LA NACIÓN,
EL ORDEN Y LA PAZ PÚBLICA,
EL DERECHO DE GENTES Y LAS GARANTÍAS INDIVIDUALES.

FISCAL: el C. Manuel Azpiroz,
Teniente Coronel de infantería, Ayudante de Campo
del C. General en Jefe.

ESCRIBANO: el C. Jacinto Meléndez,
Soldado de la tercera compañía del Batallón de la guardia
de los Supremos Poderes.

(EDICIÓN ENTERAMENTE CONFORME AL ORIGINAL
DE LA CAUSA QUE SE ENCUENTRA EN EL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN.)

MEXICO
A. POLA, EDITOR, CALLE DE TACUBA, NÚM. 25

1907

TR CR
M

Asegurada la propiedad literaria conforme á la ley

MAR 13 1924

El original del proceso y los seudosabios traficantes.

El original de este proceso, verdadero monumento nacional, estuvo á punto de perderse: por mera casualidad se conserva en el Archivo General de la Nación. Un día del año 1878, en Guadalajara, el General Francisco Tolentino, Jefe de la 1ª División, supo que el Gobierno de Jalisco decía que entre los bultos de equipo del ejército, que llegarían de México, iba á ser introducido un gran contrabando de cacao y canela. El General Tolentino ordenó al Teniente Coronel Melitón Hurtado, su Secretario particular y Jefe del Estado Mayor, que saliese á encontrar los carros de la carga, que corrían al cuidado del General Gregorio Saavedra. El señor Hurtado llegó al puente de Tololotlán, observó bien

y nada pudo hallar de irregular en el convoy. Cuando fué á dar parte del resultado, dijo:

—General, yo no he visto ni maliciado nada; pero hay otro medio para cerciorarnos bien y lo tiene usted en sus manos: que los carros, en vez de descargar en un mesón ó cuartel, vayan á la plazuela de San Francisco. Allí abriremos los bultos á la luz del día, á la vista de todo el mundo; y si hay algo incorrecto, caiga quien cayere, primero está la honra de la División y de usted.

El señor Hurtado mandó abrir y registró uno á uno los fardos: entre ellos había muchos de libros y legajos, cuyo dueño era el Lic. Agustín Bazán y Caravantes, exoficial mayor del Ministerio de Justicia, y que se metieron entre el equipo por especial acuerdo de un alto militar. El señor Hurtado, al tropezar con el primer legajo, lo levantó, leyó la portada, le interesó el título y siguió leyendo á vuelo de pájaro el texto. El legajo era la causa de Maximiliano y de sus Generales Miramón y Mejía. No lo dejó caer de sus

manos, y al presentarse al General Tolentino, le manifestó:

—Solo hallé esto.

El General Tolentino vió el título, hojeó el texto y exclamó:

—¡Ni sabe usted lo que se ha hallado!

—¡Cómo no lo he de saber! Eso no pertenece á nadie más que á la nación!

El General Tolentino, abriendo una gaveta, dijo:

—Esto no le debe dar ni el aire.

Y guardó el legajo.

«Siendo Presidente de la República el General Díaz y Secretario de Guerra el General Carlos Pacheco,—cuenta el Brigadier Francisco de P. Méndez— fuí nombrado Comandante general de Artillería del Cuerpo de Ejército que se formó en Guadalajara á las órdenes del General de División Manuel González. Terminadas las operaciones sobre Tepic y sometidos los rebeldes, regresó dicho general á la Capital á recibir la Presidencia de la República. Cuatro ó cinco meses después, ordenó que la Artillería que estaba en

Guadalajara y cuyo mando tenía yo, regresase á México. Con este motivo, el General de División Francisco Tolentino, que había substituido en el mando al General González, me ordenó que alistase la artillería para emprender la marcha y le avisara cuando estuviera lista para comunicarme sus órdenes.

«Dicho General recibía el parte diario de los Jefes de los Cuerpos, de once á doce de la mañana. El día en que le avisé que yo estaba listo, en presencia de todos los Jefes de la División, me entregó el proceso original del Archiduque Maximiliano. El Teniente Coronel Ignacio Montenegro lo iba á empaquetar, cuando el General de Brigada Gregorio Laavedra pidió que se le diera lectura. Fui nombrado para ello y sólo pudimos leer la mitad ese día. Se aplazó la lectura para el siguiente. Terminada ésta, cada uno de los presentes examinó las firmas de Maximiliano, Mejía y Miramón, puestas al notificárseles la sentencia de muerte. En la firma del primero vaciló el puño; en la del segundo, ná; la del tercero era exactamente igual á

todas sus firmas anteriores que había en el proceso (1).

«El documento fué empaquetado en un lienzo y rotulado al señor Presidente de la República. Lo recibí y me dirigí hacia mi Cuartel. Entonces era Coronel de Artillería con el mando del 4º Batallón. Llamé al Teniente Coronel Ignacio Bravo, hoy General de División, al Mayor Anselmo Cabrera y al pagador Manuel Ploves Valero, actualmente Jefe de Hacienda en el Estado de Guanajuato;

(1) En efecto, he tenido en mis manos el original del proceso y he notado á primera vista esto: la primera firma de Maximiliano es clara, con su carácter serpentino que la particulariza y la rúbrica que corre casi paralela abajo de las letras. La firma última ya no es clara; es gruesa, más serpentina, y la rúbrica parece que cae.

La primera firma de Mejía es temblorosa, legible el apellido y la rúbrica encierra en un óvalo, tortuoso á trechos, el nombre. La última firma se descifra difícilmente y el óvalo de la rúbrica se quiebra tanto, que se abre en el comienzo del nombre. El apellido es garabatoso.

La firma y rúbrica de Miramón han sido trazadas con pulso quieto en el principio y el fin del proceso. En las últimas, las letras y los rasgos son más firmes y gallardos. No cabe duda: ¡era todo un hombre!

y reunidos los cuatro, entregué el documento al pagador para que lo guardase bajo llave en la caja de caudales.

«Luego que llegué á la Capital, pedí audiencia al señor Presidente de la República, por conducto de don Darío Balandrano, su amigo íntimo y del General Tolentino. Fuí recibido, cumplí con mi comisión, en presencia del señor Balandrano, y escribí al General Tolentino.»

El legajo, por orden del Presidente, general Manuel González, fué entregado para su guarda al Archivo General de la Nación.

En esta época de mercantilismo es muy difícil que un documento histórico ó un objeto arqueológico de valía, que á menudo sirven más de adorno que para estudio, no vayan á parar en el extranjero. Y es que con los historiadores y los arqueólogos, quieren confundirse unos seudosabios en Historia y Arqueología, que procuran obtener bastante provecho de cualquiera reliquia, adquiriéndola á toda costa, hasta valerse de suplantación de nombre.

Uno de éstos tuvo el descaro de andar vendiendo curiosidades antiguas de México en una solemnidad verificada en cierto puerto de los Estados Unidos. Este mismo sujeto entró á saco en cuatro instituciones de dos Estados de la República y cargó con manuscritos y pergaminos de Historia de México, que luego puso de venta, en junto, en la librería de viejo de don Cayetano Cordón. Este mismo individuo es tan listo en su ciencia, que una vez, de visita en una biblioteca de un establecimiento católico, ejecutó un brillante juego de manos y con valor temerario: mientras el bibliotecario se ausentó momentáneamente, el historiador se echó sobre una joya bibliográfica y se la metió en el seno, entre chaleco y camisa. El caballero que le honraba con su compañía, quedóse pasmado ante tamaña habilidad, y nada más pudo articular:

—¡Cómo!

—Chist! si no es delito!— contestó fríamente el *sabio*, poniendo el dedo índice en sus labios.

volvió el bibliotecario, el sabio pú-
 giar la riqueza de la biblioteca y el
 scrupuloso con que se la vigilaba.
 idosabio hecho de puras gacetillas,
 etillas puras, se ha vuelto rico con
 le antigüedades. Aunque es analfa-
 rado tal que no puede escribir una
 ia monografías. En un pueblo hizo
 varios ropones de tiempos de la
 eran para un objeto noble y logró
 os por otros nuevos. Aquellos fue-
 dos á precio muy subido. En otro
 ligó á una pobre señora, á que le
 i vil precio tres candelabros y dos
 de raro estilo. Ha entrado en tem-
 ha hecho de viejísimos terciopelos
 nados, que luego ha vendido á ex-
 Su audacia es tan enorme como su
 i. Si me preguntaran quién es, con-
 ie se le conoce hasta en su plática,
 empre dice: «los antiguos aboríge-
 ciudades prehistóricas del siglo
 i habitaciones lacustres de los la-
 épocas antediluvianas.»

que en un catálogo de libros
bid, se lea:

*endencia del Imperio Mexica-
por su Junta Soberana congre-
el 28 de Septiembre de 1821,*

*con las firmas de los individuos
Junta.» (1).*

es no son, en verdad, ni me-
género de vida cometen dos
enado terminantemente por
tro, que es muy grave y no
el de lesapatria.

19 de 1907.

ANGEL POLA.

to precioso, auténtico, fué repa-
García Pimentel, cuya riqueza,
ación son muy provechosas á la

PROCESO
DE
MAXIMILIANO, MEJÍA Y MIRAMÓN

*Orden del General en Jefe. — Cabeza
del proceso.*

República Mexicana.—Ejército de operaciones.—General en Jefe.—Estando dispuesto por el Ministerio de Guerra con fecha 21 del presente, sean juzgados con arreglo á la ley de 25 de Enero de 1862, Fernando Maximiliano de Hapsburgo y sus llamados Generales D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía, y teniendo presente este Cuartel General la aptitud y honrosos antecedentes de V., ha tenido á bien nombrarlo Fiscal, para que desde luego proceda á instruir la averiguación correspondiente con arreglo á la Ordenanza General del Ejército y á la ley de 15 de Septiembre de 1857, conforme á lo prevenido en la dicha ley de 1862.

Independencia y Libertad. Cuartel General en Querétaro, Mayo 24 de 1867.—*Escobedo*

—Una rúbrica. —C. Teniente Coronel de
 Artillería Manuel Azpíroz. —Presente.

*Orden del Ministerio de la Guerra que se cita
 en la anterior.*

República Mexicana. —Ejército de opera-
 ciones. —General en Jefe. —Como documento
 estructivo y que figurará en el proceso que
 ha mandado formar á Fernando Maximili-
 no de Hapsburgo y sus llamados Generales
 Miguel Miramón y D. Tomás Mejía, tras-
 bo á V. la siguiente comunicación, que con
 fecha 21 del presente se dirige á este Cuartel
 General por el Ministerio de Guerra.

«Secretaría de Estado y del Despacho de
 Guerra y Marina. —Sección 1.^a —Ocupada por
 el hecho de armas la Ciudad de Querétaro,
 comunicado V. que han sido allí aprehen-
 dos ocho mil soldados y más de cuatrocientos
 jefes y oficiales del enemigo, entre ellos
 Fernando Maximiliano de Hapsburgo, que
 ha titulado Emperador de México. Antes
 de dictar ninguna resolución acerca de los pre-
 sos, el gobierno ha querido deliberar con la
 calma y detenimiento que corresponden á la
 gravedad de las circunstancias. Ha puesto á
 un lado los sentimientos que pudiera inspi-

rar una guerra prolongada, deseando solo escuchar la voz de sus altos deberes para con el pueblo mexicano. Ha pensado, no solo en la justicia con que se pudieran aplicar las leyes, sino en la necesidad que haya de aplicarlas. Ha meditado hasta qué grado pueden llegar la clemencia y la magnanimidad, y qué límite no permitan traspasar la justicia y la estrecha necesidad de asegurar la paz, resguardar los intereses legítimos y afianzar los derechos y todo el porvenir de la República.

Después que México había sufrido todas las desgracias de una guerra civil de cincuenta años; cuando el pueblo había conseguido al fin hacer respetar las leyes y la Constitución del país; cuando había reprimido y vencido á unas clases corrompidas, que por satisfacer sus intereses particulares sacrificaban todos los intereses y todos los derechos nacionales; cuando ya renacían la paz y la tranquilidad ante la voluntad general del pueblo y la impotencia de los que habían querido sojuzgarlo; entonces los restos más espurios de las clases vencidas apelaron al extranjero, esperando con su ayuda saciar su codicia y su venganza. Fueron á explotar la ambición y la torza de un monarca extranjero; y se presentaron en la República inícuamente asociadas la intervención extranjera y la traición.

El Archiduque Fernando Maximiliano de Hapsburgo se prestó á ser el principal instrumento de esa obra de iniquidad que ha afligido á la República por cinco años, con toda clase de crímenes y con todo género de calamidades.

Vino para oprimir á un pueblo, pretendiendo destruir su Constitución y sus leyes, sin más títulos que algunos votos destituídos de todo valor, como arrancados por la presencia y la fuerza de las bayonetas extranjeras.

Vino á contraer voluntariamente gravísimas responsabilidades, que son condenadas por las leyes de todas las naciones y que estaban previstas en varias leyes preexistentes de la República, siendo la última la de 25 de Enero de 1862, sancionada para definir los delitos contra la independencia y la seguridad de la nación, contra el derecho de gentes, contra las garantías individuales y contra el orden y la paz pública.

Los hechos notorios de la conducta de Maximiliano comprenden el mayor número de las responsabilidades especificadas en esa ley.

No sólo se prestó á servir como instrumento de una intervención extranjera, sino que para hacer también por sí una guerra de filibusteros, trajo otros extranjeros, austriacos y

belgas, súbditos de naciones que no estaban en guerra con la República.

Trató de subvertir para siempre las instituciones políticas y el gobierno que libremente se había dado la nación, pretendiendo abrogarse el poder supremo, sin más título que los votos de algunas personas nombradas y delegadas por el invasor extranjero, ó apremiadas por la presencia y las amenazas de la fuerza extranjera.

Dispuso por solo la violencia de la fuerza, sin ningún título legítimo, de las vidas, los derechos y los intereses de los mexicanos.

Promulgó un decreto con prescripciones de barbarie para asesinar á los mexicanos que defendían, ó que siquiera no denunciaban, á los que defendían la independencia y las instituciones de su patria.

Hizo que se perpetrasen numerosísimas ejecuciones sangrientas, conforme á ese bárbaro decreto, y que comenzara su aplicación en distinguidos patriotas mexicanos, aun antes de poderse presumir que supieran que se había promulgado.

Ordenó que sus propios soldados, ó consin- con el falso título de Jefe de la Nación, e los soldados del invasor extranjero incen- usen ó destruyesen muchas poblaciones en- as en todo el territorio mexicano, especial-

ente en los Estados de Michoacán, Sinaloa, Tlaxiahuahua, Coahuila y Nuevo-León.

Ordenó que sus propios agentes, ó consintiera que los agentes del extranjero asesinasen muchos millares de mexicanos, á quienes se reputaba como crimen la defensa de su patria. Y cuando se retiraron los ejércitos de la potencia extranjera y vió levantada en su contra toda la República, quiso todavía rodearse algunos de los hombres más culpables en guerra civil, empleando todos los medios de violencias y depredaciones, de muerte y desolación, para sostener hasta el último momento su falso título, de que no ha pretendido despojarse sino cuando ya no por la voluntad sino por la fuerza se ha visto obligado á ararlo.

Entre esos hombres que han querido sostenerlo hasta el último instante, pretendiendo resumir todas las consecuencias de la traición á la patria, figuran como unos de los principales cabecillas, los llamados Generales D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía, que han vivido con un carácter prominente en Querétaro, como Generales en Jefe de cuerpos de ejército de Maximiliano.

Los dos tenían desde antes una grave responsabilidad por haber sostenido durante muchos años la guerra civil, sin detenerse ante

los actos más culpables, y siendo siempre un obstáculo y una constante amenaza contra la paz y la consolidación de la República.

Previene el artículo 28 de la ley citada, que las penas impuestas en ella se apliquen á los reos cogidos infraganti delito ó en cualquiera acción de guerra, con solo la identificación de las personas.

Concurriendo en el presente caso ambas circunstancias, bastaría la notoriedad de los hechos para que se debiera proceder con arreglo á ese artículo de la ley.

Sin embargo, queriendo el Gobierno usar de sus amplias facultades, con objeto de que haya la más plena justificación del procedimiento en este caso, ha resuelto que en él se proceda al juicio que dispone la misma ley en otros casos, para que de ese modo se oigan en éste las defensas que quieran hacer los acusados, y se pronuncie la sentencia que corresponda en justicia.

En tal virtud, ha determinado el C. Presidente de la República, que disponga V. se proceda á juzgar á Fernando Maximiliano de Hapsburgo y á sus llamados Generales D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía, procesándose en el juicio, con entero arreglo á los artículos del sexto al undécimo inclusive, de ley de 25 de Enero de 1862, que son los

ativos á la forma de procedimiento judicial.]

Respecto de los demás jefes, oficiales y funcionarios aprehendidos en Querétaro, se será V. enviar al Gobierno lista de ellos, con especificación de las clases ó cargos que tenían entre el enemigo, para que se pueda re-
ver lo que corresponda, según las circunstancias de los casos.

Independencia y Libertad. S. Luis Potosí, mayo 21 de 1867. — *Mejía*. — C. General de división Mariano Escobedo, en Jefe del Cuerpo de Ejército del Norte. — Querétaro. — *M. Escobedo*. — Una rúbrica.

Nombramiento de escribano.

MANUEL AZPIROZ, Teniente Coronel de Infantería, Ayudante de campo del C. General Jefe del Ejército de Operaciones.—Para dar cumplimiento á la orden del C. General en la que me manda instruir la presente causa contra Fernando Maximiliano de Hapsburgo, que se ha titulado Emperador de México, y los llamados Generales Miguel Mirón y Tomás Mejía, sus cómplices, por delitos contra la independencia y seguridad de la Nación, conforme á la suprema dispo-

sición del Ministerio de la Guerra que, con esta fecha, me trascribe el C. General en Jefe, y se agrega á esta causa con la precitada orden de mi nombramiento de Fiscal, para que sirvan de cabeza de proceso, he tenido á bien elegir, para que actúe como escribano, al C. Jacinto Meléndez, soldado de la tercera compañía del Batallón Guardia de los Supremos Poderes, quien estando presente, enterado de su nombramiento y de las obligaciones que por él contrae, protestó cumplir con ellas, guardando sigilo y fidelidad en cuanto actúe. Y para que conste lo firmó conmigo en la Ciudad de Querétaro, á las tres y media de la tarde del veinticuatro de Mayo de mil ochocientos sesenta y siete.—*Manuel Azpíroz*.—Una rúbrica.—*Jacinto Meléndez*.—Una rúbrica.

Habilitación del papel.

Por falta absoluta de papel sellado para causas criminales, se habilita el presente, común, á reserva de agregarse el que corresponde luego que lo haya: y para que conste firmó conmigo el C. Fiscal.—*Azpíroz*.—a rúbrica.—Ante mí—*Jacinto Meléndez*.—a rúbrica.

Declaración preparatoria de Maximiliano.

En seguida trasladado el C. Fiscal conmi-
o el escribano á la prisión militar, estable-
ida en el ex-Convento de Capuchinas, hizo
comparecer ante sí y el escribano que subs-
cribe, á uno de los presos, quien—Pregunta-
o por su nombre, origen, edad y demás ge-
nerales de la ley. Respondió: que está pronto
contestar á todo con franqueza y lealtad;
pero que le parece de su deber observar que
en el caso de un proceso, cree deber tener
conforme á la ley, el derecho de pedir que se
le presente la acusación formulada por escri-
bano que se haya hecho de él, y el término de
tres días para estudiarla y elegir abogado que
le defendiese; y en segundo lugar, que no
es competente al Consejo de Guerra para
juzgarle, porque los cargos que podrían ha-
cersele, son del orden político, y porque la
posición que ha tenido en el país, desde ha-
ce tres años, le pone, según cree, fuera de la
competencia de un tribunal militar. Añadió
y pidió: que no se tomen sus palabras, ni
que no haber contestado categóricamente á la
pregunta que acaba de hacersele, como efec-
tos de falta de calma ó de ideas pequeñas,

sino de derechos que juzga tener y usa en su defensa legal.—El C. Fiscal dijo entonces al preso que tiene delante: que acepta el ofrecimiento que acaba de hacérsele de responder á todo con franqueza y lealtad, y en tal virtud por segunda vez le—Pregunta por su nombre, origen, edad y demás circunstancias de ley, á lo que—Respondió el preso: que se llama Fernando Maximiliano José, nacido en el Palacio de Schönbrunn, cerca de Viena, el seis de Julio de mil ochocientos treinta y dos, como Archiduque de Austria, Príncipe de Hungría y Bohemia, Conde de Hapsburgo y Príncipe de Lorena, y que llevó desde tres años ha, hasta la publicación de su abdicación, el título de Emperador de México con el nombre de Maximiliano.—Preguntado por el motivo y circunstancias de su prisión, —Respondió: que cree está preso por haber sido Emperador de México, y que las circunstancias del acto de su prisión fueron las siguientes: que en el cerro de las Campanas considerando que la prolongación del combate habría sido causa de que se derramase más sangre inútilmente, hizo enarbolar bandera blanca y tocar parlamento; en cuya consecuencia vino un general, cuyo nombre no se acuerda, á quien se entregó para que le condujese á la presencia del General en Jefe de

iadores, el cual lo excitó á que rindiese espada, como lo hizo en sus manos el ante.—Preguntado por qué motivos vi-
país,—Respondió: que siendo ésta ya uestión política, cree no poder contes-
n consultar previamente documentos
os que tiene en su poder.—Interpela-
ra que diga lo que recuerde con exacti-
especto de los motivos de su venida á
o,—Respondió reproduciendo el dicho
or.—Vuelto á interpelar para que res-
categoricamente sobre los motivos de
ida al país hasta donde se lo permita
noria,—Respondió: que siendo esta una
ón política, cree que su conciencia no
mite responder á ella ante un Juez mi-
í antes de consultar los papeles que ha
.—Preguntado dónde existen los docu-
s ó papeles á que se refiere,—Respon-
ue según las órdenes que dió, deben
hoy en las manos del Ministro de Pru-
reditado cerca de él y residente en Mé-
—Preguntado por qué título se ha lla-
Emperador de México, —Respondió en
ismos términos que antes, por ser esta
én una cuestión política.—El C. Fiscal
ta de su negativa, le formuló por otras
eces la pregunta anterior, y en ambas
niliano dió una respuesta idéntica á la

que precede. Entonces pasó el Fiscal á— Preguntarle: por qué motivo había hecho la guerra á la República Mexicana. A lo que —Respondió: que siendo esta pregunta también política no podía contestar á ella por las mismas razones antes expuestas.—El Fiscal repitió otras dos veces la misma pregunta, y las dos, Maximiliano reprodujo su respuesta.—En seguida el Fiscal lo excitó de nuevo á que contestara á las preguntas hechas y á otras del mismo carácter que debe hacerle, advirtiéndole que su contumacia no le daría más resultado que renunciar él mismo á su defensa, y poner al Juez en el caso duro pero inevitable de juzgarle en rebeldía conforme á las leyes generales de México y á las particulares que deben gobernar la formación de este proceso: esto es, tanto las del fuero común como las militares: á lo que Maximiliano—Respondió repitiendo, que la conciencia y la falta completa de documentos no le permiten contestar á preguntas meramente políticas, por ahora; tanto menos cuanto que no cree poder atribuir competencia para juzgarlo á un tribunal militar.

Y no pudiendo adelantar más el Fiscal en averiguación presente, la dió en este punto por suspensa, y concedió á Maximiliano un término que se vencerá mañana á las diez

el día, para volverle á interrogar después el tiempo necesario para la meditación. Y para que conste lo firmó con Maximiliano y escribano que subscribe.—*Manuel Azpíroz.*
 -Una rúbrica.—*Maximiliano.*—Una rúbrica.
 -Ante mí.—*Jacinto Meléndez.*—Una rúbrica.

Incomunicación de Maximiliano.

Declaración preparatoria de Tomás Mejía.

En seguida el C. Fiscal puso incomunicado separó á Maximiliano, y pasó al aposento de otro de los presos, acompañado de mí el escribano: teniéndole presente le—Preguntó ofrece decir verdad en lo que supiere y fuere interrogado, y el preso—Respondió: que sí lo rece.—Preguntado por sus generales,—Respondió: llamarse Tomás Mejía, ser natural del Estado de Amoles, de cuarenta y siete años de edad, viudo, General de División en el ejército que estuvo sitiado en esta plaza.—Preguntado por el motivo y circunstancias de su prisión,—Respondió: que el motivo es el haber sido vencido dicho ejército, y en consecuencia hecho prisionero el declarante en el Cerro de las Campanas.—Preguntado si sabe por qué causa se le va á poner en consejo de guerra, á cuyo efecto se le instruye el presente

proceso,—Respondió: que cree que por haber defendido al Gobierno Imperial.—Preguntado por qué llama Gobierno Imperial, á la causa que dice haber defendido, qué razones ha tenido para tomar las armas en su defensa, y hacer la guerra al Gobierno Republicano establecido desde antes que se inaugurase lo que él llama Gobierno Imperial,—Respondió: que llama Gobierno Imperial, á la causa que defendió por haber sido llamado por varios mexicanos el Archiduque Maximiliano para gobernar el país con el título de Emperador: que tomó las armas en favor del Imperio, porque le parecía que éste había de salvar al país de la anarquía en que se encontraba, y por lo mismo hacía la guerra al Gobierno Republicano, como desde antes del Imperio ya se la había hecho, por la persecución que dicho Gobierno le había declarado.—Preguntado: si sabe por qué aun antes de la venida de Maximiliano y de los franceses, el Gobierno Republicano le había declarado la persecución que dice,—Respondió: que por haber defendido siempre al Gobierno que en el país se llamado conservador.—Preguntado: si cree que ha existido en el país constantemente el Gobierno que se ha llamado conservador, desde el momento que no hubiese dejado de existir ni un momento desde que él tomó las armas

ra hacerle la guerra al que después le ha rseguido, —Respondió: que no cree que ha permanecido constantemente en el país el Gobierno Conservador: que cuando ha regido país, el declarante lo ha servido con lealtad: que cuando aquel Gobierno ha caído, el mismo declarante ha depuesto las armas, que ha vuelto ha empuñar contra el Gobierno e ha sucedido, sino estrechado por la persecución que éste le ha declarado á causa de conducta anterior. —Preguntado: si nunca ha tenido otro medio que el de tomar las armas para librarse de la persecución del Gobierno á quien ha hecho la guerra, —Respondió: que no ha tenido otro medio, y que á este respecto refiere lo siguiente: que la última vez que cayó el Gobierno Conservador y el declarante se hallaba en paz en la sierra, entregó las armas de que él había dispuesto á los militares cuyas eran; fué sin embargo en su persecución el General Rosas Landa, enviado por el Presidente Comonfort ó Juárez, pues no acuerda quien á punto fijo: que el declarante trató en capitulaciones con dicho General, comprometiéndose á recoger de nuevo y entregar al Gobierno las armas de la sierra, como verificó, sin exigir él más, que la libertad permanecer en su casa y en paz; pero que el Gobierno negó su aprobación á la capitula-

ción referida, envió de nuevo fuerzas en persecución del declarante, y de esta manera lo puso en la necesidad de andar prófugo por algún tiempo, y al fin, de volver á tomar las armas, en cuya actitud se ha conservado hasta estos últimos días.—Preguntado: si se acogió á la amnistía que en diferentes ocasiones el Gobierno liberal ha concedido al partido que le ha hecho la guerra, y principalmente á la amnistía que el mismo Gobierno otorgó á sus enemigos al principio de la guerra que los franceses trajeron á la República con el nombre de intervención, —Respondió: que nunca se ha acogido oficialmente á la amnistía del Gobierno; pero que en lo privado, y á excitativa del Sr. Doblado, al principio de la guerra con los franceses, ofreció no tomar las armas en favor de éstos, si la guerra era nacional y peligraba la Independencia de México, ofrecimiento que cumplió religiosamente, permaneciendo en la sierra, aunque con las armas en la mano, neutral entre el Gobierno y los franceses, por todo el tiempo que el Gobierno constitucional ha permanecido en la capital de México, y que sólo después que el Gobierno ha salido de la capital, ha emplear las armas en favor de la intervención francesa, asegurado de que ésta no tenía por objeto destruir la independencia de México, sino

sólo de favorecer al partido ó al Gobierno que proclamase la nación; que después, juzgando que Maximiliano había sido llamado por la nación, no tuvo inconveniente en defender al Imperio, como lo ha hecho hasta aquí.—Preguntado: si juzgó al Gobierno Constitucional legítimo mientras permanecía en la capital de México, y si juzgó después que el mismo Gobierno había perdido sus títulos á la legitimidad por su sola separación del lugar de su ordinaria residencia,—Respondió: que nunca consideró legítimo al Gobierno Constitucional, pues aun antes de la salida de éste de la Ciudad de México reconocía como legítimo al que representaba D. Félix Zuloaga.—Preguntado si dejó de reconocer como legítimo al llamado Gobierno de Zuloaga cuando vinieron los franceses, ó sólo desde que se trató de establecer el Imperio en México,—Respondió: que sólo dejó de reconocer á Zuloaga como Presidente legítimo desde que fué nombrado Emperador Maximiliano.—Preguntado: si creyó que la nación tenía libertad para proclamar el Imperio en presencia de las armas francesas,—Respondió: que sí.—Preguntado: si cree de buena fé que la mayoría de la nación proclamó el Imperio y llamó á Maximiliano,—Respondió: que cree que los representantes de una gran mayoría de los

habitantes del país se decidieron por el Imperio y por Maximiliano, aunque ignoraba si estos representantes estaban competentemente autorizados por los Departamentos respectivos.—Preguntado: si después de haberse retirado de México el ejército francés el llamado Imperio era á su juicio el Gobierno Nacional, y si en esta creencia permaneció hasta el fin del sitio de esta plaza, no obstante que Maximiliano y su ejército no han podido sostenerse en ninguna parte desde que perdieron el apoyo de las armas de Francia,—Respondió: que reconoció hasta el último momento al Imperio como Gobierno Nacional, y que aunque últimamente preveía ya su caída, él, como hombre de honor, se resolvió á sacrificarse y caer con él.—Preguntado: qué mando de armas y qué comisiones públicas ha tenido desde el principio de la guerra de intervención hasta el sitio de esta Ciudad,—Respondió: que al principio de la guerra de intervención, como ya ha dicho, sin mezclarse en ella, tenía el mando de las fuerzas de Sierra Gorda: que proclamado el Imperio tomó el mando de la división de su nombre, con la cual permaneció hasta su salida de Matamoros, á consecuencia de la derrota que sufrió el General Olvera en las lomas de Santa Gertrudis: que de dicho puerto se retiró con

su división, que puso á disposición Imperial, quedando en retres meses: que después fué nombrado militar de San Luis Potosí, división sirvió dos meses y se retiró á Tlaxcala, donde entregó el mando que le dio el tercer cuerpo de ejército, al General Gálvez, y que finalmente, cuando vino á esta Ciudad, recibió el mando de la división de caballería del ejército. Preguntado: qué acciones de guerra o desde que se puso al servicio del Imperio,—Respondió: que la de San Luis en veintisiete de Diciembre de mil ochocientos sesenta y tres, la batalla de San Juan contra el Sr. Doblado, y el sitio de Tlaxcala. —Preguntado: si tiene que declarar á esta declaración,—Respondió: que en ella se ratifica, y firmó con presente escribano.—*M. Aspíroz.*—*ca.*—*Tomás Mejía.*—Una rúbrica.—*Jacinto Meléndez.*—Una rúbrica.

Incomunicación de Tomás Mejía.—Declaración preparatoria de Miguel Miramón.

Separado y puesto en incomunicación igualmente D. Tomás Mejía, el Fiscal, acompañado de mí el Escribano, pasó al aposento de otro de los presos, y teniéndole presente le —Preguntó: si ofrece decir verdad en lo que supiere y fuere interrogado, y el preso—Respondió: que sí ofrece.—Preguntado por su nombre, edad y demás generales,—Respondió: que se llama Miguel Miramón, es natural de México, de treinta y cinco años de edad; casado, General de División.—Preguntado: por el motivo y circunstancias de su prisión,—Respondió: que fué hecho prisionero en la plaza de Querétaro estando en la casa de un médico, á quien ocurrió para que le sacase una bala de la cara, donde fué herido levemente.—Preguntado: por el motivo de su concurrencia á la defensa de Querétaro,—Respondió: que mandando las fuerzas del Interior, tuvo que retirarse después de la derrota de San Jacinto á Querétaro.—Preguntado: cuál es la causa que ha sostenido con las armas en esta Ciudad,—Respondió: que la del Imperio.—Preguntado: si ha tenido como legíti-

mo al llamado Imperio de México, y diga las razones que para ello ha tenido, — Respondió: que habiendo salido del país para el extranjero el año de sesenta y uno, cuando volvió á México en sesenta y tres halló establecido en la capital y reconocido por la mayoría del país el Imperio: cuyas circunstancias le hicieron formar el concepto de que éste era el gobierno legítimo de México. — Preguntado: si sabía que existía dentro del territorio Mexicano en la época á que se refiere, el Gobierno Constitucional de la República, — Respondió: que sí lo sabía. — Preguntado: si sabía en la misma época, que el Gobierno Constitucional de la República sostenía la guerra contra el llamado Imperio y contra el ejército francés que vino á tratar de establecerlo y que fué su principal apoyo, — Respondió: que sabía que el Gobierno Constitucional quería mantener la guerra, pero no sus Generales, pues vió documentos de Uraga, Vidaurri, Comonfort y Doblado, que probaban la resolución de éstos de tratar con Bazaine. Preguntado: si creía que la nación había proclamado el Imperio, y si lo creía, diga qué razones pudo tener para juzgarlo así, — Respondió: que creyó que la nación había proclamado el Imperio, á causa de las actas de los pueblos y de la Junta de Notables que á efecto de esta-

blecerlo tuvieron lugar en México. — Preguntado: si cree de buena fé que la Junta de Notables representaba legítimamente la Nación y que las actas á que se refiere eran la expresión verdadera y libre de la mayoría de los Mexicanos, estando como estaban bajo la opresión de las armas francesas, — Respondió: que sí. — Preguntado: si tuvo este mismo concepto de la legitimidad del Imperio después de haberse retirado el ejército Francés, no obstante que desde entonces el llamado Imperio no ha podido sostenerse sin el apoyo de los extranjeros hasta su desaparición como causa política, consumada con la ocupación de Querétaro por el Ejército Republicano, — Respondió: que cuando se marcharon del país los franceses, juzgó que el Imperio podría sostenerse mejor que con ellos. — Preguntado: por qué juzgaba que sin los franceses podría sostenerse mejor el Imperio, — Respondió: que lo creía así porque los excesos que cometieron en el país los franceses habían enajenado al Imperio las simpatías, mientras que sostenido por un ejército Mexicano el Imperio debía ser un Gobierno Nacional. — Preguntado: si sabe que el Gobierno Constitucional Republicano ni un momento ha dejado de existir en México, y que la guerra que con su autorización se ha hecho contra los franceses y

rio, tampoco ha cesado un so-
 Respondió: que durante el Im-
 urante permaneció en Europa
 a de seis meses, y allí recibió
 as sobre la ocupación entera
 . ejército Imperial, y sobre la
 del Gobierno Republicano. —
 cuando volvió á México supo
 los hechos á que se refiere la
 ior, —Respondió: que sí la su-
 le que se había mantenido la
 temente y el Gobierno Repu-
 namento había abandonado el
 onal. Preguntado: qué juzga
 propusieron y medios de que
 franceses que trajeron la gue-
 lespondió: que en su concepto
 opuso Napoleón tercero fué la
 parte del territorio Mexicano,
 e que se valió para ello, malí-
 que el declarante estuvo siem-
 le ellos. Preguntado: por qué
 no tomó las armas para defen-
 . contra los franceses, y sí se
 erio que fué hechura de la po-
 eón tercero, Respondió: que
 rmas contra los franceses por-
 que contra ellos no podía ha-
 . con buen éxito, cuando los

Generales del Ejército Republicano querían tratar con ellos como ha dicho antes; y que comenzó á servir al Imperio cuando se retiraba el Ejército francés y no lo consideraba, por lo mismo, como obra de la Intervención francesa. — Preguntado: si ofreció alguna vez sus servicios al Ejército francés que vino á hacer la guerra en México, — Respondió: que no. — Preguntado: si reconoció al llamado Imperio antes de anunciarse la salida de los franceses, y si tuvo alguna comisión ó nombramiento de él, — Respondió: que sí reconocía al Imperio desde entonces, y que á causa de la mala voluntad que el declarante manifestaba contra los franceses, se le impuso un destierro honroso paliado con una comisión militar á Prusia. — Preguntado: por su conducta política anterior á la venida de los franceses, y por la que ha observado desde que se puso al servicio del llamado Imperio, — Respondió: que su conducta política anterior á la venida de los franceses ha sido uniforme y pública, y que durante los seis meses que ha servido al Imperio, ha tenido el mando de las fuerzas del interior hasta su regreso de San Jacinto y la Quemada, y aquí en Querétaro últimamente el del Cuerpo de Ejército de Infantería. — Preguntado: qué acciones de armas han tenido en defensa del llamado Imperio, — Res-

pondió: que el ataque y toma de Zacatecas en Enero de este año como General en Jefe de las fuerzas del interior; la derrota de San Jacinto; la acción de la Quemada y el sitio de Querétaro. — Preguntado: si tenía algo que añadir á su declaración, — Respondió: que no: que lo dicho es la verdad, en que se ratifica y firmó con el Fiscal y presente secretario. — *Manuel Azpíroz.* — Una rúbrica. — *Miguel Miramón.* — Una rúbrica. — Ante mí. — *Jacinto Meléndez.* — Una rúbrica.

Incomunicacion de Miguel Miramón.

En seguida el Fiscal puso incomunicado y en separo á D. Miguel Miramón firmando para constancia con el presente escribano. — *Azpíroz.* — Una rúbrica. — Ante mí. — *Jacinto Meléndez.* — Una rúbrica.

Suspensión de las diligencias.

Y siendo ya una hora muy avanzada de la noche, el C. Fiscal suspendió la práctica de estas diligencias para continuar en la mañana. Y para que conste lo firmó con el presente escribano. — *Azpíroz.* — Una rúbrica. — Ante mí. — *Jacinto Meléndez.* — Una rúbrica.

*Nombramiento de defensores hecho por
Maximiliano.*

En veinticinco de Mayo el C. Juez Fiscal dispuso que se hiciese constar que anoche, como á las ocho, le pidió permiso Maximiliano para llamar por el telégrafo al Sr. Magnus, que en el llamado Imperio estaba reconocido como Ministro de Prusia, y otorgado el permiso, el solicitante escribió llamando al expresado señor, y pidiéndole que viniese pronto y acompañado de dos abogados que nombró y de los papeles necesarios para su defensa, cuyo despacho fué mandado comunicar por el C. General en Jefe de este Ejército al del cuerpo de Ejército de Oriente que opera sobre México, recomendándole que si le era posible se sirviese hacerlo entrar á México para que surta sus efectos. Y para que conste se sienta esta diligencia, que no se sentó anoche á la hora indicada, por no suspender una de las declaraciones que preceden y firmó el C. Fiscal con el presente escribano.

Azpíroz.—Una rúbrica.—*Ante mí.*—*Jacín-Meléndez.*—Una rúbrica.

Continuación de las diligencias para la declaración preparatoria de Maximiliano.—Petición de Maximiliano de algunas leyes de la República.—Protesta de Maximiliano.

En la misma fecha volvió el Fiscal acompañado de mí, el escribano, al separo de Fernando Maximiliano, á fin de evacuar la declaración que ayer quedó suspensa, y teniéndole presente le—Preguntó: si ofrece decir verdad en lo que supiere y fuere interrogado, á lo que—Respondió: que sí lo ofrece en todas las preguntas que no sean políticas, pero que en las que tienen este carácter, no puede por ahora contestar por las mismas razones emitidas ayer. Añadiendo que, por ignorar la legislación porque se le juzga, necesita tener á la vista las leyes que sobre el particular haya dictado el Sr. Presidente Juárez, y sobre todo necesita de persona ó personas inteligentes que lo dirijan en este asunto de tan grave importancia, por lo que desea que se le proporcionen estas leyes y se le permita nombrar defensor ó defensores: que entre tanto no deben pararle en perjuicio estas actuaciones: que no renuncia ninguna excepción ó privilegios, y antes bien, expre-

samente deja á salvo todos los recursos que el derecho le conceda, incluso el de incompetencia.—El C. Fiscal, antes de encargarse de los puntos que contiene la petición y protesta que preceden del interrogado, le amonestó por dos veces para que declarase á las preguntas que tiene que hacerle sobre asuntos de política, apercibiéndole de los efectos de su contumacia en los propios términos que le apercibió y amonestó ayer, y no logrando que Fernando Maximiliano se dispusiera á responder, excusándose en los mismos términos que repetidas veces se ha excusado, el Fiscal dió por concluida la práctica de esta diligencia preparatoria, y pasando á encargarse de la solicitud y protesta que quedan sentadas, el Fiscal puso en las manos de Maximiliano el tomo tercero de la Ordenanza General del Ejército, la ley de 15 de Septiembre de mil ochocientos cincuenta y siete y la de veinticinco de Enero de mil ochocientos sesenta y dos, y le ofreció buscar y facilitarle las demás leyes que juzgue necesarias. En cuanto al permiso que pide Maximiliano para nombrar defensor ó defensores, el Fiscal zo notar que ya había sido otorgado, y que consecuencia se había dado curso al telegrama dirigido anoche al Barón de Magnus, que conservaba Maximiliano la facultad de

hacer nuevo nombramiento de defensores, sin perjuicio de correr para la práctica de estas actuaciones el término fijado por la ley de veinticinco de Enero de sesenta y dos, que dá al Fiscal sesenta horas para la instrucción del proceso y veinticuatro en seguida para la evacuación de la defensa. En cuanto á la excepción de incompetencia y protesta de emplear otras excepciones y usar de los derechos y privilegios que puedan favorecer al procesado, el Fiscal manifestó: que no puede hacer otra cosa que consignarlas, como ya las ha consignado, para que surtan los efectos legales, sin perjuicio de continuar este proceso como está obligado á verificarlo, en cuya virtud procede ahora á tomar á Fernando Maximiliano la confesión con cargos que según derecho corresponde. Y para que conste firmaron esta acta Maximiliano, después de haberse ratificado en cuanto consta en ella haber dicho, con el Fiscal y presente escribano.—*M. Azpíroz*.—Una rúbrica.—*Maximiliano*.—Una rúbrica.—Ante mí.—*Jacinto Meléndez*.—Una rúbrica.

Confesión con cargos de Maximiliano.

Acto continuo, el C. Fiscal preguntó á Maximiliano si quería hacer nuevo nombramiento de defensor ó defensores, á lo que el interrogado respondió, que por ahora se atenia al nombramiento que hizo anoche, y recayó en los Licenciados Mariano Riva Palacios y Rafael Martínez de la Torre, residentes en México. El Fiscal le advirtió que, si pasado el término legal para dejar el proceso en estado de defensa no se hallaban presentes en esta ciudad los abogados elegidos y manifestado la aceptación de su nombramiento, el procesado podría nombrar defensor ó defensores de entre las personas residentes en esta ciudad, ó dejar al Fiscal que se los nombre de oficio.—Preguntado en seguida Maximiliano si promete decir verdad en lo que supiere y fuese interrogado,—Respondió: repitiendo que sí, en todas las cuestiones que no sean de política.—Preguntado obre el cargo que le resulta de haberse presdo á ser el principal instrumento de la intervención francesa para llevar á cabo los planes de ella, que fueron los de alterar la " de México por medio de una guerra in-

gen, ilegal en su forma, des- en su ejecución, para levantar artido que siempre ha sacrifi- es y derechos nacionales para yos particulares, y que ya es- impotente para levantarse de io de armas extranjeras: para erno Constitucional Republi- r la nación, establecido y ex- rcicio de todas sus funciones, las potencias extranjeras, y smos invasores franceses: pa- a República una Monarquía a política de Napoleón terce- ntrariar la democracia ameri- er bastardos intereses del Go- de hombres que, como Jec- ido otro propósito que el de e como inicuaamente ventajas e se ha llamado de interven- ios, que constituyen este pri- como los demás que forman ntes, son de pública univer- A lo que Maximiliano—Res- ser esta una cuestión mera- se refiere á las contestaciones l Fiscal, previas las amones- leadas, formuló el cargo que i Maximiliano otras dos ve-

ces, sin obtener otra contestación que la ya expuesta.—Preguntado Maximiliano y excitado á que conteste al cargo que le resulta de haber venido á secundar y poner en práctica, en la parte que le correspondía, las miras ya indicadas del Gobierno francés, sin más títulos que la fuerza armada del mismo Gobierno y algunos votos que pretendió llamar expresión de la voluntad nacional, á pesar de que en la forma y en la substancia adolecen de vicios que á nadie pueden ocultarse: pues que constituido como lo estaba y está aún el pueblo mexicano por su Carta fundamental de mil ochocientos cincuenta y siete, la única expresión legítima de su voluntad soberana es la que está definida en la misma Carta y arreglada por las leyes electorales de conformidad con ella, siendo la forma establecida por dicha suprema ley y los reglamentos respectivos, la única legítima para conocer la soberana voluntad del pueblo mexicano, y no los votos de algunas personas constantes en las actas levantadas en algunos pueblos y en la de la extraña, diminuta é incompetente «Junta de Notables,» que se han tenido maliciosamente como la genuina manifestación de la voluntad del país, y se ha pretendido que sirvan de título legítimo al llamado Imperio Mexicano: y porque cualquiera que

la forma adoptada para la proclamación de la Monarquía y de Maximiliano, los recogidos en presencia y bajo la presión de las armas francesas, no pueden ser considerados como la emanación deliberada y espontánea de la voluntad del pueblo. La falsificación de esta voluntad para el establecimiento del Imperio estaba ya prevista por los franceses y extranjeros desde el principio de la guerra de intervención, pues son del dominio público las noticias que desde entonces se difundieron por la prensa de Europa y de América, las gestiones de algunos malos mexicanos como Almonte y Gutiérrez Estrada, y los trabajos diplomáticos del Gabinete de las Cortes para derrocar á toda costa al Gobierno Republicano de México y fundar por medio de la fuerza una Monarquía Mexicana á cuya cabeza había resuelto poner al emperador francés á un príncipe que aceptase la corona, y puso en efecto al Príncipe que hoy es presente. — Respondió lo mismo que con motivo del cargo anterior; manifestando que daría otra su respuesta á los demás cargos si se le hicieran, si tenían el carácter de cuestiones políticas. El Fiscal repitió otras veces el último cargo hecho y pasó á formular al procesado el—Tercer cargo: de haber aceptado voluntariamente el Archiduque

Maximiliano la responsabilidad de un usurpador de la soberanía de un pueblo independiente y libremente constituído: responsabilidad severamente condenada por la legislación de todas las naciones y prefinida en varias leyes de la República Mexicana, de las cuales, la última es la de veinticinco de Enero de mil ochocientos sesenta y dos, vigente hasta ahora. El Fiscal repitió otras dos veces este cargo, y pasó á hacer al procesado el—Cuarto cargo: de haber dispuesto con la violencia de la fuerza armada, de las vidas, los derechos y los intereses de los mexicanos. El Fiscal repitió el cargo otras dos veces y pasó á hacer el—Quinto cargo: de haber hecho Maximiliano la guerra á la República Mexicana al lado y aun bajo la dirección en muchos casos del General en Jefe del Ejército francés, ejecutando, autorizando ó consintiendo las vejaciones y los horrores de todo género que se pusieron en práctica para oprimir al pueblo mexicano é imponerle la voluntad del Príncipe elegido en los Consejos del soberano francés para dominar á México. El Fiscal hizo aquí notar el espantoso número de ejecuciones de muerte á que fueron condenados en nombre de Maximiliano por las Cortes Marciales, los mexicanos que defendían la causa de la República y los

incendios de pueblos enteros en territorio mexicano, especialmente en los de Michoacán, Sinaloa, Chihuahua, Nuevo-León y Tamulipas. Por el Fiscal otras dos veces, y pasó á procesado el—Sexto cargo: de haber también por sí una guerra de filiación invitando y trayendo á extranjeros y naciones, principalmente austriacas, súbditos de potencias que no estaban en guerra con la República Mexicana. Por este cargo otras dos veces, el cual pasó al procesado el—Séptimo cargo: de haber fulminado y ejecutado sobre los mexicanos que no se sujetasen á su poder, el Decreto de 3 de Octubre de mil ochocientos cincuenta y cinco, en el cual se hallan las descripciones de que cualquiera Jefe del llamado Imperio diese muerte á los prisioneros, cualesquiera fuesen el número y la categoría de los mismos, su organización y denominación del arma que se formasen y la causa que sostuviesen, sin excluir á los simples ciudadanos, ni á los de la fuerza armada, ni á los extranjeros que le prestasen auxilio directo ó indirecto. Repetido otras dos veces este cargo por el Fiscal á Maximiliano el—Octavo cargo: de haberse atrevido á afirmar en su

manifiesto de dos de Octubre que servía como de preámbulo al bárbaro citado decreto, que el personal del Gobierno Constitucional Republicano había abandonado el territorio nacional, deduciendo de este hecho enteramente falso extrañas consecuencias en favor de su tiranía y para la persecución y vilipendio de los patriotas constantes que defendían la bandera de la República. Repetido el cargo otras dos veces, hizo el Fiscal á Maximiliano el—Noveno cargo: de haber querido sostener su falso título de Emperador después que se retiró de México el ejército francés, y cuando vió levantarse contra el pretendido Imperio á toda la República, para lo cual, se rodeó de algunos de los hombres que se hicieron más famosos por sus crímenes en la guerra civil de México, empleó medios de violencia, de muerte y desolación, se encerró en esta plaza de Querétaro para detener á los republicanos victoriosos desde las fronteras del Norte hasta aquí, y no entregó su espada sino cuando tomada la plaza por los sitiadores, con excepción del Cerro de las Campanas próximo á ser también asaltado, en cuyo erte se refugió acompañado tan sólo de dos sus generales y un puñado de otros oficiales, ya no contaba con tropas que en su totalidad estaban prisioneras ó dispersas, ni con

amento alguno para prolongar su defensa.
 producido otras dos veces este cargo, el
 scal hizo á Maximiliano el—Décimo car-
 : de haber abdicado el falso título de Em-
 rador para que esta abdicación tuviese efec-
 no desde luego, sino para cuando fuese
 ncido, esto es, para un tiempo en que ya
 por su voluntad, sino por la fuerza, había
 quedar despojado con ó sin la abdicación
 l título usurpado de soberano de México.
 echo otras dos veces este cargo, el Fiscal
 só á formular al procesado el—Undécimo
 go: de pretender aún, según dá á enten-
 r, que se le guarde la consideración debida
 in soberano vencido en guerra, cuando pa-
 la nación mexicana no lo ha sido ni de
 recho por la falsedad del título de Empe-
 lor que se abrogó, ni de hecho por su im-
 tencia absoluta para sostener su título por
 rzas propias. A este respecto el Fiscal le
 o notar los hechos siguientes: que Maxi-
 liano no ha podido establecer la paz bajo
 dominación, ni con el auxilio del ejér-
 o francés: que de la evacuación completa
 México por dicho ejército á la caída de
 ximiliano no han pasado arriba de tres
 ses: que el Gobierno Republicano se ha
 ntenido sin interrupción de un solo mo-
 nto á pesar de los esfuerzos que los fran-

ceses y Maximiliano hicieron para destruirlo; y que la guerra de México contra la intervención francesa y contra el llamado Imperio, su hechura, se ha hecho también sin interrupción de un solo instante por más de cinco años y siempre en nombre de la República con autorización y bajo la dirección posible del Gobierno Republicano. El Fiscal repitió otras dos veces este cargo, y pasó á hacer á Maximiliano el—Duodécimo cargo: de no reconocer la competencia del Consejo de Guerra que establece la ley de veinticinco de Enero de mil ochocientos sesenta y dos, para juzgar á los reos de los delitos en ella expresados: delitos que casi en su totalidad ha cometido Maximiliano, y ley que lo comprende y le es aplicable en todo derecho, porque ya existía cuando él vino á México á cometer los delitos contra la independencia y seguridad de la Nación, contra el derecho de gentes, contra la paz y el orden público y contra las garantías individuales, está vigente y es la que ha aplicado usando de un derecho incontestable como inherente á la soberanía del país el Gobierno de la República, en la guerra que ha sostenido en defensa de la Independencia Nacional, contra la intervención francesa y de su soberanía anterior, contra la usurpación de Maximilia-

no; sin que haya razón para que la ley deje de cumplirse en este caso. El Fiscal, reiterado otras dos veces el presente cargo, hizo al procesado el—Décimo tercio cargo: de su contumacia y rebeldía, á pretexto de la pretendida incompetencia del Consejo de Guerra y del General en Jefe para juzgarlo, cuando la nación por sus leyes antiguas y modernas ha depositado en ellos la Administración de Justicia en estado de guerra, para juzgar y sentenciar á los que por haber sido en ella vencidos, ó por otros motivos expresos, quedan sometidos al fuero militar. El Fiscal le llamó la atención sobre la inconsecuencia en que incurre negando la jurisdicción sobre él al General en Jefe á quien el mismo se rindió á discreción. Hizo las otras dos veces este mismo cargo, lo requirió de nuevo para que lo contestase, así como á los anteriores; apercibiéndole de nuevo de que por su contumacia y rebeldía, las leyes del país consideran confeso en el contenido de los cargos no contestados á los que rehusan defenderse, ó respecto de los que guardan un silencio inútil; y no habiendo obtenido de Maximiliano otra respuesta que la ya expresada, de que no puede contestar á los cargos que se le han hecho por ser todos del orden político y porque no debe conceder, según

cree, competencia á un Juez militar para el conocimiento de su causa, se dió por evacuada y terminada la presente confesión con cargos que firmaron el Fiscal y Maximiliano con el escribano que subscribe. *Manuel Azpíroz.*—Una rúbrica.—*Maximiliano.*—Una rúbrica.—Ante mí.—*Jacinto Meléndez.*—Una rúbrica.

Carta de Maximiliano al Presidente.

A media noche Fernando Maximiliano pidió que se le permitiese escribir y dirigir al C. Presidente de la República una carta, y obtenido el permiso, escribió y remitió una carta que á la letra dice:—«Querétaro, Mayo 25 de 1867.—Señor.—No conociendo bastante el idioma español en el sentido legal, deseo que en el caso de que mis defensores lleguen un poco tarde, se me conceda el tiempo necesario para mi defensa y arreglo de mis negocios privados.»—Y para que conste se sienta por diligencia que firmó el Fiscal con el presente escribano.—*Azpíroz.*—Una rúbrica.—Ante mí.—*Jacinto Meléndez.*—Una rúbrica.

Después de media noche el Fiscal dispuso que se suspendieran estas actuaciones para

uarlas en la mañana. Y para constan-
 ró con el presente escribano. *Azpíroz.*
 rúbrica.—Ante mí. —*Jacinto Meléndez.*
 rúbrica.

esión con cargos de Don Tomás Mejía.

a mañana del veintiseis se trasladó el
 acompañado de mí, el escribano, al
 to de D. Tomás Mejía, á quien tenién-
 resente dijo: que podía nombrar defen-
 l interpelado nombró para que le de-
 al licenciado Próspero Vega, residente
 ciudad.

seguida el Fiscal manifestó á D. Tomás
 que debiendo ser puesto en Consejo
 erra, venía á hacerle los cargos que le
 n de los delitos por que está procesa-
 antes de verificarlo le puso á la vista
 zas que le conciernen de este proceso.
 uida, — Preguntado D. Tomás Mejía
 el cargo que le resulta de haber hecho
 ntemente la guerra al Gobierno Cons-
 nal de la República, sin que le sirva
 usa que á ello se vió forzado por la per-
 ón que el mismo Gobierno le tenía de-
 a y él no hallaba otro medio de librar-
 ella que el de las armas, porque ade-

más de otras consideraciones que ocurren sobre la ilegalidad de este medio, hay la de que el declarante incurre en contradicción cuando confiesa que jamás se ha acogido á la amnistía del Gobierno, pues este camino de indulto estaba para él abierto, como lo estuvo para muchos, como lo confiesa. El Fiscal añadió: que jamás con mayor obligación y honra pudo el procesado acogerse á la amnistía del Gobierno, como se acogieron muchos jefes del bando reaccionario, que al comenzar la guerra de intervención que trajeron al país los franceses, y sin embargo, entonces mismo rehusó deponer las armas y contribuyó con su conducta á la realización de los planes de la intervención francesa. — Respondió: que de la amnistía otorgada por el Gobierno á sus contrarios antes de anunciarse la guerra de intervención, fué él expresamente excluído en unión de los Sres. Miramón y Márquez, y con ellos puesto fuera de la ley, y en consecuencia tenazmente perseguido; y que al principio de la guerra de intervención, si bien no se sometió al Gobierno, tampoco le hizo la guerra ni tomó parte con los franceses, como leva dicho en su declaración preparatoria. — Reconvenido por qué no responde al cargo que le resulta de no haberse acogido á la amnistía cuando vinieron los franceses y sí pre-

seguir con las armas sin someterse al Gobierno, contribuyendo así de algún modo á la zación de los planes de los invasores, — respondió: repitiendo, que no había hecho antes la guerra al Gobierno, no obstante podía hacérsela porque conservaba sus armas, y permaneció neutral, como ya ha o. — Preguntado: sobre el cargo que le recae de lo que él llama neutralidad entre el Gobierno y los franceses cuando temía, según su propia confesión, que pudiera peligrar la independencia de México por la invasión de éstos, pues su deber como mexicano era el de emplear las armas en defensa de esa independencia que en su concepto podía perder, y prefirió conservarlas inútiles contra el invasor, mientras por la actitud que él tomaba distraía la atención del Gobierno y era un embarazo, por lo menos, para la defensa de la independencia de México. Respondió: que esta conducta que se le inculpa, tal vez nacida de nuevo de un error de los hombres á que están sujetos los hombres, pues no faltaba á su deber, esperando engañarse de la existencia de este peligro. Preguntado sobre el cargo que le resulta de no haber querido reconocer jamás al Gobierno Constitucional de la República y de estar estado defendiendo ó dispuesto á de-

fender siempre al partido que en el país se ha llamado conservador aun después de haber sido vencido, como cuando se intitulaba presidente D. Félix Zuloaga, — Respondió: que no había reconocido como legítimo al Gobierno liberal, porque no se había establecido bien en el país, y que por lo mismo solo puede hacérsele este cargo por no haberlo reconocido cuando se estableció últimamente, y solo quedaban haciéndole la guerra algunas partidas en la época que se ha mencionado de Zuloaga; pero que entonces se vió obligado, como ya ha dicho, á seguir haciendo la guerra por la persecución que se le hacía y por la conducta que observó el Gobierno con él desaprobando los convenios celebrados con Rosas Landa. — Preguntado sobre el cargo de haber reconocido al llamado Imperio de Maximiliano, de haberle servido como instrumento de guerra para la ruina de las instituciones nacionales y para la persecución de los defensores de la República, — Respondió: que reconoció al Imperio porque creyó que se lo había dado la nación, y entendía también que se retiraban desde entonces los franceses y que el Imperio quedaría instituído por la voluntad de los mexicanos. Reconvenido: cómo dice que creyó que el Imperio había sido proclamado por la nación,

ha confesado que no estaba seguro de la realidad de la representación que presentaban tener del pueblo mexicano los que dieron sus votos en favor del Imperio, y cómo es posible que creyera de buena fe que el pueblo mexicano proclamaba el Imperio libre voluntad, cuando los votos que se dieron en favor del Imperio fueron dados en presencia y bajo la presión de las bayonetas francesas. -Respondió: que el sentido de su declaración es que no estaba seguro de la legitimidad de algunos representantes, y que tampoco creía que los votos dados en favor del Imperio eran arrancados por la fuerza de las armas francesas, y que lo que finalmente obró en él, fué la confianza puesta en la buena fe de Almonte y otros señores, que aseguraban que la intervención francesa no comprometía la independencia nacional, y que el Imperio era conforme a la voluntad del pueblo mexicano. -Preguntó: si con el transcurso del tiempo no se persuadirse de todo lo contrario, esto es, que la invasión de los franceses atacaba la independencia de México, que el Imperio era rechazado por la nación y que no merecía los votos dados de Almonte y de las otras personas; que lo engañaron, —Respondió: que con el transcurso del tiempo se persuadió

de que los franceses atacaran la independencia de México; pero que sí llegó á conocer que el Imperio era rechazado por la nación, á causa de su debilidad para permitir la permanencia de los franceses, y que se equivocó también en dar crédito á las seguridades de las personas que ha dicho.—Reconvenido: cómo si llegó á persuadirse de que el Imperio fué rechazado por la nación, sin embargo constantemente lo defendió con las armas y no se separó de él, como era su deber, para no ser instrumento de la usurpación y seguir derramando la sangre de los que, obsequiando la voluntad nacional, hacían la guerra al Imperio,—Respondió: que su propósito fué entonces separarse, y á este efecto hizo varias veces renuncia del mando de armas que tenía; pero que en lugar de que se la admitieran, el Ministerio de la Guerra no le daba ni aun respuesta á las comunicaciones que con este fin le dirigía; que en tal caso no le quedaba otro medio que el de la deserción del Ejército Imperial, y este medio era contrario á las ideas de honor que siempre ha tenido.

—Reconvenido: por qué lejos de justificarse el cargo anterior está manifestando que conociendo ya la ilegitimidad del Imperio, sin embargo le reconocía de nuevo al dirigirse al Ministerio de la Guerra para que le admi-

tiese su dimisión, y por qué el falso honor que lo comprometió á seguir siendo cómplice de la usurpación antes que desertarse como dice, no puede ser racional excusa sino antes bien una nueva culpa que tiene,—Respondió: que no puede contestar á ese cargo sino diciendo lo que ha dicho: que su honor, falso ó verdadero, pero que siempre ha sido el mismo, no le permitió adoptar el medio de la deserción y siempre creyó que su conducta era arreglada al deber.—Preguntado sobre el cargo que le resulta de complicidad con los franceses y con el usurpador Maximiliano en los asesinatos, incendios y crímenes de todo género que han cometido ó autorizado durante cinco años; por la cooperación constante y eficaz que ha prestado á la intervención francesa y al llamado Imperio, y también por el cargo que pesa sobre él directamente por la sangre mexicana que ha derramado en los diversos mandos importantes de armas que ha tenido desde el año de sesenta y dos hasta la toma de esta plaza,—Respondió: que no se juzga cómplice en delitos que él personalmente no ha cometido, como en efecto no lo ha hecho ni ordenado, y que si bien ha derramado sangre en las acciones de guerra que ha tenido, su deber así lo exigía, y hace notar que en todo el tiempo que

ha estado al servicio del Imperio, se ha limitado á defenderse cuando lo han atacado, pero nunca se ha convertido en agresor.—Y habiendo leído esta su confesión y no teniendo nada que agregar, dijo que era la verdad y en ella se ratificó, firmando con el Fiscal y presente escribano.—*M. Azpíroz.*—Una rúbrica.—*Tomás Mejía.*—Una rúbrica.—Ante mí.—*Jacinto Meléndez.*—Una rúbrica.

Aceptación del defensor de Mejía.

Conste por diligencia el haberse comunicado su nombramiento de defensor al Licenciado C. Próspero C. Vega, quien quedó citado para la oración de la noche, á fin de que se haga constar su aceptación si no tiene excusa. En este momento, presente dicho Licenciado y preguntado por el Fiscal si aceptaba el nombramiento de defensor que ha hecho de él D. Tomás Mejía, dijo: que sí aceptaba el nombramiento y bajo la protesta legal ofrece desempeñar su encargo con la lealtad y empeño debido.—Y para que conste firmó con Fiscal y presente escribano.—*Manuel Azpíroz.*—Una rúbrica.—*Próspero C. Vega.*—Una rúbrica.—Ante mí.—*Jacinto Meléndez.*—Una rúbrica.

Confesión con cargos de Miramón.

En la misma fecha (veintiséis de Mayo), el Jefe de la policía en unión del suscrito escribano, pasó al domicilio de D. Miguel Miramón, quien preguntado: á qué personas encarga de su defensa, dijo: que ha llamado por el telégrafo al licenciado Jáuregui, residente en Santosí, y por extraordinario al licenciado Joaquín Alcalde, que cree está en Mérida, para que le sirvan de defensores. El Jefe manifestó que era ya llegada la ocasión de tomarle su confesión con cargos, para poder instruirse antes de las piezas de este proceso que le conciernen.—D. Miguel Miramón impuso de las órdenes que sirven de base al proceso, y en seguida,—Pregunta: ¿confiesa su constante rebelión contra el Gobierno Constitucional de la República?—Respondió: que no se juzga rebelde contra el Gobierno Constitucional de la República, nunca lo reconoció, sino que después de la administración del General Santa Anna, y después del General Zuloaga como Presidente le-legal, y después él mismo tuvo el mando de la nación por elección de una Junta provisional, y no conforme con ella, como

sustituto del Presidente Zuloaga.—Reconvenido: cómo niega el cargo, cuando después de la administración de Santa Anna se estableció en la República el Gobierno emanado del Plan de Ayutla, que fué reconocido en todo el país y por las potencias extranjeras, no menos que un poco de tiempo por el declarante, quien, estando á su servicio en las armas, se rebeló contra él, con la circunstancia agravante de haberse insubordinado violentando á su jefe inmediato para llevarse al cuerpo que mandaba, y con la más agravante todavía de haberse pasado á los pronunciados de Zacapoaxtla que acababan de desconocer al Gobierno, y á quienes iba á batir por disposición del mismo Gobierno.—Respondió: que el Gobierno establecido entonces no era Constitucional, sino el de D. Juan Alvarez.—Vuelto á reconvenir, porque no se libra del cargo con decir que no era Gobierno Constitucional el que desconoció, sino de D. Juan Alvarez; en primer lugar, porque como él mismo confiesa, este Gobierno se hallaba establecido; en segundo lugar, el declarante lo había reconocido y servido en el ejército, y en tercer lugar, si bien en efecto el Gobierno de D. Juan Alvarez no era Constitucional todavía, porque no se había expedido la Constitución, y sí emanado del Plan de Ayutla, consentido

do por la nación, origen de la Cons-
e cincuenta y siete y de los Gobier-
itucionales, de la misma manera que
ido del que presidió el General Al-
espondió: que no juzga ya vivo este
que derrotado en Puebla el ejército
amó el Plan de Zacapoaxtla y cele-
apitulación en consecuencia con la
ación establecida entonces, el de-
erdió su empleo y fué sentenciado
omo soldado por el artículo cuarto
tulación, con cuya pena quedó bo-
sponsabilidad que pudo haber con-
uelto á reconvenir, porque el des-
pretende dar no hace más que rea-
rebelión y demostrar que fué en
dente, pues la pena referida que tal
gó á cumplir, lejos de servir para su
, le dió quizá ocasión para volverse
r de nuevo en Puebla, cuya plaza
ajo las órdenes de D. Joaquín Ori-
sta que volvió á ser vencido por las
l Gobierno, contra quien ya dos ve-
ía rebelado, -Respondió: que con-
o lo ha hecho, la primera rebelión
rgada, pero no la segunda, porque
ía mando de fuerza ni era militar
bierno á quien seguía desconocien-
to á reconvenir por el cargo de re-

belión, de que no puede disculparse, ni aun la segunda vez, porque en virtud de la capitulación de Puebla, que ha referido, había quedado sometido al Gobierno, y solo con esta circunstancia se comprende que haya podido compurgar la primera rebelión; si no, esta es un nuevo cargo todavía contra él: y si quedó sometido al Gobierno, su continuación, que confiesa en desconocerlo, es realmente el principio de una nueva rebelión, que cometen, no solamente militares que mandan fuerzas, sino también los paisanos que se levantan contra la autoridad reconocida, — Respondió: que vuelve á decir que por la primera rebelión no tiene cargo; y por la segunda, lo tiene solamente como paisano, porque el Gobierno lo había destituido de su empleo militar. — Preguntado sobre el cargo de haber cooperado eficaz y principalmente con los jefes rebeldes que han mantenido la guerra civil á turbar la paz de la nación y hacerla víctima de todos los horrores de la guerra, — Respondió: que su descargo consiste en que la nación rechazó la Constitución que desconoció el mismo Presidente Comonfort, que debía á ella su existencia política. — Reconvenido: primero: porque dice que la nación rechazó la Constitución, cuando es un hecho que ella continuó rigiendo la República en

todos los lugares no ocupados militarmente por los que se levantaron contra ella á consecuencia del Golpe de Estado de Comonfort y del Plan de Tacubaya; porque es también otro hecho que el Ejército Constitucional venció definitivamente á los pronunciados por el Plan de Tacubaya, y finalmente, porque de entonces acá ha continuado también en pie la Constitución donde quiera que no lo ha impedido la violencia de las armas extranjeras y del usurpador Maximiliano: segundo: porque la defección de Comonfort fué un delito que no podía servir de excusa á los que le acompañaron en ella,—Respondió: que tanto el Plan de Tacubaya como la Constitución han regido donde no ha habido enemigos armados, y que el haber sido vencidos los partidarios de este Plan, fué debido al auxilio que prestaron á los Constitucionales los buques americanos en las aguas de Antón Lizardo; que además advierte, que no se adhirió al Golpe de Estado, sino al Plan de Tacubaya. —Preguntado para que conteste el cargo que le resulta de haberse abrogado el mando supremo de la nación sin otro título que el de la fuerza armada, y haber continuado con tal carácter la guerra civil,—Respondió: que ya ha dicho antes que fué Presidente de la República por elección de una Junta de Notables;

pero que no siendo de su aprobación este título, entró á presidir á la nación en sustitución del General Zuloaga, cuyo Gobierno fué reconocido por la mayoría del país y por las potencias extranjeras, incluso entonces los Estados Unidos. —Reconvenido por el mismo cargo, puesto que la sustitución de Zuloaga, título en que hace consistir la legalidad con que tuvo la investidura del Jefe de la República, no era en realidad sino el de la fuerza armada, á la que debió el mismo Zuloaga su elevación como Presidente de la República, la extensión de su poder era el alcance de la fuerza armada, como lo ha confesado al convenir en que regía el Plan de Tacubaya sólo donde lo sostenían las armas, siendo por lo mismo inadmisibile el reconocimiento de la administración de Zuloaga por la mayoría de los mexicanos, y finalmente, porque el reconocimiento de dicha administración por las potencias extranjeras, incluso los Estados Unidos, ni añade ni quita nada á la consideración de la legitimidad de un Gobierno, por ser este un asunto que pertenece á la soberanía interior de todo Estado, —Respondió: que en el mismo caso se hallaba el Gobierno emanado del Plan de Ayutla, y de consiguiente el Constitucional, ambos establecidos por la fuerza de las bayonetas. —Añadió: que

enci6n del reconocimiento que pres-
 Gobierno de Zuloaga las potencias
 as, es porque esta misma raz6n se
 o al tratarse del Gobierno emanado
 de Ayutla.—Preguntado para que
 el cargo que tiene de haber manda-
 ar la pena de muerte en los prisio-
 guerra hechos en Tacubaya el once
 de mil ochocientos cincuenta y nue-
 xceptuar 6 médicos que asistían 6
 os, ni aun al ciudadano Jáuregui,
 nía delito ni el más leve participio
 Ejército vencido, cuyos hechos si no
 dos ordenados sí fueron aprobados
 or él,—Respondió: que las ejecucio-
 se refiere el cargo que se le propo-
 eron ordenadas ni autorizadas por
 solamente respecto de los oficiales
 os pertenecientes al Ejército que se
 asado al enemigo y 6 quienes se
 la ley: que la muerte de los otros
 os le disgustó y la desaprobó y que
 igó al responsable, que era el Gene-
 uez, fué porque este General era el
 y se sabe cuán difícil es adminis-
 cia en México en casos como el de
 ta.—Añadió: que los prisioneros no
 el citado día fueron mandados po-
 ertad por él, de que son testimonio

vivo, entre otros varios, el Coronel Chavarría y el Licenciado Jáuregui.—Preguntado: para que conteste el cargo que le resulta de haber mandado con el carácter de Presidente de la República violar los sellos del Gobierno de Inglaterra para extraer y consumir, como extrajo y consumió, los fondos destinados por el Gobierno Constitucional al pago de la Convención inglesa.—Respondió: que ordenó la ocupación de dichos fondos, porque sabía que con ellos comerciaba el encargado de negocios Mathius, como lo prueba el hecho de haber gastado una cantidad; por la imperiosa urgencia en que estaba el Gobierno de recursos pecuniarios, y por el temor que abrigaba de que esos fondos se perdieran, por ser bien conocida su existencia, en un conflicto de armas que hubiese en la plaza.—Reconvenido porque su contestación no hace desaparecer el cargo, puesto que nada podía justificar la injuria cometida contra el pabellón inglés, y tanto menos cuanto que este hecho ha sido uno de los que principalmente contribuyeron al descrédito de México, y á preparar los pretextos que paraís tarde había de alegar la Europa para tratar de intervenir á mano armada en los negocios de la política interior de México.—Respondió: que no hubo violación del pabellón

e no existía en la capital representativo del Gobierno de la Gran Bretaña, porque el dinero estaba depositado en un almacén particular, y que es falso que haya servido de pretexto á la intervención europea en México —Vuelto á lo que él dice que no hubo violación de territorio inglés, cuando es público que los soldados de la Legación Británica abrían la puerta del almacén, perder á este hecho el carácter de simple circunstancia de que la Legación hallara presente en la Capital, que pudiera alegar, de que el Gobierno de Inglaterra no tuviese un agente acreditado para con la administración en la Ciudad de México; que que fuera este uno de los vicios que sirvieran para la intervención en México, cuando es también una notoriedad que se proponía este hecho para acusarnos á los mexicanos de que violábamos el derecho internacional y la seguridad en el país para la propiedad. --Respondió: que justifican las circunstancias que deja referir que se hacía con los fondos, la necesidad que tenía de dinero el Gobierno y en cuanto á que el mismo he-

cho fuese pretexto para la intervención extranjera, lo ignoraba hasta este momento, pues sólo recuerda que sirvió de fundamento á la Convención de Londres de treinta de Octubre de sesenta y uno, la suspensión de pagos de la deuda extranjera, decretada por el Gobierno Constitucional. — Preguntado: para que conteste el cargo que tiene de haber tratado de desembarcar á principios de sesenta y dos en el puerto de Veracruz, cuando lo ocupaban las fuerzas de la triple alianza en virtud de la Convención de Londres, para ofrecer sus servicios á la intervención extranjera, ó á lo menos para volver bajo el amparo de ella al país de donde había salido á causa de su responsabilidad política anterior; pues que si bien se vió estrechado á alejarse de nuevo del territorio mexicano, porque el representante del Gobierno de Inglaterra lo reclamaba para que fuese juzgado ó pedía su castigo por la violación de los sellos y apoderamiento de los fondos; la misma protección que los agentes franceses le otorgaron, y también tal vez los españoles, para que se salvase del peligro que le amenazaba, es cuando menos un vehemente indicio de su complicidad en los planes del Gobierno francés, y tal vez del español, que se ven á desarrollar en México, y cuya iniqui-

dad él mismo ha conocido, según su propia confesión, al mismo tiempo que el referido amparo de los extrajeros que de hecho estaban en guerra con el Gobierno Constitucional, es una prueba completa de que se valía de la intervención extranjera para eludir la responsabilidad en que había incurrido por su conducta política en la guerra civil.— Respondió: que niega el cargo, porque su intento de volver al país á principios de sesenta y dos, sólo tenía por objeto el poder ver de cerca la conducta de los interventores extranjeros, con cuyos proyectos no estaba de acuerdo desde entonces, y los que más bien trataba de contrariar aunque no le era posible, porque el Gobierno de México lo había excluído nominalmente de la amnistía que concedió á todos los demás que le habían hecho la guerra; y que la protección que le concedió el General Prim, y por su influencia el representante de Francia, fué un servicio amistoso al mismo tiempo que el deber que tenía dicho General de oponerse al abuso que pretendían cometer los ingleses.— Preguntado: para que conteste el cargo que le resulta de haber vuelto con posterioridad al referido acontecimiento á México bajo la protección de la intervención francesa y de Maximiliano, de quien recibió además la co-

misión militar con que fué despachado á Prusia, sin que sea bastante á relevarle de este cargo la circunstancia que indica en su declaración preparatoria de que la tal comisión fué más bien un destierro debido á su enemistad con los franceses, pues debía de considerar que éstos eran el único apoyo de Maximiliano, y que el mismo Maximiliano nunca fué otra cosa en el país que un usurpador de los títulos de soberano.—Respondió: que ni aun entonces vino bajo la protección de la intervención francesa, puesto que desembarcó en Brownsville, de donde se dirigió á México, atravesando de incógnito por los Estados de Tamaulipas, Nuevo León, San Luis Potosí y Querétaro, ocupados aún por fuerzas constitucionales, y en México reconoció al Gobierno de hecho, que era la Regencia; que en consecuencia admitió después la comisión militar que le dió Maximiliano.—Reconvenido por qué dice que la Regencia que precedió al llamado Imperio de Maximiliano era un Gobierno de hecho, puesto que el título de un Gobierno de esta clase no justificaba el reconocimiento que le prestaba un mexicano, cuya obligación era buscar al Gobierno legítimo, tanto más cuanto que ni la consideración de Gobierno de hecho merecía la Regencia ni ha merecido después

do Imperio, porque es bien sabido se sostenía ni se ha sostenido des-
 ierzas propias sino por la violen-
 rmas francesas, y porque en rea-
 miliano sólo ha sido un usurpador
 de soberano de México. El Fis-
 notar que precisamente en la épo-
 gencia que él reconoció, era cuan-
 ía menos visos de Gobierno ni de
 que la mayor parte del territorio
 estaba sujeta al Gobierno de la
 el cual existía como ha existido
 sin interrupción de un solo ins-
 ro del territorio nacional, sosteni-
 zas propias y dirigiendo la guerra
 temente ha hecho á la interven-
 sa y al llamado Imperio, que fué
),—Respondió: que no podía reco-
 bierno Constitucional que lo ha-
 iado de la amnistía, y que por la
 ad de permanecer viviendo en el
 se vió obligado á volver al país,
 cuencia fué el reconocer al poder
 en la Capital y servirle, porque
 era posible que este poder lo de-
 o en su casa.—Reconvenido: por-
 ha dicho para librarse del cargo
 es bastante á salvarle de la res-
 d en que ha incurrido reconocien-

do la usurpación de Maximiliano y sirviendo á éste de seis meses acá, según su propia confesión, con mando importante de armas, complicándose con él en los crímenes que durante dicho tiempo ha cometido, derramando por sí sangre de los mexicanos en Zacatecas, la Quemada y Querétaro, y perseverando hasta el fin en defender al pretendido Imperio, cuando á toda luz era éste ya insostenible, ni aun de hecho,—Respondió: que como dijo en su primera declaración, creyó que una vez retirado el Ejército francés, el Imperio se consolidaría, sostenido por mexicanos; y que el servicio que ha prestado en las armas era por lo mismo en su concepto el cumplimiento de su deber.—Y no teniendo que añadir á esta confesión, la leyó y se ratificó en ella; firmando con el Fiscal y presente escribano. — *M. Azpíroz.* — Una rúbrica. — *Miguel Miramón.* — Una rúbrica. — Ante mí. — *Jacinto Meléndez.* — Una rúbrica.

Exposición verbal de Maximiliano.

En la misma fecha Maximiliano solicitó la presencia del fiscal, ante quien, así como ante el Escribano que suscribe, dijo: que oídos por él anoche los cargos que se le hicieron y para el procedimiento que por ellos se trata

pide que se declare considerado como Ex-Empúe concedido en lista a, y por el cual fué re los Gobiernos del globo Jefe de una parte de cia de las innumerables todos los puntos del n originales en Londres os declararon que con rte de la nación: que e siderado como Ex-En tratado de otra manera le á un Archiduque de o nació y que ningún que por lo mismo apela del mundo entero, á la General en Jefe, y des del Presidente, para q encionado lo juzgue el C autoridad competente p de tanta trascendencia como envuelve la ca sido soberano, puntos scutidos por jueces me para que en el segundo derecho internacional onsagradas por él de siones un Archiduque

quien en virtud de tales derechos y privilegios, solamente puede ser entregado prisionero á un buque de guerra Austriaco. Añadió y declaró, que en cualquiera caso no conoce bastante el idioma legal ni las leyes de la República, que le falta salud para defenderse sin la ayuda y dirección formal de buenos le-
gistas que sean al propio tiempo políticos capaces de juzgar de las situaciones pasadas: que desea y necesita para bien del país una entrevista personal con el Presidente, para hablarle de puntos de mucha gravedad: que teniendo que arreglar negocios de familia que tienen el carácter de internacionales con Austria y Bélgica y habían debido ser concluidos hace mucho tiempo, necesita conferenciar con el Barón de Magnus y los representantes de Austria y Bélgica que estuvieron acreditados cerca de su persona: finalmente pidió copia de los cargos que se le hicieron anoche para poder estudiarlos con calma.—El Fiscal dispuso que se consignase en el proceso esta exposición de Maximiliano, para que constando debidamente pueda producir los efectos de derecho procedan: en seguida pasando encargarse de los puntos contenidos en la exposición consignada, sobre los cuales se va con derecho á dar una resolución, ó indicar un medio que llene los deseos de Maxi-

*Carta de Mariadliano al Presidente
de la República.*

A media noche fué presentada al Fiscal la carta siguiente: «Querétaro, 26 de Mayo de 1867.—Señor Presidente.—Deseo hablar personalmente con V. de asuntos graves y muy importantes al país: amante decidido V. de él espero que no se niegue V. á una entrevista: estoy listo para ponerme en camino hacia esa Ciudad á pesar de las molestias de mis enfermedades.—*Mariadliano*. —Cuya carta original fué presentada por Don Juan H. Bahnsen, y la firma que la cubre es la misma que usa Maximiliano en sus escritos.

Pase concedido á la carta de Mariadliano.

El Fiscal concedió el pase, y dispuso que se sentara por diligencia con inserción del contenido de la carta, hecho lo cual, firmó el presente Escribano.—*Manuel Azpíroz*.
Una rúbrica.—Ante mí—*José Meléndez*.
Una rúbrica.

n de

4

índex

talló

is, y

ah

que

a, de

la

ura c

Ciuc

y s

a y

le M

la

del

Ci

in I

omu

or si

—S

aa h

ción y permiso del Señor General Escobedo, llamando al Barón de Magnus con dos abogados para que se hagan cargo de mi defensa. El Señor General Díaz ha contestado por telegrama de ayer, que no puede permitir la entrada á México de mi pedido sin orden del Supremo Gobierno.—Deseo, señor Presidente, se sirva Ud. expedir esa orden para que cuanto antes vengan las personas que llamo y que son indispensables para mi defensa, agregando á ellos los representantes de Austria y de Bélgica, ó en su defecto á los de Inglaterra y de Italia, por serme indispensable arreglar con ellos asuntos de familia de carácter internacional que debían haber quedado arreglados hace dos meses.—*Maximiliano.*—Cuya firma certifico que es la misma con que cierra Maximiliano sus escritos.

El Fiscal concedió el permiso solicitado, y dispuso que se sienta por diligencia con inserción certificada del contenido de la carta, y firmó con el presente Escribano.—*Azpíroz.*
—Una rúbrica. —Ante mí. —*Jacinto Meléndez.*
—Una rúbrica.

et la
realité

de
nes
de
nue
M.
adc
ales
de
ad c
rden
uale
le V
urar
stad
egu
ie l.
nsa
e p
ex
o ac

l pr
orq
rgos

jía, y el derecho considera como evacuada también la de Maximiliano, en el caso que ha ocurrido de negarse éste á reconocer la competencia del Consejo de Guerra ordinario, y á responder en consecuencia á los cargos que le he formulado. Nuestra legislación da por confeso en rebeldía al contumaz, previas las repeticiones, amonestaciones y demás requisitos de estilo, que no he olvidado en mi conducta de Fiscal con Maximiliano. La excepción de incompetencia está consignada solamente en el proceso con todos los fundamentos con que ha sido alegada; porque las leyes militares que nos gobiernan niegan al Fiscal la facultad de suspenderlo, y muy por el contrario lo estrechan á que lo prosiga, á pesar de la expresada excepción, sobre cuya eficacia solamente puede resolver la autoridad de V.

Los tres procesados han nombrado ya sus defensores, y aunque solo consta la aceptación del elegido por Tomás Mejía, aquella circunstancia es en mi concepto suficiente para que el proceso pueda decirse en estado de defensa. No creo que fuese ilegal el nombramiento de oficio de defensores para Maximiliano y Minón; puesto que los que ellos han llamado se han presentado á manifestar su aceptación, y parece que ni se hallan en esta Ciudad; que los mismos reos no han nombrado

lavía defensores de en
 tes, y que por lo mi
 nanza, el Fiscal debe
 ando procuración de o
 ido más conveniente
 te nombramiento por
 opuesto dejar á los pre
 rtad posible para su d
 inal esperar que los at
 éxico y San Luis Poto
 ento á otro, y porque
 mpo todavía para no
 e se hallen en esta pla
 va devolverme el proc
 En cuanto al segundo
 horas que la ley conc
 bastantes en los caso
 el proceso se sigue
 ro en uno extraordina
 uellos que la causa es
 perentoriedad de un
 o difícil, sino hasta ir
 n de la defensa, y tal
 studio de un proceso
 cado. Además, en la
 neral en Jefe de las ar
 Comandante de una pl
 nde, suele prorrogar lo
 , si de otra manera no

una causa ó proporcionar la defensa debida al encausado. Ultimamente, en atención á las razones expuestas, puede presumirse que la ley de veinticinco de Enero establece los términos de la duración de las actuaciones para los casos comunes, y también que las veinticuatro horas concedidas para evacuar la defensa debieran concederse á cada uno de los procesados sucesivamente cuando son varios. Esta interpretación de la ley podía fundarse en el principio jurídico de que "las dudas deben resolverse en favor del reo."

V., sin embargo, con mejor acuerdo se servirá determinar lo que fuere de justicia sobre los puntos que contiene este memorial: restándome solo pedir á V. se sirva excusarme la demora de algunas horas transcurridas desde las tres y media de la mañana de hoy en que se cumplieron las sesenta concedidas para poner el proceso en estado de defensa hasta la en que pongo en las manos de V. el presente, porque he empleado este tiempo de exceso en el arreglo y revisión de las actuaciones y en la escritura de este memorial.—

—México, Mayo 27 de 1867.—*Manuel Aspí-*
 -Una rúbrica.

la misma fecha, á las cuatro y media de la tarde, el Ciudadano Fiscal pasó acompa-

tomado su inquisitiva, en seguida su confesión con cargos, y no habiendo cita alguna que evacuar, confrontación de testigos ó acusados ni diligencia alguna que practicar, soy de opinión que la presente causa puede elevarse á plenario.

Por lo que hace al 2.º punto que el C. Fiscal consulta, me ocuparía de él, si el Supremo Gobierno, que fué quien expidió la ley y el único que ahora tiene autoridad para resolver las dudas y fijar el verdadero sentido de las palabras, no hubiera ya resuelto que el término de las veinticuatro horas que la ley de 25 de Enero de 862 fija para la evacuación de la defensa, debe entenderse para cada uno de los encausados.

En tal virtud, soy de parecer que en el sentido indicado deben resolverse los dos puntos que consulta el C. Fiscal.

Independencia y Libertad. Querétaro, Mayo 28 de 1867.—*Lic. Joaquín M. Escoto*.—Una rúbrica.

en Jefe le transcribe las resoluciones del Supremo Gobierno dadas en vista de la solicitud de Maximiliano para tener una entrevista con el C. Presidente de la República, y para que se libre orden al C. General Díaz de que permita la salida de México del Barón de Magnus y demás personas á quienes ha llamado; y de la consulta que hizo el Fiscal sobre si el término de veinticuatro horas, que concede la ley para evacuar la defensa, corre sucesiva ó simultáneamente para los tres reos: y firmó esta diligencia con el presente escribano.—*Aspóroz.*—Una rúbrica.—*Ante mí.*—*Jacinto Meléndez.*—Una rúbrica.

República Mexicana.—Ejército de operaciones.—General en Jefe.—Con fecha 28 del presente, dice á este Cuartel General el C. Ministro de la Guerra y Marina, lo que sigue:

“Ministerio de Guerra y Marina.—Sección 1.^a—Telegrama.—San Luis Potosí, Mayo 28 de 1867.—C. General Mariano Escobedo.—El C. Presidente de la República ha recibido hoy una carta de Maximiliano fecha 25 de este mes, manifestando que por no conocer tanto el idioma castellano en el sentido que pide, que en el caso de que no lleguen á tiempo los defensores que ha llamado, se le conceda el tiempo necesario para su defensa y

ceder el C. General Díaz para que salgan de la Ciudad de México el Barón de Magnus y demás personas que llama el expresado reo, se mandó comunicar á dicho C. General Díaz para su cumplimiento: y á fin de que conste lo firmó el Fiscal con el presente escribano. —*Azpíroz.*—Una rúbrica. —Ante mí.—*Jacinto Meléndez.*—Una rúbrica.

En telegrama de ayer recibido á las doce y media de la noche, me dice el C. Ministro de la Guerra lo que copio:

“El C. Presidente se ha instruído del pedido que hace Maximiliano para que el General Díaz permita la salida de la Ciudad de México, ocupada por los enemigos y en sitio estrecho por el citado General Díaz, al Barón de Magnus con los abogados para que se hagan cargo de su defensa, así como de los que han sido representantes cerca del mismo Maximiliano de Austria y Bélgica, ó en su defecto de los de Italia é Inglaterra, para arreglar con ellos asuntos de familia.

Respecto al pedido referido se ha servido acordar el C. Presidente, que si las personas solicitadas por Maximiliano pueden venir á Querétaro en tiempo de llenar su deseo sin interrumpirse los procedimientos del juicio y términos que la ley prefija para su con-

Independencia y Libertad. Querétaro, Mayo 28 de 1867.—*Escobedo*.—Una rúbrica.—C. Teniente coronel Manuel Azpíroz, Fiscal especial.—Presente.

República Mexicana.—Ejército de operaciones.—General en Jefe.—Notifique V. al procesado Fernando Maximiliano de Hapsburgo que el mensaje del C. Presidente de la República recibido anoche á las doce, y del que ya tiene V. conocimiento por la transcripción que de él se ha hecho, á la misma hora se ha mandado á S. Juan del Río para que de allí se transmita por el telégrafo al C. General Porfirio Díaz.

Independencia y Libertad. Cuartel General en Querétaro, Mayo 28 de 1867.—*M. Escobedo*.—Una rúbrica.—C. Coronel Manuel Azpíroz, Fiscal de la causa de Maximiliano y cómplices.—Presente.

Notificación á Maximiliano.

En seguida se trasladó el Fiscal y escriba presente á la prisión militar, donde notificado Maximiliano del contenido de los dos autos que se acaban de agregar, dijo: que lo oyó y queda enterado. El Fiscal en seguida preguntó si quería nombrar para su defen-

est
unc
o,
és
ient
onc
y
ad
. Y
tes
père
bric
nte

807

. qu
a la
ense
o V
el f
tro
na é
co
anc
icini

el defensor de Minamón.

ha notificado D. Miguel
que guarda su proceso y
scal para que nombre de-
personas presentes en es-
e nombra por su defensor
o Moreno, quien, hallán-
ifestó que acepta el nom-
ba de recaer en su per-
mplir el encargo que se le
nforme á las leyes. Y pa-
aron los presentes conmi-
Manuel Azpíroz.—Una rú-
món.—Una rúbrica.—Lic-
o.—Una rúbrica.—Jacinto
rica.

amplíe su declaración.

media de la tarde el Fisca
al sin fecha del preso To
éste solicita que se le am
con cargos. El C. Fisca
ve al C. General en Jefe
lución conveniente, por n

as facultades prorroga
 cual debieron quedar
 cargos al solicitante,
 correr el tiempo que
 esa; cuya disposición f
 y media de la tarde.
 firmó con el presente
 Una rúbrica.—Ante
 —Una rúbrica.

rega del proceso al Lic.

ete y media de la no
 . (veintiocho), present
 C. Vega, defensor del
 bió este proceso que co
 s fojas útiles, previo el
 y firmó con el Fiscal
 —*Manuel Azpíroz.*—U
 C. Vega.—Una rúbrica.
Ieléndez.—Una rúbrica.

resultado del permiso q
 al C. General en Jefe
 confesión con cargos c
 ía, fué devuelto el me
 so, acompañado del s
 o hoy veintinueve de 2
 Fiscal en consecuencia

expresados documentos á este proceso, que deberá recogerse de las manos del defensor Lic. Vega, á quien se entregó anoche; cuyas disposiciones quedan cumplidas en la misma fecha á las tres de la tarde. Para que conste lo firmó el Fiscal con el presente escribano.— *Azpíroz.*—Una rúbrica.—Ante mí.—*Jacinto Meléndez.*—Una rúbrica

Ampliación de la confesión con cargos á Mejía

En seguida, trasladados el Fiscal y presente escribano á la prisión de D. Tomás Mejía fué éste instruído de que se iba á proceder ampliarle su confesión con cargos como lo ha solicitado y—Preguntado si ofrece decir verdad en lo que va á declarar,—Respondió: que sí ofrece.—Preguntado, qué tiene que añadir á las respuestas que ha dado á los cargos que le tienen hechos, — Respondió: que quier consignar en este proceso, que no reconoció á la intervención francesa sino á la Regencia que fué establecida por los votos de representantes de todas las clases y partidos político México; por lo que veía en la Regencia Gobierno que podía fundarse en la voluntad de la Nación y que reuniría á los diferentes partidos que se han hecho la guerra

Preguntado: si antes ó después a por él la Regencia, militó bajo el Comandante en Jefe del Ejército de intervención francesa,—Respondió: reconocer á la Regencia no miró ordenes del Jefe del Ejército francés, después él se dirigía siempre en sus asuntos militares al Presidente de la República, quien también recibía órdenes, y éstas fué la de que participara en las operaciones al General francés, y fué obligado á hacerlo: que cuando recibía ordenes directas del Jefe francés, si no eran inicuas, como la de matar los prisioneros y otras semejantes, las cumplía por no tener esas órdenes por él transcritas á la Regencia. Cuando gobernó Maximiliano de Emperador, se condujo constantemente de la misma manera que durante la intervención.—Reconvenido, cómo dice y que no reconoció la intervención, diciendo en virtud de ésta sólo pudo haber sucedido en México lo que se ha llamado Resaca, que confiesa haber reconocido la ejecución de estos simulacros por el Ejército francés, es preciso que la intervención que dicho Ejército hizo en los negocios políticos de la soberanía.

nía interior de México,—Respondió: que el establecimiento de la Regencia y del Imperio no ha sido para él la obra de la intervención francesa, sino de los mexicanos que le dieron sus votos y llamaron á Maximiliano: que repite que se apresuró á reconocer al nuevo Gobierno, porque veía en él un centro de unión de todos los mexicanos: que si los mexicanos promovedores del nuevo orden de cosas estaban de acuerdo con la intervención francesa, él lo ignoraba.—Vuelto á reconvenir: por qué dice que no consideró como obra de la intervención francesa lo que llama Regencia é Imperio, sino como resultado del voto nacional, porque, como ya se le ha dicho en uno de los cargos que se le hicieron, la voluntad nacional no podía conocerse en presencia y bajo la presión de las armas francesas, ni menos podría reputarse libre y legítimo sino más bien, por lo mismo, arrancado por la fuerza: que la complicidad de Almonte y los demás promovedores del establecimiento del Imperio, era conocida de todo el mundo, y fué declarada por el Gobierno de la República y por la prensa, precisamente para que los incautos no cayeran en error, ni pudieran disculparse con la ignorancia los que se unieran á Almonte y á los demás cómplices de la intervención fran-

6: que en cuanto al juicio nacionalidad del Imperio, ante y reproduce las razones cuanto á la complicidad de del Imperio con la inter-él la ignoraba, porque renuncia que se hallaba en la legar á su conocimiento la robierno.—Vuelto á recon- s de responder al cargo da .evo se le haga la de su re- robierno Constitucional, la udo ser causa de que igno- .es del Gobierno, nunca po- cusa: además, porque si la e guardaba en la Sierra le en realidad conocer las dis- bierno y los anuncios de la mundo, igualmente habría a de los franceses y todas de la intervención, lo que n verdad,—Respondió: re- t en varios lugares ha ex- eonocía al Gobierno Cons- npoco le hizo la guerra ni s franceses, y que recono- nperio en el concepto que .cional: que por último ad- , el único objeto de la in-

tervención francesa fué el hacer las reclamaciones que se propusieron las tres potencias aliadas, y que este objeto quedó cumplido desde la ocupación de la Ciudad de México por el Ejército francés,—Preguntado qué tiene que añadir á su confesión con cargos,—Respondió: que también quiere dejar consignado como prueba de que en su conducta política no se ha propuesto más que la unión de los partidos, que siempre que ha tenido mando ha puesto en libertad á los prisioneros de guerra, y cuando ha estado á las órdenes de otro jefe ha hecho cuanto ha estado de su parte para salvarles la vida y lo ha conseguido en muchos casos: que como prueba de esto, pide al señor General Escobedo se sirva declarar la conducta que ha observado con él, con el General Treviño y con los demás jefes y oficiales que los acompañaban en Rioverde, cuando cayeron en su poder: que de la misma manera se condujo con el General Arteaga en esta Ciudad y con otros varios de sus enemigos.—Preguntado: si tiene más que añadir,—Respondió: que no, y que lo dicho es la verdad, en que se ratifica firmando con el Fiscal y presente escribano.—*Manuel Azpíroz*.—Una rúbrica.—*Tomás Mejía*.—Una rúbrica.—Ante mí.—*Jacinto Teléndez*.—Una rúbrica.

confesión con cargos, y en el que consulta si es admisible dicha solicitud.—En contestación diré á V. que es práctica común y constante, que tanto las declaraciones preparatorias ó inquisitivas, como la confesión con cargos, pueden ampliarse en cualquiera estado de la causa, cuando sea necesario ó cuando lo solicite el reo.—En consecuencia, puede V. ampliar su confesión al procesado Tomás Mejía, proveyendo de conformidad su solicitud.—Independencia y Libertad, Querétaro, Mayo 29 de 1867.—*M. Escobedo*.—Una rúbrica.—C. Teniente Coronel Manuel Azpíroz, Fiscal de la causa de Maximiliano y cómplices.—Presente.

En la misma fecha dispuso el Fiscal que se evacuara y quedó evacuada la cita que hace el reo Tomás Mejía del testimonio del C. General en Jefe, mediante oficio que á éste se dirigió, con inserción, en lo conducente, de la ampliación que acaba de hacer dicho reo de su confesión con cargos. En seguida se suspendió el curso de este proceso interín se recibe la declaración del C. General en Jefe. Y para que conste lo firmó el Fiscal con presente escribano.—*Azpíroz*.—Una rúbrica.—Ante mí.—*Jacinto Meléndez*.—Una rúbrica.

del

cal
ano
Mai
pres
ido
era
á
re
end
se i
la
de
bre
e gi
i no
i er
inc
par
asci
1801
al,
Ge
el
—l
—l

Ampliación de los términos para las defensas.

En la misma fecha recibió el C. Fiscal y dispuso que se agregara, como se agregó, un oficio del C. General en Jefe, en que se le comunica por el Ministerio de la Guerra con fecha veintiocho del presente, la resolución del C. Presidente de la República para que comience á contarse de nuevo el término que la ley señala para la defensa, cuya prórroga aprovechará á los tres procesados, en los casos que expresa dicha suprema resolución dada á solicitud de Maximiliano, elevada con fecha veinticinco de este mes, y cuyo contenido obra en este proceso. Y para que conste lo firmó el Fiscal con el presente escribano. —*Azpíroz.*—Una rúbrica.—Ante mí.—*Jucinto Meléndez.*—Una rúbrica.

Notificación á Maximiliano.

En seguida pasó el Fiscal á la prisión mi-
r acompañado de mí el escribano, á noti-
ficar á los procesados el contenido de la su-
ma resolución á que se refiere la diligencia
anterior, y teniendo presente á Maximiliano,

la notificó en efecto, enterado, y firmó p: cal y presente escri —Una rúbrica.—M ca.— Ante mí.—Jac rica.

Notificación á

En seguida fué notifi cación suprema para r de ella en la parte Miguel Miramón, q erado, y firmó con el ano. -*Manuel Azpíro* *Miguel Miramón*.—Una into *Meléndez*.—Una

Notificación

Por último y en la almente de la repetición *Tomás Mejía*, quier da enterado. Y para los presentes conmigo *l Azpíroz*.—Una rúbr a rúbrica.—Ante m Jna rúbrica.

Se agrega el decreto que recayó al memorial del defensor de Maximiliano.

En la misma fecha el C. Fiscal recibió con decreto asesorado del C. General en Jefe, el memorial de Maximiliano, sobre que el caso porque se le juzga no debe estar comprendido en las disposiciones de la ley de veinticinco de Enero de sesenta y dos, y por lo mismo pide el mencionado reo que se declare incompetente el C. General en Jefe para juzgarlo; cuyo memorial con el oficio de remisión del Fiscal se agrega á este proceso conforme al decreto asesorado que recayó en el del C. General en Jefe. Y para que conste lo firmó el Fiscal con el presente escribano.—*Azpíroz.*—Una rúbrica.—*Ante mí.*—*Jacinto Meléndez.*—Una rúbrica.

Reposición de papel sellado.

Conste por diligencia que se agregan á continuación de los referidos documentos treintinueve fojas de papel sellado para caucriminales, en reposición de las que de común se hallan en este proceso.—Y

con el presente e
 úbrica.— Ante
 úbrica.

eraciones.— Es
 en Jefe.—Fisca
 el memorial qu
 er Maximiliano,
 competente para
 r todo procedin
 o, puesto ayer e
 te por parte del
 elto para que no

y Libertud. Que
-Manuel Azpíroz
 al en Jefe del
 esente.—Del ma
 de 1867.—Con
 esta comunicaci
 dictamine su co
 úbrica.

en Jefe del Ejér
 oiliano, prisione
 ento de Capuchí
 poner: que pri
 dad me estrecha
 entos que en m

están practicando con arreglo á la ley de 25 de Enero de 1862, ni á reconocer la jurisdicción militar creada por ella, siendo, como es, incompetente para instruir y fallar la causa que deba formárseme. Al hacer esta manifestación, que procuraré fundar con brevedad por no tener tiempo para más, estoy bien lejos de querer esquivar un juicio; lo deseo ardientemente, ansío porque mi conducta pública sea conocida de todo el mundo, pero con la justa pretensión de que sea examinada y calificada por jueces competentes, y con el detenimiento, medida y circunspección que demanda la naturaleza de un proceso tan grave y excepcional, único en el país.

Mientras más se lee y estudia la citada ley de 25 de Enero, se arraiga más la convicción de que su objeto ó materia son aquellos delitos, aquellos hechos completos, perfeccionados y de una evidencia tal, que puedan esclarecerse en unas cuantas horas y fallarse por el sentido común sin necesidad de ciencia ó conocimientos facultativos. Cualquiera disposición legislativa, por más emergentes que se supongan las circunstancias que la actúan, siempre debe llevar consigo como elemento esencial, el ser *posible y justa*, de otra manera dejaría de ser ley: debiendo atribuir la que nos ocupa esas indispensables cua-

lidades de posibilidad y juzgo que los delitos antes indicados son su materia, porque serían hechos complicados y cuesti substanciasen en sesenta horasunto delincuente fuese defectuocuatro, cuando ni aun término concede; porque no sería juzgos y cuestiones, sin el suficiente aclaramiento, fueran resuelto jo ordinario de guerra, de depende la vida ó la muerte. Hechas esas sencillas y fin nes, véamos si cabe en el red la ley de Enero el caso mío d

Hallándome tranquilo en Miramar, se me presentó un ta gerarquía de Austria, anu varios mexicanos proyectaba su país la forma de Gobierno l brarme su Emperador: cont tanto no constase ser esta l Pueblo Mexicano, no acepta miento: pasado algún tiempo misión de la junta llamada d so en mis manos un acuerdo tud del que adoptaba aquella bierno y me elegía Emperado mi contestación: transcurrido

ses recibí innumerables actas de adhesión al predicho acuerdo; desconfiando de mis propias apreciaciones, pasé en consulta esos documentos á unos sabios jurisconsultos, conocedores de las costumbres, población y de la extensión territorial de México; después de un escrupuloso examen, después de un profundo estudio, dictaminaron aquellos consejeros, que constaba de un modo legal la voluntad de la mayoría del Pueblo Mexicano por el régimen del Imperio y por mi persona para su Emperador; entonces resolví aceptar y acepté este nombramiento, disponiéndome á venir inmediatamente, y en efecto vine sin ejércitos ni en son de guerra, acompañado sólo de mi familia y con la conciencia del que ha sido llamado y nada ha pretendido: arribé á Veracruz, y desde este puerto á la Capital mi camino fué como de triunfo, recibiendo á cada paso inequívocas muestras de aprecio á mi persona, que me confirmaron en mi resolución: á poco tiempo, en varios viajes recorrí muchos lugares populosos de la nación, y se repitieron las mismas muestras de amor: bajo estas impresiones favorables goberné por más de dos años en casi todo el Imperio, no faltando á mi gobierno el sello real del reconocimiento y aprobación de

las las naciones de Europa, y de algunas
as no menos poderosas ó importantes.

Llegó vez en que dudé de la firmeza y con-
idación de mi trono, y como mi única mi-
al ocuparlo ha sido el bien y felicidad de
éxico, me ausenté de la Capital y me de-
re en Orizaba, para pensar y escoger con
s detenimiento y madurez una resolución
finitiva, libre ya de toda presión extranje-

llamé en mi auxilio á los Consejos de Mi-
tros y de Estado, á quienes expuse con
nqueza los fundamentos de mis dudas: oi-
su parecer, me resolví á volver á la Capi-
, decidido á convocar un Congreso para ex-
rar la voluntad nacional: invencibles obs-
ulos que á nadie se ocultan, frustraron mi
signio: marché entonces á ponerme al fren-
del Ejército del interior, no con el exclu-
o objeto de sostener mi trono con las ar-
s, sino con el de procurar siempre un des-
ace pacífico y honroso, un medio que pu-
se término á las diferencias, sin efusión de
igre; pero muy á mi pesar trabóse en esta
idad una lucha terrible en la que he su-
mbido.

El anterior y necesariamente muy compe-
do relato, á la simple vista entraña h-
s complicadísimos, acontecimientos de i-
nsa entidad y cuestiones políticas é int-

nacionales de laborioso examen y de difícilísima solución: tales hechos, acontecimientos y cuestiones ¿podrán suficientemente ventilarse en las poquísimas horas de sustanciación que demarca la ley de 25 de Enero, cuando ni siquiera concede un término probatorio? ¿podrán calificarse y decidirse satisfactoriamente con la Ordenanza militar y por personas que aunque pertenecientes á la noble y honrosa carrera de las armas, no se les exige ni debe exigírseles la ciencia ni los vastos conocimientos indispensables para aquella calificación y decisión?..... General, contestadme con la mano en el corazón; que vuestro Gobierno se sirva también responder, puesto que entre sus deberes no puede faltar el de ser justo.

No llevareis á mal que en apoyo de mis asertos cite un ejemplo que nos proporciona la ilustrada República vecina, tan celosa por las libertades públicas cuanto admirable por su respeto á las garantías individuales y por el exacto cumplimiento de sus leyes.

Unos Estados se rebelan queriendo constituirse nación independiente; establecen su gobierno y aspiran á que sea reconocido por las demás naciones, no logrando más que el reconocimiento de beligerantes. No obstante el batallar gigantesco, al fin son vencidos y

al mundo civilizado materia para hacer apreciaciones nada convenientes. Yo reconozco, y cualquiera confesará, que entre la causa del Sr. González Ortega y la mía hay diferencias notables. Este señor nació en México y yo nací en Austria; pero la justicia universal confunde los lugares de nuestros respectivos nacimientos. Este señor se proclamó en el extranjero Presidente, secundado por unos cuantos partidarios. Hallándome yo en Miramar, fuí proclamado aquí mismo en México su Emperador por multitud de aldeas, pueblos y ciudades. El Sr. Ortega entra ocultamente al territorio mexicano; y yo me presento públicamente á la luz del día y ante la faz del universo.

El mismo señor no imperó ni en un palmo de tierra; mi gobierno se extendió en casi todo el país. En fin, el Sr. González Ortega no es reconocido siquiera por alguna potencia extranjera; y yo lo he sido como Emperador por todas las naciones europeas y algunas otras más.

Al hacer las precedentes reflexiones no abri- ciertamente la maligna intención de consti- rirme en censor de vuestro Gobierno, Señor eneral, ni tampoco en acusador del Señor onzález Ortega; las he hecho porque las he ádo conducentes á la defensa de mis dere-

4

de la incompetencia

ese mi intento la cir-
prestado para la prác-
ones en el proceso que
mi contra, porque es
cio de incompetencia
sanarse ni por el con-
comparecencia de las

para más, concluyo

declare incompetente.
e suspender todo pro-
ia que se instruye con-
eglo á la ley de veinti-
ochocientos sesenta y

te: que no se nombre,
l consejo de guerra,
za competencia no re-
nando desde ahora en
ión.

se dé cuenta á quien
ectos ulteriores.

e conforme á la fran-
o debo ocultar á Ud.,
pia á la letra de este
del Cónsul de Ham-

burgo para que se trasmita, cuándo se pueda, al Cuerpo Diplomático acreditado cerca de mi persona.

Querétaro, Mayo veinte y nueve de mil ochocientos sesenta y siete.—*Maximiliano*.—Una rúbrica.—Del margen.—Devuélvase este ocuso al presentante para que ocurra ante quien corresponda.—Querétaro, Mayo 29 de 1867.—*Escobedo*.

Dictamen del Asesor sobre el escrito que antecede.

C. General en Jefe.—Maximiliano de Hapsburgo dirige á V. un ocuso, en el que solicita se declare V. incompetente para juzgarlo y mande también suspender todo procedimiento en la sumaria que se le instruye con arreglo á la ley de 25 de Enero de 1862, dándose cuenta al superior para que decida.

Impuesto del memorial y estudiado los puntos á que se contrae, debo decir á V.: que supuesto que la ley de 25 de Enero de 1862 no está derogada, y que por terminante disposición del Supremo Gobierno se mandó á V. que con arreglo á ella procediera á juzgar los reos de esta causa, no toca á V. por lo mismo inhibirse de su conocimiento, ni mucho menos entrar en apreciaciones sobre la

rior, ni menos lo está el mandar suspender todo procedimiento ulterior; y 2º: Que se mande agregar á la causa el presente memorial para que obre en ella los efectos á que hubiere lugar.

Devuélvase este ocurso al C. Fiscal que conoce de la causa, para que notifique al interesado el proveído que antecede y cumpla lo en él prevenido.—*M. Escobedo.*—Una rúbrica.

Apelación del auto del General en Jefe.

En treinta y uno de Mayo fué notificado Maximiliano en presencia de su defensor el Lic. C. Jesús María Vázquez, del proveído del C. General en Jefe, que recayó en el memorial que presentó pidiendo que el mismo General declarase no era aplicable al caso de Maximiliano la ley de 25 de Enero de 1862 y la incompetencia del fuero militar para juzgarlo, y—Dijo: que apela de este auto ante la respectiva superioridad, fundado en la ley 53, título 20, libro 11 de la Novísima y en otras leyes y autoridades que no se citan por la premura del tiempo: que este recurso acerca del artículo de que se trata, no está prohibido por la ley de 25 de Enero de 1862, la que dá por supuesta y bien sentada

la competencia de los jueces que además que dicha ley niega todo: cierto, pero debe entenderse como se lee de la sentencia definitiva, y la interlocutoria de gravamen irrecurrible cuya solución previa exige hasta lo natural; que aun cuando la ley pregase expresamente el recurso de apelación de la sentencia definitiva, siempre dándose éste en la sentencia interlocutoria, artículos como de los que se trata de competencia y de declinatoria de jurisdicción, así lo enseña Guzmán al fin de lo apelable, la Curia filípica, parágrafo 17, núm. 11, y Antonio y otros autores de mucha respetabilidad que conste firmaron los presentes el escribano.—*M. Azpíroz*.—Una rúbrica.—*Jesús María Vázquez*.—Una rúbrica.—*Jacinto Meléndez*.—Una rúbrica.

En la misma fecha (treinta y uno de mayo) el C. General en Jefe devolvió con provisión asesorada, el oficio número veinte y nueve, en que el Fiscal interpuso recurso de nulidad contra la sentencia que del mismo General hizo en la declaración de su confesión con cargos el acusado más Mejía, y agregado el oficio por el cual el Fiscal, firmó este ciudadano

rente diligencia conmigo el escribano.—*Azpíroz*.—Una rúbrica.—*Jacinto Meléndez*.—Una rúbrica.

En seguida se recibió y agrega otro oficio de la misma fecha, del C. General en Jefe, en que consta la transcripción de un telegrama fecha de ayer, en que el C. General Díaz ofrece que procurará hacer conocer al Barón de Magnus el del Archiduque Maximiliano, y dá parte de haber quedado enterado de los referentes á su persona, el Licenciado Riva Palacio. Y para que conste lo firmó el Fiscal con el presente escribano.—*Azpíroz*.—Una rúbrica.—*Ante mí*.—*Jacinto Meléndez*.—Una rúbrica.

Cita de D. Tomás Mejía.

Ejército de operaciones.—Estado Mayor del C. General en Jefe.—Fiscal Militar.—En la confesión con cargos que con permiso de V. he ampliado al preso Tomás Mejía en el proceso que le sigo por delitos contra la independencia y seguridad de la nación, etc., hay una cita del tenor siguiente:

“Respondió Mejía que también quiere dejar consignado como prueba de que en su conducta política no se ha propuesto más

reo Tomás Mejía,
la certificación r

tiva sobre la cita que resulta á V. en la
cionada diligencia.

Esta cita, en mi concepto, no debe se
cuada por las razones siguientes:

Es ilegal, porque el Juez no puede s
tigo: innecesaria, porque según lo inc
reo, recae sobre hechos de pública notori
en que la deposición de V. no es ind
sable; inconducente, porque los puntos
se refiere no afectan á lo principal, y
que son incidentes anteriores al cargo p
pal que se le hizo; y por último, perjui
puesto que bien podía ocasionar una co
cación que diera por resultado ento
cuando menos la sumaria.

Esta es mi opinión. Querétaro, Ma
de 1867.—*Lic. Joaquín M. Escoto.*—U
brica.

Ejército de operaciones.—General
fe.—Querétaro, Mayo 31 de 1867.—C
me con el dictamen que antecede, dev
se al Fiscal.—*Escobedo.*—Una rúbrica.

. *General Porfirio Díaz.*

ana.—Ejército de opera-
n Jefe.—Acabo de recibir
iguiente mensaje telegrá-

ca del Interior.—Oficina
o.—Recibido de Guadalu-
go de 1867 á las 3 y 4 mi-
—C. General Escobedo.—
rama de V. de ayer que
y, procuraré hacer cono-
agnus el del Archiduque
Sr. Riva Palacio, D. Ma-
anoche, quedó enterado
su persona.—*Díaz.*”

V. para su conocimiento y
notificarlo al procesado
ano.

Libertad. Querétaro, Ma-
. *Escobedo.*—Una rúbrica.
l Manuel Azpíroz, Fiscal
ximiliano y cómplices. —

Parecer
del C. Fiscal sobre el recurso de apelación.

En la misma fecha, el C. Fiscal dispuso que se diese cuenta al C. General, sin perjuicio del curso regular de este proceso, de haber interpuesto Maximiliano el recurso de apelación al ser notificado en unión de su defensor el C. Lic. Vázquez, de la resolución que el mismo General en Jefe dió sobre la declinatoria de jurisdicción intentada por el reo con su abogado en veintinueve del corriente; en cumplimiento de lo cual se dió cuenta de esta novedad al C. General en Jefe con oficio de esta propia fecha en que se insertó la respuesta de Maximiliano y su defensor, constante á la foja noventa y siete, con el parecer fiscal siguiente:—“En vista del nuevo artículo que Maximiliano intenta introducir, mediante la apelación referida, he dispuesto dar á V. cuenta de esta novedad, sin perjuicio del curso regular de este proceso, cuyo entorpecimiento por este motivo sería, á mi juicio, un grave cargo que me re-
altara. Para ello, dejando su valor y fuerza á *el fuero común* á las leyes y opiniones citadas por parte del apelante, he creído fun-

brá perdido con que el proceso siga entre tanto su camino; y si mi parecer fuere aprobado por V. no se habrá demorado á causa de recursos impertinentes la administración de la justicia nacional.”

Y para que conste lo firmó el Fiscal con el presente escribano.—*Azpíroz*.—Una rúbrica.—Ante mí.—*Jacinto Meléndez*.—Una rúbrica.

Conste por diligencia que con esta misma fecha (treinta y uno) se dió á Maximiliano la copia que pidió y le fué ofrecida de su confesión con cargos: lo firmó el Fiscal conmigo el escribano.—*Azpíroz*.—Una rúbrica.—Ante mí.—*Jacinto Meléndez*.—Una rúbrica.

Se levanta la incomunicación á los reos.

El Fiscal dispuso también que conste por diligencia haber levantado la incomunicación rigurosa á los presos desde que les tomó su confesión con cargos; y para la constancia debida firmó, conmigo el escribano.—*Azpíroz*.

Una rúbrica.—Ante mí.—*Jacinto Meléndez*.
Una rúbrica.

ón

e J

es

, la

om

L

l re

que

eca

nor

eso

sto

tific

cu

hos

ntr

ye

cur

mei

oci

lola

os

ju

ner

con

nocimiento de los

porque si han sido presentados al C. General en Jefe, no lo han sido por su conducto, nada puede disponer acerca del pedido que se acaba de hacer por parte de D. Tomás Mejía. —Y para que conste firmaron los presentes conmigo el escribano. —*Manuel Azpíroz.* — Una rúbrica. — *Tomás Mejía.* — Una rúbrica. — *Próspero C. Vega.* — Una rúbrica. — Ante mí. *Jacinto Meléndez.* — Una rúbrica.

D. Tomás Mejía y su defensor piden se provean los ocursoos que presentaron al General en Jefe.

En la misma fecha á las once de la mañana el Fiscal dijo al Lic. C. Próspero Vega, que está presente, que desde este momento comienzan á correrle las veinticuatro horas de la ley para que pueda evacuar la defensa de D. Tomás Mejía, y que por lo mismo está á su disposición el proceso: el defensor, respondió: que no puede darse por recibido del proceso, mientras no se resuelvan, y se notifique el proveído, de los dos ocursoos á que se refirió en la diligencia anterior el procesado; y así como éste, piden también que se rejirán del C. General en Jefe, y el que lleva voz instará y procurará que vengan á mas del C. Fiscal; porque tratándose en ellos

no corran los términos de la ley; y el otro, dirigido igualmente al C. General en Jefe y firmado por D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía, contiene una declinatoria de jurisdicción para ciertos cargos de los que comprende esta causa: pidió que se proveyeran ambos ocurso con expresa declaración de que en el interín, no le corran las veinticuatro horas para preparar su defensa. El Fiscal, en vista de lo que pide el presentante, dijo: que elevaría á las manos del C. General en Jefe los dos ocurso que se le entregan: que solamente la superioridad podía suspender el curso del proceso en el estado en que se encuentra, y ampliar los términos de la ley; que por lo mismo, el Fiscal se limita á dar cuenta de lo ocurrido, sin perjuicio de continuar contando las veinticuatro horas concedidas para la evacuación de la defensa, y de dejar, como lo está, á disposición del defensor presente de D. Tomás Mejía este proceso, á reserva de lo que disponga el Cuartel General. Y para que conste lo firmó con el Fiscal y presente escribano.—*Manuel Azpíroz*.—Una rúbrica.—*Próspero C. Vega*.—Una rúbrica.—Ante mí.—*Jacinto Meléndez*.—Una rúbrica.

*El defensor de D. Miguel
presenta un escrito y hace suya
sobre declinación de jurisdicción*

Incontinenti compareció el Sr. D. N. Moreno, defensor de D. Miguel, y expuso: que en obediencia al auto anterior de veintinueve del pasado, presentó por su parte del escrito de declinación de jurisdicción, en que su defendido pide al C. General en Jefe que declare ordinario de guerra para continuar en este proceso. Añadió que su compañero el Lic. Vega presentó otro escrito pidiendo se le diese fe de esta causa, y cierto de la periferia de este letrado, reproduce el comparente ese pedido, hace suya y ruega al C. General en Jefe que sepa saber el proveído que recaiga.

El Fiscal ofreció al defensor Miguel Miramón dar curso al escrito de declinación de jurisdicción, y en vista del C. General resolvió que el mismo defensor Miguel Miramón compareciera con el del C. Lic. Vega para que

forme la causa, acaba de hacer en su comparecencia.

Y para que conste lo firmaron los presentes conmigo el escribano que actúa. -- *Manuel Azpíroz.* -- Una rúbrica. -- *Lic. A. Moreno.* -- Una rúbrica. -- Ante mí. -- *Jacinto Meléndez.* -- Una rúbrica.

*Parecer del Fiscal sobre los ocurso
de D. Tomás Mejía y D. Miguel Miramón.*

Conste por diligencia que en la misma fecha (primero de Junio) el Fiscal pasó á las manos del C. General en Jefe los memoriales del C. Lic. Vega y de los presos Miramón y Mejía, que están presentados; con inserción de lo que pidieron dicho Licenciado y su compañero el C. Ambrosio Moreno, y obra en las dos últimas comparecencias, y con el parecer fiscal siguiente: -- “En cuanto á la declinatoria de jurisdicción militar que han intentado Miramón y Mejía, hay ya la declaración de V. que recayó en el mismo recurso intentado por Maximiliano; mas ahora viene tener presente además, que tanto Miramón como Mejía han reconocido la jurisdicción militar en el proceso que les sigo. En cuanto á que se subsanen los defectos

en
y, l
par
es
te
a se
ur e
por
icio
sejo
sei
orde
Fisc
—U
—U

Max
Ger

once
ical
ón
ado
. C.
có
la
. G
aró.

do de Maximiliano, quien por voz de su defensor dijo, que lo oye y queda enterado. Y para que conste firmaron los presentes conmigo el escribano. -- *Manuel Azpíroz.* -- Una rúbrica. -- *Maximiliano.* -- Una rúbrica. -- Ante mí. -- *Jacinto Meléndez.* -- Una rúbrica.

*Notificación á Maximiliano de la resolución
que recayó á su ocurso
de 31 de Mayo, sobre incompetencia.*

En seguida, notificado Maximiliano de la diligencia que se lee desde la foja ciento, en que consta que el C. Fiscal dió cuenta al C. General en Jefe de la apelación que interpuso en treinta y uno de Mayo (foja noventa y siete), al notificársele la resolución superior sobre los recursos de incompetencia que había promovido; sin perjuicio del curso regular de esta causa; por voz de su abogado dijo: que no está conforme con el parecer fiscal, relativo á que continúe su curso la causa, pendiente de resolución la apelación que se interpuesta el que habla del auto en que el C. General en Jefe se declaró competente y desechó la excepción de declinatoria de jurisdicción; que no está conforme repite, que ese parecer fiscal pugna con las leyes

trinas que expresam
 ras no haya juez ne
 se los trámites del
 mientras no se subst
 ión que se interpon
 juez se declare con
 cepción de declinato
 ite so pena de nulid
 res se digan del der
 de resolverse confor
 posición especial d
 to, según esta misma
 ncia el que habla pi
 ñimiento en la pre
 xcaiga en toda form
 al recurso de apelaci
 lado el auto en que
 e declaró competen
 de declinatoria, res
 os demás puntos cu
 y excepciones le
 xpresamente deja á
 con su defensor.—
 rúbrica.—*Maximilia*
ís M. Vázquez.—Una
into Meléndez.—Una

*El defensor de Maximiliano
rehusa recibir la causa para hacer la defensa.*

En seguida el C. Fiscal manifestó al defensor presente, que no estando en sus facultades suspender los términos de la ley y comenzando ya á correrle desde ahora (las doce y media del día) el de veinticuatro horas para poder examinar la causa á fin de preparar la defensa de Maximiliano, desde luego podía recibir este proceso: el Lic. Vázquez dijo: que no puede ni debe recibir aún la causa, porque con este hecho enervaría y destruiría el recurso de apelación que tiene interpuesto su defenso, acerca del que debe recaer previo y especial pronunciamiento como lo enseñan hasta los rudimentos de jurisprudencia; que por lo expuesto no renuncia el derecho de traslado ni le para en perjuicio el término de la ley del que protesta hacer uso, si fuere necesario, en tiempo hábil y legal. Que pide al Sr. Fiscal se sirva dar cuenta al señor General en Jefe con la respuesta anterior y con la presente para que digne resolver, que no duda el que habla á en términos de justicia; es decir, de conformidad á lo que tienen pedido su defenso

Fiscal que los acompañó, se agregan á continuación para la debida constancia.—Lo firmó el Fiscal conmigo el escribano.—*Azpíroz*.—Una rúbrica.—Ante mí.—*Jacinto Meléndez*.—Una rúbrica.

Parecer fiscal.

Ejército de operaciones.—E. M. del C. General en Jefe.—Fiscal militar.—Hoy al notificar á Maximiliano la resolución de V. sobre la declinatoria de jurisdicción que interpuso con fecha 29 del que rige, por voz de su abogado el Lic. Vázquez, expuso lo siguiente:

“Que apela de este auto ante la respectiva superioridad, fundado en la ley 23, título 20, libro 11 de la Novísima, y en otras leyes y autoridades que no se citan por la premura del tiempo. Que este recurso acerca del artículo de que se trata no está prohibido por la ley de 25 de Enero de 62, la que dá por supuesta y bien sentada la competencia de los jueces que ella cría; además, que dicha ley niega todo recurso, es cierto, pero debe considerarse, como ahí mismo se lee, de la sentencia definitiva, mas no de la interlocutoria e gravamen irreparable y cuya solución revia exige hasta el derecho natural; que in cuando la ley citada negase expresamen-

e apelación
pre debe ad
rlocutoria se
trata de inco
urisdicción,
artículo "A
e 3ª, párrafo
otros autore

el nuevo art
introducir, .
he dispues
ad, *sin perj*
cuyo entor
a, á mi juic
ara. Para ell
fuero comú
s por parte
me bien en
º, de la ley
artículos de
mente el 8º,
o de que n
Consejo de g
no sólo la
la revisión;
erto que dic
e dá el nom
omo en el fi

tratado 8º de la ordenanza en sus títulos 5º y 6º, orden del Consejo de guerra de 22 de Octubre de 1776, decreto de 14 de Mayo de 1801, y circular de 19 de Mayo de 1810, citando las cuales disposiciones el autorizado anotador de nuestra edición de la ordenanza del ejército, de 1852, califica de abusiva é ilegal la práctica de declararse incompetentes los mismos consejos de guerra. (Nota de la pág. 131.)

Es pues, mi parecer, que el recurso de apelación intentado por Maximiliano con su defensor, no debe suspender el curso de la causa. Si V. con mejor acuerdo tuviese por justo declarar lo contrario, nada se habría perdido con que el proceso siga entretanto su camino, y si mi parecer fuese aprobado por V., no se habría demorado á causa de recursos impertinentes la administración de la justicia nacional.—Independencia y Libertad.—Querétaro, Mayo 31 de 1867.—*Manuel Azpíroz*.—Una rúbrica.—C. General en Jefe.—Presente.—Del margen.—Querétaro, Junio 1º de 1867.—Del margen.—Al Asesor para que consulte.—*Escobedo*.—Una rúbrica.

*Dictamen
del Tesorero sobre el recurso*

eral en Jefe.—E
de esta causa in
ento y resolució
ano á la notifica
uelto por V. res
jurisdicción que
contestación se
ión mencionada
posiciones y do
al fuero común
es al caso que n
º del tratado 8º
a del anotador d
e 852, son en mi
mentos para la r
ria que intenta
Maximiliano.

ritu de la ley de
ículos 6º 7º y 8º
bien, pues de su
bjeto es exped
atorpecer los sui
se ocupa. Y sob
e V. no debe d

tente, mal se podría admitir el recurso que hoy intentan, cuando no daría otro resultado que el entorpecimiento del proceso.

Esta es mi opinión.—Querétaro, Junio 1º de 1867.—*Lic. Joaquín M. Escoto.*—Una rúbrica.

Decreto del General en Jefe.

Querétaro, Junio 2 de 1867.—Como parece al C. Asesor. No ha lugar á la apelación interpuesta por Maximiliano del auto de treinta del pasado en que se resolvió negativamente el artículo que promovió sobre declinatoria de jurisdicción. Pase al C. Fiscal para que notifique este auto al reo y agregue este incidente á la causa.—*M. Escobedo.*—Una rúbrica.

Parecer fiscal

sobre los recursos de Mejía y Miramón.

Ejército de operaciones.—E. M. del C. General en Jefe.—Teniente Coronel de Infantería.—Fiscal.—Paso á V. dos memoriales e le dirigen, el uno, el defensor del preso más Mejía, pidiendo que se subsanen algunos vicios del proceso de su defendido, y e entre tanto no corran los términos de la ; y el otro, del mismo reo Mejía, acompa-

ñado del de Miramón, declinando
ción militar.

El defensor de Mejía que los p
manos, pidió verbalmente en su co
cia, que se proveyesen ambos o
expresa declaración de que, en el
le corren las veinticuatro horas (e
están corriendo desde las once de
na) para preparar su defensa.

El defensor de Miramón, presen
por la parte que tiene este proceso
de los ocursos, dijo que hacía suy
el pedido de su compañero el Lic.
ra que se corrija y reforme el proc

Ofrecí á los comparentes poner
nos de V. los memoriales referidos
conocimiento de lo que pidieron,
suspendido el curso del término c
que corre ya para Mejía, ni suspen
diligencias ulteriores conforme á la
vísimas declaraciones del Gobierno

En cuanto á la declinatoria de l
ción militar que han intentado M
Mejía, hay ya la declaración de V.
yó en el mismo recurso intentado
miliano; mas ahora conviene tene
además, que tanto Miramón con
han reconocido la jurisdicción mil
proceso que les sigo.

En cuanto á que se subsanen los defectos del proceso y que entre tanto no corran los términos de la ley, la solicitud me parece inatendible sino para solo que obre en el proceso, porque ni es tiempo ya de reformar la causa en la parte que V. con asistencia de su Asesor se ha servido declarar que no había que subsanar en ella y que debía pasar á los defensores, y porque si á pesar de esto, contiene algunos vicios la causa, ya solo puede decidirlo el consejo de guerra, conforme al artículo 46, título 5º, tratado 8º de la ordenanza.

V. sin embargo, con mejor acuerdo, resolverá lo que estime de justicia.

Independencia y Libertad. Querétaro, Junio 1º de 1867.—*Manuel Azpíroz*.—Una rúbrica.—Al margen.—Querétaro, Junio 1º de 1867.—Al Asesor con los memoriales que se acompañan, para que dictamine.—*Escobedo*.—Una rúbrica.

Memorial de Miramón y Mejía declinando la jurisdicción militar.

C. General en Jefe del Ejército Republicano.—Miguel Miramón y Tomás Mejía, presos políticos en esta Ciudad, como mejor lugar

tuosamente
rgos se nos l
os instruye p

a nuestra coi
poder públ
orden milita
re respecta i
medite la l
que ella no
a disposició
os, la consid
iscutir los a
imiliano, de
sta que dejó
r cuestiones
al y público
su buena ó r
rio producir
l caso conve
acer en sese
para la form
iatro para l

le aquí que
ley manda
ni nosotros
nsecuencia ir
ación del p

se atribuye al Archiduque, no está ni puede estar comprendido en la mencionada ley.

Pero como si este capítulo de la sumaria no se comprende en dicha ley, que es una ley especial, tampoco pueden ocuparse de él los jueces que ella misma establece, claro es que son incompetentes para decidirlo y sentenciarlo.

No se nos oculta que la fracción 36^a del artículo 3º de esa ley habla de los que se abrogan el poder; es decir, de los que entran á él fraudulentamente, pero, C. General, esta es la cuestión que se depura, este es el objeto de la causa, esto es lo que se trata de aclarar. Y lo decimos así, porque por regla general de buena jurisprudencia, que siempre tiene lugar en todo proceso, sea cual fuere su naturaleza y tramitación, el hecho, objeto de él, nunca se supone, nunca se da por existente. Es necesario probarlo, de lo contrario, faltaría la base de esencia al procedimiento criminal.

De lo expuesto se infiere directamente, que no estando sujeto á la repetida ley de 1862 al caso para el reo principal, tampoco puede estarlo para sus pretendidos cómplices, los cuales, sin esquivar el juicio, ni los jueces de por derecho corresponda, se ven en la necesidad de pedir se les ministre cumplida

con total arreglo á las
an precisamente lugar
orque se nos procesa.

e se entienda que por
este escrito concedemos
que la que por derec
nos: 1º, que se declare
ra conocer en el delit
de cómplices en la u
íblico: 2º; que en con
uspender todo proced
orden á este punto: 3º
ón se comprenda, con
reunión del consejo c
pronunciar su senten
r: 4º, finalmente, que
a á quien corresponda
que hasta hoy existen,
e haya lugar.

de que nuestros pedi
an como conviene, en
inconcusamente nos c
ación, declinamos la j
testamos contra su co
conocer en nuestra cau
mplicidad en la abrog
ico. Por tanto

rogamos provea como
sí de justicia, que pre

todo lo necesario. Querétaro, Mayo veintinueve de mil ochocientos sesenta y siete.—*Miguel Miramón.*—Una rúbrica.—*Tomás Mejía.*—Una rúbrica.—Del margen.—Querétaro, Mayo 29 de 1867.—Devuélvase este ocursó á los presentantes para que ocurran al Fiscal que conoce de su causa.—*Escobedo.*—Una rúbrica.

C. General en Jefe del Ejército Republicano.—El C. Próspero Vega, defensor del encausado político D. Tomás Mejía, como más haya lugar respetuosamente expongo: que si bien el Supremo Gobierno cree que á los prisioneros de Querétaro ni proceso debía formárseles, no obstante determinó después que se instruyera para que hubiese, dijo, la más plena justificación del procedimiento, y para que se oyese las defensas que quisieran hacer los acusados. En virtud de orden tan explícita comenzó á trabajarse la causa, y hemos debido esperar que el C. Fiscal encargado de ella la sujetase á las reglas esenciales de cualquier proceso, que son de ordenanza, y que son otras tantas formas tutelares de la justicia. Estoy enteramente seguro de ser en el espíritu de la resolución del C. Presidente de la República; lo estoy con la misma firmeza de que también es esta la intención

de V.; y por último, lo estoy Fiscal que ha caminado con un
vidad, ha pretendido secundar
tenor de dicha suprema orden.

Además de la notoria rectitud
pios en las personas referidas,
damento para creerlo así las
que acompañan al proceso. Se
personajes muy notables: versa
en que todo el país ha tomado
sentido ó en otro; tiene sobre s
radas de nacionales y extranje
mado á ver la luz pública, y á
documento histórico en los tiemp

Pero es el caso que antenoch
bí para preparar la defensa del
he convencido de que se halla pl
chos y gravísimos defectos. So
juiciados, y no hay respecto de
no su preparatoria, y á renglón
confesión con cargos. Estos se
do, no solamente por los hec
desde la invasión de las tres p
gadas, que corresponden al es
de cinco años, sino también p
que han tenido lugar en 1858
riormente, aunque todos perten
fera de públicos, no se registra
un solo documento que los dete

es necesario para calificarlos, y menos para formarse idea de la culpabilidad de sus autores. Faltan los adjuntos de lugar y tiempo: no se conocen sus dimensiones, su repetición, sus motivos, ni sus efectos: ni una palabra se encuentra sobre el papel de principal ó de cómplices que cada uno haya desempeñado en ellos. No hay constancia de nada, y una buena memoria apenas pudiera servir de intérprete en el obscuro laberinto de tales hechos; memoria de que la mayor parte carecen, aun suponiendo que hubieran conocido en su época una por una de las circunstancias. Desafío á cualquiera, no para que pronuncie una sentencia que pueda imponer hasta la última pena; sino puramente para que emita su parecer sobre acontecimientos de diez años, sin otros datos que los que dejo apuntados en la sumaria.

Los cargos, además, deben fundarse necesariamente en dichas constancias; en tanto grado, que si éstas ministran una completa certidumbre, deben hacerse con el carácter de ciertos; y con el de simplemente probables, si aquellos no arrojan sino mera probabilidad. Por eso es axioma de los juicios, y es una garantía para los reos, que no se debe, y no se puede juzgar á nadie sino con arreglo á los datos del sumario.

Cuando los jueces no de cargos, sino de su ciencia san sus primordiales de momento ya no son impendidos, por precisión, el ter de jueces al de acusad

Aquí ha sucedido esto tro conocedor el C. Fiscal nuestras convulsiones, se para formular algunos c enérgicamente á los presc no la da la causa: los arg minaciones y reconvencio ella en una gran parte, cabeza del C. Fiscal, ó se vada de los acontecimien cipio hasta temo que los tado con menos libertad, el ánimo del juez un fondo ellos.

Alguno hubo que se h der casi absolutamente, y no obstante, muchísimos en qué? No en declaraci hizo el procesado; no en c no existen en la causa; n cías, porque tampoco las t se fundaron, si no en la C. Fiscal? No, C. Genera

salir del proceso de un modo tal, que si un extranjero lo leyere, pudiera también dictarlos, aunque ignorara nuestra historia.

Disto mucho de la pretensión de quejarme de alguno, y menos del laborioso joven que instruye la sumaria. Infatigable este ciudadano en la ocupación, trabajó de día y de noche para dar cumplimiento á la ley hasta en sus ápices, sin dejar pasar las horas señaladas para ella; lo que hubo es resultado de la estrechez de los términos y, para mí, *de la aplicación que ha pretendido hacerse de la ley de 1862 á lo que ocurrió en 1857 y 1858!* ¡Es imposible! ¡Hay cierta contradicción entre juzgar en unas cuantas horas hechos envejecidos, y juzgarlos bien!

No culpo á nadie ni me quejo de nadie. Pero en esta causa tal vez se interesa la vida de los reos, y se interesan también la honra de los jueces, la honra del Supremo Gobierno y el buen nombre de la República. V. sabe, mejor que yo, hasta dónde se extienden los deberes de un abogado cuando toma sobre sí una defensa, y no quiero reprenderme de la falta punible de valor, ni de un silencio iminal. No: quiero instar, y vengo á ello, para la corrección de semejantes vicios: ahorres tiempo de repararlos antes que se agloren otras diligencias, antes que se verifi-

sible es que esté yo engañado; pero de ese error, si lo hubiere, no me juzgo culpable.

En tal virtud: A V. suplico se sirva proveer de conformidad: es justicia que protesto con todo lo necesario.

Querétaro, Mayo 30 de 1867.—*Próspero C. Vega.*—Una rúbrica.—Del margen.—Querétaro, Mayo 30 de 1867.—Devuélvase este ocursó al interesado para que se dirija á quien corresponda.—*Escobedo.*—Una rúbrica.

Parecer

fiscal sobre el ocursó que antecede.

C. General en Jefe.—Los reos, D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía y sus defensores, por conducto del C. Fiscal, elevan á V. dos ocursos contraídos: uno á pedir se subsanen algunos vicios que en su opinión se notan desde luego en el proceso, y el otro en que ambos reos declinan la jurisdicción militar, para que desde luego se inhíba V. del conocimiento de esta causa, dándose cuenta al superior respectivo y suspendiéndose todo trámite ulterior.

En cuanto al primero de estos memoriales, lo advierto: que, resuelto como está por mí en virtud de mi dictamen respectivo, que

el proceso está en estado de haber ya diligencias que mario, fué imbibita tamb de no verse en él vicio alguna; y en tal virtud, este punto mente bajo la sola inspección guerra, quien lo tomará e así lo creyere conveniente. prevenido en el artículo 4 do 8º de la Ordenanza.

Respecto á la declinatoria militar á que se contrae e rial, como es un caso idéntico sión y fundamentos al pre miliano, debe resolverse e minos que aquel lo fué y razones expuestas en mi dictamen.

Es muy digna de llamar atención la tradición que se advierte que me ocupo, puesto que nueve piden la declaración y al siguiente día solicitan nuevas diligencias por la cuya jurisdicción declinan.

Por lo expuesto, es mi parecer que los recursos mencionados se resuelva en el sentido indicado, aprobándose. C. Fiscal de no haber sus

ue está corriendo y

de 1867.—*Lic. Joaquín*
brica.

lugar los recursos
den.

1867.—De confor
del Asesor. No ha
e jurisdicción inten
guel Miramón y D
so de 29 del pasado
nsor del reo D. To
el día 30, sobre que
que á su juicio ado
vase al Fiscal para
uciones á los reos y
la causa.—*M. Esco-*

or de Mejía.

notificado el Lic. C.
resoluciones del C.
cursos presentados
natoria de jurisdic-

ción y que se subsanen algunos causa, é impuesto dijo: que lo oydo con el debido respeto apela de la decisión de competencia, dictada sobre el respectivo de su parte D. Tomás, mandando la atención sobre que dicho no fué relativo á todo el proceso, sino á algunos capítulos: que en consecuencia negativa de corregir el proceso, y se conforma á más no poder, por reserva para repetir su instancia en caso de guerra: y por último, y por equidad, ya que se sigue la contraria á la del respondiente, pido concedan las veinticuatro horas para la defensa, ya que ha debido necesaria resolución de sus ocurrencias que por la naturaleza propia de estas horas no correrían hallándose presente el fallo: agregó, que si ni á esto último lugar, protesta contra la referida decisión y salva los derechos de su parte, que conste firmaron los presentes escribano.—*Manuel Azpíroz.* Un *Próspero C. Vega.*—Una rúbrica.—*Jacinto Meléndez.*—Una rúbrica

in á Maximiliano.

ha (dos de Junio) fuer
 iliano y su defensor de
 el C. General en Jefe h
 o sin lugar la apelación i
 l auto de treinta del pas
 lvió por el mismo C. G
 titivamente el artículo i
 inatoria de jurisdicción,
 Maximiliano dijo por v
 que no un espíritu de m
 el Sr. Asesor, sino un pri
 natural defensa me impe
 o los recursos que al pr
 yes, que aunque del der
 rreglo á ellas deben reso
 de incompetencia y de d
 fcción, cuando acerca c
 osición especial el derech
 ienen, como lo sabrá mu
 las ordenanzas del ejérc
 mo ruega al Sr. General e
 grave responsabilidad, si
 or contrario imperio el a
 que se niega ó no se admi
 mente interpuesta; que

a no se acce
 respondente
 de denegad
 icado corres
 artículos 1º
 1840. Reiter
 firmó con el
 rúbrica.—*M*
ús M. Vázqu
ucinto Melénd

ación fiscal en
nsa de Maxi
del C. Lic. V

a el Fiscal d
 (las seis de
 rmino de ve
 ay para eva
 ; puesto qu
 apelación y
 del Fiscal) s
 esar de los c
 in de insinu
 or contrario
 ción; si bien
). General e
 r sobre los 1

tentarlos con inserción literal de la respuesta que el procurador de Maximiliano acaba de consignar en esta causa, que no pudiendo ya permitir el Fiscal que deje de contarse las veinticuatro horas que han comenzado á correr para la defensa, deja á disposición del C. Lic. Vázquez, que está presente, este proceso, para que pueda examinarlo hasta las seis de la tarde del día de mañana, salvas siempre las disposiciones superiores. El defensor expuso: que el contenido mismo de esta actuación fiscal y la naturaleza misma de los pedidos formulados en la respuesta próxima anterior, imperiosamente exigen que las presentes diligencias originales permanezcan en la fiscalía á disposición inmediata del Sr. General en Jefe, quien de otra manera no podría en sentido alguno resolver el pedido de revocación y el de denegada apelación, cuyo recurso se ha entablado en forma: que por lo expuesto no puede el que habla recibir en traslado estas actuaciones, ni menos convenir en que comience á contarse el término de veinticuatro horas designado para la defensa, que no podría evacuarse sin tener á la vista repetidas actuaciones: que lo dicho no vuelve resistencia alguna á la autoridad, á quien tributa sus respetos, sino nada más el deseo de cumplir el espinoso y compro-

metido papel que se le ha enc
 si contra lo que natural y leg
 se dá por comenzado y trasc
 cho término, no obstante lo e
 debiendo quedar indefenso
 cumplimiento de un imperio
 habla, con el más profundo
 de fuerza y de nulidad, y lo
 respectiva superioridad, ante
 ra y ante el mundo civilizado
 firmó, expresando no renun
 en el término concedido par
Manuel Aspíroz. — Una rúbr
Vázquez. — Una rúbrica. — An
Meléndez. — Una rúbrica.

Parte del Fiscal al Gener

Acto contínuo el Fiscal dir
 General en Jefe, dándole parte
 con inserción literal de las
 abogado de Maximiliano, con
 dos diligencias precedentes,
 que sigue: — “El Fiscal que st
 á V. parte de lo ocurrido, esp
 bien disponer acerca de ello l
 de justicia; en el concepto de
 V. no disponga otra cosa, es

término legal para la defensa de Maximiliano, según quedan enterados el reo y su defensor y conservo á disposición de éste el proceso: sobre cuyo particular pido á V. también se sirva dar una declaración expresa para alejar toda ocasión de duda acerca de la legalidad de mi procedimiento." Y para que conste lo firmó conmigo el escribano. — *Azpíroz.* — Una rúbrica. — Ante mí. — *José M. Méndez.* — Una rúbrica.

En la misma fecha el Fiscal dió cuenta al C. General en Jefe por medio de oficio, de la apelación que ha interpuesto el Licenciado C. Próspero C. Vega al ser notificado de las resoluciones de V. en los ocursos que por su defendido el preso D. Tomás Mejía presentó declinando la jurisdicción militar y pidiendo la reforma de la causa: cuya exposición que obra á la foja ciento dieciocho, insertó literalmente el Fiscal con el siguiente pedimento: "Y como por parte de otro de los presos se ha intentado ya el recurso de apelación de igual resolución de V., y al dar yo á V. cuenta entonces le manifesté mi parecer, juzgo innecesario reproducirle ahora. En tanto al pedimento que dicho defensor ha para que se le vuelva á conceder el término de veinticuatro horas para la defensa, juz-

ue si bien no puede pedir
virtud de la sola ley de
ro de sesenta y dos, por h
esamente en tiempo hábi
ya vencido; puede darse
orrogue el término de de
ano, conforme á la sup
eintiocho del próximo p
obra á la foja cuarenta y
a), entonces en virtud de
nuevo término que ha de
procesados.” Y para qu
con el presente escribir
rúbrica.—Ante mí.—*J*
na rúbrica.

Se nombra un segundo e

. tres de Junio el C. Fisca
otro escribano para que
so, por juzgar muy conv
ervicio tener dos escrib
s pueda dividir el trabaj
estas actuaciones; y hab
gento segundo del Cuerp
leana, C. Ricardo Cortés
adole presente, su nomb
aceptó; le instruyó de las ob

por él contrae, y protestó dicho sargento segundo guardar fidelidad y secreto en cuanto actúe. Y para que conste lo firmó en el mismo día con el C. Fiscal y presente escribano.—*Manuel Azpíroz.*—Una rúbrica.—*Ricardo Cortés.*—Una rúbrica.—Ante mí.—*Jacinto Meléndez.*—Una rúbrica.

En la misma fecha (tres de Junio) el C. Fiscal recibió con decreto asesorado del C. General en Jefe, la resolución de los nuevos artículos intentados por el C. Lic. Vázquez, defensor de Maximiliano, sobre revocación de auto y sobre el recurso de denegada apelación; en el cual decreto consta también la declaración de que no debe suspenderse el curso del proceso por la promoción de artículos como los intentados por parte de Maximiliano: y para que conste se agrega con sus antecedentes dicha superior resolución, y firma esta diligencia el Fiscal con el presente escribano.—*Azpíroz.*—Una rúbrica.—Ante mí.—*Ricardo Cortés.*—Una rúbrica.

Comunicación del Fiscal al General en Jefe.

jército de operaciones.—Estado mayor
J. General en Jefe.—Teniente Coronel de
antería.—Fiscal.—Notificados hoy Maxi

miliano y su defensor de la se sirvió V. dar declarando e lación interpuesta contra el pasado, en que había V. re mente el artículo intentado ria de jurisdicción, y enterac el procurador de Maximilia espíritu de moratoria sino propia y natural defensa, i ner en ejercicio los recursos i preso, que aunque del dere arreglo á ellos deben resolve de incompetencia y de decli dición, cuando acerca de e posición especial el derecho previenen, como lo sabía n Asesor, las ordenanzas del E lo mismo ruega al Sr. Gener de sí tan grave responsabilidad vocar por contrario imperio fecha en que se niega ó no s lación legalmente interpuest gracia no se accede á esa rev da, el respondente entabla e recurso de denegada apelació el certificado correspondient glo á los artículos 1º y 2º d Marzo de 1840, reiterando e protestas.”

En seguida el Fiscal que suscribe declaró que desde el momento que corría (las seis de la tarde) comenzaba á contarse el término de veinticuatro horas que concede la ley para evacuar la defensa de Maximiliano, puesto que ya estaba resuelto el artículo de apelación y no era de sus facultades suspender el curso de la causa; si bien daría parte á V. de esta novedad para que se sirviese resolver lo que fuere de justicia sobre los artículos intentados para revocación de decreto por contrario imperio y denegada apelación, añadiendo que quedaba la causa á disposición del Lic. Vázquez para que pudiese examinarla á fin de que evacuase su defensa hasta las seis de la tarde del día de mañana, salvas siempre las disposiciones superiores.

El defensor repuso "que el contenido mismo de esta actuación fiscal y la naturaleza misma de los pedidos formulados en la respuesta próxima anterior, imperiosamente exigen que las presentes diligencias originales permanezcan en la fiscalía á disposición inmediata del Sr. General en Jefe, quien de otra manera no podría en sentido alguno resolver el pedido de revocación y el de denegada apelación, cuyo recurso se ha entablado en esta, y que por lo expuesto, no puede el Sr. Fiscal recibir en traslado estas actuaciones."

nes ni menos convenir en que contarse el término de veinticuatro signado para la defensa, la que evacuarse sin tener á la vista las actuaciones; que lo dicho no en tencia alguna á la autoridad, á q sus respetos, sino nada más el re cumplir el espinoso y comprom que se le ha encomendado. Que que natural y legalmente espera. menzado y transcurrido el predic no obstante lo expuesto; que i quedar sin defensa su cliente, en to de su imperioso deber, el qu el más profundo respeto protesta de nulidad y lo protesta ante l superioridad, ante la nación ent mundo civilizado.”

El Fiscal que suscribe al dar : lo ocurrido, espera tendrá V. s ner acerca de ello lo que estimar en el concepto de que mientras l ga otra cosa está contando el t para la defensa de Maximiliano ra señalada, según quedan ent y su defensor, y conserva á disp te el proceso, sobre cuyo partic también se sirva dar una decla.

Las leyes conforme á las cual
 dado á V. sujetar la tramitació
 ceso, son bien sencillas; y por
 tan precisos que en ellas se es
 para la formación de la suma
 la evacuación de la defensa por
 cunstancia, es muy fácil com
 píritu de impedir á todo tranc
 no se refiera á la averiguación c
 teria del enjuiciamiento; y en p
 paciones ó defensa, cuanto nc
 tamente á este objeto, es deci
 nación directa de los cargos qu
 formulados contra el reo, de
 inexactitud ó la falsedad de los
 en que se hubiesen basado.

Por lo que hace á la certifica
 este supuesto pide el defensor
 haya inconveniente en que se
 pedir, supuesto que está en su
 solicitar las copias de las consta
 yere convenientes para la mej
 su cliente, y que la causa no
 interrupción ninguna.

La conducta del C. Fiscal de
 pendido el curso de este pro
 más que demostrar la concien
 de su deber; y la declaración q

este particular, me parece debe dársele aprobando su procedimiento.

Esta es mi opinión. —Querétaro, Junio 3 de 1867.—*Lic. Joaquín M. Escobedo*.—Una rúbrica.

Decreto del General en Jefe.

Querétaro, Junio 3 de 1867.—De conformidad con el anterior dictamen, no ha lugar á la revocación por contrario imperio de la resolución en que se desecha la apelación interpuesta contra el auto de 30 del próximo pasado Mayo: expídase por el Fiscal la certificación que solicita el defensor del procesado Fernando Maximiliano, aprobándose el procedimiento del C. Fiscal relativo á que no se interrumpa el curso de la causa por los recursos interpuestos por los defensores de los reos.—*M. Escobedo*.—Una rúbrica.

En la misma fecha (tres de Junio) el C. Fiscal extendió el certificado prevenido en el superior decreto que antecede, y para que este firmó con el presente escribano.—*Az-*
oz.—Una rúbrica.—Ante mí.—*Ricardo Cor-*
 —Una rúbrica.

Notificación al defensor de

En la misma fecha y después de haberse cumplido el término de veinticuatro horas, se comenzó á correr según la ley para Maximiliano, desde las seis de la mañana de ayer, y durante el cual ha estado á disposición del defensor el C. Lic. Vázquez, el Fiscal acompañado del escribano pasó á la casa número 11 de la Flor-alta á donde halló al C. Lic. Moreno, defensor de D. Juan, y notificó al mismo de las conclusiones del C. General en Justicia, y le expuso en los ocursos presentados por el Sr. Ramón declinando la jurisdicción que le compete al C. Lic. Vega para que se señale los vicios de la causa, cuyo procedimiento le notificó; quien inmediatamente dijo: que siendo inconcusos los autos, el decreto en que se niega la jurisdicción, según el sentido de los autos, y autores y práctica constata la incompetencia rumpida en toda clase de juicio de derecho que concede al comisionado en el artículo veintitrés, título veinte, libro primero de la Recopilación, y protesta

petos al C. General en Jefe: apela al decreto mencionado. Que por lo que respecta al en que se niega igualmente la reparación de los vicios del proceso, dijo lo oye, protestando á salvo los derechos de su familia, y que tanto en este segundo caso como en el primero se reproducirán sus gestiones y peticiones en la defensa ante el Consejo de guerra. En seguida el Fiscal ofreció dar cuenta al C. General en Jefe del recurso de apelación interpuesto y de las protestas hechas por el defensor, sin perjuicio de continuar la causa y de que corran los términos de la ley como está mandado. Y para que conste firmaron los presentes conmigo el escribano. —M. A. Pérez. —Una rúbrica. —A. M. —Una rúbrica. —Ante mí. —Ricardo C. —Una rúbrica.

Nombramiento

del Lic. Jáuregui como defensor de Miramón.

En la misma fecha y en el lugar expresado, presente también el Lic. C. Ignacio Jáuregui, defensor nombrado por el preso D. Miguel Miramón, el Fiscal le manifestó su nombramiento, del cual impuesto dijo que acepta y protesta cumplir su encargo fielmente y con arreglo á las leyes, y para que conste firmó con el Fiscal y presente escriba-

no.—*Manuel Azu*
Ignacio de Jáuregui
—*Ricardo Cortés.*—

del proceso á lo

En seguida y á la noche, el Fiscal y dos defensores de oficio, don Moreno y don Salazar, desde ese momento, hasta las veinticuatro horas siguientes, se ocuparon de evacuar la diligencia que se les presentó á su disposición. Los señores Salazar y Moreno respondieron que habían recibido este proceso en forma de estilo, en ciento sesenta y tres folios, y que conste firmar y rubricar el escribano.—*Manuel Azu*
—*Lic. Jáuregui.*—*Don Moreno.*—Una rubrica
Cortés.—Una rubrica

¿verdad?

Quintana Roo.—Miramón.

—Ve de la noche buena
uelto por la defensa
nón este proceso en
ejas y las mismas qu
via de entrecarillo que
que firmó el Fiscal o
—*Así va.*—Una rúbr
del C. J. J.—Una rúbr

Fiscal citó para las si
na próxima á los de
aximiliano. Miramón
a de una diligencia, s
to de reunión el Cuart
ción, así como de la cont
igencia, dió cuenta al C
ifistándole que á la ho
ta, notificaría á los d
aba á correrles el term
oras común á los tr
su defensa les otorgó
Y para que conste fi
escribano. — *Así va.*



Ministerio de la Guerra en telegrama del día cinco, que el C. Presidente se sirvió conceder otra prórroga de tres días comunes para la defensa de los procesados; del contenido de cuyo oficio que se agrega en estas actuaciones, fueron notificados, según está mandado, los reos, y citados en consecuencia todos los defensores presentes para las diez de la mañana del día siete, á fin de que desde esa hora comenzaran á correr los tres días nuevamente prorrogados, y durante ellos tuviesen á su disposición los dichos defensores este proceso; todo lo cual se verificó, recibéndolo, bajo el conocimiento de estilo, otra vez el C. Lic. Vázquez por común acuerdo de los interesados; que los tres días referidos se vencieron esta mañana á las diez, por no haberse contado para el curso del término el día nueve que fué feriado, con arreglo al artículo setenta y cinco de la ley sobre administración de justicia de veintitrés de Noviembre de mil ochocientos cincuenta y cinco. Y para que todo conste se sienta por diligencia que firma el Fiscal con el presente escribano.—*Azpíroz.*
 - Una rúbrica.—Ante mí.—*Jacinto Melén-*
z.—Una rúbrica.

República Mexicana.—Ejército de operaciones.—General en Jefe.—El C. Ministro de



que tengan **exacta** conexión con el servicio militar, pero el Archiduque Fernando Maximiliano no pertenecía al ejército de la nación, y en consecuencia los actos porque se le juzga, no tienen conexión ni exacta ni inexacta con la disciplina militar.

En la misma sección se encuentra el artículo 23, en el que además de anunciarse para más tarde la completa abolición de la pena de muerte en todo género de delitos, para preparar la cual se determina el establecimiento inmediato del régimen penitenciario, se declara ella abolida para los delitos políticos. Y la ley de 25 de Enero de 1862 que al pretenderse aplicarla á Maximiliano no tiene otra tendencia que el castigo de un delito político, no impone otra pena que la de muerte á la mayor parte de los hechos que se propuso reprimir, y entre ellos á los de que se hace cargo á nuestro defendido.

Es también cierto que el artículo á que nos vamos refiriendo establece también otra excepción, y es la de que la pena de muerte podrá imponerse al traidor á la patria en guerra extranjera; pero es bien claro que no siendo Maximiliano natural de México, sino de Austria, el cargo de traidor á la patria no obra con él, y por lo mismo se encuentra en el caso de la excepción, sino de la regla general. Es

lo mismo una reforma de la Constitución, habría sido necesario conforme al artículo 127 del mismo código, que ese cambio en la legislación se hubiera hecho con el voto de las dos terceras partes de los individuos del Congreso de la Unión y aprobación de la mayoría de las legislaturas de los Estados.

En todos casos, señor, no hay cosa más digna de respeto que la invocación de la ley, sobre todo cuando es la fundamental aquella cuya observancia se pretende. Pero si esto es así aun tratándose de una causa que ni por su naturaleza ni por la persona del acusado llamará sobre sí la atención pública, el deber de respetar las prescripciones de la ley sube de punto tratándose de un negocio que ha de tener el mayor eco en todo el mundo civilizado, y sobre el cual han de expresar libremente su juicio propios y extraños. Si en él se vá á decidir de la suerte de Maximiliano, á su vez todos los países civilizados examinarán con severidad todos y cada uno de los actos del proceso, pronunciarán sobre la conducta de todas las personas que en él intervengan, y ese juicio será tanto más grave cuanto que si es favorable cederá en honor al país, y si es adverso cederá en su memoria. Uno de los mayores deberes del hombre es el que tiene de conservar su propia re-

del país exigida por la Constitución de 1857 está incompleta. Los tribunales federales mandados por ella establecer y que conforme los artículos 97 y 128 de la misma debían conocer de los actos de que se hace cargo á nuestro defendido, no existen en estos momentos.

Si ellos existieran, habríamos ocurrido á los mismos para que en defensa de su jurisdicción constitucional, reclamaran el conocimiento de la presente causa. Existiendo esa imposibilidad de hecho para usar de ese recurso, nuestro defendido está privado de hecho de uno de los remedios que le otorgan para su defensa las leyes del país en que se le está juzgando. Y esa privación, no legal sino puramente emanada de circunstancias, de hecho causaría ya una prevención desfavorable contra los procedimientos.

Es preciso que la jurisdicción á que se encomendó esta grave causa sea imparcial, inspirando todo género de confianza, de que los altos intereses de la Federación que van á ventilarse, serán bien discutidos y tendrán además el celoso custodio que según el principio constitucional deben tener.

No existe el tribunal de distrito, ni otro de la federación á que debiera ocurrirse para iniciar una competencia que la justicia pide y la necesidad pública demanda. No

consultar sobre los graves puntos que se han tocado, al Supremo Gobierno, remitiéndole original ó en copia el presente ocurso, pues así es de justicia.

Querétaro, seis de Junio de mil ochocientos sesenta y siete.—*Lic. Jesús María Vázquez.*—Una rúbrica.—*L. Eulalio María Ortega.*—Una rúbrica.

Fiscal.—C. General en Jefe.—Esta misma noche ha sido puesto en mis manos el presente ocurso en que dos de los defensores de Maximiliano piden que se declare V. incompetente para conocer en la causa de dicho reo, ó por lo menos, se sirva V. dar cuenta al Supremo Gobierno para la resolución debida.

Al elevarlo á V., juzgo debido manifestarle mi parecer acerca de los fundamentos legales en que de nuevo se hace consistir la incompetencia del Consejo de guerra ordinario llamado por la ley de 25 de Enero de 1862, y los que por el contrario, sostienen la competencia de la jurisdicción militar para esta causa.

La ley de 25 de Enero de 62, ha sido dada por el Ejecutivo en virtud de las facultades extraordinarias que le concedió el congreso el 11 de Diciembre de 1861 conforme al 29 de la Constitución.

en tiempo de guerra los que suponen inteligencia con el enemigo.

Por lo expuesto, opino que la orden de juzgar á Maximiliano, Miramón y Mejía por la ley de 25 de Enero de 1862 es conforme al artículo 128 de la Constitución.

Querétaro. Junio 6 de 1867.—*Manuel Azpíroz*.—Una rúbrica.

Ejército del Norte.—General en Jefe.—Querétaro, Junio 7 de 1867.—Al C. Asesor para que dictamine.—*Escobedo*.—Una rúbrica.

Dictamen del Asesor.

C. General en Jefe.—Los defensores de Fernando Maximiliano elevan á V. un recurso en el que, solicitan la declaración de que el Consejo de guerra no pueda ser competente para conocer de este proceso, y que en caso de negativa se manle expedir una copia del memorial para recabar del Supremo Gobierno la resolución correspondiente.

Este recurso, C. General, es el mismo que de un principio han intentado los procuradores del feo, y el que fué desechado en todas sus instancias por las respectivas resoluciones que se sirvió V. adoptar. Nada, pues,

solicitan para que de ella hagan el uso que mejor les conviniere.

Querétaro, Junio 8 de 1867.—*Lic. Joaquín M. Escoto*.—Una rúbrica.

Ejército de operaciones.—General en Jefe.
—Querétaro, Junio 8 de 1867.—De conformidad con el anterior dictamen, no ha lugar á la solicitud de los CC. Licenciados Jesús M. Vázquez y Eulalio M. Ortega, defensores del procesado Maximiliano, en la que interponen el recurso de declinatoria de jurisdicción.
—Devuélvase al C. Fiscal para que lo notifique así á los interesados, agregando el memorial á la causa y expidiéndoles las copias que pidan.—*M. Escobedo*.—Una rúbrica.

*Consulta del Fiscal
sobre recursos de los defensores.*

Fiscal.—Ciudadano General en Jefe.—
Vuelvo á elevar á V. estas diligencias, por cuanto los defensores de Maximiliano, Vázquez y Ortega, al notificarles el decreto de V. el día ocho en que se sirvió V. declarar no haber lugar á la declinatoria de jurisdicción por segunda vez intentaron el día 6, han dado de dicha superior resolución.

Dictamen del Asesor sobre la anterior consulta.

C. General en Jefe.—El C. Fiscal hace á V. saber para su resolución, que los defensores de Fernando Maximiliano al notificárseles el auto de fecha 8 del corriente apelaron de la decisión que se les hacía saber.

Como lo resuelto por V. en esa vez recae sobre un recurso que intentado desde un principio por los defensores, había sido desechado en todas sus instancias, no siendo por lo mismo una nueva excepción la que hoy alegan en favor de su cliente, sino repetir la que ya está del todo considerada y resuelta, no puede haber lugar á una nueva declaración sobre la admisión de este recurso.

En consecuencia, soy de opinión se mande estar á lo resuelto por V., y contestando la solicitud del C. Fiscal, se declare: que siempre que se quiera hacer uso de recursos que hubiesen sido declarados inadmisibles, á fin de evitar las inútiles demoras que serían consiguientes á su interposición, no les dé curso, sino que sólo por una diligencia los haga constar en el proceso.

Querétaro, Junio 10 de 1867.—*Lic. Joaquín Escoto.*—Una rúbrica.

ca.—*Lic. Vázquez.*—Una rúbrica.—*Lic. Ortega.*—Una rúbrica.—Ante mí.—*Jacinto Meléndez.*—Una rúbrica.

En once de Junio el C. Fiscal expidió un certificado que le pidieron los defensores de Maximiliano, Licenciados Vázquez y Ortega, en su comparecencia que consta por diligencia á la foja ciento cuarenta y cinco. Y firmó la presente conmigo el escribano que actúa.—*Azpíroz.*—Una rúbrica.—Ante mí.—*Jacinto Meléndez.*—Una rúbrica.

En seguida se agrega por disposición del C. Fiscal la nueva solicitud de los susodichos defensores de Maximiliano, para que se les conceda por el C. General en Jefe un término probatorio. Y para que conste firmó el Fiscal con el presente escribano.—*Azpíroz.*—Una rúbrica.—Ante mí.—*Jacinto Meléndez.*—Una rúbrica.

Los licenciados

Vázquez y Ortega piden término probatorio.

Los defensores del Sr. Archiduque Maximiliano que suscribimos, en la causa que enón de los Sres. Miramón y Mejía, se le ruye por delitos contra la Independencia

En la misma fecha (once de Junio) se hace constar por disposición del Fiscal, que ayer le presentaron los susodichos defensores presentes de Maximiliano, y el Fiscal elevó hoy al C. General en Jefe un escrito acompañado de un certificado de médicos, en el cual los presentantes piden al C. General en Jefe se sirva disponer la translación del preso Maximiliano, á otro lugar en que se halle en mejores condiciones higiénicas que el que ocupa, por ser así conveniente, en opinión de los facultativos, á la salud del preso. Y para que conste lo firmó el Fiscal con el presente escribano.—*Azpíroz*.—Una rúbrica.—Ante mí.—*Jacinto Meléndez*.—Una rúbrica.

Ciudadano General en Jefe.—Manuel Azpíroz, Teniente Coronel de Infantería, Fiscal de esta causa.—Hago á V. presente, que esta mañana á las diez, se ha vencido el último término de defensa que con calidad de improrrogable otorgó á los tres procesados el Supremo Gobierno con fecha cinco del presente mes.

En mi concepto se halla este proceso en estado de verse en el Consejo de Guerra ordinario que previene la ley de veinticinco de enero de sesenta y dos; no obstante hallarse pendientes de la resolución de V. los recur-

batorio en favor de Maximiliano, es, que debe declararse no solamente inadmisibile sino prohibida por el artículo treinta y nueve, título quinto, tratado octavo de la Ordenanza del Ejército, por cuanto conspira á embarazar el curso de la justicia, pues en primer lugar, si alguna prueba tenían que promover los defensores, debieron haberse aprovechado para ello de los días que se les han concedido para la evacuación de la defensa; segundo, porque todavía, sin necesidad de abrirse la causa á prueba por un nuevo término, pueden emplear para todas sus defensas legítimas, en las que están incluídas las pruebas que tengan para destruir los cargos, el tiempo que falta para la reunión del Consejo de Guerra, y hasta el de su comparecencia ante este tribunal, que precisamente los llama para oírlos, así como á los mismos reos, y tomar en consideración antes de pronunciar su sentencia, cuanto unos y otros tengan que exponer para descargo de los reos, según se previene en los artículos treinta y nueve y cuarenta y tres del título y tratados citados de la Ordenanza: tercero, porque un término probatorio distinto del que se concede para la evacuación de la defensa, es del todo desconocido é inusitado en la práctica militar, y contrario no sólo á la ordenanza del ejér-

Querétaro, Junio 12 de 1867.—Al Asesor.
—*Escobedo*.—Una rúbrica.

Ciudadano General en Jefe. El Ciudadano Fiscal en oficio de ayer, devolviendo á V. las diligencias practicadas, en virtud de la suprema orden de 21 del pasado contra Fernando Maximiliano y sus llamados Generales Miramón y Mejía, consulta á V. sobre si el proceso está ya en estado de verse en Consejo de Guerra, como lo previene la ley de 25 de Enero de 862. El mismo C. Fiscal advierte que al resolverse este punto puede también hacerse otro tanto con la última pretensión de los abogados de Maximiliano, contraída á que se les conceda un término para rendir las pruebas necesarias en favor de su cliente, y por último, que estando pendiente de resolución la apelación interpuesta por los defensores de Miramón y Mejía, del auto de fecha 2 del corriente, á fin de que estas diligencias estén perfectamente concluídas, pide el Fiscal se resuelva también este recurso.

Ajustado este proceso á las prescripciones de la ley de 25 de Enero de 862, la de 15 de septiembre de 57 y ordenanzas generales del ejército, no encuentro nada en él que impida el trámite que se consulta.

La ley de 25 de Enero en su artículo 7º

so interpuso el defensor de Maximiliano, creo, que sin perjuicio de que la causa siga sus trámites en la manera que llevo dicho, debe declararse no haber lugar á su pretensión.

Querétaro, Junio 12 de 1867.—*Lic. Joaquín M. Escoto.*—Una rúbrica.

Decreto

declarando hallarse el proceso en estado de verse.

Querétaro, Junio 12 de 1867.—De conformidad con el dictamen que antecede del C. Asesor se declara: 1º Que el proceso instruído contra Fernando Maximiliano de Hapsburgo y sus Generales D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía está en estado de verse en Consejo de Guerra. 2º No es admisible la solicitud de los defensores de Maximiliano, en que piden se les conceda un término para rendir algunas pruebas en favor de su cliente. Y 3º No ha lugar á la apelación interpuesta por los defensores de los procesados Miramón y Mejía del decreto fecha 2 del presente.

Devuélvase la presente causa al C. Fiscal para que notifique esta resolución á quien corresponda.—*M. Escobedo.*—Una rúbrica.

En la misma fecha se recibieron los oficios venientes que se agregan: uno del C. Gene-

Fiscal de la causa de Maximiliano y cómplices.—Presente.

Cuerpo de Ejército del Norte.—División Mixta.—Mayor General.—Por disposición del C. General en Jefe inserto á V. lista de los vocales nombrados para formar el Consejo de Guerra ordinario que debe juzgar á los reos de lesa Nación, Fernando Maximiliano de Hapsburgo y sus llamados Generales D. Tomás Mejía y D. Miguel Miramón, cuyo Consejo quedará instalado á las ocho de la mañana en el Teatro de Iturbide de esta Ciudad, y bajo la presidencia del C. Teniente Coronel Platón Sánchez.

Vocales: Comandante Capitán José Vicente Ramírez, Comandante Capitán Emilio Logero, Capitán Ignacio Jurado, Capitán Juan Rueda y Auza, Capitán José Verástegui y Capitán Lucas Villagrán.

Lo que comunico á V. oportunamente para los fines consiguientes.

Independencia y Libertad. Querétaro, Junio 12 de 1867.—*J. Hipólito Sierra* —Una rúbrica.—C. Fiscal Teniente Coronel Manuel Azpíroz.—Presente.

En la misma fecha el Fiscal comunicó á Capitanes que han de servir de vocales

vocales del Consejo de Guerra.—*Cortés*.—Una rúbrica.

Cuerpo de Ejército del Norte.—División Mixta.—Mayoría General.

Orden General de la División Mixta del 12 al 13 de Junio de 1867, en Querétaro.—San Luis.—Linares.—C. S. de P. Lujo.

Jefe de día para hoy el C. Teniente Coronel Carlos E. Margain, y para mañana el que se nombre.—Ayudantes de guardia con el C. General en Jefe los CC. Teniente Coronel Pedro de León y Capitán Pedro Farías, y en esta Mayoría el C. Capitán Tito Núñez, de Cazadores.—El día de mañana, á las ocho de la misma, se celebra Consejo de Guerra ordinario para juzgar en él á Fernando Maximiliano de Hapsburgo, Archiduque de Austria, y sus llamados generales D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía, sus cómplices por delitos contra la nación, el derecho de gentes, la paz pública y las garantías individuales.—El Consejo será presidido por el C. Teniente Coronel Platon Sánchez, y como vocales del mismo los CC. Capitanes José Vicente Ramírez, Emilio Lojero, Ignacio Jurado, Juan Ueda y Auza, José Verástegui y Lucas Vigrán; cuyo Consejo se reunirá á la hora señalada, en el Teatro de Iturbide. En conse-

creta y no conocida. Hay que tratarlas, también por este motivo, con tanta exactitud como escrúpulo.

Presentan una desventaja las cuestiones domésticas de un país: que los prosélitos de un bando al caer en manos de otro, precisamente el vencedor hace de juez y el vencido de reo; por grandes que sean los esfuerzos de aquél para revestirse de imparcialidad, purificándose, digámoslo así, con las cenizas de sus malas pasiones, nunca dejará éste de reputar enemigos suyos á los que van á juzgarle, y nunca de abrigar en su ánimo los más tristes vaticinios. No es entonces el testimonio solo de la propia conciencia quien acompaña al encausado en su prisión, y quien lo alienta ó abate, al tenor de su culpa; es, además, el género de su causa, sin que baste á moderar su pena, otro motivo que la bondad personal de los jueces.

Hay, por tanto, inmensa necesidad de encender la luz de la discusión y de mantenerla viva; hay inmensa necesidad de prestar la atención más benévola á las exculpaciones del encausado; es absolutamente necesario que las exponga éste con franqueza; que las haga valer con libertad, que las inculque con

no debiera oírse, pues, en este recinto de

de las calificaciones más opuestas; ahora mismo es para muchos un héroe, sumido en la desgracia, y para otros, un pérfido que traicionó á su patria. Merece para unos la corona cívica con que se premia la constancia, y para otros el patíbulo destinado para el delincuente. Pero no es ese el lenguaje de la reflexión y de la calma, es el de los partidarios cuando hablan en el exceso de la cólera; pertenece á los hombres extremos, que agotan el diccionario de la calumnia en desprestigio de sus enemigos; ese lenguaje no se escuchará jamás de los labios de un juez recto. Si yo le hubiese oído de cualquiera de vosotros, le diría que no puede ocupar un lugar en este respetable Consejo; le diría que no entran á él los cómplices, ni los adversarios del señor Mejía; le diría que falta á sus deberes más sagrados: que no es imparcial, que no puede juzgarlo.

El Sr. Mejía, alumbrado con otra luz, con la luz de la razón en calma, merece diversas calificaciones, y á mí me corresponde presentároslo como es. Voy á manifestar primero, que es un caudillo de buena fé; á demostrar después que no es justo confundirlo con los traidores que vendieron á su patria, y á deducir por último que no es merecedor de la pena de muerte.

quiera cuestión, es más difícil en las políticas, en donde los deseos y las pasiones toman una parte activa, y en donde hasta los mismos sabios se separan en opuestos pareceres. ¿Por qué ha de ser extraño que el Sr. Mejía, retirado de la sociedad, y ageno de la discusión, se dejase conducir de las luces de otro?

La Constitución de 1857 tropezó al publicarse, con poderosas resistencias, acaudilladas por el mismo Presidente de la República. Me refiero al golpe de Estado de Diciembre, y no temo asegurar que el Sr. Mejía encontró allí la reprobación expresa de la gran carta, no menos que la confirmación de su anterior conducta. Se convenció que obraba bien, y continuó en el uso de las armas.

En 1860, que volvió á regir el debatido Código, se anunció á muy poco un conflicto nuevo, la venida de los ejércitos coligados. Como el peligro de la Independencia es el primero de los peligros, las contiendas domésticas tenían que enmudecer y ser aplazadas: quedaba puesto á prueba el patriotismo; había sonado la hora de acudir en defensa de la República. El Sr. Mejía lo comprendió luego, y, pronto á combatir por la independencia, se preparaba á salir al encuentro de invasores. Lo declaró así á sus amigos;

tido liberal seguía á nuestro Gobierno abandonando la antigua Capital, y dejándola en manos de los conservadores. Se habían movido en ella hábilmente los resortes de la seducción, y se contaba con el apoyo de una fuerza magnífica. Cualquier providencia podía dictarse allí sin la menor oposición, como se dictó realmente. Una junta de Notables escogidos *ad hoc*, votó en favor del Imperio, la secundaron los diarios de México, la secundaron multitud de pueblos, villas y ciudades que levantaron actas de adhesión, y por fin la secundó, en lo ostensible, la mayor parte de la República, á donde los franceses se habían introducido.

Cuando el Sr. Mejía conoció el voto de los Notables, y leyó las actas de adhesión, y supo quiénes formaban la Regencia, se disiparon en su ánimo las dudas anteriores: le pareció Mexicano el Gobierno, emanado de una votación espontánea, y juzgó que él se hallaba, no tan sólo libre, sino en el deber de conservar las armas en la mano, en sostén de la nueva institución. ¡Tan fácil así es dar crédito á todo aquello que puede contribuir á la derrota de nuestros adversarios!

Ocupó entonces la Capital de San Luis, defendió después la de Matehuala, y más tarde recibió á encargo la de Matamoros; tengo ins-

fé política. Ama la independencia de su patria, y está, y ha estado dispuesto á combatir por ella: dudó cuáles fueran los intentos de la intervención Europea, y suspendió inmediatamente sus hostilidades contra nuestro Gobierno, para tomar la expectativa y descubrirlos. Fué neutral. Cuando vió establecida la Regencia, que calificó de Gobierno Mexicano, se adhirió á ella, porque sus dudas quedaban resueltas á favor de la autonomía de la República. Había dado crédito á las palabras del General Forey, de Almonte y de Miranda, se dejó llevar del voto de los Notables, le sedujeron las declamaciones periodísticas, y le fascinaron las actas de adhesión.

Antes no había salido del punto de su residencia, después ya fué soldado del Imperio.

Como Jefe imperial no atacó nunca, se defendió apenas en las plazas de San Luis, Mathuala, Matamoros y Querétaro. Jamás autorizó el crimen. Llegó á entrever más tarde que se desplomaría el Imperio, y se decidió á retirarse á la vida privada, pero sin desertar del ejército, que le pareció una repugnante deslealtad; renunció del mando de las tropas, y con sus renunciadas, no alcanzó ninguna respuesta, y se halló en último término obligado por su honor á sacrificarse al pié de su ban-

cierto que traicionó á la Patria, y fijemos después el tamaño de su pena por haber sido soldado del Imperio.

Conviene que fijemos antes de todo el sentido de la suprema orden que ençabeza el proceso: para evitar equivocaciones que podrían ser funestas. No se dispone allí la observancia total de la ley de 25 de Enero de 1862, sino tan sólo de algunos artículos, que son los puramente reglamentarios del juicio. “En tal virtud, son sus palabras, «ha determinado el Ciudadano Presidente de la República, que disponga V. se proceda á juzgar á Fernando Maximiliano de Hapsburgo y á sus llamados Generales D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía, procediéndose en el juicio *con entero arreglo á los artículos del sexto al undécimo inclusive de la ley de 25 de Enero de 1862, que son los relativos á la forma del procedimiento judicial.*» Nada expresa respecto de los penales, y esta omisión, que sin duda es meditada, merece estudiarse.

Si á juicio del Gobierno esa ley hasta en sus penas comprendiese á nuestro caso, no hubiera detallado artículos, sino que simplemente habría prevenido que la causa se sujetase á ella. Si esto hubiera dicho, la habría declarado vigente en su totalidad, aunque siempre dejando libre al Consejo para decidir si

puede hacer uso en este asunto de las penas de la ley de Enero de 1862.

También importa mucho extirpar la perniciosa confusión de ideas que hacen las personas vulgares cuando tocan los hechos de nuestra política de los últimos cinco años. La venida de los invasores, la forma imperial del gobierno tan mal recibida entre nosotros, y la calidad de extranjero en el Emperador, dan margen á que se igualen á veces el Imperio y la intervención, los partidarios del uno, y los enemigos de la independencia del país. ¡Error gravísimo que es fuerza combatir! Porque si hubo muchos mexicanos sectarios frenéticos de la intervención que se le unieron sin examen, arrostrando con todas sus consecuencias, hubo también otros, y fué la mayoría de los conservadores, que no más fueron imperialistas. Me declaro, á la faz del mundo, enemigo capital de los traidores, que me repugnan infinitamente; pero veo que el honor de México está empeñado en reducir al justo el número de estos desgraciados, sin que nos sea lícito cubrir ligeramente con el lodo de tanta infamia á quien no lo merezca.

Es preciso examinar la conducta de cada uno. Si algunos llegan á aparecer traidores, los otros no aparecerán sino como amantes del gobierno monárquico, y si para aquellos

consecuencia, que los cargos que no emanen del proceso, son insostenibles por falta de fundamento. Y no hay que atenerse á la confesión del acusado, porque sólo ella es insuficiente. No hay que apelar tampoco á la publicidad; se ha omitido aquí la comprobación de esta circunstancia, y vale tanto como si no existiera, ó damos paso libre á la bárbara tiranía de ser alguno castigado á voluntad acaso de un juez inícuo, únicamente porque le ocurrió llamar públicos los hechos tal vez sin serlo verdaderamente.

Estas objeciones afectan la esencia de todo sumario, y lo vician; tengo que insistir en ellas necesariamente.

Voy no obstante á apartarlas de mi vista por algunos instantes. ¿Se trata por ventura de los hechos anteriores á la intervención? Será cierto entonces que no los comprende la ley de 25 de Enero de 1862, porque no tiene efecto retroactivo. Felizmente regía en esa época el artículo constitucional que, lleno de humanidad, había prohibido la última pena en los delitos políticos.

¿Se trata de los hechos posteriores?

Hagamos en tal hipótesis la conveniente paración de ideas: deslindemos, si puedo presarme así, los conceptos para responder cargo. La materia del que nos ocupa no es

misma Constitución á que vengo refiriéndome, invoca en su apoyo la autoridad del pueblo mexicano. ¿Qué hay, pues, de criminal en que mi encomendado no se adhiriese á la Constitución al tiempo de publicarse?

Ella en 1857 debió al golpe de Estado del mes de Diciembre su primera inobservancia, que duró tres años: recobraba su poder en 1861, no sin tropezar aún con fuertes resistencias, cuando desembarcaron los ejércitos coligados de la Europa: en 1863 aparecieron en la escena política los Regentes, y en 1864 comenzó el Imperio, que ha logrado mantenerse hasta 1866. Refiero hechos puramente, sin comentario alguno. La luminosa Constitución en el transcurso de diez años, no había regido más de tres, y siempre derramándose la sangre de sus generosos defensores en los combates. ¿No sería fácil, pues, que hubiese vacilado el Sr. Mejía sobre la adhesión de los mexicanos á ella? ¿No pudiera afirmarse razonablemente que nos habíamos dividido impugnándola unos, y defendiéndola otros?

Dedúcese que el Sr. Mejía, hasta cierto punto uso de sus derechos de mexicano, puevantarse contra la Constitución de 1857, después tuvo motivos poderosos para creer no había logrado ella la aprobación de la mayoría, y en fin, que respondió al cargo

chos, tengo sed de sangre, nueve ó diez mil víctimas en nada me interesan,» y este lenguaje pugnaría con la ciencia y con los sentimientos humanitarios del Gobierno.

La paz pública es en efecto la base de la felicidad común, en ella descansa la fortuna de las Naciones, y su libertad es el sol de las inteligencias, es la aurora del progreso, es el primero de todos los bienes. Sin la paz, todo es confusión y desorden, no hay nada. Establecida una vez, necesario es conservarla á costa de cualquier sacrificio: á ese fin son aceptables un rigor extremo y los mayores castigos. De allí la tremenda legislación de todos los países contra los trastornadores del reposo público. De aquí la terrible ley de 1862.

Tan justo es dictar esta ley en tiempo de paz, como imprudente en tiempo de guerra.

En este tiempo hubiera sido una temeridad sin disculpa, hubiera sido provocar las represalias, aparecería no más como efecto de una ira desenfrenada. Ella supone el estado pacífico del Gobierno, de consiguiente el estado de guerra la pone fuera de su caso. No puede por eso comprender al Sr. Mejía, una vez que no ha llegado á reconocer al Gobierno Constitucional, ni ha podido llegar éste á terminar en paz. Lleva, repito, diez años de

piensas como yo» «tú vales menos que yo,» y no por eso le habrá reprochado un delito, un algo que merezca pena.

La ilustración del siglo admite que cualquier partido puede abrazarse de buena fe: admite, como posible, que los partidarios no tengan de qué reprenderse, y admite más, hasta que se estimen como meritorios de haberse filiado en él.

Así los crímenes políticos acaso no son crímenes; es repugnante castigarlos, y es bárbaro llevar el castigo hasta la última pena. Renuevo mis respetos.

Por abundancia de razonamientos he demostrado hasta aquí que no comprende al Sr. Mejía la ley de 1862. Voy ahora á manifestaros *que no le comprende ninguna otra de las que llamamos positivas.*

Es un hecho que el partido liberal y el conservador han estado disputándose la dominación del país. Es un hecho que la legitimidad se encuentra del lado de los liberales, pudiendo sus adversarios figurar entre los desobedientes.

Es un hecho que se han dividido entre ambos el territorio, sobrepujándose uno al otro alternativamente en fuerza y en poder. Estos son los hechos que no hay mexicano que no conozca, ya que todos fueron á su vista.

«tina, no por eso dejan de estar divididos de
 «hecho. Además ¿quién los juzgará y decidi-
 «rá de qué parte estará el agravio ó la justicia?
 «No tienen superior común sobre la tierra, y
 «por consiguiente se hallan en el caso de dos
 «Naciones que entran en contestación, y que
 «no pudiendo convenirse, acuden á las armas.
 «En este supuesto, es evidente que las leyes
 «comunes de la guerra, esas máximas de hu-
 «manidad, de moderación, de rectitud y hon-
 «radez que hemos expuesto, deben observar-
 «se por ambas partes en las guerras civiles.
 «Las mismas razones que establecen su obli-
 «gación de Estado á Estado, las hacen tanto
 «ó más necesarias en el caso desgraciado en
 «que dos partidos obstinados despedazan su
 «Patria común.»

«Y ¿no es cierto que las Naciones viven en
 «el estado natural? ¿No es cierto que para
 «ellas, si no es algún convenio, tampoco exis-
 «ten leyes positivas?»

«Como las sociedades de hombres indepen-
 «dientes, enseña Wheaton, se consideran per-
 «fectamente iguales entre sí, pueden contem-
 «plárseles como si se encontraran lo mismo
 «que los individuos en estado de naturaleza.

la gran sociedad de las Naciones, no hay
 «ley legislativo, y por consiguiente *no hay*

¿quién negará que la firmeza de opinión es una de las mejores? Defender por espacio de muchos años una misma idea, sufrir en la defensa todo género de padecimientos, y arrostrar hasta los más grandes peligros á despecho de los vaivenes de la fortuna, á despecho de la manera de obrar de los débiles, y aun á despecho de la seducción que también ha disparado sus tiros; todo esto es imposible que no proceda de buena fe, radiante, que inunde la alma, que tiemble la aspereza de los sufrimientos; es imposible que no emane de la conciencia con que se sigue y se sostiene un partido. Dejemos, pues, establecido de ahora para siempre, que mi encomendado fué antes y es ahora víctima no del espíritu de medrar, no de las aspiraciones al poder supremo, tampoco del criminoso fraude, sino de la buena fe más comprobada, y más universalmente reconocida. Toquemos otro cargo.

El segundo afecta la neutralidad de mi defenso cuando llegó la intervención, y los auxilios que le prestó. La respuesta es categórica, fué neutral, porque no conocía las intenciones de la Europa, y á la intervención no le dió auxilio alguno.

El cargo presupone rectamente, que una á la época de la intervención, y otra la del

México para el interior al mando del General Garza, marchaba (duele el corazón decirlo, pero es la verdad), marchaba en clase de fugitivo, y con el desorden y desmoralización que siempre acompañan á una retirada. El Sr. Mejía situado entonces á inmediaciones del tránsito á orillas de la Ciudad de San Juan del Río, lo veía todo, mantenía intactas sus fuerzas; pudo haber acometido al ejército con probabilidades de alcanzar grandes ventajas; de hacerlo hubiera prestado á la intervención un poderoso auxilio, porque tal vez hubiera destruído las resistencias posteriores, y sin embargo nada emprendió sobre él, sino que le dejó pasar libremente. Fué público el hecho, y nos está poniendo á la vista el verdadero ánimo de mi defensor, de no ayudar en nada al invasor: los hechos tienen una lógica irresistible.

Pero fué neutral, se dice, hallándose la independencia de la República en peligro. Si con esto se ha pretendido argüir á mi defensor de haber sido contrario á la independencia de México, con instrucciones suyas, y á su nombre, rechazo el cargo en su más amplio sentido. No. El Sr. Mejía ama la independencia y ha estado dispuesto á defenderla como ciudadano, como soldado y como partidario. Tal fué su resolución, pronta, de-

ajustó á las reglas de prudencia, la neutralidad y la expectativa? seguramente que sí.

Pero en fin, se añade, le prestó al menos un servicio indirecto distrayendo la atención del Gobierno. No es cierto ¡vive Dios! que la distrajera si había declarado al mismo Gobierno su neutralidad. No haré armas en su contra, le dijo al Sr. General Doblado, y cumplió su palabra religiosamente. Trascurrió un año entero desde la gloriosa fecha del 5 de Mayo á la pérdida de Puebla, y desafío á cualquiera á que presente un sólo acto del Sr. Mejía, en todo ese tiempo, de hostilidad al C. Juárez. No se unió á los franceses, no invadió parte alguna y se mantuvo quieto en la Sierra. En una palabra, sabía el Gobierno que mi encomendado no le hacía guerra, y esto era suficiente para no distraerle su atención.

Si el cargo se refiere á la época del Imperio, no negaré que entonces mi encomendado militó por donde andaban los franceses, no en favor suyo, militó por el Imperio, no por la intervención.

Consignemos aquí desde ahora este punto que es de la más alta importancia. Proclamado el Imperio, varió en su esencia el carácter de la intervención, porque fué ya más definida, menos pretenciosa, porque continuó en sólo como enemiga de las instituciones

Me complaceo verdaderamente en este análisis, que pone á la vista á millares de individuos, porque es glorioso para México que se reduzca más y más el número de aquellos hijos espúrios de la Patria, que son indignos de habitar su suelo, y de vivir al amparo de la República.

Otro cargo es de complicidad en los asesinatos, robos y demás excesos verificados en tiempo del Imperio. Negado por el Sr. Mejía, lo niego yo también.

¿En dónde ó cuándo se cometieron tales crímenes? ¿con qué motivo? ¿cuántas veces? ¿quiénes fueron sus víctimas? quiénes los autores? ¿qué circunstancias mediaron? Nada absolutamente se sabe, todo se ignora. El cargo es tan indeterminado que no puede sostenerse, es completamente fútil. Tiene además el enorme defecto de no ser nacido de la causa, que respecto á él no presenta ni el dato más leve. Temo mucho que ni el Ciudadano Fiscal que lo formuló pueda detallarlo, aun sirviéndose de sus noticias privadas. El Sr. Mejía respondió cuánto podía responderse. “No soy responsable, dijo, de aquellos delitos que no autoricé”, que es la mejor exculpación posible. Pasemos al otro.

El último se contrae al reconocimiento y á defensa que hizo del Imperio el Sr. Mejía.

Lo reservé para este lugar, porque tiene cualidades propias, que no permiten mezclarlo con los otros.

La complicidad con el Imperio es de una naturaleza secundaria. El que fungió de Emperador es el principal, y el delito de sus defensores y de los que se prestaron á reconocerlo deriva del suyo, le está unido esencialmente.

Si no fué un crimen llevar el título de Jefe del Imperio, tampoco lo es su reconocimiento, ni su defensa. Esto dice la lógica. Que recaiga, pues, la sentencia sobre el Emperador, y luego sobre los que se adhirieron á él. Lo contrario es muy irregular, y á riesgo de absolver al principal, condenando tal vez á sus cómplices.

Si la autoridad indispensable para proferir un fallo, ó valiéndome del término jurista, si la jurisdicción dependiera no más que de un ascenso, el Consejo tendría entonces la suficiente competencia para resolver hasta este último cargo. Lo creo imparcial, lo creo justo, y le creo ilustrado convenientemente; pero sabe muy bien que no está en manos de un particular la concesión del poder público, y esto me obliga ya á salir de mi arbitrio, y á repetirle con todo respeto, que la ley no le ha dado jurisdicción sobre este punto.

Me permito arrojar sobre el caso una mirada general. Si el Imperio, por impuro que haya sido su origen, alcanzó á dominar en casi todo el país, si llegó á ser, no un gobierno legítimo, sino un Gobierno de *facto*, ¿queda el Emperador sujeto á la ínfima jurisdicción del ramo militar? ¿El simple Consejo de Guerra deberá, podrá siquiera tomar sobre sí la árdua tarea de calificar los actos de tal Jefe del Estado? ¿y esto en una sola audiencia, y por un proceso levantado en horas, sin pruebas ni constancia alguna?

También yo proclamo la ilegitimidad del Imperio, pero conozco que ejerció su cabeza funciones muy altas, que es imposible juzgar bien en juicio por vapor; ¿será posible al menos calificar los motivos que le trajeron á México? Y no siéndolo, ¿podrá decirse con plena seguridad, que no fué engañado, sino que vino fraudulentamente?

Anuncio apenas estas reflexiones para mostrar que el caso en que se ha colocado al Archiduque Maximiliano, no está comprendido en la ley de 862, siendo consecuencia forzosa que tampoco puede sujetarse á los jueces creados por ella, lo cual comprende visiblemente á los acusados de cómplices. Hago estas luminosas razones que sobre el par-

ticular han expuesto los Archiduque.

Mas como ha sido de ria llevándose adelante vuelvo, sin prescindir d cargo.

Pero ¿cuál es? ¿será p á la Patria? Y ¿por qué jía? ¿por haber opinado perio? Os aseguro que c

El Imperio es una de bierno establecida en globo.

¿Por haber opinado se en un príncipe ext tampoco.

En la soberanía de la rir el mando á quien de gusta. La historia pres nocidos que acreditan mismo nuestros vecinos tran gobernados por un lia reinante en Portuga za, sin que haya padec pendencia.

¿Por haber obsequiad bles? En toda la extens Sr. Mejía no ha hecho

En política lo princij

«su conservación se ha sometido al usurpador, consiente todavía su Gobierno, y así como es, y bajo esas leyes le quiere aún y le prefiere á la destrucción y á la anarquía. Tendrá en buena hora derecho para reclamar las agresiones de su libertad, pero le renuncia por entonces con su aquiescencia y la otorga con su silencio y tolerancia.»

La República toleró á Maximiliano, le prestó cierta aquiescencia irresistible para ella. Maximiliano, acaso fué un Gobierno de facto. El verdadero usurpador fué Napoleón tercero.

Cuando el vencedor de un país le dice «ha de hacerse mi voluntad, os prevengo en vuestro beneficio que seais vosotros los autores de un Gobierno que pueda regiros,» es seguro que el país escogerá el Gobierno que Yo llamo ilegítimo y de origen bastardo; que no por eso deja de ser Gobierno de mero hecho, es verdad, pero consentido por él.

Por fin, ¿es traidor el Sr. Mejía porque defendió un Imperio erigido en tiempo de la intervención? Ciertamente que no, pues ya vemos que después del voto de los Notables, los mexicanos que se adhirieron á él, fueron imperialistas, no intervencionistas. El Sr. Mejía lo defendió porque lo juzgaba mexicano, y estuvo en clase de Gobierno nacional. Si

después desconfió de Alarcón en su principio confiaba en él. Nunca defendió al Imperio promovido los franceses. En efecto, permanecerle fiel, y los franceses habían salido y torio.

¡No multipliquemos, por de los infames! ¡No prodigamos traidores!

Se ha reconvenido al Sr. Bertrán abandonado al Imperio convenció que no podría ser bien esta reconvención se ha sido esculpada por sus respuestas, dice, porque no adición del mando, y luego por disertarme, que era el medio y que no adopté por ser o Si este honor, añadió, eso, yo no lo sé, pero es lo que tengo de él.

Ciertamente que cualquier idea que formemos del hecho cirnos á un abismo. Parece que retar, y que admitir que por honor. Para otros el evitarse un ridículo, y nunca. Para el Sr. Mejía

herido con una deserción militar. ¿Hizo mal en no cometerla?. No, porque no hay hombre de bien que no prefiera la pérdida de la vida, á la de su honor.—Yo adelanto un poco más todavía, y afirmo que ni la deserción era adaptable, porque arrojaba al Sr. Mejía á las persecuciones imperiales, sin darle seguridad de la protección de la República, y lo colocaba entre dos enemigos, en donde era evidente su ruina. Es clarísimo, por tanto, que la deserción le ponía en riesgo simultáneo de perder el honor y la vida, y la magnitud de este peligro, que á juicio de las leyes inspira miedo grave, es una disculpa suficiente.

El cargo en último término, se contrae á la desobediencia al Gobierno Constitucional, se reduce al reproche de partido, y no al delito de traición.

Bajo el mismo aspecto lo ha visto también el Supremo Gobierno que acaba de poner en absoluta libertad á los subalternos del ejército imperial, á quienes habría castigado, si en su concepto hubieran sido traidores; pero ya queda contestado este cargo ámpliamente. He dicho el Sr. Mejía que desconoció al Gobierno Constitucional «porque no lo creyó bien establecido en el país,» y dejó apuntados los fundamentos de su creencia.

“justificar un acto
 “tom. 1.^o, part. 4.^a, cap.
 “nuestro enemigo est
 “dice Wattel, ya no t
 “sobre su vida, siem
 “tido algún nuevo at
 “hecho culpable de
 “muerte. Antiguame
 “ble y la pretensión
 “piarse el derecho c
 “prisioneros de guer
 “verdugo. Hace ya m
 “adoptado principios
 “tarios.”

El mismo autor re
 do en Nápoles, muy s
 la guerra de Coradino
 putándole la corona,
 mandó decapitar á C
 dice “que tal barbar
 “que Pedro III rey c
 “nó al cruel Carlos, c
 “ble é inaudito hasta
 “cipes cristianos, qu
 “pernicioso, pero qu
 “las pretensiones de
 “Carlos podía tenerle
 “las abandonase, ó c
 “sucesivo.”

“Hay derecho, añade, para asegurarse de
 “los prisioneros, y por esto para encerrarlos,
 “y aun atarlos si hay motivos de temer que
 “se subleven ó se fuguen, pero ninguna cosa
 “autoriza para tratarlos con dureza, siempre
 “que no se hayan hecho personalmente cul-
 “pables para el que los tiene en su poder,
 “porque en este caso es dueño de castigarlos.
 “Fuera de esto, debe acordarse que son hom-
 “bres y desgraciados. Un corazón magnánimo
 “no siente más que la compasión por un ene-
 “migo vencido y sumiso.” Wattel, tom. 3^o,
 cap. 8, núms. 149 y 150.

Por lo expuesto, el derecho de gentes niega al vencedor la facultad de matar á los prisioneros, sin otra excepción que los crímenes anteriores ó posteriores, crímenes que no ha cometido el Sr. Mejía.

Posteriores? á la vista está que no los hay.
 —Anteriores? ni el proceso nos presenta uno solo, y la fama pública va de acuerdo con el proceso. No cometió infidencia contra la Patria, no asesinó ni robó á nadie; no especuló tampoco traficando con sangre! ¡Crímenes anteriores! Puedo, antes bien, manifestar varios hechos honrosos de la conducta pública del Sr. Mejía. No persiguió á sus enemigos le opinión, templó en cuanto pudo los des-
 anes del ejército francés, conservó la vida

voz separaros por un i
para conduciros no á o
samente á las que la so
que la muerte del proc
ya la misma confianza.
el único reaccionario?
que después aparezcan
béis formado el proyecto
uno por uno? ¿creeis q
guinario se conforme co
pública? ¿por qué hace
y perdonar á los de ma

Si mandáseis decapit
pido y feroz, que había
sin compadecerse nunci
había hecho derramar e
sangre del que tuvo al f
mundo lo disculparía e
justa cólera, haría justic
indignación. Pero ¿creei
disculpa, pensáis que t
mulo, si condenáis á m
jía? ¿á D. Tomás Mejía,
nos notable por su arro
por su clemencia poste
suadido que os perdona
condenáis á morir al c
compañeros, al salvado
vuestro General? ¿podré

religión, como de la libertad? Y es un hombre aislado, dos, tres ni cuatro los que pudieran satisfacer á la vindicta ó venganza pública? Yo pido un momento de reflexión sobre este punto, para pasar á los demás.

El partido lo forma una idea, y mientras ella subsista, no faltarán hombres que la sigan. El sistema más absurdo, ha tenido siempre sus secuaces, dígalo la religión y la política de todos los siglos, incluso el nuestro. Y bien, ¿á quién haremos cargo, al hombre ó á la idea? Nadie puede leer la historia sin estremecerse, sin que le cause horror, y deje de compadecer el crimen del género humano, que hace víctima al individuo creyendo matar la idea. Esa que llaman ilustrada Francia y que no es otra cosa que el azote de la humanidad, y la que funda todo su orgullo en su revolución de 93, creyó ahogar la aristocracia matando á los aristócratas, renaciendo aquella con más fuerza y vigor, mientras que en los Estados Unidos del Norte jamás se ha necesitado más que la práctica del republicanismo para hacerlo amar de los más ciegos partidarios de la monarquía. En México, Ciudadanos vocales, cinco ensayos han racasado: el de Iturbide, el de España en 9, el de Santa-Anna, el de Paredes y el de

hacerlo después con los Estados Unidos del Norte, prevalido de la guerra civil encendida por algunos Estados del Sur con el objeto de hacerse independientes. Nos mandó sus sicarios y al Príncipe Maximiliano, denominándolo Emperador. He aquí una guerra extranjera, sin antecedentes, sin provocación y sin guardar los usos y costumbres observados en tales casos de nación á nación. Esta conducta realza el agravio que nos ha inferido la Francia, á la que representa su Monarca. Es la Nación francesa la culpable de todas las consecuencias y que debiera dar cumplida y entera satisfacción. ¿Nos creemos autorizados, sin embargo, á usar los mismos procedimientos como represalias?

Mi defendido tomó parte no por la Francia, sino con el gobierno de Maximiliano; ha hecho la guerra al partido nacional contribuyendo al luto y á la desolación de millares de familias. Se ve que yo no disminuyo el cargo.

De aquí resulta que debe juzgársele como á todos y á cada uno de los que nos han combatido, según las reglas de la Constitución, y de las leyes expedidas en virtud de ella, para salvar la situación. Pero no nos equivoquemos, es necesario examinar primero las circunstancias del país y lo que pudo decidir

á una parte de sus habitantes á aceptar la intervención y después la monarquía. Comprimido por las frecuentes convulsiones políticas, á que llamaron anarquía los espíritus poco reflexivos, se creyó ser el único remedio un gobierno extranjero apoyado por la Europa. La ocupación de los franceses les parecía estable y que la robustecería Austria, así que, produciendo la paz, los mexicanos volverían á sufrir con gusto el yugo que sacudimos de los españoles, y á que nos supusieron acostumbrados.

Nadie tendrá por culpable esta creencia, porque no lo es la nuestra de lo contrario. ¿Defenderla con las armas puede llamarse traición? Así lo he publicado en mis escritos, extendiéndola á los empleados en una administración extraña, porque así lo concibo, según la acepción jurídica de la palabra. El hecho solo de hacer fuerza una á otra nación para que admita sus mandatos, es repugnante, es contra la vida, contra la dignidad, contra la independencia que debe gozar un país respecto de otro; lo repele la naturaleza del mismo modo que el homicidio, el robo y la violación.

Pero mi defendido está muy lejos de ese cargo, y en el que reporta, así como en los delitos comunes, hay sus grados, atenuándo-

se ó agravándose, para lo que se investigan todas las circunstancias, de la propia manera en los que llaman delitos políticos, porque en ambos hay dos hechos que considerar, el físico y el psicológico ó moral. Un hombre muerto, un objeto extraído, dan acción á la sociedad para reputarlo criminal, pero no basta. ¿Por quién se cometió? ¿Qué intenciones lo guiaron? Esto es la cuestión complicada y llena de espinas en jurisprudencia criminal.

Hagamos la investigación. Mi cliente fué desterrado por Maximiliano bajo un pretexto honroso, según es público y notorio, por lo que no necesita prueba, y después sin ser llamado vino para defender sus convicciones políticas. Se encuentra con un simulacro de gobierno, reconocido por las potencias europeas; falseada la opinión pública con millares de firmas en que figuraban notabilidades de ambos bandos, y un estado de cosas en que parecía bastar un sólo esfuerzo para obtener el triunfo que otra vez le había dado su arrojo y determinación.

Militar desde su niñez y educado como tal, preciso es que obedeciera también á otra preocupación demasiado extendida por desgracia la clase, y es, que el soldado deja de ser ciudadano, para convertirse en instrumento

ciego del que manda y se supone Gobierno establecido, cualquiera que sea su origen. La denomino preocupación, porque en efecto lo es para el soldado republicano. Este permanece ciudadano y sujeto á las leyes comunes y á la autoridad civil, tomando sobre sí otra carga, y sujetándose además á las leyes militares ó acumulativas; es un nuevo lazo á la misma autoridad, pero sin perder su primer carácter, y al conservarlo, lo hace de sus derechos y obligaciones. Es libre personalmente para pensar, separándose del servicio tan pronto como sus ideas estén en contradicción con él.

A mi defenso, pues, por tanto, no lo reputo inocente para con el país, para con la forma de su gobierno, haciendo armas contra ella; pero sí, hasta cierto punto, disculpable. Joven de esperanzas, no sería extraño que se convirtiera en defensor de la Patria, como otro General, cuyos servicios de hoy han llenado de reconocimiento á México, que le debe triunfos por su pericia y valor militar, y á quien cito, únicamente para que se palpe, que el hombre es sólo hijo de las circunstancias que lo rodean.

De lo expuesto concluyo que el delito atribuído es puramente político, á diferencia de común, cuya diferencia estriba en la causa

que los produce. En el uno la convicción, en el otro las pasiones, tratándose ambas por distintas reglas, marcadas de antemano en la misma Constitución.

Esta supone la existencia de hombres delincuentes que la contrariasen formando motines, asonadas, ó una verdadera revolución; y sin embargo no quiso que se suspendieran las garantías individuales que aseguran la vida del hombre, cuando impone la pena de muerte. En los casos de invasión, dice el artículo 29, perturbación grave de la paz pública, ó cualquiera otros que pongan á la sociedad en grave peligro ó conflicto, sólomente el Presidente de la República, de acuerdo con el Consejo de Ministros y con aprobación del Congreso de la Unión, y en los recesos de éste, de la diputación permanente, *puede suspender las garantías otorgadas en esta Constitución, con excepción de las que aseguran la vida del hombre*; pero deberá hacerlo por un tiempo limitado, por medio de prevenciones generales, y sin que la suspensión pueda contraerse á determinado individuo.

Pues bien, aun cuando el delito merezca la pena capital, quedan existentes las garantías que establecen los artículos 13, 14, 20, 21 y demás relativos.

Es indispensable no confundir estos proce-

dimientos, con lo que debemos llamar la «ley marcial,» en que no tienen ni deben tener lugar. Basta identificar la persona, basta que el delito sea notorio, y basta la necesidad ó conveniencia del momento, para ejecutar las penas más severas por el General en Jefe de un ejército, cumpliendo con sus obligaciones y deberes, los más estrictos en la guerra. Explicaré la diferencia. La ley marcial, que siempre viene del Legislador, es un expediente que acude en tiempo de público peligro, igual en sus efectos, al nombramiento de un dictador. El General ú otra autoridad encargada de la defensa del país, entre nosotros es el Presidente de la República, proclama la ley marcial. Al hacerlo así, se pone él mismo sobre toda ley. El deroga ó suspende como le parece la ley común. Recurre á todas las medidas por repugnantes que sean á las leyes ordinarias; pero que juzga mejor calculadas, para asegurar la salvación del Estado en el inminente peligro á que está expuesto. La ley marcial es vaga é incierta, y medida únicamente por el peligro que resguarda, existe sólo en el pecho de aquel que la proclama y ejecuta. Despótica en su carácter y tiránica en su disposición, no sirve más que para aquellos momentos de extremo peligro, cuando la salvación y aun la existencia de un

país, depende de la pronta adopción y ejecución sin vacilar de las medidas más enérgicas en su carácter. La historia toda atestigua este modo de obrar en tales casos, y sería vano negarlo aún en los gobiernos populares. En tales períodos, las Repúblicas especialmente requieren un modo pronto de usar toda la energía del pueblo. De este principio de conservación ha partido la carta fundamental sabia y necesariamente para conceder facultades extraordinarias al ejecutivo, en ciertos casos especificados, cuando no hay otra alternativa en una invasión extranjera, ó insurrección doméstica.

Tal es el origen del decreto de 25 de Enero de 1862, y las demás leyes promulgadas después, según las circunstancias en que se iba encontrando el país. La primera procuraba con sus terribles disposiciones, que ningún mexicano ayudase á la intervención francesa, y no en virtud de ella, sino del buen sentido de la Nación, nadie se prestaba á servir el cargo más insignificante. Pero se perdió Puebla, luego se evacuó la Capital y las demás capitales y poblaciones. La ley de 25 Enero perdió todo su influjo, y sería im-cticable pues que abrazaría á toda la Nación. El art. 1º, fracción V, castiga la formación de actas en los puntos ocupados por el

enemigo, aceptando empleo ó c
del invasor, ó de personas delega
En el 3º, fracción X. Abrogarse
los Estados ó territorios, el de l
partidos y municipalidades, func
propia autoridad ó por comisión d
lo fuere legítima.

¿Se comprende el número de p
caería bajo la cuchilla de la ley,
los procesos y las ejecuciones? ¿F
ca y moralmente llevarse á cabo
ley, útil y conveniente cuando
1862, sería fuera de propósito en
suponiendo delincuente á todo el
xico, sería insultar su desgraci
desamparado, sin armas para su
oprimido por las bayonetas franc
cía á una fuerza mayor y se dobl
pesar á las circunstancias, siendo
invasor que lo diezmó cometiendo
lidades que llaman ilustración al o
mar, en la culta Francia.....

Una ley, pues, que no puede cu
toda su extensión, claudica por sí
hace nula y de ningún valor, en
llo en que falta la igualdad de apli
se pueden escoger personas, dejan
más que les comprende de la proy
y á quienes no hay motivo de exce

to no lo digo yo, lo expresa con mucha claridad la Constitución. Ya transcribí el artículo 29 marcando aquellas palabras «sin que la suspensión (de garantías) pueda contraerse á determinado individuo.»

Pero más claro, más perceptible está en el artículo 128 que dice á la letra: «Esta Constitución no perderá su fuerza y vigor, aun cuando por alguna rebelión se interrumpa su observancia. En caso de que por algún trastorno público se establezca un gobierno contrario á los principios que ella sanciona, (aquí toda la atención del Consejo), tan luego como el pueblo recobre su libertad, se restablecerá su observancia, *y con arreglo á ella y á las leyes que en su virtud se hubieren expedido, serán juzgados*, así los que hubieren figurado en el Gobierno emanado de la rebelión, como los que hubieren cooperado á ésta.» La sabiduría, justicia y previsión con que se presenta el artículo, no deja nada que desear.

Para que llegue á establecerse un Gobierno que emane de la rebelión, se necesita que haya cooperado un gran número, y que se considere emanado de una verdadera revolución, de una causa política en que toma parte el bando que ha abrazado la idea. Cesa de ser una sedición ó motín, convirtiéndose en guerra civil. «Cuando se forma en el Estado

un partido que no obedece ya al soberano y tiene bastante fuerza para hacerle frente, ó cuando en una República se divide la Nación en dos fracciones opuestas y llegan á las manos por una y otra parte, es una *guerra civil*. Algunos reservan este término á las justas armas que los súbditos oponen al soberano, para distinguir esta resistencia legítima de la *rebelión*. Pero ¿cómo llamaremos á la guerra que se levanta en una República despedazada por dos fracciones, ó en una monarquía entre dos pretendientes á la corona?» Cuando se hace la guerra con regularidad, es, quíerose ó no, *guerra civil*.

En su término es cuando puede juzgarse con madurez y reflexión de las cosas y de los hombres que han intervenido en ella, siendo ésta la causa por que el artículo constitucional que comento, reserva el castigo para entonces. En esa época se distinguirán todos los grados de complicidad y se hará lo conveniente. «En estado de guerra es muy común que las pasiones determinen las acciones de los hombres, más bien que la justicia y la razón. Una justicia recta y vigorosa sería imposible. Sería necesaria la restitución de cuanto se ha tomado injustamente, que se reparen los perjuicios y se reembolsen los gastos de la guerra. ¿Y cómo se ha de tasar la es

gre derramada y la desolación de las familias? La justicia rigurosa exigiría, que aun en aquel cuyas armas son justas, se midieran los límites de la defensa que pudiese haber traspasado.» No, nuestro artículo constitucional aplaza el castigo de los delincuentes por su multiplicidad, y quiere que con arreglo á la carta y con vista de las leyes de circunstancias que forman la historia de la revolución, se proceda á meditar el modo más seguro de conseguir la paz y perpetuarla, reconciliando á la Nación consigo misma.

Aplazar este juicio es lo que manda expresamente la Constitución, que yo defiendo hoy con mi voz, y por la que he hecho sacrificios del tamaño de un grano de arena, así como los heroicos militares que me escuchan, han derramado y seguirán derramando su sangre.

«Una Constitución es nada evidentemente si no es la ley de todas las leyes. Desde que éstas pueden sustraerse al imperio de aquella, restringirla, traspasarla ó suspenderla, ella no es más que una ficción, un fantasma. En todas las leyes, ella sola es ineficaz, pues la puede contra las otras que lo pueden o contra ella. Se dirá que no existe sino a recibir ultrajes y para hacer más sensible cada ciudadano los atentados indivi-

duales que ella le había ordenado no temiese. ¿Qué significa esta inmutabilidad que se le atribuye? Una ley inmutable es aquella que se observa, y se empieza á destruir una Constitución desde el momento en que se desobedece alguna de sus disposiciones literales. Lo que contradice á la letra de una ley constitucional, jamás es conforme á su espíritu que destruye su autoridad, si en las cuestiones que ha resuelto positivamente se consulta otra cosa que su texto.»

Hay dos sistemas que se oponen, el uno Constitucional y el otro revolucionario. Es el orden y el desorden ocasionado por las circunstancias. ¿A qué nos debemos estar pasadas éstas? El año de 1862, permanecía el Supremo Gobierno en la Capital de México y las demás autoridades en el resto de la República. El decreto de 25 de Enero comprendía aquel estado de cosas, y por eso declara el art. 5º el derecho de acusar ante la autoridad militar, los delitos que expresa, y norma los procedimientos para investigarlos. El art. 6º aclara este concepto, diciendo: «luego que dicha autoridad tenga conocimiento de que se ha cometido cualquiera de ellos, bien por la fama pública, por denuncia ó acusación, ó por cualquiera otro motivo, procederá á instruir la correspondiente averiguación

con arreglo á la ordenanza general del país, etc. No estamos en el caso de esta forma, porque no hay fama pública, denuncia ni acusación: es el delito notorio de que habla el art. 28 que dice: «Los reos que sean cogidos en *infraganti delito en cualquier acción de guerra* ó que hayan cometido los especificados en el artículo anterior, serán identificadas sus personas y ejecutadas *acto continuo.*»

Es digna de admirar la conducta prudente del Ciudadano General en Jefe, y que le hará honor en todas partes, cuando tomada prisionera toda la guarnición rebelde de Querétaro, con los principales caudillos, no quiso usar de una facultad que le ponía en las manos la sangre de millares de víctimas. Soldado valiente en la guerra y humano en la victoria, ha preferido consultar sus procedimientos, para no exponer su responsabilidad en caso tan grave, y que debe tratarse por la primera autoridad del país.

El Supremo Gobierno ha mandado formar esta causa, porque quiere oír las defensas de los reos, pesarlas y resolverlas definitivamente.

De otro modo, habría mandado que el General en Jefe cumpliera con el art. 28 citado, que comprende exactamente á los probados. Esta es la discusión legal entre la autoridad que acusa y el acusado que se de-

presentando sus motivos y c
por lo mismo hacer presen
a á un fin que demanda l
encia pública.

mostrado que la ley de 25 c
ellas que debe caer bajo e
ne el art. 128 de la Con.
el castigo de los reos que
figurado en la revolución
o Gobierno de pesar estas
eco en su alta sabiduría p
conocimiento de causa, c
menos que de la intelige
á la ley fundamental? ¿l
ción doctrinal el Consejo
motivo, por una simple l
el Ministerio fiscal, sol
tarse las veinticuatro hora
Yo lo temo de este Tribuna
n fácil declinar toda resp
gurarse en sus procedimi
manera que lo ha hecho
ral en Jefe.

ceré más la excepción. «C
amentales del Estado har
ado el poder soberano, e
an la extensión y los lími
modo de ejercerlo. Está,
te obligado no sólo á respe

no también á mantenerlas, porque son el plan sobre el cual la Nación ha resuelto trabajar en su felicidad y cuya ejecución le ha encargado»..... Si está encargado del poder legislativo, puede, según su sabiduría, abolir las leyes no fundamentales, y hacer otras nuevas, cuando lo exija el bien del Estado.

Hemos visto ya, aunque me repita en parte, que según el art. 29 de la Constitución, cuando se trata de la vida de un hombre, no quedan suspensas las garantías que ella concede. Pues bien, aun suponiendo, por un ligerísimo momento, que D. Miguel Miramón hubiese sido traidor á la Patria en guerra extranjera, una de las garantías es (art. 13) que «En la República Mexicana *nadie* puede ser juzgado por leyes privativas ni por tribunales especiales.» Este es un principio, siempre que se trata de un proceso en guerra ó paz, á diferencia, como ya expliqué, de las facultades discrecionales de un General en Jefe y que se traducen por la ley marcial. Proceso, luego garantías constitucionales. No se admite medio.

En la misma comunicación del Ministerio de Guerra se expresa que «se proceda al juicio que dispone la ley *en otros casos*, para que de ese modo se oigan en éste las defensas que eran hacer los acusados.» Luego es una

ley privativa y un tribunal e
do. Es un proceso *ad hoc* y p
das personas. Si las prevenci
generales, deben abrazar á ca
su caso. Mi defendido ha servic
litarmente. ¿Y cuántos otros
didos pudieran ser más delinc
tos tendrían menos descargos
cio universal que quiere el a
con la más alta sabiduría, pe
cia sea verdaderamente distri
da á la ley natural y al der
Entonces se aplicará el art.
ser exclusiva de la autoridad
cación de las penas propiame

Afortunadamente para D. M
no se le ha hecho un solo ca
traición á la Patria en guerra
el artículo 23 de la Constituci
ra la abolición de la pena d
comprende á los delitos po
profusión le hace el Ministro
destruir por vía sólo de instr
que se quiere deducir por
con silogismo que parece red
invadió á México para pone
á Maximiliano; tú serviste á
éste en los últimos seis mese
intención de servir á la inte

sa. No se infiere, porque Miramón llegó á México cuando ya estaba falseada la voluntad nacional, así por la aquiescencia errónea y forzada de los mexicanos, como por el falaz reconocimiento de las potencias europeas, engaño de algunos millones de personas. Miramón quiso servir á su partido, y este es el verdadero cargo de un delito también político. Contra las presunciones de haber querido desembarcar en Veracruz, y el reconocimiento de la Regencia, hay el destierro disimulado que sufrió, su conducta en Guadalajara, el odio de Bazain, y multitud de otras pruebas que no dejarían la menor duda de que jamás estuvo por la intervención francesa. Hablo someramente porque no es mi ánimo contestar sin que se resuelva la cuestión, ó duda de ley, que promuevo. Hechos aislados que no constan en el proceso comprobados, y de los que nadie puede juzgar con conciencia, no pueden servir para fundar un cargo, y mucho menos de tanta magnitud. Las respuestas de mi cliente son en este punto enteramente satisfactorias.

Otro cargo me toca á mí directa y personalmente responderlo. Sobre los asesinatos de Tacubaya el 11 de Abril de 1859, crimen que horrorizó al mundo, como hijo de una ma que se llama entre nosotros Márquez,

hombre cobarde que se ceba en
 sos y huye el cuerpo en las bata
 guel Miramón no lo supo sino
 consumado, indignándose de tal
 to, y sin fuerza para castigarlo
 nor del triunfo sobre nosotros l
 gido Márquez. Yo estaba en
 otros siete designado para su víc
 ma noche á la oración, encerrad
 calabozo, y fuí salvado con mis
 por Miramón, sin esfuerzos míos
 milia, á la que no quise dar part
 ra la deuda con mis esfuerzos, y
 ticamente, cuán errado va el ho
 crifica á su semejante por opinio
 de buena fe, y á quien puede ne
 siguiente. D. Miguel Miramón,
 nos antecedentes en su educació
 litar, á quien no puede negarse
 con que ha abrazado un partido
 derlo lealmente, dígase lo que e
 es hombre peligroso para la I
 Consejo ha oído sus respuestas al
 ción. Dispuesto para combatir
 ción francesa, se encontraba pro
 partido liberal. Posición difícil,
 los demócratas defendemos tan
 sa, defeccionando vilmente no
 tre nosotros. Una buena acogida

parte, le habría evitado tener que reunirse á su antiguo partido, del que ha sufrido muchos desengaños, y el trato lo hubiera decidido á abjurar esas ideas torpes y rancias que no están bien en la juventud del siglo.

Nótese bien que los últimos seis meses, ya no pertenecía á la intervención francesa, decidida la marcha de su ejército, y por consiguiente siguió solo la guerra civil entre la idea conservadora que se reviste de diversas formas, ilusionada con un poder agonizante, para sepultarse por siempre en el polvo del olvido. Si esto es cierto, si hemos conquistado como es la verdad, el principio republicano y democrático, ¿por qué tememos otra revolución? Será necesario que nos dividamos nosotros mismos, y vendrán otros hombres á substituir los que no existan.

Líbrenos Dios de creer que los derechos y el porvenir de la República estuviera en manos de un solo aristócrata, que si así fuera, la necesidad y la conveniencia pública justificarían su destrucción. Ha sido necesario todo el poder de una Nación de primer orden, para suspender por un momento nuestras instituciones republicanas, garantidas por todo el continente americano, y probada la impotencia de Europa para derrocarlas. Reflexiónese sin pasión, y se encontrará que mi clien-

, es de los menos culpables. No ha sido él quien mendigara el príncipe extranjero, ni hubiera hecho cómplice de los horrores cometidos por la intervención francesa. No ha sido él quien sancionara, ni con su presencia, ni con decretos y órdenes de proscripción y de muerte, sirviendo solo como militar en batallas regulares y sin hacerse reo personalmente de delitos contra el derecho común y de los hombres. Su delito está al nivel del de los demás jefes y en un grado menos, por el poco tiempo de servicio. ¿Cuanta distancia para la graduación legal y concienzuda de la pena! Ya no era el éxito de la invasión extranjera el que se defendía en Querétaro por Miramón, era el partido político de los que han desgarrado el país, y en efecto, el opuesto y que ha embarazado las instituciones republicanas. Esto es lo que se llama guerra civil, y no es lo propio formar la conspiración, rebelarse, que seguir el movimiento revolucionario después que hay motivos para creer, aunque sea engañosamente, en la legalidad y justificación de la idea que se defiende.

Los primeros pasos contra la autoridad establecida, son los que se castigan con mayor severidad para contenerlos. Las más enérgicas y prontas medidas, son económicas de guerra; por eso aconsejaba Napoleón cargar

con bala contra los motines para dispersarlos, después pueden usarse los de instrucción. Washington mandaba á su Mayor General Howe en el levantamiento de la tropa de New Jersey, no dar cuartel mientras estuviera con las armas en las manos, y que en el instante se ejecutaran á los cabecillas, juzgándose á los demás con regularidad. En Querétaro no ha habido una sedición, un motín contra la autoridad, sino repito, una guerra regularizada, siendo otros los que promovieron y complicaron aquella, decidiendo los hechos de armas la cuestión.

¿Qué reglas se observan después? Las que determina el derecho de gentes á que se sujeta el art. 128 de la Constitución. «La guerra civil, dice Wattel, destruye los vínculos de la sociedad y del gobierno, ó á lo menos suspende su fuerza y sus efectos: produce en la Nación dos partidos independientes que se miran como enemigos, y no reconocen ningún juez común. Por consiguiente, es necesario absolutamente, considerar á estos dos partidos como formando en lo sucesivo, ó á menos por algún tiempo, dos cuerpos separados, ó dos pueblos diferentes; pues aun alguno de ellos sea culpable, por haber destruido la unidad del Estado, resistiendo á la autoridad legítima, no por eso dejan de estar

divididos de hecho. Además ¿quién los juzgará y decidirá de qué parte está el agravio ó la justicia? No tienen superior comun sobre la tierra, y por consiguiente se hallan en el caso de dos Naciones que entran en contes- tación, y que no pudiendo convenirse, acuden á las armas.

«En este supuesto, es evidente que las leyes comunes de la guerra, esas máximas de humanidad, de moderación, de rectitud y honradez que hemos expuesto, deben observarse por ambas partes en las guerras civiles. Las mismas razones que establecen su obligación de Estado á Estado, las hacen tanto ó más necesarias en el caso desgraciado en que dos partidos obstinados, despedazan su Patria común.»

Y bien, ¿estas reglas pudieran ser la norma de un juicio precipitado para un examen minucioso, en que habrían de pesarse las circunstancias del país, el estado de la guerra, sus causas y sus efectos? ¿Cómo se tranquilizaría la conciencia de un juez, y mucho menos teniendo que decidir sobre la conveniencia y necesidad política cuya norma no le ha dado la ley? ¿Se sujetará á lo que otros hombres como él hayan pensado? ¿Abjuraré de su propia é independiente opinión? Tales son

los inconvenientes que quiso salvar la Constitución y otro de más fuerte razón.

Supuesto que en la guerra civil se consideran los partidos como de Estado á Estado, no son las leyes particulares de cada uno de ellos, las que deben aplicarse á los vencidos en una batalla y se han hecho real y verdaderamente prisioneros. De país á país no hay promulgación en el estado de guerra á menos de ciertas notas que se pasan y trae el uso de ella. ¿Cómo, pues, pudieran aplicarse? En el caso hay de particular, que en Enero de 1862, Miramón estaba en la Habana, y permaneció en el extranjero hasta su última vuelta al país, en que casi todo él se encontraba bajo la presión de la monarquía, y sujeto á las prescripciones de ésta. Obedecía el estado insurreccionado é independiente.

Húberus, citado por Wheaton, establece por reglas: 1^a Que las leyes de cada Estado tienen fuerza dentro de los límites de aquel Estado, y obligan á sus súbditos. 2^a Todas las personas dentro de los límites de un Estado se consideran como súbditos, sea su residencia permanente ó temporal. Estas reglas que se refieren al derecho civil, traen su origen del derecho de gentes, y sirven en tesis general para concluir, que solo las prescripciones de las leyes internacionales son aplicable

en los conflictos de Estado á Estado ó de Nación á Nación.

El Supremo Gobierno en su comunicación con que dan principio estas actuaciones, inculca la necesidad y conveniencia de instruir el proceso, para asegurar la paz, resguardar los intereses legítimos, y afianzar los derechos y todo el porvenir de la República. Entro á la cuestión de circunstancias, y hasta donde pueden llegar la clemencia y magnanimidad. Cuestiones todas de la más alta política y que importan, puede decirse, una resolución legislativa ó judicial, ó cuando menos la acusación de crímenes y delitos no excusables. ¿Y es á este tribunal al que se sujetaría tan alto funcionario? Mi opinión es, la que él mismo manifiesta, y no me cansaré de expresar «oír las defensas,» y juzgar con mayor detenimiento é imparcialidad.

¿No es cierto que la ley de 16 de Agosto de 1863, manda en su art. 1.º que «serán considerados como reos de *traición* y sufrirán la confiscación de sus bienes, á más de las otras penas que las leyes fijan á este delito,» los empleados en el orden municipal, civil ó militar, etc., y sin embargo se les ha oído y aplicado gubernativamente otras penas en conmutación?

Una consecuencia muy importante deduz

co de aquí, que la sentencia del consejo no trae ejecutoria; la que se robustece aún más de los términos de la comunicación del principio, en que derogando el artículo que habla de los delitos *infraganti*, y señalando nominalmente otros, dejan la puerta abierta los párrafos 3º y 14º, art. 1º de la ley posterior citada de 16 de Agosto de 1863. Mi duda de ley es por tanto enteramente admisible para que se resuelva en vista de los fundamentos en que se apoya.

Nunca es larga la discusión cuando se trata de la vida de un hombre, nunca es larga cuando se trata de la vida de una Nación, de su buen nombre y de su dignidad. ¿Por qué fatalidad están reunidos tres individuos en un proceso, que dista mucho de la materia que debe tratarse con cada uno en lo particular? A D. Miguel Miramón no puede hacerse más cargo de pública notoriedad que un delito político, haber tomado las armas en guerra civil. ¿Importa tanto á la salud de la Patria, que se concluya su causa en un día, ó en un mes? ¿No está seguro, rodeado de guardias fieles y sin poder de obrar? El objeto de la guerra y de todos sus horrores, es vencer al enemigo y ¿no está rendido?

La pena de muerte está expresamente derogada por nuestra Constitución para los de-

litos políticos y ningún tribunal puede imponerla, ni el legislador decretarla en tales casos. La pena de muerte no se impone al prisionero de guerra, porque no es útil y necesaria, faltándose al derecho de gentes. Todos los autores modernos convienen en este axioma bien fundado: «Luego que nuestro enemigo está desarmado y rendido, ya no tenemos *ningún derecho* sobre su vida, siempre que no haya cometido algún nuevo atentado, ó se haya hecho antes culpable de un crimen digno de muerte. «¿Cómo en un siglo ilustrado, pregunta Wattel, han podido imaginar que es lícito castigar de muerte á un Comandante que ha defendido su plaza hasta el último extremo, ó al que en una mala fortaleza se ha atrevido á oponerse contra un ejército real?» ¡Qué idea la de castigar á un hombre animoso porque ha cumplido con su deber! Alejandro el Grande profesaba otros principios, cuando perdonó á algunos Milesios, *á causa de su valor y de su fidelidad*.

Y bien, estas razones de clemencia, de humanidad, no pertenecen sino á la Nación, al cuerpo ó autoridad que la represente. Salen fuera de la esfera de un tribunal, no tocándole tomarlas en consideración. Pero sí está obligado á hacer manifestas estas excepciones, á consultar la duda de ley y á tener pre-

sente la Constitución. Cuando en un Tribunal se introduce la duda del hecho, absuelve al acusado. Cuando duda del derecho, ocurre al legislador.

Se comprende fácilmente, Ciudadanos del Consejo, que el Supremo Gobierno no ha querido simplemente cubrir las formas, sino procurar que las razones en contra de su juicio, le ilustren, pues que el principio de la sabiduría es el saber dudar.

Réstame, por último, contestar algunas objeciones que ya se indican en el proceso. Se dirá que el punto promovido por mí está resuelto en el hecho de haberse señalado la ley de 25 de Enero y no la Constitución. A este argumento llaman los lógicos petición de principio, que consiste en dar por cierto lo mismo que se discute. Yo sostengo que es la segunda y no la primera, á la que debemos atenernos. Si hasta ahora se forma la cuestión ¿cómo se ha de tener por resuelta? Al principio, al legislador, se representa precisamente sobre sus mandatos. Esta es una razón de más para apoyar el artículo constitucional. Tan pronto como el General en Jefe no quiso usar de sus facultades identificando las personas de los acusados para aplicarles la pena, la reservó á otra autoridad.

El Supremo Magistado cree ser él, y yo creo

que es la Nación cuando ésta pueda juzgar, así de los reos, como de los actos del mismo gobierno provisional. Entonces habrá otro juez. ¿Podrá decidir un Consejo de guerra ordinario esta cuestión? Acordémonos del precepto de la Constitución: «tan luego como el pueblo recobre su libertad, se restablecerá su observancia, y con arreglo á ella y á *las leyes que en su virtud se hubieren expedido, serán juzgados*, así los que hubieren figurado en el Gobierno emanado de la revolución, como los que hubieren cooperado á ella.» Aquí se ve claro y terminante que la Nación quiere juzgar por sí, no solo de los reos, sino de las mismas leyes que se hubieren expedido, como la de 25 de Enero y otras, para decir en cuáles están incluidas las personas de los reos.

También se intentará enunciar que el acusado ha reconocido la jurisdicción, declarando y contestando el cargo. La ilustración del Consejo me evitará extenderme sobre este punto decidido por la razón y las leyes. Esta excepción es perpetua, y puede interponerse en cualquier estado del pleito, perteneciendo al derecho público y no al privado. Ataca las facultades de una autoridad suprema, á la que toca únicamente decidir sobre su competencia, que no puede delegar.

Mas este es el preciso estado de la causa:

en que debe ponerse la excepción, no siendo admisible en el sumario de las causas criminales, pues no podría pararse su secuela, sin riesgo de perder los datos que aseguran la perpetración del delito y su autor. Cualquiera autoridad es competente en el caso poniendo despues el reo y el proceso á disposición de su juez natural.

Así como este es el lugar más á propósito para las investigaciones, de la propia manera en el que resida el Supremo poder deben tratarse las cuestiones en que está interesada toda la Nación. Esta ha sido la práctica en los países todos, y no hay motivos para separarnos de ella. Los poderes extraordinarios de un comandante cesan tan pronto como una revolución ha terminado. Arrestados los culpables, ningún castigo sumario se les puede infligir. Deben decidirse los casos por otro Tribunal, después de una fría y madura deliberación. La ley arma á cada oficial del ejército con plenos poderes preventivos, pero no con vindictiva autoridad. Esta es la regla general de la ley, y de la que no es lícito variarse, á menos de extraordinarias emergencias.

Así está cumplido por parte del Ciudadano General en Jefe; pero para que el Congreso pudiera conocer de la causa debidamente,

sería necesario facultarlo con el derecho de gracia y justicia, de ese poder discrecional que reside en la Nación.

Mi opinión es, en resumen, que de la misma manera que se ha mantenido á D. Miguel Miramón en rigurosa custodia, así permanezca hasta cumplirse con el precepto constitucional. Sin temor de fuga, no habiendo quienes intenten rescatarlo por la fuerza, y ni aun haciendo falta esta guarnición para rendir la Capital, único punto resistente, la justicia, la prudencia, la circunspección, aconsejarán mejor la última determinación. ¿Qué falta para este desenlace? Oiremos á nuestros amigos y enemigos, y se escuchará la verdadera voz del pueblo mexicano. Daremos tiempo á que las Naciones se instruyan de la justicia con que obramos, y estoy seguro que no nos doblegaremos entonces ni ahora, á sus amenazas, ni atenderemos exigentes recomendaciones, obrando con la dignidad que corresponde á un pueblo libre é independiente.

Por tales fundamentos concluyo suplicando al Consejo, se digne consultar la duda de ley que propongo, por denegada esta misma muchas veces, y si se resolviere por la negativa, continuaré la defensa de mi cliente.—Dije.

Querétaro, Junio 13 de 1867.—*Lic. Ignacio de Jáuregui.*

Todo el mundo convendrá en que existe una graduación de los delitos; ó en otros términos, según es el delito así es la pena. Solo Dracón tuvo la feliz ocurrencia de imponer la de muerte para toda clase de aquellos, por decir que todos lo merecían. Su legislación ha sido considerada como una aberración del sentido común.

Aprehendidos más de cuatrocientos Jefes y Oficiales en Querétaro, después de un sitio á la ciudad, entre ellos aparece D. Miguel Miramón, que tenía un carácter prominente en el ejército que defendía la plaza como otros muchos. La circunstancia de estar á las órdenes de Maximiliano, preso también, parece que lo comprende con aquellos que fueron los primeros promovedores de la intervención francesa, y cómplice en la desgraciada historia de estos años que han llenado de luto á la República Mexicana. ¿Por qué no se escogió á otro de entre el gran número de jefes prisioneros? Lo voy á decir. Porque Miramón ha estado también figurando en primer término en el partido conservador siendo su más firme y constante apoyo, enemigo acérrimo la democracia. Jamás acostumbro dismii-
r un cargo. Generales en Jefe ha tenido ios Maximiliano, sirviéndole mucho tiempos, como es público y notorio, lo que

no debe perder de vista el Consejo que voy á expresar, pues que no es ser Jefe en una batalla parcial, que plice en el delito principal.

Se le ha querido hacer cargo de la Patria en guerra extranjera, y en el proceso el más mínimo dato succión de un hecho propiamente que una inferencia. ¿De dónde ha ciudadano Fiscal un hecho que no te no ha existido? Absolutamente prende. Debiera designar antes lo que mi defendido prestó á la intervención francesa, fundado en hechos, y hechos, para que se le pudiera creer. ¿armas en su defensa? ¿Aconsejó, algún empleo ó comisión? Se cita cada por sí misma. En Noviembre se le mandó á Berlín, y es público que fué un disimulado destierro atestiguan los periódicos de aquel tiempo se le impuso precisamente por la intervención francesa. Espera á que van los franceses para regresar al 1.º de Noviembre de 1866, es decir, cuando ya saliendo fuera de la República.

Intentó desembarcar en Veracruz en 1862, y de aquí se forma la opción cuando acaso sus intenciones

trarias á las miras de la Francia. Cuando estuvo allí mi defendido, Mr. Morny, hermano bastardo de Napoleón III, lo invitó para que viniera con la intervención y lo rehusó con firmeza. En Guadalajara no quiso ponerse á las órdenes del Comandante francés y Bazaine le tenía una enemistad declarada. Todos estos hechos se han vuelto notorios, y bastan para conocer que D. Miguel Miramón no ha sido traidor á su patria en guerra extranjera.

Es necesario *remarcar* bien lo que significa la palabra *traición*. Es el acto de una felonía cometida hacia el cuerpo ó persona que se sirve, faltando á la fe ofrecida. Debemos por lo mismo investigar con mucha escrupulosidad, en los hechos, si existe ó no la traición. Las monarquías la han extendido hasta la ridiculez. El que se demudaba delante de la estatua de un emperador romano, era declarado traidor. Siempre ha sido indeterminada la definición. Por eso también se ha dejado tanta latitud á los jueces para determinar si existe ó no. Por el simple pensamiento ha sido castigado un hombre. El Estado soy yo, en los Reyes; pero en las Repúblicas se servan otros principios. Cada partido no debe decirlo, y se restringe la traición á la guerra extranjera, como se ve en nuestra carta fundamental. Uno es ser enemigo de una

forma de gobierno, y otro traicionar á la comunidad entera de que es miembro.

La perpetuidad en el modo de ser es la esencia del gobierno monárquico, observándose las reglas de sucesión hasta lo infinito, considerando á los pueblos como una propiedad: mas la democracia repele una base que lo pone en estado de ser poseído, volviéndolo cosa, y se reserva el derecho de soberanía para variar la forma de gobierno á su placer. De aquí proviene la distinta manera de verse este delito en ambas formas de gobierno. El militar que sirviendo á la República se pronuncia contra ella, la traiciona, la vende, falta á la fe prometida; pero el hombre que nunca la ha reconocido, ni servido, será un enemigo, mas nunca traidor. ¿No son estos mismos los principios que hemos alegado los demócratas al ser juzgados por el bando opuesto? La verdad siempre es una é invariable, y estamos en el caso de ser imparciales y justos, ó abjuramos de la democracia y de la razón.

¿Cómo negar que mi cliente ha pertenecido á la idea conservadora, defendiéndola con las armas en la mano? ¿Cómo negaremos nosotros que del mismo modo hemos luchado por la libertad? Esta se ha establecido en todas partes con mucha lentitud por causas que

son muy comprensibles, y el terreno que gana cuesta sangre y cruentos sacrificios. Puede decirse que nosotros somos los rebelados contra ese cúmulo de elementos reaccionarios que embarazan y retardan el plantel de las instituciones republicanas. En esta última revolución, debemos distinguir dos épocas, la de intervención francesa, y la de la guerra civil que le siguió á consecuencia de aquella. Se vió palpablemente, que mientras Maximiliano dando leyes de progreso quiso apoyarse en el partido puro, logrando que algunos refractarios y traidores le siguiesen, el bando conservador observó una política hipócrita, hasta que al terminar el apoyo francés, pudo hacerse de la persona de aquél Príncipe de Hapsburgo, haciéndolo retroceder de las intenciones que había manifestado para salir del país, demasiado manifiestas con su viaje á Orizaba.

Es ya un extranjero el que se mezcla en nuestros asuntos domésticos; un resto de la intervención que lo había abandonado á su suerte, y empezaba una nueva era con el partido conservador. Tal fué la opinión de la prensa, tal se juzgó en todo el país y tal es la verdad desnuda. El partido conservador lo tomó como cualquier otro elemento de guerra contra nosotros, como se aprovechó de las

armas y parque inservibles ya para los franceses.

En este estado de cosas llegó Miramón á Orizaba, sin haber sido de los que hubieran sostenido la intervención como otros muchos, de principio á fin, sino de los que veía á Maximiliano ya convertido en instrumento del partido á que pertenecía, y aun conservaba el nombre de Emperador, el que sin duda le dejaron para evitar la desunión que necesariamente debía sobrevenir entre los aspirantes al poder. Si se hubiera conseguido un triunfo, no se sabe la suerte que hubiera corrido Maximiliano. Probablemente la del desgraciado Iturbide.

Se encendió la guerra civil nuevamente, y es el cargo cierto de mi defendido por sus seis meses de permanencia en el ejército contrario. Este cargo debemos unirlo á sus antecedentes políticos, para que forme un todo. Peligroso es un hombre que no está conforme con las instituciones de su país y ha figurado en él, y aun más, ha tenido las armas en la mano. La Nación está en su derecho quitándole el poder de obrar. Precaverse del mal es una necesidad para la propia conservación, un deber de todo gobierno que cumple á su pesar.

Pero este derecho, este deber no se extien-

de hasta quitar la vida, precisamente porque es preventivo, y si el temor fuera la norma, tendríamos que sacrificar un número considerable de los que han sido, son y aun pueden ser jefes de revolución. Con arreglo al derecho de gentes lo prohíbe expresamente el art. 23 de la Constitución, aun antes de que se hayan construído las penitenciarías. Para la abolición, dice, de la pena de muerte, queda á cargo del poder administrativo el establecer á la mayor brevedad el régimen penitenciario. *Entre tanto*, queda abolida *para los delitos políticos*, y no podrá extenderse á otros casos, más que al traidor á la Patria en guerra extranjera, &c.

¿En qué consiste que D. Miguel Miramón ha podido ser muy bien muerto tan pronto como se le aprehendió, á despecho de la ley constitucional? En que la necesidad y conveniencia del momento es la suprema ley, es la ley natural, es la de la propia conservación, es la ley marcial que está en el pecho del que manda, y que no tiene sujeción. Supongamos que hubiera quedado algún resto de ejército y se hubiera temido la fuga para reunirse á él: supongamos cualquier otro caso de igual naturaleza, nadie podría poner en duda la conveniencia, ni habría la menor queja.

Pasado ese momento, el prisionero queda

al abrigo de las leyes, y éstas son las de la guerra, las de las Naciones, sin tener en cuenta la ley marcial ó aquellas que han servido en cada circunstancia especial, y sobre todo, con la salvaguardia de la Constitución. Sería preciso que volvieran á presentarse otra necesidad y conveniencia apremiantes, para formar un juicio sumarísimo ó ninguno, y atender al motivo que obligaba á obrar así.

Pero ¿se trata de justicia, de leyes cuyas prescripciones son generales y comprenden á todos los de que hablan? No lo vemos así. Por el contrario, mi opinión la confirma el Supremo Gobierno cuando al fin de su comunicación se expresa en estos términos, después de disponer de los tres encausados: «Respecto á los demás jefes, oficiales ó funcionarios aprehendidos en Querétaro, se servirá V. mandar al Gobierno listas de ellos con especificación de las clases ó cargos que tenían entre el enemigo, para que se pueda resolver lo que *corresponda según las circunstancias de los casos.*»

Yo no encuentro más fundamento, sino que la Nación toda aun permanece en estado de sitio, pero por lo mismo creo que á D. Miguel Miramón no puede juzgarle hasta que se restablezca el orden Constitucional, y mucho menos por delitos que corresponden á otros

orden de procedimientos, según los cargos que se le han hecho, y distan mucho de poderse llamar delitos notorios por hechos aislados, ó lo que se llama el cuerpo del delito. Podrá decirse delito notorio, habérsele cogido con las armas en la mano en una batalla; podrá llamarse delito notorio, su constante adhesión al partido conservador; pero no es notorio el grado de la responsabilidad que pueda resultarle de los hechos de la ocupación de caudales, de los asesinatos de Tacubaya en que caben exculpaciones y la discusión de una causa criminal.

Lo primero que vendría á darnos en los ojos, por ejemplo, en lo de la ocupación de caudales, habría de ser ese cúmulo de contestaciones diplomáticas de la época con la Inglaterra, los compromisos que quiso reportar la Nación, y sobre todo, entre cuantos se había de dividir la responsabilidad pecuniaria. En lo de Tacubaya acaecería lo mismo en cuanto á la culpabilidad de omisión, única que puede atribuirse á mi cliente. Pero sobre todo, siendo esos hechos anteriores al delito porque ahora se le juzga y perteneciendo á las leyes de otra época, les corresponden otra especie de procedimientos. Imputar el delito de omisión, suena muy mal, pues que es re-

conocer una autoridad que notoriamente no podría ejercer.

Que al hacerse cargo á un reo del delito presente se traiga á colación su conducta política anterior en general, nada más justo; pero cuando por ella se formulan cargos, todos y cada uno de ellos deben estar plenamente probados, y sería complicar este mismo proceso acumulando hechos y responsabilidades notorias con las que no lo son.

Convencido yo de que D. Miguel Miramón había tenido complicidad verdadera en los asesinatos de Tacubaya, no esa responsabilidad moral y de partido, sino mandándolos, concurriendo á ellos, aconsejándolos ó aprobándolos, me separaría de esta causa y no sería ni defensor; por más que á él hubiera debido la vida.

Nótese que el Supremo Gobierno apenas hace el cargo general de obstáculo y amenaza contra la paz y la consolidación de las instituciones por muchos años. En efecto, mi cliente ha sostenido desde su niñez, puede decirse, al partido retrógrado, le ha confesado varias veces; pero de intento no quiero entrar al fondo de las cuestiones sobre falta de consolidación en nuestras instituciones republicanas, porque tendría que culpar á toda la Nación.

Ya he dicho que mi cliente puede ser una amenaza en estas circunstancias, y que la prudencia exige guarecerse de él. Pero contésteme con esta propia franqueza, si es la muerte el remedio, si el hombre no es susceptible de convicciones, si la sociedad no tiene la fuerza bastante para contener, no á uno ni dos revolucionarios, sino á la revolución entera? ¿A quién podemos temer, si sabemos aprovechar el espléndido triunfo que estamos obteniendo sobre el enemigo de la democracia? Toda revolución política tiene intermitencias; pero la presente aparece con todos los caracteres de duración. Si la fuerza del poder está en los beneficios, en los sentimientos que inspira, en la veneración, reconocimiento y amor que exigirá de nosotros sus luces, su vigilancia y su equidad, no hay duda que todo debe esperarse de un gobierno verdaderamente democrático, porque es el mismo pueblo el que tiene las riendas del poder.

Pues bien, al esperar un porvenir como el que se prepara y á medida que tenga mejores fundamentos, inútil es que la justicia desarrolle toda su severidad contra quien acaso á esta hora está desengañado de los males que un partido ha ocasionado al país, y que ha rechazado las halagüeñas proposiciones que la misma Francia se le hicieron para unir-

se á la infame y criminal intervención. ¿Cómo podríamos ponerlo en paralelo con los espúrios hijos de México, Gutiérrez Estrada, Almonte, Lares, &c., y los traidores á su mismo bando que ocuparon los primeros puestos civiles, al lado de los carniceros sicarios de la Francia? En D. Miguel Miramón nunca se ha visto la hipocresía del traidor, sino la enemistad franca del que defiende una idea.

La historia de hoy que está pasando delante de nuestros ojos, nos presenta un gran ejemplo que seguir. Jefferson Davis, se mantiene en prisión en los Estados Unidos del Norte por temor de condenarlo á muerte, abolida esta pena por la civilización del siglo, para los delitos políticos. El General Lee, uno de los más bravos defensores del Sur en su guerra de Independencia y esclavitud, se encuentra dirigiendo el establecimiento de Washington en el Estado de Virginia, de donde hace muy pocos días acabo de ver la patente de un joven educando firmada de su mano. No cito ejemplos de Europa, aunque no son raros, porque en política ha sido tan varia como los intereses que han guiado las cuestiones de sucesión en las monarquías.

Tal es el republicanismo que no admite los principios de la fuerza, cuando por sí solo y

sin esfuerzo se sostiene. Entre nosotros, es verdad, quedan no pocos restos del antiguo régimen, porque hay muchos aun fanatizados; pero el tiempo curará esa llaga podrida, y en cuanto á hechos de armas, nada tenemos que temer, porque la democracia es invencible. Ya no hay que pensar en la guerra, sino en la reconstrucción de nuestro edificio social. Las revoluciones son hijas del malestar de los pueblos, y fué necesario un gran esfuerzo de la Europa para suspender momentáneamente la paz que gozaba la República en 1861 y 62, que había unos restos insignificantes en los caminos y encrucijadas de esos bandidos que no tienen opinión y especulan con la suerte del país.

Mi defendido, por tanto, no puede ser condenado á muerte tratándose del delito político, decidida como está la cuestión por nuestra carta, después de tantos siglos en que se ha debatido. Está reconocido, que, como dice Benjamín Constant, en su curso de política constitucional. «En un país en que la opinión estuviera tan opuesta al Gobierno, que llegasen á serle funestas las conspiraciones, las leyes más severas no alcanzarían á librar de la suerte que experimenta toda autoridad contra la que se declara la opinión. Un tirano que no es temible sino por su Jefe,

puede dejar de serlo aun existien
 exagera mucho la influencia de
 duos, y es ciertamente mucho m
 rosa de lo que se piensa, sobre tod
 tro siglo. Los individuos no son r
 presentantes de la opinión; cuando
 ren ir contra ella, el poder viene
 por el contrario, aquélla existe,
 quite la vida á alguno de sus repr
 encontrará á otros, y no se cons
 esto otra cosa que complicar la
 En fin, la pena de muerte debe res
 ra los criminales incorregibles; pe
 tos políticos que están unidos ín
 con la opinión, con las preocupac
 los principios que se han adquirida
 cación, con el modo que cada un
 cosas, pueden conciliarse con los e
 dulces, y con las más grandes vi
 destierro es la pena natural, la qu
 género mismo de la falta, y que a
 culpable de las circunstancias que
 cho tal, y poniéndole en cierto m
 estado de inocencia, le proporci
 de convencerse á sí mismo, y de v
 trar en el camino de la virtud.»

Insistiré por lo mismo en proba
 absolverse del cargo de traidor á l
 guerra extranjera, como cómplice

vención. Basta que se intente probar por inferencias ó presunciones, para que el delito no sea notorio, y por consecuencia, para que admita la misma especie de descargos; ó entrar al examen minucioso que demandan los hechos en que se fundan los indicios.

Las presunciones las contesto con pruebas. Existe una carta impresa en los periódicos de los Estados Unidos, París y México, en que contestando al traidor Almonte la imputación que hace á mi cliente de que no se adhirió á la intervención por ambicioso, le dice clara y terminantemente que nunca se había propuesto vender á su Patria. Luego no le comprende el art. 1º de la ley de 25 de Enero de 1862, en ninguna de sus fracciones, pues aunque la 5ª habla de contribuir á la organización de un Gobierno, Miramón no contribuyó, ni el empleo que aceptó fué del invasor ni de persona delegada por él, estando ya concluída la intervención. No le comprende el art. 2º que habla de piratería. Y no el 3º, porque la rebelión supone que el principio del desconocimiento á la autoridad, como lo explica Wattel en su derecho de gentes. Se comienza por la *sedición*, que es la reunión multuaria del pueblo. Declarándose contra los depositarios de la autoridad pública, viéndose de la fuerza es *sedición*, y cuando ya

por número de una ciudad
 debe al Soberano, es *sublevar*
 que quiso evitar la ley de 2
 no las hubo en el país. La
 es tan clara, cuanto que ha
 nas reúne las fracciones 1.^a,
 art. 3.^o que tratan de rebel
 o sedicioso.

mitiendo aún más, que M
 a comprendido en algún a
 lo 3.^o, la pena de muerte q
 lría aplicarse porque lo resi
 n y el derecho de gentes.
 ies á muchos, dice el mism
 se castigan con penas com
 les.» Es decir, á toda una
 remos á otra cuestión de la
 ica. Wattel que solo escrit
 nos de Europa desconocen
 nstitucional de las Repúbli
 como la nuestra, supone, c
 om. 3.^o que no hay más que
 le conciencia en el soberan
 esidad un medio de hostilid
 can bastar medios más suav
 ponsables sino á Dios. Esta
 conforme á las monarquías
 gen de la Divina Providen
 oderoso en sus resoluciones;

do la Constitución de un país señala los medios con que se ha de vencer al enemigo, y los límites de poder discrecional, nadie puede traspasarlos sin faltar no solo á su conciencia sino á sus más estrictos deberes. El inmortal Washington perdió algunas batallas en la guerra de Independencia, y no emprendió otras muchas, porque cumplido el tiempo de enganche de sus soldados, no le era lícito obligarlos á pelear según la ley, y así se quejaba al Congreso cuando el ataque á Boston: «No hay en las páginas de la historia, decía, un caso como el nuestro. Mantener un punto á tiro de fusil del enemigo sin *municiones* y al mismo tiempo desbandar un ejército y reclutar otro, á la vista de cerca de veinte regimientos británicos, es más de lo que con probabilidad se puede emprender.» Si ese respeto se debe á la ley en lance tan apurado, con mayoría de razón cuando se trata del castigo y no de medidas urgentes y necesarias para cumplir con el objeto de la guerra, que solo es rendir y doblegar al enemigo en el acto de la contienda. Esas facultades discrecionales, más bien existen en los generales en Jefe, por la ley marcial, y teniendo que obrar necesariamente en circunstancias dadas.

Yo he leído y releído la comunicación del

Supremo Gobierno, y á men-
 muy grave de mi entendimien-
 el Consejo aplique *las penas* s
 decreto de 25 de Enero de 62,
 jete á él para la *sustanciación*,
 ber sido dictada *para otros caso*
 de decirse también que adopta
 de los crímenes. Veamos su
 diéndose en el juicio con ente
 artículos del sexto al undécim
 la ley de 25 de Enero de 186
 relativos á la forma de proce-
 cial.» Pero antes ha manifestac
 «se proceda al juicio que disp
 ley en otros casos, para que d
 oigan en éste las defensas que
 los acusados y se pronuncie la s
 rresponda en justicia.»

Es tan claro como la luz q
 Gobierno no quiso señalar de
 penal, porque entonces no hab
 cio, ni tendría libertad el Cor
 nunciar la sentencia que creyer
 bertad tan absolutamente nec
 y pesar el cargo y las excepcio
 y formar el juicio recto que de
 tas y sublimes funciones de
 hubiera sido haber dicho que s
 arreglo á la ley de 25 de Enero

tensión, sin marcar artículos nominalmente, lo que entonces habría resultado innecesario. Además, verdaderamente entonces, ya vendrían condenados los acusados, lo que no se puede sospechar, sin injuria del Supremo Magistrado cuya intención está manifiesta. La responsabilidad toda es del Consejo, y no podrá declinarla, como la de todo Tribunal, y por eso entro confiado en su rectitud á resumir en pocas palabras mi defensa.

Todo crimen tiene sus grados, que se deducen principalmente de la intención y del daño hecho á la sociedad ó al individuo; mas el delito cometido entre muchos á cada uno se castiga, según la parte que hubiere tomado en él, pues que la satisfacción ha de medirse por la ofensa. No se requiere ser jurisperito en la materia, para conocer esta verdad que está en el corazón de todo hombre honrado. D. Miguel Miramón nunca quiso unirse á la intervención extranjera y lo manifiestan todos sus actos. ¿Qué importa haber estado en Guadalajara y recibir una comisión, hijo todo de las circunstancias del país; cuando sus actos manifestados públicamente patentizan su no conformidad con el invasor? Habiéndole mandado para que levantara un batallón. los franceses conocieron su error, é inmediatamente lo desterraron á Berlin por

conducto de Maximiliano. ¿No son estas y las demás pruebas aducidas por mí de que no ha habido intención? Es un principio reconocido que el acto por sí mismo no hace al hombre culpable á menos que su ánimo lo sea. El intento y el acto deben concurrir para constituir el crimen. Millares de hechos más graves pudieran citarse, en que la prudencia y la justicia del Supremo Gobierno, ha tomado en consideración excepciones de esta especie castigando con penas suaves y correccionales.

Tomados los cargos de la historia yo no puedo enlazar la intervención extranjera que ya no existía, cuando tomó parte mi cliente con Maximiliano, y sí concibo fácilmente la continuación de la guerra civil, en que éste último servía de auxiliar y de medio para los fines del partido conservador; de manera que para Miramón es el mismo y único cargo, el de trastornador de las instituciones democráticas, que dista una inmensidad del de traidor á la Patria en guerra extranjera, y de las innumerables responsabilidades de aquellos que la promovieron y sostuvieron hasta el fin.

La equidad sigue forzosamente á la ley, siendo la naturaleza, la justicia y la razón su guía, por los principios generales á que debe sujetarse la sociabilidad. No basta saber la le

tra de las leyes para poderlas aplicar. Son un lenguaje muerto, que solo puede recibir la coordinación de todas las circunstancias que forman la correspondencia del acto con la prescripción legal. La ley castiga de muerte al homicida, por ejemplo; sin embargo, como supone el dolo, el ánimo deliberado, la perversa intención, luego que no se manifiestan estos datos en toda su extensión, el juez declara que tal clase de homicidio no es el que la ley castiga de muerte, y entra el arbitrio judicial, ó lo que es lo mismo, la equidad. Lo propio sucede en toda clase de delitos y crímenes. El Supremo Gobierno le acaba de dar la norma á este Consejo. Sujetos todos los prisioneros á una misma ley, ha hecho la clasificación de más ó menos culpables, y así ha fulminado las penas, tan en nombre de la Nación como este Tribunal puede hacerlo. Líbreme Dios de que se entienda pido la muerte para nadie, mis convicciones particulares me alejan de ese cargo, siendo enemigo acérrimo de tal acto, y no sé contradecir los principios que profeso tan antiguos como públicos. Hago esta advertencia en fuerza de mi deber, cuando en un mismo proceso se reúnen tres reos con diverso grado de criminalidad. D. Miguel Miramón no es cómplice de Maximiliano en la empresa de inter-

vención. Este pudiera ser cómplice de en la guerra civil.

Dúdase cuál es la ley que debe aplicarse al caso en cuanto á la pena. Para mí de ver no pueden ser las comunes que se aplican á todo un pueblo, á toda una ciudad ó á toda una Nación, salen de la esfera del aislado delincuente que ofende á la sociedad entera con un hecho también común. Los delitos llamados políticos, no son ni por su naturaleza ni por sus efectos, ser de la misma clase, porque no se cometen todos los días. Estos traen consigo un sentimiento general, aquellos demasiado particular. Un delincuente, y hasta cierto número de delinquentes, cabe en una ley común. ¿Cómo podríamos hacer caber tanto delincuente en una ley que despoblará el país?

Tales son las causas porque los delitos que se denominan políticos, se miden, se califican con aquellas reglas que dá el derecho natural y de gentes, siempre como resultado del derecho público de una Nación. Así en el ejemplo, nuestra ley fundamental se erige en consecuencia de un caso de guerra, del caso de una invasión (art. 128) ó de un caso de revolución grave, guerra civil, y sus mandatos son tan conformes con el derecho natural y de gentes, reservándose la facultad de disponer lo contrario en general para cuando la revolución se termine, recobrando la soberanía.

de la Nación. Blackstone al explicar lo que debe entenderse por la ley civil, dá como primera regla la siguiente: «no es la orden transitoria y repentina de un superior concerniente á una persona particular, sino alguna cosa permanente, uniforme y universal.» Pues bien, tan pronto como no puede ser universal por el motivo que ser fuere, y especialmente por su imposibilidad de aplicación uniforme y permanente, debemos buscar otra que lo sea, y por la cual hemos de juzgar. Esta es, repito, la del derecho de la guerra, el de gentes, en que cabe la latitud que presentan la conveniencia y la necesidad.

Una de las distinciones más marcadas que yo encuentro es, que así como la ley civil no debe tener efecto retroactivo en su aplicación, por el contrario, el derecho de gentes, sólo ve el estado actual, y determina de lo pasado, con referencia al porvenir y seguridad del país.

Este es el que se encuentra hoy en vuestras manos, ciudadanos vocales, y el que ha puesto á vuestra discreción el Supremo poder de la Nación.

Mis luces son demasiado débiles para indicar el camino que debe seguirse. Carezco de datos para saber el estado que guardan nuestras relaciones extranjeras en este momento,

y respeto bastante las decisiones de mi Gobierno, no teniendo ánimo de oponerme á ellas, sino de usar el más noble y satisfactorio derecho de abogar por el caído.

La guerra interior aún continúa, si bien tocando á su término indefectible. Y bajo el patrocinio de mi cliente, creo defender la Constitución de 857, que me ha servido de egida y de texto. Me he ceñido á la estricta justicia, tal como la concibo, siendo mi convencimiento que D. Miguel Miramón no ha traicionado á su Patria en el vandalismo que nos trajo Napoleón III, por más que haya servido á un partido que todo él en común es el que reporta el cargo de las desgracias del país, oponiéndose á su voluntad soberana, y que á un individuo por prominente que haya sido en él, no puede imponérsele la pena capital, prohibiéndolo la Constitución federal.

Prisionero después de haber rendido su espada, no se encuentra en el caso de aquellos que se cogen en el calor del combate, y de cuya vida se puede disponer en el acto si se le considera como enemigo peligroso todavía: todos los demás pertenecen á la humanidad según las leyes de la guerra. Escuchemos á la fría razón, y mi defendido se habrá salvado.

Ella mediante, suplico al Consejo se sirva

absolver del cargo de traidor á la Patria en guerra extranjera, á D. Miguel Miramón, é imponerle la pena extraordinaria que merezca por su conducta como partidario en la guerra civil, con arreglo al art. 48, trat. 8º, tít. 5º, de la orden general del Ejército, lo cual es de hacerse en estricta justicia que protesto con lo necesario, etc.

Querétaro, Junio 13 de 1867.—*Lic. Ignacio de Jáuregui.*

Señor:—Cumple al primero de mis deberes, al ejercicio más noble y satisfactorio de mi profesión, encargarme, lleno de los temores que mi pequeñez me inspira, de la grave cuanto delicada defensa del Sr. D. Miguel Miramón. Y si bien el conocimiento de mi insuficiencia hizo que rehusase desde luego la eminente confianza que se me dispensó, era de mi obligación sacrificar mi amor propio á mi deber de abogado, y hacer frente á un negocio tan erizado de espinas, que ha de tener publicidad en las naciones civilizadas, en todo el mundo, porque el proceso de mi cliente es el del Archiduque de Austria; porque es una de las causas más célebres en el foro mexicano, la única en su género y la de más inmensa gravedad.

Me animó, además, para vencer mis justas

stencias, la confianza que me inspiran los que han de decidir de la suerte de este país. No es de valientes Repúblicas que han sido pródigos de su sangre en los campos de batalla, derramar la de un vencido é inerme. No es de soldados débiles, que han luchado tantos años por la causa de los principios liberales, con los jueces, el de que: «Por delitos políticos se puede imponer pena de muerte.» No es de los que se conquistó con la sangre de tantos héroes, de los campos, Degollados, Valles y miles de años de la libertad, y sábiamente consagrado en el art. 23 de nuestra Constitución. Por último, de los defensores de la ley y de la reforma, desmentir sus antecedentes no haciendo ahora lo que siempre hicieron. Es glorioso el gran partido liberal, que ha vencido á sus enemigos en el campo de batalla; pero más glorioso, más sublime es el que, defendiendo, espensando y dando libre albedrío á sus enemigos.

Es, además, bien conocida á los Señores del Consejo la amplísima libertad del abogado para razonar en favor de su defendido. Ella se funda en lo mismo que la libertad de conciencia en el derecho natural, que todos reconocen, que nadie puede derogar y menos invalidar. Ese mismo derecho

á los jueces á oír y juzgar independientemente de opiniones políticas, pasiones, ni respetos de ninguna clase.

Con tal convencimiento, con la seguridad de que los liberales de hoy, son los de hace cinco años, los de hace diez, los de siempre, puedo entrar en materia seguro de que se me ministrará cumplida justicia. Y hé aquí el motivo de que haga escuchar mi voz en tan solemnes momentos.

Dos clases de cargos se han hecho al Sr. D. Miguel Miramón. Son los unos, los relativos á su complicidad en la usurpación del poder público, son los otros, los pertenecientes á varios delitos de subversión militares y aun del fuero común. El buen orden pide que me encargue de unos y otros, según la división indicada.

Pero antes de proceder á ello, señores, no puedo menos que hacer á ustedes presente la deformidad del proceso, que consiste en su absoluta carencia de datos. En todo él no se encuentra una sola justificación, un solo papel, la prueba más ligera que directa ó indirectamente funde los cargos hechos á los reos.

Se dirá que son de pública notoriedad y que no necesitan de justificarse. Permitiéndolo sin conceder: ¿pero todos ellos tienen

esa notoriedad? ¿cada uno consta al público como la luz meridiana?

Veo, señores, que suponiéndose los hechos como existentes é incontrovertibles, se dan por consumados; y no ocupándose el proceso de probarlos, se tomó á los reos su declaración inquisitoria, y, acto continuo, su confesión con cargos. Si esta, que es la contestación del pleito, ha de fundarse en las constancias procesales, debe ser la expresión y resultado consiguiente de los trabajos del sumario, ¿de dónde ó cómo se podría argüir á alguien por lo que no existe, y deducir una consecuencia de un antecedente que no se ha consignado?

Ni la ley de 25 de Enero de 1862 ni la de 1857 y Ordenanza militar, á que se refiere aquella disposición, excluyen el deber de justificar el cuerpo del delito y el delito mismo, por angustiado que sea el término de sesenta horas concedido para la formación del proceso. Ni podrían mandar semejante monstruosidad; porque la prueba y la exculpación son de derecho natural, y sin ellas ni puede haber pleito ni juzgadores que den su juicio afinado sobre él.

Tampoco excusa lo angustiado del plazo. En buena lógica, si el concedido por la ley, á fin de que se forme el proceso no es suficiente

para la debida justificación, lo único que se infiere es que la ley es impracticable, pero nunca podrá deducirse, que por tal motivo, han de omitirse las diligencias necesarias á la averiguación de la verdad, prevenidas por nuestra legislación, por el sentido común, por la misma esencia de las cosas y por las leyes y costumbres de todos los países civilizados del mundo.

Menos aun excusa la pretendida notoriedad de los hechos. Suponiendo que los de que se hace cargo al Sr. Miramón la tuviesen, se puede preguntar, sin nota de temeridad: ¿Cuál es la regla de buen crédito para calificar esa notoriedad? ¿Será acaso la conciencia, el convencimiento personal del juez de instrucción?

Regla tan falible, tan singular, tan vária, como la cabeza de cada hombre, no puede ser la base adoptada por la ley y por la buena jurisprudencia. Un fiscal verá notoriedad donde otro no la encuentra. Y un juez reputará obscuro ó dudoso lo que otro concibe como claro.

Quedaría entonces la justificación procesal consignada á la inteligencia, más ó menos despejada, imparcial y despreocupada de los que intervienen en las causas políticas, y la forma de sus procedimientos y juicio final, sólo su voluntad absoluta, sin responsabili-

ad, sin recurso ulterior, sin esperanza de mejoría, puesto que á nadie se puede hacer responsable de pensar, sentir y querer, como ensa, siente y quiere.

No se me oculta que algunos criminalistas, poco filantrópicos, asientan que no es necesaria la prueba acerca de los hechos notorios cuya existencia, nadie, sin ser loco, puede dudar. Pero prescindiendo de que esas doctrinas jamás han estado en uso en la práctica criminal, hay que decir: que la pública notoriedad, ó fama notoria, consiste en la opinión general que acerca de cierto hecho tienen los vecinos de un pueblo, afirmando haberlo oído de personas fidedignas. Su fuerza depende de la mayor ó menor consistencia que tenga aquella opinión, así como también del mayor ó menor crédito de las personas de quienes se origina. Leyes 8 y 14, tít. 14, partida 3ª

Fundado en estas disposiciones el Dr. Guimaraes, en los artículos relativos, define la *notoriedad* diciendo: que es la noticia pública que todos tienen de alguna cosa; y la divide, en notoriedad de hecho y en notoriedad de derecho, asegurando que la firmeza es el conocimiento general que se tiene de un acontecimiento caso sucedido. Como todos los autores, la confunden con la fama pública, y quieren

que para que pruebe algo, se derive, en primer lugar, de personas ciertas, graves, honestas y desinteresadas; que se funde en causas probables: que se refiera á tiempo anterior al pleito y que sea uniforme, constante, perpetua é inconcusa, de manera que una fama notoria no se destruye por otra.

Se necesita además, que la fama ó notoriedad sea probada con el testimonio de dos ó tres testigos, que depongan sobre ella, asegurando que así lo siente y cree la mayor parte del pueblo. Si el señor Fiscal se hubiera tomado el trabajo de justificar la notoriedad de cada uno de los hechos de que hace cargo á mi cliente, y urgir á los testigos por la razón de su dicho, estoy seguro de que nada se habría conseguido á este respecto.

Mas á pesar de que la fama ó notoriedad tenga estas condiciones, no hace por sí misma plena prueba, porque: *dictum unius facile sequitur multitudo*: no se podrá imponer pena por ella, puesto que solo en las causas civiles hace semiplena prueba, y la hará plena en ellas en ciertos casos de excepción, *adminiculada*, según asegura Argentreo, con otras justificaciones. *Fama non esse per se probem probationis, sed egere adminiculis et substantia veri et valere ad inquirendum*,

n ad judicandum, et circapreparatoria, non cadecisoria.

El gran Ferraris, tratando de esta materia e, que la fama que prueba, non dicitur e bona sit, quia fama est argumentum viris. Añade, Ut fama probet, multa requiruntur Primo requiritur quod fama originem xerit personis gravibus, honestis, fide dignis et non interesatis. Secundo: quod habeat auctores et rationabilis, de probabiles causas. Tercio: quod testes deponant de temere preciso ante motam litem. Quarto: quod uniformis, constam, perpetua et inconcussa. Termina diciendo: Fama regulariter loquendo, de per se non facit plenam probationem.

Se ve por lo expuesto, señores, que la pública notoriedad ó fama notoria, no puede ser cargo en las causas criminales y muchos nos cuando esa notoriedad no está justificada. Se ha visto ya lo que quieren las leyes y los autores para que ella justifique alen ciertos casos dados. ¿En el proceso del Miramón se ha procurado siquiera justificar la notoriedad? ¿Se han observado las descripciones que la legislación y el buen sentido de los autores requieren? Lo habeis visto, señores: en él no hay más prueba de

la *pretendida notoriedad de los hechos*, que la cabeza del señor Fiscal y su conciencia.

Entrando ahora á la contestación, análisis y depuración de los cargos hechos á mi defendido, debo decir en primer lugar: que los de complicidad en la usurpación del poder público, no tienen fundamento alguno, ni en el derecho ni en los hechos.

El Supremo Gobierno Nacional en sus órdenes de veintiuno del mes próximo pasado, con que comienza el proceso, ha colocado la cuestión en el terreno legal y aun designado las leyes por las que deben enjuiciarse á los procesados. No me es, pues, lícito, dislocarla del expresado terreno, en que se quiso que se controvirtiera.

De lo contrario, y establecida en la palestra del derecho público y de gentes, podría decir con Filangieri (*Leyes del orden social*, tom. 3º, pág. 507): «Los actos del vencedor son tan legítimos como los del vencido, desposeído de sus atributos temporalmente..... La distinción entre el soberano de hecho y el de derecho es inadmisibile.» Podía asegurar con Wattel (tomo 3º, cap. 18, per totum) que en la guerra civil los beligerantes deben tratarse como en guerra extranjera. Podría defender con Burlamaqui (tom. 3º, pág. 101, § 1) «que la guerra civil rompe los vínculos

entre los súbditos y el Gobierno, el estado de dos beligerantes inde Podría en fin decir en contra de yes con el citado Filangieri (pá «Una Constitución que infama co de traición y de felonía el ejerci derecho de cambiar, al agrado de del pueblo, el principio del Gob ha dado, es un atentado direct derecho soberano del mismo pue derecho es inalienable é imprescrip

Nuestra misma Constitución su art. 127 la facultad de reform mite alguno. No hay, pues, dud autonomía de la Nación mexican riarse al arbitrio y voluntad sob misma.

Mas la constitución del trono liano ¿fué por la voluntad nacion emisión de los votos de los me digo que no: y de ello me es tes ciencia pública, la presencia de bayonetas francesas en el país, criminales de los adictos á la int al trono, las hazañas gloriosas de contrariaron.

Pero si esto es verdad, tambié la mayoría del país sucumbió : extranjera, que obedeció al trono

que éste fué respetado en casi todo el territorio nacional. Sin voluntad, es verdad: á virtud de la coacción; pero esto no puede borrar de nuestra historia tal hecho consumado.

En tal estado de cosas cabe muy bien defender á la Nación por su conducta en este asunto: mas como esto me haría difundir demasiado apartándome de mi objeto principal, solo me permitiré llamar la atención de los Señores del Consejo hacia el cap. 8º, tom. 1º de la obra del célebre Reynoso. Allí se prueba hasta la evidencia la obligación de los pueblos indefensos en someterse al conquistador, según derecho natural y político.

Esto no quita el buen derecho del Gobierno legítimo. Samuel de Cocceüs después de probar que una cosa es el derecho al imperio y otra su ejercicio ó posesión, concluye diciendo: que estas cosas son tan diversas, que uno puede tener un derecho plenísimo y otro una plenísima posesión, *ut contigit in imperio á tyrano usurpato*.

No es, pues, extraño, señores, que algunos mexicanos de buena fe hubieran aceptado el Imperio. Y si incurrieron en ese error, como lo creo, la equidad nos manda no castigarlos como culpables, porque los errores del entendimiento á nadie se imputan, y porque

de lo contrario sería necesario castigar á millones de mexicanos, que, con su aquiescencia, con su falta de oposición, con su fuerza de inercia, ni contrariaron al usurpador ni defendieron al Gobierno nacional.

D. Miguel Miramón confiesa haber reconocido, á su regreso del extranjero, al gobierno Imperial establecido de hecho en México. Mas este reconocimiento de un hecho, ¿importa precisa é indispensablemente un delito? Ageno á las cuestiones de derecho público, por razón de su profesión ¿se puede y debe imputar á mi cliente como crimen un error de su entendimiento, una mala calificación del poder público? Ciertamente no.

Y si esto es verdad, como én efecto lo es, fluye por consecuencia natural, que el haber aceptado una comisión que lo expatriaba, tampoco debe imputársele á culpa, pues no siendo vicioso el antecedente, no lo son las consecuencias lógicas que derivan de él.

He dicho que ni el derecho ni los hechos prueban la complicidad de mi defendido en la usurpación del poder. Examinado el primero, veamos cuáles son los segundos.

Ninguno ciertamente se cita ni puede citarse á este respecto.

Cuando un puñado de mexicanos votó por el establecimiento de un trono en México,

llamando al Archiduque de Austria para ocuparlo, D. Miguel Miramón ni perteneció á esa junta ni aun estaba en el país.

En todas las operaciones consiguientes no figura el nombre de Miramón, ni nadie lo denunció como partícipe en ellas; y cuando ha confesado que volvió al país, lo hace diciendo que prefirió pasar por los estados de Tamaulipas, Nuevo León, San Luis y Querétaro, llenos de sus enemigos políticos, antes que tomar la carretera de Veracruz, en donde se hallaban los franceses. Llegado á México, porque ya no tenía posibilidad para vivir en el extranjero, se retiró á su casa y familia.

Examinados con imparcialidad los hechos, se ve con claridad, que el Sr. Miramón no tuvo participio alguno ni en la intervención francesa, ni en la erección del Imperio, ni en el derrocamiento de la República. Todo se hizo cuando él estaba ausente, todo sin su voluntad.

Se me manda decir á este respecto y en confirmación de lo dicho, que el Sr. Miramón ofreció sus servicios al Sr. Juárez desde París, por conducto del ex-Ministro D. Jesús Terán, para hacer la guerra á los franceses. Que el Gobierno aceptó, y que si el plan no llegó á tener verificativo, fué por causas

independientes de la voluntad de mi cliente. A quién así se porta no se le puede tachar de intervencionista ni afrancesado.

Descendiendo ahora á cada uno de los cargos en particular, hechos al Sr. Miramón, se advierte desde luego: primero, que los cinco con que comienza la confesión relativa, son por hechos que tuvieron lugar antes del 25 de Enero de 1863, en que se expidió la ley de esa fecha.

El Supremo Gobierno ordenó que esa disposición fuese la única regla para el procedimiento judicial, que debía obsequiarse en el proceso. Y siendo un principio de eterna verdad, consignado en el art. 14 de nuestra Constitución, que ninguna ley puede tener efecto retroactivo, se sigue necesariamente que los hechos anteriores al año de 62, no están bajo el dominio de esa ley, ni puede serles aplicada, y mucho menos hacerse cargo á mi cliente de ellos. Lo contrario importaría una aberración de principios indisculpables y una verdadera injusticia.

Se advierte en segundo lugar, lo que repito y repetiré hasta el fastidio, que estos cinco cargos, como todos, no tienen más fundamento en el proceso, que la memoria que de ellas hace el C. Fiscal, y para su calificación, cuantía, apreciación y peripecias, el juicio

que de ellos plugo formar á dicho funcionario.

Se advierte en tercer lugar, que estos cargos son officiosos, arbitrarios y ajenos á la cuestión. Tanto en la nota de fojas 1 como en la de fojas 2. se manda encausar á Fernando Maximiliano de Hapsburgo y á sus cómplices en los delitos cometidos por éste. Y es claro, que no siendo responsable el Archiduque por los hechos en que no ha tenido ingerencia, éstos ni para él ni para sus cómplices pueden ser objeto del proceso que se mandó formar.

Se advierte en cuarto lugar, finalmente, que los repetidos cinco cargos, se fundan en hechos que la Nación ha juzgado, el tiempo y los acontecimientos posteriores borrado de la memoria de los mexicanos, y la historia consignado en sus páginas, como consumados y de una época que pasó para siempre. El traerlo á colación en la actualidad, el resucitarlos sin interés del momento, ni fin alguno plausible, sólo puede servir para recrudecer los ánimos, agravar gratuitamente la posición de los procesados y atacar la majestad de la justicia.

Mas no obstante lo dicho, cumple á mi deber y al buen nombre de mi cliente contestarles; y así lo haré, sin que por esto se entien-

da que convengo en su oportu-
justicia y en sus fundamentos
los como parte integrante de e

Se hace cargo al Sr. Miramón
nido parte en la primera rebelión.
A esto ha contestado tan satisfecho
que nada deja que desear. La
celebrada en aquella plaza enton-
tes y un gobierno, que gozaba de
extraordinarias, puso término
que no puede resucitarse sin el
derecho de gentes. Bien ó mal
de la época lo concluyó para sí
el que capitula nada se reserva
ro y da término final á la guerra
cuencias ulteriores, á no ser que
estipule.

Se hace cargo también á mí
segunda rebelión de la expresada
respecto á este cargo, es necesario
sente que Miramón ya no era
que á mí toca, ignoro el hecho
acerca de su certidumbre. Pero
gar, hay que advertir, que no
notoriedad, no es tan claro co-
ridiana, no es finalmente de la
aquellos por los que puede ha-
temor prudente de incidir en
mundo sabe que la llamada re-

revoluciones en Puebla en aquella época. Esto es de pública notoriedad. Mas no lo es que fulano y citano, que Miramón y quien se quiera pertenecieron á esa reacción. Falta, pues, el fundamento que el C. Fiscal adoptó para sus cargos y reconvenciones; no puede por tanto si hemos de ser consecuentes, imputarse á mi defendido.

El tercer cargo consiste en que el Sr. Miramón cooperó eficazmente á sostener la guerra civil, es decir, á ser constante reaccionario, y como tal, oponerse á la Constitución de 1857. A esto ha contestado, como todos los de su opinión política, que la Nación rechazó esa ley fundamental.

Recordando los hechos y estimándolos con imparcialidad y justicia, es necesario confesar que todo el partido conservador, sin excepción, rechazó nuestra carta fundamental, no obstante su origen nacional y legítimo: que el clamor y escándalo farisáico de los pretendidos piadosos, las pastorales y protestas del clero y las armas de los soldados, hicieron creer á muchos de buena fe, que en efecto, la Constitución de 57 era contraria á la ligión y á los intereses sociales.

El mismo Jefe del Gobierno la creyó inactuable, y mirada la cuestión bajo este aspecto, no hay duda en que D. Miguel Mi-

ramón es disculpable, y sus re-
factorias. Sería injusto hacer
responsabilidad lejana del suba-
no lo fué la inmediata del su-

Mas acerca de estos hechos,
Supremo Gobierno han fallado
te y para siempre. El autor de
Tacubaya fué perdonado: y es de-
riedad que coadyuvó á la defen-
sa contra los franceses, por orden
del Sr. Juárez. Se olvidan
bilidades, sus delitos políticos
trógrados. y el manto de la Pa-
do. ¿Sería justo que este manto
se usara para cubrir á los cómplices
de la guerra?

En aquel tiempo D. Miguel
teniente coronel, empleo muy
digno de los que desempeñaban
el plan de Tacubaya. Sus je-
ces cayeron por ese plan, y Miramón
asistió al coronel del cuer-
po, sin mezclarse en la parte
principal. La sazón era muy obscura, pu-
es las intenciones del Gobierno no eran
manifiestas, y menos aun las
que se plotaron el pronunciamiento, y
el asesinato. ¿Puede con justicia

un subalterno por hechos del presidente, en que á ciegas tomó parte?

Estas consideraciones rebajan mucho el cuarto cargo, porque los hechos que contiene no son más que variantes y consecuencias de aquel primordial, que dieron por resultado un gobierno parecido á otros muchos del país.

D. Miguel Miramón fué elevado á la presidencia, en sustitución de D. Félix Zuloaga, y elegido por una junta de notables. ¿Tocábale á mi cliente dejar acéfalo el Gobierno? ¿Era más conveniente á la Nación el estado de anarquía, que el tener un Gobierno, sea el que fuere? ¿Y puede imputársele como culpa á Miramón el haber hecho este sacrificio en pro de su Patria?

Además, es necesario confesar que los títulos á la presidencia de D. Miguel Miramón, valen tanto como otros muchos, que han ocupado ese puesto, y respecto de los cuales nada se ha dicho hasta el día. Acostumbrada la Nación á variar de mandatarios como de estaciones, los verdaderos títulos del presente eran el triunfo contra sus opositores. El país obedecía y con su tácita sanción, legitimaba el poder, al que se llegaba por un camino trillado. Pero ya á Miramón tocaron los tiempos, dueños los Estados de fuerzas

...ías, opusieron resistencia, y
...firmeza y heróica constancia
...hicieron que siempre se conser
...o de Gobierno y la enseña de

...pongamos por un moment
...rez hubiera abandonado la er
...lose como otros muchos presi
...s, al extranjero, ¿podría ento
...mi cliente de usurpador de u
...le defendía? Resulta en consec
...la constancia del Sr. Juárez
...delincuentes á sus rivales,
...ia es tan contingente, tan p
...a de lo que se acostumbró
...uede designarse como una
...o público para valorizar los
...rarios, y menos como una re
...criminal para estimar la cul

3.
...rista, presidente federal, fué d
...ta-Anna. Si Arista no se h
...vencido, Santa-Anna sería
...como aconteció lo contrari
...tado de ilegítimo á Santa-Ar
..., pues, aceptar como regla
...atos el valor ó la cobardía de
...ado? Señores, sobre este pun
...uen sentido y conciencia de

En la época de su gobierno se acercaron las fuerzas constitucionales á México con el fin de apoderarse de aquella Capital. La suerte de las batallas les fué adversa, y el resultado de su derrota , multitud de víctimas sacrificadas en las lomas de Tacubaya. Todos estos son hechos de pública notoriedad.

Mas no lo es, ni lo será nunca, que el presidente Miramón haya sido el autor de ese horrible atentado. La opinión pública, el justo resentimiento de los defensores de la libertad y las quejas de los parientes de los asesinados, jamás se han fijado en Miramón. Rechazo, pues, este cargo como falso, injusto é infundado.

Rechazo igualmente, el de no haberse castigado al autor de tamaño crimen. Ni el gobierno actual, ni nadie, puede residenciar al expresidente Miramón, en razón de sus actos oficiales, porque importaría una contradicción el no reconocerlo y hacerlo responsable. Mi cliente tuvo sus razones de política, para no castigar al culpable; tal vez la misma razón de Estado que se ha tenido presente muchas veces por todos los Gobiernos para imularse de los delitos anteriores, para aditir en las filas de sus defensores á los que les combatían, para decretar amnistías.

Acerca de las razones de Etor, sólo Dios puede juzgar.

También ha contestado el Sr. Miramón el cargo de los fondos destinados al pación inglesa. En este cargo que se hagan al procesado, sidenciales no se puede e en la contradicción de rec presidente.

La misma razón de Estad chos Gobiernos y á algunos mano de lo que encuentra yores males, obligó á la a ramón á apoderarse de los chinas. Si somos lógicos y necesario confesar que todo cho mal, ó nadie.

Hay además que advert principal es notorio, no lo s cias. Ni el Sr. Fiscal ni nadi trario, ni podrá sentar com que hubo sellos rotos, viol inglés, pretesto para la fu &c., &c.

Hasta aquí los cargos a de 25 de Enero de 1862; vé res á ella.

Es el primero, haber inte

món desembarcar bajo la protección de la triple alianza en Veracruz á principios de 1862. Sobre esto hay que notar, que se echan en cara á mi cliente intentos ó conatos de hechos que no llegaron á realizarse. Que se suponen algunos que ni son ni pueden ser notorios y que no tienen la más ligera justificación.

El simple desembarco no es un delito, y la pretendida protección de los aliados, se reduce á la amistad del General Prim. Si el C. Fiscal tiene pruebas de lo contrario, habría sido bueno que las hubiera aducido. No lo ha hecho así, y por lo tanto su cargo, sus convenciones, sus indicios vehementísimos, &c., &c., no pasan de la esfera de sospechas, que si hacen honor á su suspicacia no por eso son menos inciertos.

El segundo cargo consiste en que por segunda vez, ya no intentó mi cliente llegar sino que en efecto llegó á México bajo la protección de la intervención y de Maximiliano. Sobre esto ya he dicho lo bastante en el cuerpo de este alegato: no haré por lo tanto otra cosa que recordarlo al Consejo. Sólo añadiré que colocado el Sr. Miramón en la calidad de pária político, por haber sido excluído de las amnistías; sin recursos para vivir en el extranjero; de una notabilidad y nombre que

no le permitía obscurecerse, acaso con menos libertad que nadie, se vió obligado á reconocer y servir al Imperio, de seis meses á esta parte.

Este cargo además, se puede hacer á todo el país, pues todas las clases y todas las personas, con voluntad ó sin ella, bajo la presión de las bayonetas extranjeras ó espontáneamente, reconocieron expresa ó tácitamente el poder imperial, excepto el número limitado de los que se conservaron con las armas en la mano, y de aquellos pueblos que tuvieron la dicha de no ser profanados por la presencia del soldado francés.

Cargo tan universal no se puede hacer á un individuo determinado, ni á una sólo clase por su mismo carácter de universalidad; y antes bien deja de serlo como todo lo que sea voluntad expresa ó tácita de la Nación, aunque sea coactada. No diré á este respecto con el Sr. Reynoso «Que un pueblo desamparado «de hecho por su gobierno, durante el estado «de separación, deja de ser súbdito suyo.»

Tampoco aseguraré con el mismo autor. «Que los pueblos indefensos deben someterse al conquistador.» Estas y otras doctrinas semejantes extinguen el patriotismo y aniquilan el espíritu público.

Pero aunque esté de ello convencido, tam-

bién lo estoy de los hechos que han pasado á mi vista y que son de la notoriedad pública que tanto agradó al Sr. Fiscal. Estos hechos son, que el partido liberal fué arrollado; que el conservador recibió con palmas y coronas á los soldados de Napoleón, que las masas vieron, oyeron y se retiraron á sus casas á seguir vegetando, sin que se hubieran levantado en contra del invasor, y que sólo el partido liberal, ese glorioso partido, fué el que pudo despertar de su letargo al país y hacer la oposición, con las armas, con la prensa, con sus influencias, como pudo, sin excepción.

En tal estado de cosas y cuando la situación daba lugar á que cada uno pensase con su cabeza y obrase por su cuenta, ¿se podrá fundadamente culpar á nadie de que hubiera adoptado este ó el otro extremo?

D. Miguel Miramón erró á mi juicio en aceptar el Gobierno de Maximiliano, en creerlo nacional, en haberlo servido; pero su error no es un delito, así como no lo es el engañarse, cuando no está en la posibilidad humana evitarlo. No me cansaré de repetir estos conceptos.

Y siendo, como es, cierto lo expuesto, se sigue necesariamente que no puede ser fundado el cargo de haber servido á un Gobier-

no, á quien su conciencia le dictaba que debía servir, y que el haber batallado en su defensa de seis meses á esta parte, y de no haber sido avaro de su persona en los campos de batalla, tampoco puede ser un cargo, puesto que como militar valiente y pundonoroso, no podría declinar una obligación, que era la consecuencia necesaria de sus convicciones políticas.

Los ciudadanos del Consejo abundan en buen sentido. Su conciencia, sus principios liberales, la convicción en que se encuentran de que todo mexicano está en su derecho para pensar como guste, y que no es lícito atacar la libre emisión del pensamiento, ni la libertad individual, me excusan de insistir en este punto. Creídos en la justicia de su causa y convencidos del deber de defenderla contra un injusto agresor, se lanzaron al campo de batalla, y con su sangre han puesto el sello á sus convicciones. Lo mismo ha acontecido en el bando opuesto, algunos de buena fe lo abrazaron y erróneamente lo creyeron el medio más apropiado de salvar los intereses nacionales. En tal concepto, la consecuencia para los militares era indeclinable, defender su opinión con las armas en la mano. Por tanto han errado, pero no delinquido.

He aquí el motivo por qué los autores de

derecho público defienden que es injusto que se imponga pena de muerte por delitos políticos, y he aquí el motivo por qué nuestra ilustrada y filantrópica Constitución haya elevado á ley nacional, tales principios.

En efecto, señores, para que haya crimen es necesario esencia, que se tenga conocimiento de que la acción que se hace es criminal: por falta de ese conocimiento un demente, un idiota, un niño no *delinquen* jamás. Pues bien, el partidario político carece de ese conocimiento, le falta la conciencia íntima, aquel reclamo roedor y secreto que condena su acción, cree de buena fe que defiende la religión ó los intereses nacionales, y estima de su deber morir mártir por sus creencias. ¿Será justo, señores, sacrificar á este creyente, á este fanático?

A nuestra vez todos lo somos; y por lo que á mí respecta, me irrita la sola idea de que alguien pretendiera catequizarme. Quedamos, pues, todos en nuestras opiniones, sacrificuemos nuestros resentimientos en las aras de la Patria, y cuando el pueblo mexicano sea un verdadero tolerante político, no ocurrirá á las vías de hecho, y será grande y feliz.

He cansado ya la atención del Consejo, mas no me es lícito prescindir de mis debe-

de defensor, de exponer cuanto á ello he sido conducente. Antes de concluir quiero ar algunas proposiciones, que recomiendo a justificación, conciencia y honor de los ciudadanos vocales del Consejo.

Es la primera: que la garantía que concede á los mexicanos el art. 23 de la Constitución, de no ser muertos por delitos políticos, está suspensa por ninguna de las leyes en que se han concedido facultades extraordinarias ú omnímodas al Ejecutivo. Ni el decreto de 7 de Junio de 1861, ni los cuatro que son relativos, ni ningunos otros, lo precisan así: resulta por tanto, que todo mexicano, y entre ellos D. Miguel Miramón, es garantido por ese artículo, preciosa consistencia de la civilización y de la humanidad. Es la segunda: que siendo la Constitución ley suprema, ley que ninguna otra puede modificar, derogar ó hacerla ilusoria, ella y no ella debe ser la única regla de procedimientos y justicia para los ciudadanos vocales del Consejo.

Es la tercera: que este concepto sube dentro si se advierte que no hay la más mínima constancia procesal, el cargo más insignificante ni el indicio más ligero de que D. Miguel Miramón sea traidor á la Patria, habiéndole la guerra en compañía de los extran-

jeros. Jamás se unió á los soldados franceses: en las mil batallas y encuentros en que éstos se hallaron, nunca el nombre de Miramón se juntó al de los esbirros de Napoleón, y vosotros, señores, y vuestros compañeros de armas, nunca lo habeis visto acompañando á un Bertier, á un Neigres, etc., etc., ni como subordinado, ni como superior, ni como aliado. Sobre esto apelo á la lealtad caballerosa de los soldados de la libertad.

¿Cuando comenzó á oírse el nombre de Miramón en nuestras guerras civiles? Cuando los franceses habían evacuado los países en que él figuró; cuando la última brigada al mando de Castagny había desaparecido de nuestros ojos y distaba centenares de leguas de las huestes de Miramón. De ello somos testigos los queretanos todos. Por tanto, mi defendido está ileso de toda mancha de traidor, y no se halla incurso en la excepción del artículo ya citado de nuestra carta magna.

Es la cuarta: que examinados uno á uno los cinco casos del artículo 1º, los cinco del artículo 2º, los doce del 3º, y los tres del 4º de la ley de 25 de Enero de 1862, en ninguna de estas veinticinco fracciones se encuentra comprendido D. Miguel Miramón, ya se atiende á las disposiciones de la ley aplicables á la conducta del procesado, ya á los he-

chos que se le imputan, y ya á la fecha y promulgación de la repetida ley. Quiero suponer que D. Miguel Miramón tuviese responsabilidad por haber sido unos meses Presidente de la República. Bien: esto fué años antes del de 1862, ¿podremos aplicarle la ley de ese año? Supongo que su filiación constante en el partido reaccionario fuese un delito. Ella tuvo lugar antes de que existiese la ley de 62. ¿Podrá sin efecto retroactivo aplicársele esa ley?

¿Qué, es, pues, lo que ha hecho Miramón desde que salió á luz y está vigente la ley de 25 de Enero de 1862? Respondo en dos palabras. Haber errado con las nueve décimas partes de la República, en creer legítimo el Gobierno imperial, y haber estimado de sus deberes militares el sostenerlos con las armas en la mano.

Es la quinta: que atenta la pretendida complicidad de mi cliente en la usurpación del poder público y las leyes que en ese caso tienen lugar, decliné la jurisdicción del ciudadano General en Jefe, y del presente Consejo, á su vez, para que conozcan acerca de los delitos del género dichos, atribuídos á mi defenso. Hoy mi compañero el Sr. Jáuregui, insiste con gran copia de sólidos fundamentos, en esa declinatoria, y yo por mi parte lo

segundo, puesto que lo que se pide es enteramente arreglado á justicia.

Es la sexta: que examinada la conducta del Sr. Miramón desde que tan ventajosamente comenzó á figurar en la escena política y la suerte le fué propicia en las batallas, se verá que él jamás se ha manchado con la sangre de sus hermanos. Desde sus primeras acciones hasta la sorpresa de Toluca, y desde la batalla de la Estancia de las Vacas, hasta las últimas que tuvieron lugar en los suburbios de esta Ciudad, durante el sitio, los prisioneros hechos por Miramón, han sido respetados. Ellos fueron por centenares, y en su lista se registran los nombres de Alvarez, Tápia, Degollado, Berriozábal, Govantes, etc., etc.

Preguntad á estos señores si será justo y generoso privar de la vida á su libertador. Su caballerosidad os responderá por mí.

Es la séptima, finalmente: que aunque en lo general se ha creído que el Gobierno mandó se procediese y juzgase en el proceso que nos ocupa, con arreglo á la ley de 25 de Enero de 1862, se ha incurrido en un error lamentable, que es preciso desvanecer. Sobre esto llamo especialísimamente la atención del Consejo.

El C. Ministro de Guerra dice en su nota

relativa: «se proceda á juzgar á Fernando Maximiliano de Hapsburgo y á sus llamados generales Miramón y Mejía. Bien: esta proposición es universal, absoluta, por ella solo se manda juzgar, mas no se dice con arreglo á qué ley se deba hacerlo, ni cuál ha de ser la regla del juicio final ó sentencia que se pronuncie después de haber tramitado el proceso.

Sigue diciendo el ciudadano Ministro «que esta tramitación ó procedimientos en el juicio, sea con entero arreglo á los artículos del sexto al undécimo inclusive, que son los relativos á la forma del procedimiento judicial.» Al explicarse el Gobierno con tanta claridad acerca de la sustanciación, declara aún más su primer mandato para juzgar.

Ha querido, pues, dos cosas: que se juzgue, y que el procedimiento sea conforme á la ley designada.

¿Por qué, pues, no previene cuál sea la de ese juicio, la de la sentencia? Sábiamente se hizo esa omisión. El Supremo Gobierno sabe muy bien que no son las leyes positivas las que deciden de los delitos políticos: no ignora que ellas son cuestión de derecho público é internacional, y que solo con arreglo á estos derechos, se podrán reprimir tales delitos. De ello tenemos un ejemplo en la nación vecina: allí

no faltan leyes contra los revoltosos, y sin embargo, Jefferson Davis no ha sido juzgado ni castigado hasta la fecha. Sobre lo expuesto, repito, que llamo muy particularmente la atención del Consejo y de su ilustrado asesor.

En resumen, ciudadanos del Consejo, y en atención á que el proceso de que os ocupais, carece de justificación: á que no son notorios los hechos de que se hace cargo á D. Miguel Miramón: á que la pretendida notoriedad no está probada con arreglo á derecho: á que el ciudadano Fiscal solo ha tenido presente para suponerla, su convencimiento personal: á que los cargos que se hacen á mi cliente, en su mayor parte están fuera de la jurisdicción del Consejo, si es que la tiene, porque son por hechos anteriores á la ley de 25 de Enero de 1862, que es la que debe observarse en el procedimiento: á que los posteriores á ella no pueden reputarse sino como errores de entendimiento, disculpables por sí mismos: á que no hay dato alguno, y sí hechos en contrario, de que se infiera que mi defendido no fué ni ha sido cómplice en la usurpación del poder público: á que para este delito el Consejo no es competente, según la Constitución: que ésta garantiza la vida de D. Miguel Miramón, que no ha sido traidor, interven-

cionista ni enemigo de su Patria; á que aun cuando la referida disposición de 62 fuera la regla de vuestro juicio, ella no comprende á Miramón, atentos sus hechos: á que según lo ordenado por el Gobierno, no tenéis para sentenciar más norma que el derecho público, en todo favorable á mi cliente; y á que en caso de que fuesen competentes, no tenéis prueba de ninguna especie en que fundar un fallo racional, la justificación del Consejo se ha de servir absolver á mi cliente por falta de justificación en el proceso, que legitime la sentencia, y por la inculpabilidad moral y civil del procesado.

Así os lo suplico, en términos de justicia, y así lo espero de vuestro patriotismo y probidad. Recordad, señores, que en vuestra decisión estriba el honor nacional, que la presente causa pertenece al dominio del mundo, que gravita sobre nosotros la responsabilidad que severamente os exigirá la civilización del universo y que no se salvan las naciones y las ideas con una severidad mal entendida, sino con la estricta observancia de la justicia. ¿Qué responderéis á los pueblos civilizados de Europa cuando os echen en cara que habéis fallado en un proceso, que no es proceso, y en una causa á que falta la justificación, que es de derecho natural? Se os

objetaré que vuestro fallo sería parecido á los de las tribus bárbaras de nuestros desiertos. Este sería el lenguaje europeo, y nada tendría que contestarse.

Mas no será así: en vuestros pechos late un corazón mexicano, patriota, pundonoroso. Antes que todo es México, y México no quiere que sus hijos lo deshonren.—Dije.—*A. Moreno.*

Señores Presidente y vocales.

Los defensores del Sr. Archiduque Maximiliano, en cumplimiento de los graves y delicados deberes que contrajeron al encargarse de su defensa, que les hizo la confianza de encomendarles, creyeron legal é indispensable necesario declinar la jurisdicción del Consejo de guerra, ante el que tienen el honor de hablar, y demostrar la evidente inconstitucionalidad de la ley de 25 de Enero de 1862, á cuyas prescripciones se han arreglado los procedimientos de esta causa. Ella es única en su género, no sólo en los anales judiciales de nuestra Nación y continente, y envuelve cuestiones tan graves y delicadas, tan nuevas, de derecho público, de derecho internacional, de derecho constitucional, que aun para profesores de jurisprudencia que han hecho del estudio y meditación de esta

ciencia la ocupación de toda su vida sería difícil sin un estudio profundo, concienzudo, formar sobre ella un juicio claro y seguro, hacer en la misma causa que abrazara todos los puntos que se tocaran, ó pronunciar como juezes una sentencia que decidiera cada uno de los casos, con imparcialidad, equidad y justicia. Si esas dificultades encontrarían a los jóvenes que se han envejecido en la dirección de los negocios judiciales, cuya meditación ha sido el objeto de los estudios de toda la vida, ¿cuáles no serán las dificultades que encuentren para sentenciarla, cuál la probabilidad de los errores en que aun con la mejor fe podrán incurrir al hacerlo, jóvenes que acababan de mostrar en los combates su valor marcial y sus sentimientos patrióticos, haciendo volar victoriosos en la torre la bandera de la Independencia, la República y de la Libertad, pero enteramente extraños al estudio de las ciencias morales, y cuya misma juventud y el siguiente ardor de sus pasiones los impulsaban tan para pronunciar sobre un negocio su acertada decisión exige como peculiaridades la circunspección, el seso, la calma! Era, pues, imposible que los jóvenes, sin faltar de la manera más e

sa á sus deberes, en presencia de reflexiones tan obvias y naturales que instintivamente inspira la más ligera atención sobre el negocio, dejarán de oponer la declinatoria de jurisdicción del Consejo de guerra, la que se funda no sólo en las indicaciones que se acaban de hacer, sino en las disposiciones más expresas y determinantes de la Constitución de 1857, cuya causa triunfó de una manera completa en 1860, y que todavía acaba de obtener una victoria más espléndida que aquella en el presente año de 1867.

Según ese Código, en su art. 128, con arreglo á él y á las leyes que se hubiesen dado en virtud del mismo, deben ser juzgados aquellos actos que hayan tendido á establecer ó sostener un gobierno contrario á los principios de esa carta constitucional.

Conforme á la misma en su art. 97, fracción III, á los Tribunales federales, que según los artículos 104 y 105 son, el Congreso de la Unión, cuando ejerce funciones judiciales, los juzgados de distrito, circuito, y la Suprema Corte de Justicia, corresponde conocer de las causas en que la Federación fuere parte. En ninguna es la Federación más claramente parte, en ninguna tiene un interés más grave y legítimo que en aquellas como la presente, en que se hace cargo á los acusados de

hechos dirigidos á destruir la misma
ción, á romper el lazo federativo, y
tuir en su lugar instituciones política
rias, como lo son las monárquicas. E
de la misma Constitución de 1857, pr
los términos más formales la exped
leyes privativas y el establecimient
bunales especiales; y ley privativa, ^{de}
encomienda la represión de cierta clas
litos, á una jurisdicción que no es la
ria constitucional; y tribunales especi
los militares, cuya jurisdicción solo c
el mismo artículo, para los delitos y fa
tienen exacta conexión con la disciplina mi
litar, á la que no está sujeta una persona co
mo el Sr. Archiduque Maximiliano, que no
habiendo pertenecido de antemano al ejér
cito del país, no está sujeto á las reglas y le
yes especiales que lo gobiernan.

El mismo Código Constitucional en su art.
23 declaró desde luego abolida la pena de
muerte para los delitos políticos, con la sola
excepción del de traición á la Patria en gue
rra extranjera, excepción en que no puede es
tar comprendido nuestro defendido, pues q
no habiendo nacido en México, sino en Aus
tria, los actos de que se le acusa, no puede
constituir el delito de traición á la Patri
pues se dicen cometidos en perjuicio no de

segunda, sino de la primera de esas Naciones, y aun hechos en daño de la última, tribunales mexicanos no serían competentes para castigar agravios hechos á un país alemán. Y aunque la ley de 25 de Enero de 1862 se expidió poniendo en ejercicio facultades extraordinarias que se habían otorgado en virtud de lo prevenido en el art. 29 de la Constitución de 1857, la suspensión de garantías que ese artículo autoriza en casos extremos de peligro público, por una parte, no alcanza á las garantías que aseguran la vida del hombre, clase á que pertenecen las consignadas en los artículos 13 y 93; y por otra, no deben subsistir después de pasado el peligro público, lo que ya ha sucedido gracias á las repetidas y espléndidas victorias obtenidas por los valientes ejércitos republicanos.

A pesar de las indicaciones que preceden, la declinatoria no ha sido admitida; hemos apelado de los autos que contenian esa resolución, y la apelación ha sido desechada; hemos interpuesto el recurso de denegada apelación, y aunque se nos ha mandado expedir certificado correspondiente, este no se nos entregado sino con considerable demora, y no haber extendido en la forma debida el mero que se redactó, y aun en el que se llegó á entregar, se nota la omisión de no

berse designado en él, como manda la ley término en que se debía presentar, tomarse en consideración las distancias. De ese cercado no nos ha sido posible hacer uso todavía, por no existir el tribunal que debieraocer del recurso de denegada apelación, causa de estar incompleta aún la organización política y judicial de la República, ácaude las circunstancias porque acabamos deavesar. Tampoco existen los tribunales de Federación á que habríamos debido ocup para que, en defensa de su jurisdicción institucional, reclamaran á la autoridad mir el conocimiento de esta causa. De esta nera, nuestro desgraciado defendido, que experimentado los extremos de la próspey adversa fortuna, se ha visto privado porunstancias independientes de su volun-, del uso de defensas legítimas que con mafranca le otorgaban nuestras leyes, cuyosncipios humanitarios, liberales y filantróos han hecho encomiar como ilustrados ámexicanos, á un eminente jurisconsultoericano. La breve relación que se acabaacer, y que revela que sin motivo legal seerrado reiteradamente la puerta á recursosdefensas legales, á que tenía un incontro-ible derecho nuestro desventurado defen-o, autorizaría conforme á las leyes á sus

defensores á negarse decididamente á entrar en la discusión del fondo del negocio. Todo lo que se hace por un tribunal incompetente adolece *ipso jure* de un insubsanable vicio de nulidad, desde el auto cabeza de proceso que manda abrir el procedimiento, hasta la sentencia definitiva que lo termina absolviendo ó condenando. Después de desechada la doble declinatoria que se opuso, y privado el acusado de que se revisaran los autos que decidieron esos dos artículos por el tribunal de apelación que pudiera confirmarlos ó revocarlos, los defensores podrían legítimamente negarse á debatir el fondo del negocio ante un tribunal incompetente, cuya sentencia por falta de jurisdicción deberá carecer de todo valor. Pero como esta conducta, aunque legal, podría crear una prevención desfavorable contra nuestro defendido, atribuyéndola las personas mal intencionadas ó apasionadas á falta de buenas razones para fundar que debe ser absuelto; esta consideración de conveniencia nos obliga á los defensores á prescindir de lo que sería el uso de un derecho estricto, y á presentar algunas de las numerosas observaciones que tienden á defender al acusado, no pudiendo recorrerlas todas por lo estrecho y angustiado del término en que ha sido preciso preparar y extender la defensa. Pero ni

aun esto pueden hacer sin cumplir un deber que el cargo que admitieron les impone, y es el de protestar de la manera más formal y solemne que la discusión del fondo del negocio en que van á entrar, de ningún modo importa de su parte el reconocimiento de que sea competente para juzgar al Sr. Archiduque Maximiliano, el Consejo ordinario de guerra á que tienen el honor de dirigirse en este momento, ni constitucional la ley de 25 de Enero de 1862, que, por el contrario, es profundo, concienzudo, é incontrastable el juicio que sobre ambos puntos han consignado en autos, y que, por lo mismo, dejan á salvo en toda forma y de la manera más explícita, todos los derechos que sobre ellos tiene su defendido y que lo autorizan á decir de nulidad en todo tiempo de todos y cada uno de los procedimientos y de la sentencia que se pronuncie en esta causa, reservándose hacerlos valer cómo, cuándo y dónde le convenga. Previa esta salva, que los deberes que han contraído de defensores les imponía la inexcusable obligación de formular, pasan en la hipótesis, que bajo ningún aspecto admiten, de que fuera competente el tribunal que juzga y constitucional la ley con arreglo á la cual se procede, á hacer la defensa del Sr. Archiduque Maximiliano, y á demostrar que él no puede de

ninguna manera ser condenado, y que debe ser necesaria é inevitablemente absuelto.

El primer motivo para fundarlo se toma de la naturaleza de la sumaria que se ha formado. El objeto del sumario en las causas criminales es recoger y consignar los datos que existan sobre si se ha cometido ó no cierto delito, y en el primer caso, cuál es la persona del delincuente; en una palabra, obtener las pruebas que deban servir para fundar los cargos contra el acusado; y en la sumaria que nos ocupa, en lo que menos se ha pensado es en obtener tales pruebas. Ella consta de las órdenes Supremas libradas para la formación de la causa, y su prosecución, de las declaraciones preparatorias de los acusados, los cargos que se hacen valer en su contra y de los incidentes sobre la declinatoria. Ni de la clase testimonial, ni de la clase instrumental, existe en el proceso una sola prueba con que se pueda intentar fundar uno solo de los cargos que se hacen á nuestro defendido. Nos equivocamos, sí hay un cargo de que hay prueba en la causa, á saber, el que se hace á nuestro cliente de haber declinado la jurisdicción del Tribunal incompetente que lo está juzgando en virtud de una ley anticonstitucional, como lo es la de 25 de Enero de 1862. Pero, por una parte, ese pretendido cargo no

es, pues nunca, en ninguna legislación del mundo, se ha estimado delito en un acusado emplear para su defensa los recursos que contengan las leyes, aun cuando el tribunal que juzga deba calificarlos los haya estimado inadecuados; y por otra, la prueba que de ese pretendido cargo existe en autos, no es otra que el escrito mismo en que se opuso la denegatoria. No es la inquisición la que averiguó la existencia de esa prueba, y cuidó de que quedara en autos: sino que la ha ministrado el acusado mismo, al poner en ejercicio el recurso en cuyo uso se quiere hacer constar uno de los cargos que se han hecho á este cliente. No en favor de éste, sino por honor del país y de la causa republicana, pues como defensores de aquel, somos mexicanos, republicanos y liberales, habríamos deseado que la diligencia de confesión con cargo, en una causa cuyas constancias se han debilitado en todos los idiomas por la prensa periódica del antiguo y nuevo mundo, se hubiera preparado con más meditación, circunspección, imparcialidad y detenimiento. Ya que la suerte de las armas fué adversa al Sr. Echiduque Maximiliano; ya que padece una fiebre respirando en un clima cálido los fétidos é insalubres miasmas de un cuartel, ya que sufre la horrible ansiedad y padecimien-

tos morales anexos á las terribles pruebas de un proceso político, en que se juega la honra y la vida, ¿qué más podría desear sino que los infundados cargos que se le hacen vinieran á revelar la violencia y ceguedad de las pasiones políticas bajo cuya influencia se procede en este negocio? El Sr. Fiscal, teniente coronel Azpíroz, los defensores se complacen en poder rendir este homenaje á la justicia, es una persona tan inteligente, como moderada y bien educada; sus maneras y modales son los de un caballero completo, su primitiva profesión, la de abogado, á cuyo ejercicio lo arrancaron sus sentimientos patrióticos, que lo arrastraron á defender su Patria con la espada, había creado en él hábitos que parecía debían haberlo guardado del contagio de aquellas pasiones. Sin embargo, todo el tenor de la confesión con cargos revela que no ha podido sustraerse completamente á su influencia, pues si no es bajo ella, sería inexplicable el que hubiera comprendido entre los cargos, el ejercicio de un remedio legal que no se niega á los más grandes criminales, cuando se les somete á la acción de la justicia. Repetimos, que en la triste situación en que se encuentra nuestro cliente, no puede haber para él circunstancia más favorable que la indicada, pues ella descubre que se pretende lo juzgue

la pasión y no una justificada imparcialidad. Pero si ello es así, nuestro deber como defensores, como mexicanos, como liberales, y como republicanos, perfectamente de acuerdo, nos lo ha exigido hacer las observaciones que preceden, que al mismo tiempo que desvirtúan la acusación, manifiestan que no es la Nación sensata, humana y magnánima, sino la terrible efervescencia de las pasiones consiguientes a una guerra dura, cruel, y por largo tiempo sostenida, la que desea que se use severidad con nuestro defendido.

Las obvias y naturales reflexiones que inspira uno de los cargos que se le hacen, cargo frívolo y pueril que no se debía dejar pasar sin rectificarlo, nos han distraído por un momento de lo que nos estábamos ocupando, que era la naturaleza de la sumaria que se ha formado, la que no ha cumplido con el objeto que tiene toda sumaria de recoger y dejar registradas en autos todas las pruebas que la justicia llega á obtener de que se ha cometido uno ó más delitos, de que tal ó cual persona es la que los ha cometido. Repetimos que ni testimonial, ni instrumental, existe en autos ninguna prueba de los cargos, con excepción del frívolo en que se ha querido convertir el uso legítimo de un recurso expresamente terminantemente sancionado por las leyes.

No se ha examinado un solo testigo, no se ha presentado un solo documento que tienda á probar que se han cometido los delitos de que se hace cargo al Sr. Archiduque Maximiliano, ni que éste sea el autor de los hechos en que se hacen consistir. Se tomó á nuestro defendido su declaración preparatoria, no se practicó después con relación á su persona ninguna diligencia probatoria, pues todas las que existen en autos son relativas al nombramiento de defensores, prórrogas de término, y artículos de declinatoria, y sin más trámites se procedió á hacer cargos á nuestro defendido. Con tal sumaria, era legalmente imposible hacer ningunos. Así podría haber cometido nuestro cliente los crímenes más odiosos del orden común, el asesinato alevoso y seguro, el envenenamiento y parricidio, con una sumaria tal cual se ha formado la presente, no se le podría hacer cargo de ninguno de ellos, no se le podría condenar por ninguno, debería ser necesariamente absuelto de todos, porque no existe en la causa dato alguno en que poder fundar la acusación. Parece que al Señor Fiscal no ocurrió de antemano esta dificultad; pero que tropezó precisamente con ella en el acto de recibir la confesión con cargos, pues necesitó en ella alegar lo en que fundar los cargos que hacía, y no

pudo hacer otra cosa que referir una vaga é indefinida á la nota. Pero una persona tan erudita como el Señor Fiscal, que antes de ser abogado, fué hombre de ley, y como las circunstancias de la causa lo exigen, sabe consagrarse á su profesión, no puede ignorar que para que la notoriedad pública se pruebe por los medios y con los requisitos que la ley exige, y que exponen claramente el hecho, es necesario que á la notoriedad pública se pruebe por los medios y con los requisitos que la ley exige, y que exponen claramente el hecho, sin fundar la existencia de la notoriedad pública en otra cosa que en el hecho mismo. El Señor Fiscal no tiene otro carácter que el de abogado, y es una cosa nunca vista, ni en la práctica judicial de ningún país.

Para que no se nos acusen de querer por nuestro placer una teoría que no se funda en el caso, con el único objeto de acusar al acusado, permítanos el Tribunal que citemos algunas citas entre las que podríamos hacer valer, sobre la notoriedad pública y los requisitos con que se prueba.

pública debe probarse para el efecto de que ella puede servir á su vez de prueba judicial de un hecho. Y no se extrañe que según derecho sean tantas y tan rigurosas las precauciones que se exigen para admitir á la notoriedad pública como una de las especies de prueba judicial, porque considerando filosóficamente esta materia, es fácil conocer que al admitirla, lo que se hace es introducir una excepción á un gran principio de nuestras leyes en materia de pruebas. Según nuestra legislación, el testimonio de oídas, no tiene valor ninguno. La ley 28, título 16 de la partida 3^a, al determinar cuál debe ser el origen de la ciencia del testigo acerca del hecho sobre el cual declara, exige para su valor que lo sepa por haberlo presenciado, pues si dijese saberlo por haberlo oído, la ley decide que *non cumple lo que testigua*. Según nuestras leyes, dos testigos mayores de toda excepción, presenciales, forman prueba plena. Por lo mismo, cuando se tienen dos testimonios de este género, con los cuales se prueba plena y directamente cualquier hecho, no hay que apelar á la prueba indirecta que resulta de la notoriedad pública. En consecuencia, no se ocurre á ella sino cuando se carece del testimonio directo de testigos presenciales. Por lo mismo, la admisión de la notoriedad

pública, como uno de los medios judiciales de prueba, importa reconocer una excepción al gran principio que dice, «el testimonio de oídas no es valedero:» equivale á decir, los testimonios de oídas no tienen valor ninguno; pero cuando las declaraciones de los que los dan, están concebidas en terminos que revelan que la existencia de un hecho nadie la ignora, nadie la contradice, todos la admiten como indisputable, entonces, los testimonios de oídas con esos caracteres tienen el valor que después veremos. Siendo, pues, en realidad la prueba tomada de la notoriedad pública una excepción á la regla general sobre la carencia de valor del testimonio de oídas, no es extraño que se exijan conforme á derecho tantas precauciones para que se estime probada la notoriedad pública.

Escriche, en su Dictionario de Legislación, edición de París de 1852, artículo «Fama,» dice sobre ella ó la notoriedad pública lo siguiente: «Para que la fama sirva de prueba, «se requiere: 1º, que se derive de personas «ciertas que sean graves, honestas, fidedignas «y desinteresadas, no debiendo tomarse en «consideración la que nace de personas malé-
«ficas, sospechosas ó interesadas en ella.—2º, «que se funde en causas probables, de modo
«que los testigos que depongan sobre la exi

«tencia de la fama, no solo han de manifestar las personas de quienes oyeron el asunto de que se trata, sino que deben expresar también las causas que indujeron al pueblo á creerlo.—3º, que se refiera á tiempo anterior al pleito, pues de otro modo puede presumirse que este ha dado motivo á ella.—4º, que sea uniforme, constante, perpetua é inconcusa, de modo que una fama no se destruya por otra fama; bien que en concurso de una fama buena y otra mala, siempre ha de preferirse la buena, aunque no sean tantos los testigos que depongan sobre esta como los que afirman aquella.» «La fama ó notoriedad se reputa probada con el testimonio de dos ó tres testigos graves, fidedignos y mayores de toda excepción, cuando juran que así lo siente la mayor parte del pueblo.» Ferraris en su Biblioteca jurídica, artículo «Fama,» números del 11 al 18, enseña las mismas doctrinas que se acaban de ver tomadas de Escriche. Indicaciones análogas se encuentran en el Curso del Derecho de Murillo, tít. de Probationibus 19 del lib. 2º, núm. 147, en el Febrero Mexicano de Pascua, lib. 3º, . 2º, cap. 12, núm. 107.

Pero por lo mismo que la admisión de la fama pública como medio legal de prueba es una excepción al principio consagrado por

nuestras leyes de que el testimonio de oídas no tiene valor, esa excepción no se ha admitido en derecho sino en los términos más estrechos y limitados. No hace plena prueba sino en causas civiles de corto momento, y en otros casos en que no están comprometidos graves intereses. Cuando el negocio tiene alguna gravedad, solo hace semiplena prueba, y en las causas criminales no tiene valor ninguno. Así lo enseñan los mismos autores antes citados. Las palabras de Escriche son las siguientes: «La fama, aunque esté probada, no «hace regularmente por sí misma plena prueba, porque muchas veces es falaz y engañosa, pues como dice el Derecho canónico «(*cap. «cum in multitudo 12 de purgation. can.*) *dictum unicus facile sequitur multitudo*. Tiene á «veces un hombre el capricho de decir una «cosa contra otro sin más fundamento que el «de una noticia inexacta ó el de una secreta «antipatía, cuya causa le es quizá desconocida á él mismo; los oyentes se hacen luego «un placer en reproducir su dicho en otras «partes; las especies se multiplican y van «tomando cuerpo; nace la persuasión, y se «comunica como un contagio; adóptala insensiblemente el vulgo crédulo que tan fácil es de sorprender, y he aquí formada la «fama pública que tal vez condena al inocen-

«te. ¿Qué viene, pues, á ser la fama pública?
 «Un eco que repite los sonidos y los multi-
 «plica al infinito; el eco de la voz de un hom-
 «bre que tal vez habló de chanza, que tal vez
 «quiso desacreditar á un sujeto virtuoso que
 «se oponía á sus perversos designios, ó que
 «tal vez se propuso burlarse del público. No
 «será por lo tanto la fama pública una prueba
 «suficiente para imponer una pena, porque
 «al efecto se necesitan pruebas más claras que
 «la luz, ni aun para hacer una prisión, y
 «arrastrar á un hombre al Tribunal de Justi-
 «cia: pero si existe un cuerpo de delito, será
 «motivo bastante para inquirir, y aun en ca-
 «so de haber algún indicio contra el sugeto
 «designado por la voz común, podrá proce-
 «derse contra él, por lo mucho que interesa
 «evitar que los crímenes queden sin castigo.
 «*Vera es Baldi sententia, dice Argenteo, faman*
 «*non esse per se speciem probationis, sed egere*
 «*adminiculis et substantia veri, et valere ad in-*
 «*quirendum, non ad judicandum, et circa prepa-*
 «*ratoria, non circa decisoria.*» Ferraris, en el
 mismo artículo antes indicado, números 19 y
 20, dice en términos expresos y formales lo
 ue sigue: «*Fama regulariter loquendo de per-*
 «*se non facit plenam probationem.....facit ta-*
 «*men semiplenam probationem in causis civilibus,*
 «*ecus autem in criminalibus, ubi requiruntur*

«*probationes indubitatae et luce meridiana clario-
res.*» Murillo, en el mismo lugar antes cita-
do, enseña doctrinas sustancialmente confor-
mes con las referidas, pues dice: «*Fama igi-
tur in civilibus facit plenam probationem, quan-
do res est modici prejudicii, vel quando agitur
de peccato vitando..... In criminalibus autem,
etiam legitime probata, cum in his causis ob ea-
rum gravitatem et praejudicium liquidissimae
probationes requirantur, nec semiplene probat,
nec ad torturam sufficit, sed tantum ut ad inqui-
sitionem specialem diffamati procedatur.*» Tam-
bién Febrero, en el lugar antes citado, Lib.
3º, tít. 2º, cap. 12, núm. 108, niega todo va-
lor probatorio á la fama pública en las cau-
sas criminales, y en las civiles aún le conce-
de menos fuerza que los anteriores autores,
pues se expresa en los siguientes términos:
«El efecto de la fama originado de personas
timoratas y fidedignas, es hacer regularmen-
te la semiplena probanza; bien que se deja
al arbitrio del juez el graduar el aprecio que
merezca, atendidas la cualidad de ella, las
causas, conjeturas y personas de quienes trae
su origen, la gravedad del negocio conten-
cioso, y otras circunstancias; teniendo en-
tendido que los autores están vacilantes so-
bre si la fama hace prueba semiplena aun
en las causas civiles, por ser tan falaz, si-

«guiendo fácilmente muchos el dicho de uno.
 «Como quiera que esto sea, en las causas cri-
 «minales no hace prueba, porque esta debe
 «ser clara como la luz, concluyente é indubi-
 «tada, y no se han de determinar por sospe-
 «chas.»

Por lo mismo, en virtud de las observacio-
 nes que preceden, además de que el Sr. Ar-
 chiduque Maximiliano no puede ser juzgado
 por un tribunal incompetente, ni en virtud
 de una ley anticonstitucional, aun cuando la
 jurisdicción y el procedimiento no estuvieran
 expuestos á tan graves objeciones, no se le po-
 dría condenar, sino que se le debería absolver
 indispensablemente, á causa de que la su-
 maria se ha formado de manera que no exis-
 te en ella constancia ninguna en que se pue-
 dan hacer descansar los cargos que se hacen.
 Todo lo que se alega en apoyo de ellos es va-
 go é indefinidamente la notoriedad pública,
 cuya existencia, según lo demostrado, ha-
 bría sido necesario probar, lo que ni siquie-
 ra se ha intentado. Pero aun cuando hubie-
 ra sido ella justificada, como que se trata de
 una causa criminal, en la que se exigen prue-
 bas tan claras como la luz del medio día, y la
 que según observa Febrero, apoyándose en
 la ley 12, tít. 14, de la Part. 3.^a, no puede ser
 determinada por sospechas, la notoriedad pú-

es de todo punto inadmisibles en este caso como medio de prueba, cuando ella constara de una manera

si se diga que las observaciones no serían atendibles si se procuro al derecho común; pero que la causa se sustancia con arreglo a las circunstancias, privativa, especial, y que en consecuencia, en este negocio las reglas que se aplican, propias sólo del derecho de la cual nos encontramos.

En primer lugar, por excepcional que sea la ley, ella no determina en ninguno de sus artículos, ni puede haber querido que nadie pudiera ser condenado por cargos de los que no se presenta ninguna prueba, pues la prueba que se hace valer, que es la de notoriedad pública, no probada, se reduce, en último análisis, al simple dicho de la parte acusadora. Y en segundo lugar, lejos de que en la ley de 25 de Enero de 1862 exista ningún artículo que pudiera tener una inteligencia inadmisibles, antes bien, esa ley contiene una disposición que confirma que aun en la legislación excepcional, sobre la que tenemos que discurrir, deben observarse los

principios que se han fundado con las observaciones que preceden. En el art. 6º de la ley de 25 de Enero de 1862, se previene, que luego que la autoridad militar tenga conocimiento de que se ha cometido cualquiera de los delitos que ella especifica, bien por la fama pública, por denuncia ó acusación, ó por cualquiera otro motivo, procederá á instruir la correspondiente averiguación, con arreglo á la Ordenanza general del ejército y á la ley de 15 de Septiembre de 1857. Nótese, en primer lugar, que dicha ley, al asignar la fama pública como uno de los motivos para que se proceda á formar un proceso, no le da, en materia criminal, otro valor que el mismo que le da uno de los autores antes citados, á saber: Murillo cuando dice: *Tantum sufficit ut ad inquisitionem specialem diffamati procedatur*. Se le equipara en ese artículo con la denuncia y la acusación, y así como éstas no tienen el carácter de pruebas judiciales de los cargos, sino que sólo pueden servir de motivos para proceder en virtud de ellas á formar la sumaria, así también ese es el único efecto legal que puede producir la fama pública, tratándose de una causa criminal, como lo es la presente; pero además, en el citado art. 6º de la ley de 25 de Enero de 1862, que nos vamos ocupando, no sólo se da á

la fama pública el único efecto legal de que sólo sirve de causa para inquirir, sino que previene que en las causas á que dicha ley se refiere, la averiguación deba instruirse con arreglo á la Ordenanza general del ejército y á la ley de 15 de Septiembre de 1857, que á su vez, en todos los puntos que ella no determina especialmente, se remite á las mismas Ordenanzas.

Pues bien, basta hojear el tít. 5º del tratado 8º de dichas Ordenanzas, y la parte de la obra de Juzgados militares de Colon, en que expone la doctrina contenida en dicho título y tratado, para tropezar á cada paso con disposiciones y doctrinas que manifiestan que todas las alegaciones que pueden hacerse en favor ó en contra del acusado ante un Consejo de guerra, deben necesaria y precisamente fundarse en las constancias de la sumaria. Colon, en su citada obra, tom. 3º, núm. 558, explicando el modo de tomar la confesión al reo, espresa que una de las precisas obligaciones del fiscal es no formar los cargos con cavilaciones y sofismas, apartándose de los que arrojan los autos; y al fin del mismo número explica que los cargos y reconvenciones se hacen al reo, con lo que produzcan las declaraciones que haya dado y las de los testigos. Más adelante, en el núm. 560, recomienda

fiscal, que para preparar bien la diligencia de la confesión con cargos, ha de imponerse antes muy despacio de las declaraciones de los testigos y peritos, y las que tenga dadas el reo, para hacerse cargo de lo que resulta en el proceso contra él, y formar de todo un pequeño extracto para arreglar el interrogatorio, que se ha de llevar extendido, distinguiéndose lo que está plenamente justificado de lo que no está, para hacer cargo al reo y reconvenirle. El mismo autor, en el núm. 555, hablando de la misma diligencia de confesión con cargos al reo, dice que se le recibe haciendo cargo de la culpa que contra él resulta, y se le arguye y convence con lo que se produce de autos, y también con lo que ofrecen las declaraciones, que sirven admirablemente para convencerlo, con lo mismo que tiene dicho y declarado. En el formulario de una confesión con cargos en causa de robo, que se encuentra en el mismo tom. 3.^o del tratado de Juzgados militares de Colón, haciéndose cargo al reo de que según antecedentes gastaba dinero con una mujer con quien vivía en tal parte y llevaba amistad, el autor hace la siguiente observación contenida en una anotación marginal: «Nótese, dice, que por no estar justificada la amistad que se supone tenía el reo con una mujer, se le arguye diciendo que

hay algún antecedente, y no se resulta de autos y que consta p
 Por último, el mismo autor vuel
 mismo punto en el núm. 606
 tom. 3º, en el que volviéndose á c
 referida diligencia de la confesión
 dice: «Y con lo que resulte de au
 cen los cargos y reconvenciones,
 ya hecho en su primera confesión
 algún sustancial y grave con qu
 Las doctrinas de Colon que se ac
 cer valer y que se podrían multi
 el grado que se quisiera, pues á c
 siste ese autor en el concepto que
 dando, de manera que las citas d
 mos hecho, las hemos tomado al
 habernos tomado el trabajo de el
 preferencia á otras análogas, no
 exposición doctrinal de disposicio
 contenidas en diversos artículos c
 nanza del Ejército. En el 13 del t
 tado 8º, se reconoce *que la justifica*
lito es el fundamento de todas las cau
les. En el 26 del mismo título y
 designarse la forma con que el fis
 dactar su conclusión, se expresa q
 fundarse en las informaciones, ca
 frontaciones con el acusado, y que
 se contra éste la pena impuesta p

delito de que se le acusa, cuando estuviere convencido de él, agregándose en el mismo artículo, que en caso que no esté plenamente justificado el crimen, expondrá el fiscal en su conclusión lo que sintiere, *según le dictare el conocimiento de lo que constare por el proceso*. En el art. 29 del mismo título, se impone de la manera más formal á los vocales del Consejo de guerra, la obligación de votar según su conciencia y honor, y lo que de las *informaciones se deduzca*: y aunque en el segundo período del art. 43 se les reconoce la facultad de interrogar al acusado para mejor instruirse, se pone al ejercicio de esa facultad la condición de que puedan hacerlo *arreglándose á lo que conste de la causa*. El art. 46 sólo autoriza á los vocales del Consejo á condenar cuando el acusado está convencido del delito de que se le acusa; cuando no lo está, les impone la obligación de absolverlo; y cuando la materia fuese dudosa, no habiendo bastantes pruebas para condenarle ó muchas para absolverle, les permite resolver que se tomen nuevas informaciones, expresando sobre que puntos deban recaer. Por último, el art. 55 del mismo título y tratado, que debería escribirse con letras de oro, por el noble principio de la humanidad que lo ha inspirado, expresa de la siguiente manera el santo respeto que debe te-

erse á la vida del hombre: «Para fu
oto á muerte, debe tener presente to
ue ha de haber concluyente prueba del c
l caso de no estar confeso el reo.»

Ya se atienda, pues, á los principic
islación común, ya á los especiales d
tar, con arreglo á los cuales se preter
ebe sustanciarse este proceso, es lega
nposible condenar en él al Sr. Arch
laximiliano, pues ni él ha confesado
r de los hechos de que como crimin
: hace cargo, ni se ha recogido en el s
inguna prueba de haberlos él ejecut
: ha justificado que ellos sean de noti
ública, ni aun probada ésta, ella es
lmisible en materia criminal. En con
a, puesto que el Sr. Archiduque M
ano no está convencido con las cons
e autos, como debería estarlo para po
ndenado, de haber ejecutado los hec
ie, como delitos definidos por la ley
ace cargo, conforme á las terminant
siciones contenidas en los artículos 4
: la Ordenanza militar del ejército, d
evitablemente absuelto. Pero permi
n conceder, que nos encontráramos
timo caso previsto por el primero de
tículos, á saber, en el de que fuera
juicio que se hubiera de formar, se

el acusado debería de ser condenado ó absuelto, aun en él no podría adoptarse el primero de esos extremos, sino que conforme al art. 46 del tít. 5º del tratado 8º de las Ordenanzas del ejército, lo que debería hacerse sería que se tomaran nuevas informaciones, lo que en el caso equivaldría á formar enteramente de nuevo la sumaria. Pero no nos encontramos en este caso, porque el que se califica de dudoso en dicho art. 46, es el en que habiendo pruebas de cargo y descargo, la concurrencia de éstas y su recíproca contradicción, dejan el ánimo en estado de vacilacion y de duda, y el en que nos encontramos es el de no existir en la sumaria constancias algunas que justifiquen los cargos, falta de pruebas, y no contradicción entre ellas, que coloca el ánimo, no en estado de duda, sino en el de deber calificar que el acusado no está convencido de haber cometido el delito de que se le hace cargo, debiéndose, en consecuencia, absolverlo y mandarlo poner en libertad, conforme á lo prevenido en el segundo caso previsto por el repetido art. 46.

Y no se diga que sí existe en la sumaria prueba de los cargos hechos á nuestro defendido, á saber, la confesión tácita, ficta ó preunta, que resulta del hecho de haberse rehusado á contestar á las interpelaciones que le

ha hecho la autoridad judicial en el proceso, ya al tomarle su declaración preparatoria, ya al recibirle su confesión con cargos, porque esta observación tiene diversas respuestas, todas decisivas y que no admiten réplica. Es la primera, que aun suponiendo, y después veremos que esto no es exacto, que la confesión tácita, ficta y presunta, que se toma del silencio, debiera tener los mismos efectos que la expresa, que consiste en reconocer en términos explícitos un hecho, el de guardar silencio sólo importa confesión, cuando eso se hace caprichosamente y sin motivo, y no cuando uno, con razón, se niega á contestar por alguna causa legal y fundada. Y en el presente caso, no puede ser más justa, legal y fundada la causa porque nuestro defendido se negó á contestar, á saber, la de ser incompetente el Tribunal á que se le quería juzgar, y la de ser inconstitucional la ley porque se le quería someter. En tales circunstancias, como antes se ha demostrado, aun los mismos defensores habríamos tenido el derecho, sin faltar á nuestros deberes, de abstenernos de hablar. Por principios de conveniencia, y no porque careciéramos de facultad legítima para ello, nos hemos abstenido de usar de tal derecho. Con mayor razón lo ha tenido el acusado mismo, sobre cuya conducta se podr

formar el juicio de que tal vez no fué conveniente; pero de ninguna manera que no estuviera autorizada por las leyes. Todo el valor de la confesión tácita, ficta ó presunta, se toma de que negarse á responder constituye un acto de rebeldía, de contumacia, de desobediencia á la autoridad. Por lo mismo, en todos aquellos casos en que un acusado tiene motivos prudentes y legítimos para no creerse obligado á contestar, los caracteres de rebeldía, de contumacia y desobediencia á la autoridad desaparecen completamente; y el silencio en tal caso deja de poder ser calificado de confesión tácita, ficta ó presunta. Pero en segundo lugar, como antes anunciamos, no es cierto que ella tenga los mismos efectos legales que la confesión expresa. Esta, á saber, aquella en que en términos explícitos, se reconoce la existencia de un hecho propio, no solo constituye una prueba plena de él, sino que según el proloquio jurídico releva de cualquiera otra. La confesión tácita, ficta ó presunta que se toma de la rebeldía en contestar, está muy distante de tener la misma fuerza probatoria. Para demostrarlo, sería muy fácil multiplicar las autoridades, pues son innumerables los escritores de ciencia del derecho que se ocupan de la confesión, de sus diversas especies, de sus

caracteres y de su fuerza legal por premura del tiempo con que nos gados á despachar, lo angustiado no concedido á la defensa, nos o lo hacer valer en este punto á n mental, á saber, Escriche; pero mismo que lo es, expone en la ma trina corriente y de todos reconoc Diccionario de Legislación, al fin lo que tiene por rubro el verbo «C lo siguiente: «Mas si la confesión «verdadera no tiene fuerza contra «en cuanto va apoyada de otras «puede su silencio surtir efectos de «cendencia; y aun la justicia exij «de sacar inducciones del silencio «sado, le haga el juez las preven «tunas para que conozca los ries «expone su conducta, teniendo «sente que nadie está obligado á «mismo, y que no es el reo confeso «victo, el que debe ser condenado último, hay todavía otra cosa mé si en materia civil la negativa i constituye la confesión tácita, en minal solo la constituye la fuga é ción en ciertos casos y con cierta nes. Así lo enseñan los autores á sume Escriche perfectamente y co

en el siguiente párrafo que se encuentra en el Diccionario de Legislación, en el artículo que consagra á la «Confesión expresa y tácita.» «El que se negare á prestar la confesión «que jurídicamente se le exige, ó no quisiere «responder, ó no respondiere en su caso sino «de un modo equívoco ú obscuro, ó después «de contestado el pleito lo abandonare, y el «que estando acusado de algún crimen huyese de la cárcel ó transigiere con el acusador, «en ciertos casos y en ciertas circunstancias, «se entiende que confiesan tácitamente los hechos sobre que se les pregunta ó de que se les acusa; más esta confesión, tácita ó ficta, «no priva al supuesto confesante del derecho «de ser oído y de probar su razón ó su inocencia, en caso de presentarse, pues no produce otro efecto que el de imponerle la obligación de probar que antes correspondía á la «parte contraria.» En esta doctrina se encuentran dos cosas notables; primera, la ya notada de que en materia criminal no es la negativa á responder sino la fuga de la prisión ó la transacción con el acusador en ciertos casos y con ciertas condiciones, lo que constituye la confesión tácita, ficta ó presunta; y segunda, que esta no produce otro efecto que el de imponer al supuesto confesante la obligación de probar, que antes no tuviera;

como en el presente caso nuestro c
o y nosotros hemos estado en disposi
robar que no son ciertos los cargos q
acen, á pesar de que por carecer ellos
ficación en la sumaria, estábamos a
os á limitarnos á negarlos; y por e
ara hacerlo, pedimos que el negoci
biera á prueba, lo que nos fué dei
or nuestra parte hemos estado pronto
lir la obligación que resulta de la s
onfesión tácita, ficta ó presunta, y
emos llenado, ha sido porque la mis
ridad nos ha denegado los medios d
e, es decir, por circunstancias ext
uestra voluntad, y por un impedime
os ha opuesto una fuerza que no ha
n nuestra mano vencer.

Pero ya que se ha permitido el a
úblico, cuya causa no es más, sin
ien, menos favorable que la del a
currir para fundar los cargos, á falta d
ncias que no están en la sumaria,
xtrajudiciales que no aparecen en el
es esta pretendida, vaga é indefinid
edad pública, cuya existencia no se h
cado en las actuaciones, y que aun p
e nada aprovecharía á la parte acu
cito debe de ser á la defensa usar, pa
star á los cargos, de medios de la mis

se de los que se han usado para intentar fundarla; más antes debemos exponer que á las doctrinas poco ha alegadas para demostrar que el fiscal no puede apoyar los cargos, sino en las constancias de la sumaria, y que obrar de otra manera es contrario á derecho, hay que agregar la siguiente de Colón, que suplicamos muy encarecidamente á los CC. Presidentes y Vocales del Consejo, se sirvan tener presente al fallar este gravísimo negocio. Dice ese autor en el núm. 178, pág. 118 del tom. 3.^o de su tratado de Juzgados militares. «Las leyes, para aplicar las penas merecidas, «piden en la consumación de los delitos la justificación de ellos, con tal precisión, que puede muy bien suceder, que un verdadero homicida, á quien por descuido no se hubiese «probado en la causa el cuerpo del delito, sin «testigos presenciales ni indicios que lo acriminen, le dan tal vez por libre, porque la «sentencia ha de ceñirse precisamente á lo que «conste probado en el proceso, y no á lo que «extrajudicialmente se sepa.» Pero puesto que el señor fiscal se ha permitido ir á buscar armas para atacar al acusado fuera del arsenal de la sumaria, repetimos que debe ser lícito á nosotros tomarlas, donde él las busca, para defender á nuestro cliente.

Usurpador del poder público, enemigo de la independencia y seguridad de la Nación, perturbador del orden y la paz pública, conculcador del derecho de gentes y de las garantías individuales, tales son, en compendio, los principales cargos que se hacen al Sr. Archiduque Maximiliano. Pero esas frases sonoras y retumbantes, que bastan para adornar un discurso en un club, ó para llenar unas cuantas columnas de un periódico, distan mucho de ser suficientes para hacer descansar el ánimo de un tribunal al pronunciar un fallo que va á decidir de la muerte ó de la vida de un individuo de nuestra especie. Fundamentos legales, sólidos, robustos, y no vanas y huecas declamaciones, son los únicos que en tal caso pueden tranquilizar el espíritu de funcionarios públicos llamados á pronunciar sobre una pena de consecuencias irreparables, cual lo es la capital. Examinemos, pues, más de cerca, é imparcialmente los cargos que se hacen á nuestro defendido, y fácilmente comprenderemos que es aplicable á ellos, lo que respecto de ciertas obras pomposas literarias dice un eminente poeta español:

«Mas la razón se acerca y con desprecio
Ve el bulto informe entre el ropaje vanc

Es cierto que la rebelión de una aldea, de una ciudad, de una provincia, de una pequeña minoría de una nación contra las instituciones adoptadas por el país, es un crimen grave que debe ser castigado, aunque después examinaremos si con la pena de muerte ó con otra; pero entre el caso de rebelión, es decir, del levantamiento de unos cuantos contra la inmensa mayoría de una nación y el de una verdadera guerra civil, el de un riguroso cisma social en que casi por partes iguales una sociedad se divide, deseando una porción de ella ir por nuevos caminos, y deseando la otra no separarse de los ya trillados y conocidos, hay una enorme distancia; esos dos estados sociales son enteramente diversos, y también son enteramente diferentes las reglas legales aplicables al uno y al otro. Cuando lo que se presenta en una nación, en una sociedad, es el estado de rigurosa rebelión, es decir, el alzamiento de una minoría insignificante contra la mayoría, aquélla, necesaria é indefectiblemente sucumbe, y esta tiene el derecho de castigarla, porque ha cometido el crimen de perturbar la paz pública sin motivo legal que la autorizara á hacerlo. Pero á veces las sociedades, sobre todo las regidas por instituciones populares, suelen verse en otro estado; y es el de que dividiéndose ca-

si por partes iguales, una porción quiere una cosa y otra pretende la contraria. Cuando una minoría respectivamente pequeña, se opone á lo decidido por la mayoría, aquélla tiene el deber de resignarse y someterse, porque esta es la ley de las asociaciones todas, á saber, el que la minoría tenga que someterse á la mayoría en todo aquello que no altere la constitución de la sociedad. Pero cuando hay una verdadera y rigurosa división entre sus individuos, cuando la fuerza de ambas secciones en que una nación se divide casi se equilibra, cuando ambas secciones toman sumo calor é interés en los puntos que las dividen, cuando ninguna de ellas se presta á hacer concesiones á la otra, entonces tal conflicto, lo mismo que si él se hubiera presentado entre naciones soberanas é independientes, no puede decidirse de otra manera que recurriendo á las armas. Para decidir las cuestiones internacionales sin apelar al desastroso y sangriento recurso de las armas, para procurar hacer desaparecer la guerra entre naciones, siglo tras siglo han aparecido publicistas filósofos y humanitarios que han formado diversos sistemas con ese objeto, que hasta hoy han quedado ineficaces y estériles de manera que en el estado que hoy guarda la ciencia política, el problema de una r

perpetua entre las naciones, se presenta tan insoluble en la ciencia del derecho de gentes, como lo es en la ciencia matemática el de la cuadratura del círculo. Un vacío análogo al que acabamos de notar en el derecho de gentes, se encuentra en el derecho constitucional. Hasta ahora ningún pueblo ha podido en su constitución dar solución al problema de terminar de una manera pacífica esos cismas sociales, que á veces se presentan en las naciones, y que cuando llegan á aparecer, no se deciden de otra manera que echando mano á la espada. Cuando la guerra civil llega á estallar en un pueblo, ella termina por los mismos medios que las internacionales. Unas veces los partidos, después de cansados de destrozarse, terminan su lucha por medio de un arreglo, como cuando dos naciones beligerantes ponen fin á la guerra por medio de un tratado. Otras, á la larga, un partido llega á sobreponerse á otro, y á vencer y á subyugar á su contrario. De ese género fueron las guerras religiosas que se presentaron en varias naciones del centro y Norte de Europa, á consecuencia de la llamada Reforma religiosa, comenzada á predicar por Lutero en Wirttemberg. Del mismo género son las guerras de carácter político que desde fines del siglo pasado han agitado, siguen y continua-

rán agitando hasta que las sociedades tomen su asiento, á las naciones de E América, y en que luchan las naciones por la libertad y progreso, diseminando el mundo por la filosofía moderna, destruyendo los fundamentos del entendimiento humano, destruyendo las tradiciones, hoy sin razón de existencia. Cuando uno de esos grandes cisnes se presenta en una nación, y cuando los partidos beligerantes logra sobrepasar al otro, el partido victorioso puede abusar hasta donde quiera de su triunfo, pero que el ejercicio de la fuerza no permitido, sino por el uso de una fuerza que en el supuesto ha sido corrompida y subyugada. Pero hay una distancia inmensa entre lo que se hace y lo que debe hacerse, entre el hecho y el derecho. El partido vencedor, arrastrado por las pasiones del momento y por los instintos de venganza que siempre despierta una lucha prolongada y sangrienta, puede abusar hasta donde quiera de su victoria; pero la historia y el derecho, que no participan de las mismas pasiones miran al través de otro prisma que el de lo contemporáneo. Esas ejecuciones sangrientas las marcan con un sello de una reprobación severa, y las califican de inútiles é in-

justificables. Cuando el Gobierno de Carlos V, después de haber vencido á las comunidades, después de haberse pronunciado contra estas la fuerza de las armas, hizo morir en un cadalso al caudillo de Villalar, la historia ha estado muy lejos de ver ese suplicio del mismo punto de vista que lo consideraron los que decretaron su ejecución, y con su buril de fuego lo ha dejado consignado en los anales del género humano como un acto de inútil barbarie, como un lujo de ostentosa tiranía. Cuando el partido popular de París, después de haber vencido á Luis XVI el 10 de Agosto, con un simulacro irrisorio de juicio le hizo cortar la cabeza, la opinión imparcial de todo el mundo, aun en los países republicanos, ha estado muy distante de aprobar ese acto, á pesar de que una terrible coalición europea amenazaba á la Francia por el litoral y por todas las fronteras, y que para nadie es un secreto que Luis XVI, había llamado en su auxilio á los extranjeros, y ansiaba por ver llegar el momento en que viera desfilas sus tropas por las calles de París. Sin embargo, la imparcial historia ha fallado, sin apelación, que en tales circunstancias la nación francesa tenía el derecho de privar á Luis XVI del ejercicio del poder real, porque no había confiar la dirección de la guerra á muer-

te con la coalición, al que era en secreto aliado de ésta; pero ha desconocido el derecho que hubiera para privarlo de la vida. Más tarde, cerca de cuarenta años después, en el de 1830, el partido popular francés obtuvo un nuevo triunfo sobre el poder real, y venció á Carlos X en la misma ciudad que había presenciado la victoria del 10 de Agosto; pero las ideas de derecho y los verdaderos principios políticos que deben arreglar la guerra civil, se habían hecho lugar al través de medio siglo de discusiones; y la vida de Carlos X fué respetada, y fué á terminarla tranquilamente en tierra extranjera. Diez y ocho años después, el rey republicano de las barricadas de 1830, fué vencido á su turno, y su suerte fué la de su inmediato predecesor, y no la del monarca de la época en que gobernaba la guillotina. O la historia es una ciencia de pura curiosidad, vana y estéril, ó los ejemplos que contiene quedan consignados en sus inmortales páginas para ser imitados los unos y evitados los otros. ¿Y quién sería el que no prefiriese imitar los ejemplos que nos ofrece la historia de la Francia del siglo XIX, más bien que los de la Francia, de la época llamada antonomásticamente del Terror, en que se había enseñoreado del territorio franc

convirtiéndolo en un lúgubre y vasto cementerio?

Entre las guerras civiles más memorables en los anales del género humano, es muy digna de notarse, por ser la Inglaterra la fundadora de las instituciones constitucionales modernas, la larga lucha de medio siglo entre el partido popular inglés y la casa de los Estuardos. Uno de los incidentes más interesantes de esa guerra civil, es el proceso y ejecución de Carlos I, después de haber sido vencido y hecho prisionero por sus adversarios políticos. Veamos, pues, cómo juzgan ese suceso historiadores modernos ingleses, pertenecientes, no al partido tory, sino al partido whig ó liberal, es decir, á la misma comunión política que hace dos siglos tomó sobre sí la responsabilidad de decretar la ejecución de Carlos I. Y nótese que en todos los pueblos regidos por instituciones libres, los dos partidos que luchan por dirigir á la sociedad, el de lo pasado y el del porvenir, el inclinado á no alterar nada, y el decidido á innovar, que en diferentes países y tiempos tienen diversas denominaciones, y que hoy se llaman entre nosotros *conservador* y *liberal*, van sufriendo con el tiempo esta modificación: el enemigo de las innovaciones va resignándose poco á poco con algunas de las

echas, y por lo mismo cada día se hace menos retrógrado; el partidario de ellas cada día emanda nuevas, que en su concepto exigen nuevas necesidades, cada día es más avanzado en sus ideas, de manera que ambos partidos conservan la misma separación y la misma posición relativa. Si el hombre más progresista de hace dos siglos fuera puesto con todas sus ideas en una de nuestras sociedades actuales, nos parecería más ignorante y retrógrado que una de las ancianas más atrasadas de nuestros tiempos. Por lo mismo, los historiadores ingleses liberales del presente siglo, cuyo juicio sobre el proceso y ejecución de Carlos I, vamos á presentar á nuestros jueces, son infinitamente más liberales que sus irreligionarios de hace dos siglos, que tomaron parte en ese acto cruel. Pues bien, Mr. Hallam, en su Historia Constitucional de Inglaterra, reprueba en estos términos severos y precisos, la ejecución de Carlos I: «Los venidos deben ser juzgados por las reglas de la ley internacional y no de la positiva. Por lo mismo, si Carlos, después de haber sofocado toda oposición por una serie de victorias por el abandono del pueblo, hubiera abusado de su triunfo ejecutando á Essex ó Hampden, Fairfax ó Cromwel, creo que los siglos superiores habrían desaprobado su

«muertes, tan positiva, si no tan vehemente-
 «mente como la suya.» Macaulay, el más
 grande de los escritores ingleses del presente
 siglo, en el Ensayo crítico consagrado á ex-
 presar su juicio sobre la Historia Constitucio-
 nal de Inglaterra de Hallam, se ocupa del
 proceso y ejecución de Carlos I, funda larga-
 mente contra la opinión del partido tory in-
 glés, que constitucionalmente Carlos I, por
 haber infringido las leyes, pudo ser procesa-
 do y ejecutado: pero considerando ese suceso
 bajo el aspecto de haber sido Carlos I venci-
 do y hecho prisionero en una guerra civil, se
 adhiere enteramente en ese punto á la opi-
 nión de Hallam, diciendo: «Mr. Hallam con-
 «dena decididamente la ejecución de Carlos,
 «y en todo lo que dice sobre este punto, no-
 «sotros cordialmente convenimos. Pensamos
 «como él, que un gran cisma social, como es
 «la guerra civil, no debe confundirse con una
 «traición ordinaria, y que los vencidos deben
 «ser tratados conforme á las reglas, no del de-
 «recho positivo, sino del derecho internacio-
 «nal.» Es, pues, una cosa que no se puede
 poner en disputa en el presente siglo, que en
 el caso de una guerra civil los vencedores no
 tienen el derecho de quitar la vida á los ven-
 cidos; y por lo mismo, solo queda por exa-
 minar, si la lucha en que ha sucumbido el

Sr. Archiduque Maximiliano tiene los caracteres de una guerra civil ó de una simple rebelión.

La intervención francesa y los conatos hechos para establecer á su sombra un imperio, sosteniendo el cual fué hecho prisionero nuestro defendido, son los últimos esfuerzos hechos por el partido enemigo de las innovaciones sociales, contenidas en las leyes llamadas de Reforma, para oponerse al establecimiento y consolidación de esas innovaciones. ¿Y puede siquiera ponerse en cuestión que ha sido una verdadera guerra civil la lucha que se ha prolongado desde hace diez años entre el partido liberal, resuelto á establecerlas y consolidarlas, y el partido conservador, no menos decidido á impedir su establecimiento y consolidación? La división de opiniones de que esa lucha no es sino un síntoma, ha penetrado profundamente en todos los Estados, en todas las clases, en el seno mismo de las familias; con frecuencia se ha visto al padre combatir en las filas de un bando y al hijo en el contrario; y en los sitiados y sitiadores de esta ciudad se han visto casos de esa clase, habiendo dado uno de ellos ocasión, en el acto de la toma de esta ciudad, á uno de los más nobles, bellos y patéticos ejemplos de piedad filial. Ciudades, Estados enteros

están marcados entre nosotros por lo decidido de sus opiniones en uno ú otro sentido. Ni es de extrañarse tal fenómeno. El espíritu de innovación entra y se propaga lentamente en las sociedades. Nace al principio en la cabeza de un pensador profundo y atrevido, á quien la ciega multitud comienza llamando iluso, soñador, hace poco á poco prosélitos, y solo con el tiempo llega esa idea, cuyo germen apareció solitario y aislado en la cabeza de un novador osado, á brotar, desarrollarse, robustecerse y echar raíces en el seno de la sociedad. Mientras más grandes y radicales son las innovaciones que se intentan introducir, es más decidida y general la resistencia que se encuentra contra ellas en esa masa numerosa de la sociedad, contenta con continuar viviendo como siempre ha vivido, y difícilmente puede encontrarse un conjunto más completo y radical de innovaciones, que las contenidas en la ley de 25 de Junio de 1856, Constitución de 1857 y leyes de 12 y 13 de Julio de 1859. El recuerdo de lo que pasó en la discusión de un sólo artículo de la Constitución de 1857, bastará para hacernos formar juicio, si es ó no una verdadera guerra civil esta lucha de diez años, más terrible y sangrienta que la que tuvieron que sostener nuestros heroicos padres para eman-

ciparnos de la antigua metrópoli. Se discutía en el congreso que formó la Constitución de 1857 una sola de esas innovaciones, á saber, la independencia de la Iglesia y del Estado, y la consiguiente tolerancia de cultos. Uno de los oradores que se opuso á esa reforma fué, no una persona fanática y supersticiosa, no un hombre de estado de ideas atrasadas, sino antes bien, muy avanzado en sus opiniones, el C. Juan Antonio de la Fuente, después ministro constitucional en 1863, y uno de los patriotas más firmemente decididos por la causa nacional, liberal y republicana. ¿Y por qué se opuso á esa reforma? ¿Fué acaso porque ella chocara con sus ideas y principios? De ninguna manera; sino porque estimaba que ella chocaba con las ideas y preocupaciones de la mayoría de la nación; porque creía que esta no estaba preparada para recibirla, y porque temía que por esto provocara resistencias, que encendieran una larga y sangrienta guerra civil. Tal vez nunca se ha realizado una profecía política de una manera tan completa y literal, como las contenidas en el discuso del Sr. Fuente á que nos vamos refiriendo. Si hubiera sido posible presentar en conjunto y á la vista de los autores de las leyes de Reforma los miles de campos de batalla en que durante diez año

ha sido necesario que corra á torrentes la sangre mexicana, para llegar á consolidar las innovaciones introducidas por ella, tal vez se habrían abstenido de firmarlas, tal vez habrían creído prudente reservarlas para una época en que los progresos de las luces hubieran preparado más á la Nación para recibirlas; tal vez habrían estimado demasiado caro el precio que de la fortuna pública y en vidas humanas ha sido forzoso pagar para establecerlas. Pero como hombres, no les fué dado rasgar el velo del porvenir, decretaron las reformas, estas provocaron la resistencia, la guerra civil se encendió, los enemigos de aquellas han sido vencidos, la suerte de las armas ha pronunciado contra ellos; pero no ha dado el derecho de sacrificarlos después de la victoria. Si los liberales no queremos desfigurar la verdad, con la mano en el corazón debemos reconocer que cuando se inició la Reforma, el partido favorable á ella era numéricamente inferior á su contrario. Su inteligencia, su valor, su energía, el tener de su lado la razón, la justicia y la conveniencia pública, lo han hecho triunfar contra todas las probabilidades humanas. Pero esas nobles cualidades que lo han hecho sobreponerse á sus adversarios y que le han dado la victoria, le imponen el deber de mostrar des-

pués de ella toda su superioridad moral sobre sus enemigos, dando un grande é inmortal ejemplo de magnanimidad y clemencia.

Pero consideremos el negocio bajo otro aspecto, y analicemos más directamente los cargos que se hacen á nuestro defendido. El fundamento de todos ellos es la usurpación del poder público. Todos los demás cargos no son sino la reproducción del mismo hecho presentado bajo diversos aspectos ó la enumeración de algunas de sus consecuencias, una vez admitido. Que nuestro defendido ejerció el poder público Supremo en los lugares en que llegó á dominar, es un hecho que no desconocemos, á pesar de que no consta probado en la sumaria, como debería estarlo para poder fundar en él una acusación, según antes se ha demostrado. Pero en todo delito hay dos elementos: 1º, el hecho material prohibido por la ley; 2º, la intención dolosa y fraudulenta ó criminal, que ha movido al autor del hecho. Por ejemplo: en el homicidio, para que haya ese delito, se necesita el hecho material de que un hombre haya sido privado violentamente de la vida; se necesita, además, el elemento moral de que en el que se le ha quitado, haya habido la intención maligna, fraudulenta y criminal, de privarlo de ella intencionalmente y con menos.

precio de la ley que lo prohíbe. Si el que ha dado muerte á otro lo ha hecho accidentalmente en medio de la demencia ó del sueño, ó en propia, rigurosa y legítima defensa, hay el hecho físico de un homicidio, pero no el delito que tiene esa denominación; existe su elemento material, pero no su elemento moral, que consiste todo en la intención. Estos principios son comunes á todos los delitos, en todos ellos hay un elemento material que consiste en la existencia del hecho previsto y prohibido por la ley, y un elemento moral que consiste en la intención. Cuando esta ó falta absolutamente, ó la que se ha tenido está justificada por la misma ley, no hay delito, porque aunque existe solamente el elemento material, falta el elemento moral, que es el más esencial para ser imputable una acción. Por lo mismo, cuando se trata de una persona acusada de un delito, hay que examinar tres puntos: 1º, si ha sucedido un hecho prohibido por la ley: 2º, si ese hecho ha sido ejecutado por el acusado; y 3º, cuál ha sido la intención de este al ejecutarlo.

Aplicando estos principios al presente caso, determinemos en qué consiste el elemento material y el elemento moral del delito de usurpación del poder público. Su elemento material consiste en el ejercicio del mismo poder.

Su elemento moral en el conocimiento que tiene el que lo ejerce de haberlo ocupado de propia autoridad, ó de haberlo recibido de quien se sabe que no tiene derecho de transmitirlo. Por lo mismo, cuando se ha ejercido un poder público sin haberlo ocupado de propia autoridad, sino recibéndolo de quien, si se quiere errónea ó equivocadamente, se ha creído que tenía facultad de darlo, no existe el delito de usurpación del poder público, porque no existe su elemento moral. Y es la cosa más fácil de demostrar, que tales son las circunstancias del caso en que se ha hallado el Sr. Archiduque Maximiliano. En Junio de 1863 se reunió en la ciudad de México una junta de personas llamadas «notables» que proclamó la monarquía y nombró Emperador á Maximiliano. Tal modo de proceder no carecía de ejemplos en la historia constitucional de nuestro país. Una junta de notables había formado la Constitución de 1843, conocida con el nombre de Bases Orgánicas, que es de nuestras Constituciones anteriores á la de 1857 la que había definido y asegurado mejor los derechos y garantías del hombre y del ciudadano, y bajo cuyo imperio y proclamándola como bandera se verificó uno de los movimientos más nacionales y populares que ha habido en nuestro país, á saber, la revolución c

6 de Diciembre, que derrocó una de las varias funestas y desastrosas dictaduras de D. Antonio López de Santa-Anna. Otra junta de notables nombró en Cuernavaca en 1855 presidente de la República á uno de los patriarcas de nuestra Independencia, al benemérito C. Juan Alvarez, que nunca ha desmentido sus brillantes antecedentes y que ha sido siempre firme y decidido defensor del partido republicano, de los principios populares, de la causa nacional. Nuestro defendido, pues, aun cuando hubiera cometido la imprudencia de aceptar la corona que se le ofrecía por sólo el voto de la junta de notables, habría tenido para salvar su buena fé, sobre todo siendo extranjero, y habiendo nacido á más de dos mil leguas de distancia de nuestro país, esos dos ejemplos de una Constitución formada y un presidente nombrado por juntas de notables, cuyo nombramiento no había tenido origen popular, además de otros casos análogos que ofrece nuestra historia, que conocen perfectamente los señores individuos del consejo á quienes tenemos el honor de dirigirnos y que omitimos en obsequio de la brevedad. Pero nuestro defendido quiso mostrar tal respeto á la voluntad de la nación, que estimando el voto de la junta de notables sólo como la expresión de la opinión personal de los individuos

que la formaban, rehusó aceptar la corona sólo ese voto, y protestó que sólo lo aceptaría cuando la nación lo hubiera confirmado. Como consecuencia, los agentes del partido republicano procuraron y obtuvieron que las municipalidades lo ratificaran, y sólo en virtud de nuestro defendido, previa la consulta a los legisladores europeos, que fueron de acuerdo en que las actas de las municipalidades expresaban la voluntad nacional, se le permitió aceptar la corona que se le ofrecía. No debe olvidarse que el acusado es extranjero, nacido lejos de nuestro país, que no conocía nuestras costumbres ni nuestra historia, que, por lo mismo, pudo ser fácilmente inducido en error por las personas que se le tomó a su cargo hacerle creer que la opinión mexicana lo deseaba por su monarquía. Aunque obtenidos los votos de las municipalidades por la presión que ejercía en ellas el ejército invasor francés, las personas encargadas de seducir á nuestro cliente, extranjero y no conociéndonos, fácilmente hicieron creer que el voto de las municipalidades era la expresión de la voluntad espontánea y libre, sobre todo, cuando fué la opinión que formaron sobre esos asuntos los hombres de ley europeos que de ellos fueron consultados.

Los hechos que se acaban de referir y que nadie ignora, prueban de la manera más evidente que si bien existe en el caso el elemento material del delito de usurpación del poder público, falta completamente el elemento moral ó el conocimiento de que se lo hubiera transmitido quien no tuviera facultad para darlo, pues, aunque con error ó equivocación, creyó y debió creer que su nombramiento emanaba de la nación, y si esto hubiera sido cierto, no hubiera podido tener su poder un origen más legítimo. Y si nuestro defendido entendió y pudo entender de buena fe que la nación lo llamaba al trono de México por los hechos que precedieron á su venida, esa creencia no pudo menos que confirmarse con los que siguieron después de su llegada á ella. Vino al país sin tropas, sólo con su familia y algunos amigos personales, y en la capital y en las ciudades por donde atravesó, y en los campos, se le hicieron festejos y demostraciones de regocijo que aun un mexicano, y mucho más un extranjero, pudo tomar por expresiones de la voluntad pública. Las mismas festividades y demostraciones se repitieron cuando más tarde visitó algunas ciudades del país, y cuando después su señora hizo el viaje de ida y vuelta á Icatán; varias personas conocidas hasta en-

tonces por sus opiniones republi-
tre ellas, el mismo general en jefe
los cuerpos del ejército de la Repu-
blicanocieron el Imperio, se adhirió
prestaron á servirlo. Se necesitaba
la dosis de amor propio que todo
ne, y estar dotado de una pers-
que humana, para poder discernir
tos que lo llamaban á regir á Mé-
las demostraciones de alegría que
á su llegada y que después se re-
vez que se presentaba por primer
gún lugar, en hechos que tanto co-
garlo, las simples maniobras de
la pura presión del ejército inva-
ro. Un adversario de la monarquía
sona imparcial podía ver eso con
ronose puede exigir que juzgara de
con la impasibilidad de la historia-
na á quien tan de cerca tocaban
afectaban de una manera tan dire-
de, pues, probarse que el Sr. Arce
ximiliano ha ejercido en México
premo con la convicción de que
se lo había dado, y antes bien
contrario sus palabras, sus actos
ta toda. Y lo extraño es, no que
de los notables y de las municipa-
rentemente general, libre y esp-

creyera nuestro cliente llamado por la nación mexicana á regirla, sino que un individuo de la casa de Austria, reconociera en principio como origen legítimo del poder público la soberanía del pueblo, abdicando la teoría del derecho divino que por tanto tiempo fué patrimonial en su casa. Este es el verdadero fenómeno político que presentan los sucesos á que nos vamos refiriendo y que manifiestan los reales y verdaderos progresos que han hecho en nuestro siglo los verdaderos principios. Ni se diga que el concepto de buena fe de haber sido llamado por la nación debió destruirlo el conocimiento que tuvo el Sr. Archiduque Maximiliano, de que numerosas personas á quienes intentó traer á su lado eran enemigos de la monarquía y firmes partidarios de las antiguas instituciones republicanas, porque no hay actualmente en el mundo ningún gobierno, por legítimo que sea y por firme que fuere la conciencia de sus derechos, que ignore que con la mayoría que lo apoya, existe una minoría que le es hostil. Ni se diga tampoco que ese concepto de buena fe debió acabar desde el momento en que, retirado del ejército francés, los de la República ocuparon el país entero, quedando reducido el Imperio á la península de Yucatán, y á las ciudades de Veracruz, Puebla, México y Que-

rétaro. Señores, cuando un gobierno con error ó sin él, tiene la conciencia de su legitimidad, esa convicción no desaparece ante los reveses militares. Cuando la nacionalidad española, á consecuencia de la invasión musulmana, se vió reducida á las montañas de Asturias, los repetidos triunfos de las armas agarenas no hicieron un momento vacilar su conciencia sobre los derechos que tenía á la posesión del territorio español. Cuando á fines del pasado y principios del presente siglo los ejércitos del primer Napoleón borraban una por una y sucesivamente del mapa político de Europa las diversas naciones de ella, á fe que sus gobiernos no creían que las victorias de Marengo, Austerlitz y Jena fueron argumentos concluyentes de que ellos no eran legítimos gobiernos de Austria y Prusia. Y á fe que nuestro gobierno nacional cuando en.... 1859 se vió reducido á la plaza de Veracruz, y á los últimos confines de la República, y cuando en 1865 se vió limitado á un corto territorio en la frontera, las victorias de sus enemigos no le hicieron con razón vacilar un sólo momento sobre la justicia de su causa. Las victorias ó reveses de las armas, nada prueban en pro ó en contra de la justicia de una causa, en pro ó en contra de la legitimidad de un gobierno. Por lo mismo, el q

nuestro defendido hubiera visto ocupado por los ejércitos de la República la mayor parte del territorio mexicano, una vez retiradas las fuerzas invasoras francesas, no pudo ser motivo para que le asaltaran dudas acerca de la opinión que de antemano tenía formada sobre la legitimidad de su título. Ellas le habrían podido ocurrir si los pueblos, una vez retirada la presión del extranjero y antes de ser ocupados por las fuerzas liberales, hubieran por sí y espontáneamente levantado la bandera de la República. Pero sea cansancio, sea temor de que la retirada de las fuerzas francesas fuera falsa, sea seguridad de que bien pronto las fuerzas nacionales los pondrían á cubierto de toda invasión de propios y extraños, el hecho es que la generalidad de los pueblos observó una conducta pasiva, que no pudo servir para disipar el error en que había caído nuestro cliente de haberse creído llamado por la nación; y los triunfos de las fuerzas republicanas sólo debieron hacerle creer que comenzaba á serle adversa la suerte de las armas. Demostrado como lo está, que nuestro defendido pudo creer, y de acto creyó de buena fe, que la nación mexicana lo había llamado á regirla, todos los demás cargos hechos por la parte acusadora caen necesariamente por tierra, porque ellos

no son otra cosa que actos del ejercicio del poder público que creía haber recibido de manos de la nación. Pero entre ellos hay tres que por el buen nombre de nuestro cliente, pues que también la defensa de su fama y no sólo la de su seguridad personal están bajo nuestra guarda, y por haber recibido de él instrucciones expresas acerca de ellos, demandan sobre los mismos explicaciones especiales. Y son el de filibusterismo, el de haber sido instrumento de los franceses, y el que se toma de la expedición de la ley de 3 de Octubre de 1865.

Filibustero, en el sentido que hoy se dá á esa palabra, es el que sin carácter ninguno público, de propia autoridad y con fuerza armada invade un país con el sólo objeto de cometer actos de vandalismo. Y el Sr. Archiduque Maximiliano no vino á México sin carácter ninguno público, sino en virtud de votos que, aunque arrancados por la presión del ejército francés, debían tener á los ojos de un extranjero el carácter de generalidad, de libertad y espontaneidad necesarias para legitimar su empresa. Vino al país sin ninguna fuerza armada: no lo invadió, pues, ni de propia autoridad, ni en nombre de ningún otro estado, y el objeto con que llegó á su playas no fué el de entrar á saco al país, s'

no el de establecer la organización monárquica que creía que la nación deseaba, gobernándola de la manera que estimara más conveniente para su felicidad. Se le puede llamar filibustero en una declamación, porque á los declamadores y á los poetas les es permitido decir cuanto quieren. Pero tal cargo hecho judicialmente no sufre el más leve examen y es de todo punto absurdo.

No es menos falso el de haber sido instrumento de los franceses. Luis Napoleón exigía que en el tratado de Miramar se incluyera un artículo, en el que se ratificaran todos los actos de la llamada Regencia. El objeto de esa estipulación era que quedara ratificado un tratado concluido entre el Ministro diplomático francés y la llamada Regencia, que importaba la pérdida de la Sonora para la Nación y su adquisición para el gobierno francés. El Archiduque después de haber aceptado la corona, declaró que dejaría más bien de venir á México que firmar tal estipulación; y de hecho, el tratado de Miramar se redactó sin contenerla. Llegado á México, uno de sus primeros actos fué destituir á D. José María Arroyo, que se había prestado á firmar con el Ministro francés el tratado relativo á Sonora, habiendo tenido nuestro defendido sobre esa materia diversas contestaciones su-

mamente desagradables con Mr. Montholon, que le enajenaron completamente la buena voluntad de los franceses.

Antes de venir al país, exigió y obtuvo del Gobierno francés que fueran restituidos á la libertad los prisioneros mexicanos que existían en Francia, declarando que no podía tolerar que una potencia aliada retuviera prisioneros á nacionales del país que venía á regir. Llegado á México, todos sus esfuerzos se dirigieron á disminuir la influencia francesa, hasta donde era posible, supuestas las exigencias especiales de su posición; y de esa manera, á fuerza de perseverancia, logró que acabaran las Cortes marciales francesas, y que fueran sustituidas por otras formadas de mexicanos; establecidas las cuales, nunca negó el indulto de sentencia capital pronunciada por ellas. Mostró durante el ejercicio de su poder, tal respeto á la vida del hombre, que tenía prevenido, por regla general, que á cualquiera hora del día ó de la noche, y cualquiera que fuera la gravedad del asunto de que estuviera ocupado, que llegara una solicitud de indulto de pena capital, se le diera cuenta con ella, nunca lo negó, y con frecuencia, á horas avanzadas de la noche, se le interrumpía su sueño para darle cuenta con un asunto de esa clase; y con placer despertaba

para poner con lápiz, al margen del ocurno, que el indulto quedaba otorgado. Una de las principales causas que en Orizaba lo obligaron á tomar la resolución de permanecer en el país, fué que se le presentaron datos que le hicieron creer que había una combinación entre el Gobierno de los Estados Unidos y el Gobierno francés, para imponer á la Nación mexicana un gobierno contrario á su voluntad. Tan lejos así estuvo nuestro defendido de ser instrumento ciego de la intervención francesa,

Como ya dijimos, las exigencias especiales de su posición le impusieron á veces, bien á su pesar, la triste necesidad de hacer algunas concesiones á la autoridad francesa, y una de ellas fué la expedición de la ley de 3 de Octubre de 1865, en la que hay algunos artículos redactados por el mismo mariscal Bazaine, y la que se dictó en virtud de informes ministrados por los mismos franceses, de que el Sr. Juárez había abandonado el país. Pero una vez admitida la buena fe, y ésta se ha demostrado antes, conque el Sr. Archiduque se creía legítimamente Soberano de México, no podía imputársele á crimen á que tomase aquellas providencias dirigidas á defender su gobierno contra los adversarios políticos que lo combatían con las armas. Para el Go-

bierno, que con error ó sin él, tiene la conciencia de su legitimidad, proveer á su conservación y seguridad, no es materia de un simple derecho, sino de un estricto deber. Sin embargo, á pesar de que la ley de 3 de Octubre de 1865 se propuso por parte del gobierno del Archiduque, objetos semejantes á los que por parte del gobierno nacional se propuso la ley de 25 de Enero de 1862, con arreglo á la cual se ha pretendido sustanciar el presente juicio, y que aquella se dictó por quien no tenía restricciones constitucionales que respetar, creemos que la comparación entre ambas no sería desfavorable á la primera, y que los vencidos de hoy podrían con facilidad resignarse á ser medidos con la misma vara con que ellos pretendieron medir á sus adversarios. Pero esa ley, por odiosa que se le quiera suponer, sólo se dió *ad terrorem*, se ejecutó única, aunque desgraciadamente, en poquísimos casos, y eso en los que circunstancias funestas, independientes de la voluntad del Archiduque, impidieron que se le pudiera pedir el indulto, el que nunca negó cuando fué posible ocurrir á él oportunamente. En ese punto, tenemos especial placer en repetirlo, y lo sabemos, no por su boca, sino por instrucciones recibidas de personas que le sirvieron de ministros, era el acusado tan

franco y liberal, que más de una vez se separó de la opinión de sus consejeros, pero nunca en el sentido del rigor, sino en el de la clemencia. Cualquiera que sea la suerte que la Providencia le tenga deparada, tendrá siempre por consuelo ese testimonio de su conciencia, que en medio de una guerra civil, cruel y sangrienta, mostró á la vida del hombre un respeto que hace grande honor á los sentimientos de su corazón, y que es muy raro en los anales de las luchas de las pasiones políticas. A esa noble conducta se debe que haya conservado la vida para dar días de regocijo público á la nación uno de los más nobles campeones de la causa de la libertad, de la República y de la Independencia, el C. General Porfirio Díaz, que por una serie no interrumpida de espléndidos triunfos acaba de llevar victorioso nuestro antiguo pabellón tricolor, de Oaxaca á Puebla, de Puebla á San Lorenzo, de San Lorenzo á los alrededores de la capital, y que tal vez en estos mismos momentos, lo esperamos con fe firme, lo está colocando con mano robusta sobre nuestro Palacio nacional. Quien así se condujo en la prosperidad, cuando ha sonado para él la hora de la adversidad, tiene buen título y derecho para esperar miramien-
tos.

Pero aun permitiendo sin conceder que nuestro infeliz defendido pudiera ser estimado como usurpador del poder público, á fe que el uso que se hace de un poder usurpado, debe tomarse en consideración, si se trata de proceder con justicia, al juzgar á la persona que ha ejercido ese poder; y si se exceptúa el principio monárquico, que era la condición *sine qua non* de su existencia, en todo lo demás la administración del Sr. Archiduque Maximiliano en México, ha sido constantemente, y sin excepción, dirigida en el sentido más favorable á los principios liberales, á las ideas progresistas de la época y á los verdaderos intereses de la nación. A pesar de que ni ignoraba, ni podía ignorar que el partido conservador había sido el principal agente que había preparado su llamamiento, inmediatamente que llegó al país, llamó á dirigir sus consejos á las personas más notables del partido liberal. Algunas desgraciadamente se prestaron á tomar parte en el Gobierno imperial; pero las que tuvieron la firmeza de negarse á hacerlo, por no desertar de la bandera republicana, no por eso fueron víctimas del más ligero acto de persecución. El Sr. Archiduque mostró siempre la más completa tolerancia con toda clase de opiniones políticas. El deseo más ardiente del pa

tido que había preparado el establecimiento de la monarquía, era la modificación radical, si no la completa abolición de las leyes de Reforma, y en nada mostró nuestro defendido una más grande perseverancia, que en la firmeza con que mantuvo esas leyes, aun en los últimos días de su gobierno, en que la fuerza de las circunstancias lo arrastró, contra sus bien conocidas inclinaciones, á emplear los servicios de jefes militares de ideas conservadoras bien marcadas. Ya antes vimos la resistencia que opuso á la influencia francesa, hasta donde le era posible en su situación especial, y la energía y firmeza con que sostuvo los intereses nacionales por lo relativo á la Sonora. ¿Y podría permitir la justicia que aun juzgándose á un usurpador, no se tomara en cuenta, para graduar su castigo, si el uso que ha hecho del poder que ha ejercido, ha sido en pro ó en daño de la nación que ha gobernado?

Pero aun suponiendo que hubiera el delito de usurpación, y que éste no estuviera considerablemente atenuado por el uso que se ha hecho del poder usurpado, él es un delito evidentemente político y no del orden comun. Y hace tiempo que la ciencia moderna ha pronunciado, sin recurso, la reprobación de pena capital como medio de represión de

los delitos políticos, y ese fallo ha sido sancionado y adoptado por nuestro derecho público, en el artículo constitucional que se citó al principio de esta defensa. La sociedad no tiene el derecho de imponer una pena, sobre todo, irreparable, como es la de muerte, cuando carece de eficacia para reprimir los delitos á que se aplica. La eficacia de una pena es de dos maneras, material y moral. La eficacia material consiste en la destrucción de la persona del delincuente. La moral, en el ejemplo que produce, retrayendo á otros por el temor de cometer el mismo delito. En los delitos políticos, la pena capital carece de ambos géneros de eficacia. En ellos el delincuente no es un hombre aislado, sino un bando, un partido, una asociación diseminada y ramificada por toda la sociedad. Destruyendo alguno ó algunos de sus jefes, si el partido no ha sido eficazmente quebrantado, más tarde aparecerán en su seno nuevos caudillos. Es la reproducción de la hidra de la fábula en que aparecían nuevas cabezas á medida que le eran cortadas. Tampoco hay la eficacia moral, porque el castigo en los delitos políticos no puede imponerse sino después de haber sido vencidos los que van á ser castigados; y como siempre el partido que sucumbe encuentra explicaciones para no ha-

ber triunfado y para esperar vencer otra vez que pruebe la suerte de las armas, y el castigo impuesto por los delitos políticos, no se ve por los correligionarios del que lo ha sufrido como una pena, sino como una desgracia accidental que se ha resentido á consecuencia de los azares de la guerra. Los patrióticos autores de la Constitución de 1857, movidos de estas razones y de otras humanitarias que la premura del tiempo nos impide reproducir, adoptaron en ese Código el gran principio de la abolición de la pena de muerte en materia política. Todo partido que en el presente siglo y en el estado actual de la ciencia impone la pena capital por delitos políticos, comete un crimen de lesa civilización y humanidad. Pero si eso se hiciera en nombre del partido liberal y republicano, de cuyo credo forma parte el principio de la abolición de la pena de muerte en materia política, la inconsecuencia sería inexcusable, y á fe que esa generosa comunión política rehusará explícitamente aceptarla. Si los procedimientos del juicio no fueran tan violentos, la opinión del partido liberal habría tenido ya lugar para pronunciarse, como ha comenzado á hacerlo; pero con oportunidad ó sin ella, lo hará más tarde ó temprano, y decididamente se negará á ser solidario de un he-

cho que importa la abdicación á esos generosos principios.

Existe en nuestro continente un gran pueblo, maestro profundo en el juego de las instituciones libres, la República de los Estados Unidos, y su conducta con Jefferson Davis, usurpador del poder público, como presidente del rebelde Sur, presenta un noble ejemplo que imitar. Jefferson estaba sujeto al gobierno que procuró derrocar. Maximiliano no había nacido en México, y vino á él creyendo de buena fe ser llamado por la nación para gobernarla. El uno provocó una guerra civil en un país que desde que había hecho su emancipación política, había gozado de una paz que había llegado á ser proverbial. El otro vino á un país desgarrado hace años por la guerra civil, con la noble intención de procurar ponerle término, y arrebatado por la fuerza de circunstancias ingobernables se vió arrastrado á tomar parte en la que ya existía. Aquel persiguió cruda y tenazmente á los partidarios del gobierno de la Unión americana. Este no solo toleró, sino que mostró una decidida inclinación, amparó y protegió á sus adversarios políticos, partidarios de las instituciones republicanas. El primero trató de destruir en el territorio que lo reconocía los principios adoptados por el gobierno

que intentó substituírse. El segundo con la sola excepción del principio monárquico, condición esencial de su existencia política, conservó, defendió y sostuvo, á despecho y disgusto de sus naturales aliados, los principios establecidos por el gobierno constitucional. Sin embargo, Jefferson Davis, vencido desde 1865, no ha sido juzgado por un tribunal excepcional, ni por una ley privativa y anti-constitucional, no ha sido privado de las garantías que otorga la Constitución del país cuya paz pública alteró; y después de dos años de vencido, no se ha presentado todavía un acusador público que en nombre de la ley pida el sacrificio de su cabeza.

Soldados de la República, que acabais de recoger tanta gloria en los campos de batalla, y de dar días de placer tan inefable á la patria, no mancheis vuestros laureles, no turbeis tan puro regocijo público, abusando de vuestra victoria sobre un enemigo vencido y decretando una ejecución sangrienta, inútil y extraña al noble caracter del compasivo y bondadoso pueblo mexicano.

Querétaro, 13 de Junio de 1867.—*Lic. Eu-
alio María Ortega.*—*Lic. Jesús María Vázquez.*

«Manuel Azpíroz, teniente coronel de in-
ntería, ayudante de campo del C. General

en Jefe del Ejército de operaciones, la causa de Maximiliano, que se h Emperador de México, y de sus gen guel Miramón y Tomás Mejía, rec tos contra la independencia y seg la nación, el derecho de gentes, el paz pública y las garantías individu

1. Vistas y examinadas y relatad ante el Consejo de Guerra las const este proceso, debo ahora pedir la a de la ley.

Para cumplir este importantísimo mi ministerio, comenzaré por la de proceso mismo: si éste se halla inst forma legal y está completo, prese hechos sobre que debe caer la sent Consejo de guerra; el examen y disc estos hechos para fijar su criminalida excepciones alegadas y recursos in por los reos para su defensa, confor leyes, serán el fundamento de mi co

2. Al leer la suprema ley de 21 de l dispuso el juicio de Maximiliano, y Mejía, (foja 2) (1) se comprende cultad, y yo comprendí desde luego trataba de un proceso criminal no pues no necesitaba contener, como c

(1) Esta cita de foja, como las citas post refiere al original del proceso.

mente sucede, la sumaria, cuyo objeto es la comprobación del cuerpo del delito, y el descubrimiento de los delincuentes, y cuya razón legal, por lo mismo, consiste en la oscuridad de los hechos ó falta de noticia de los autores de ellos, puesto que los actos criminales que se refieren en la orden, los han cometido á la faz de la nación y del mundo entero, Maximiliano y sus cómplices Miramón y Mejía, cogidos infraganti. Podía, por tanto, principiar el proceso por la confesión con cargos.

3. Sin embargo, procuré comenzarle por una especie de sumaria, que forman las declaraciones preparatorias (fs. 5 vta. 7 y 10 vta.) para consignar en ella de una vez la identidad de los reos, siempre esencial en toda causa criminal, y para disponer al mismo tiempo la más cómoda evacuación de los cargos, que, aunque fundados todos en la pública notoriedad de los hechos, podían apoyarse desde luego en la declaración de los procesados.

4. El resultado de la sumaria, en cuanto á la identificación de las personas de los reos, fué del todo satisfactorio: en cuanto á la deposición de los hechos, Miramón y Mejía respondieron categóricamente á las preguntas que les dirigí; y si bien Maximiliano se negó

á declarar sobre el contenido de ciertas cuestiones que insinué, á pretexto de que pertenecían al orden político, sí confesó que había estado en México tres años con el título de Emperador, y que se rindió al general en jefe del ejército de operaciones, en esta plaza, con la espada en la mano.

5. Evacuadas estas primeras diligencias, y no teniendo más que practicar, porque no había hechos dudosos que merecieran comprobarse, ni citas de testigos ó de otros delincuentes, pasé á tomar á los reos su confesión con cargos. Aquí necesito detenerme para hacer algunas observaciones importantes.

6. Ya he dicho que por la confesión pudo comenzar este proceso, porque no se trataba de averiguar hechos oscuros ó dudosos, sino de juzgar á reos de delitos públicos de notoriedad universal, bien conocidos y cogidos infranganti.

La legalidad de las confesiones que obran en el proceso (fs. 14, 21, y 25 vta.) es incuestionable. No han sido arrancadas con violencia ni engaño: Miramón y Mejía dieron las respuestas que se leen en la causa, con calma y con la extensión que quisieron: la confesión de Maximiliano fué evacuada en rebeldía, conforme á las leyes. El vicio que uno de los defensores (escrito foja 112) ha querido v

en ellas, consiste en que los cargos que yo hice á los procesados no se desprenden de la sumaria. Trataré de responder á este argumento, haciendo ver que no tiene valor alguno.

7. No estaba yo obligado á tomar los cargos de la sumaria: 1º porque, repito, que ni ha debido en rigor tener sumaria este proceso; porque no se trataba de verificar el cuerpo del delito ni del descubrimiento de sus autores: 2º porque siendo los cargos hechos históricos, yo debía tomarlos de la pública notoriedad que los ha puesto en evidencia: 3º porque es tal la fuerza de la pública notoriedad de los hechos, que por ella, y por la circunstancia de haber caído sus autores en nuestro poder con las armas en las manos, sin el proceso, y constando solamente la identidad personal, pudo sin otro requisito, aplicarse á los reos la pena de ser pasados por las armas en virtud del artículo 28 de la ley de 25 de Enero de 1862. El Supremo Gobierno al ordenar que se instruyera el proceso, pudo disponer, y dispuso, que la ley tuviera aplicación de una manera distinta de la que estaba prevenida para el caso; mas no era posible que por esa resolución perdieran los cargos el carácter que tienen de hechos notorios; y si la notoriedad justificaba la aplicación de la pe-

na, no comprendo por qué no había de servir al fiscal para presentar los hechos que la tienen, como cargos á los delincuentes.

Pero ¿es absolutamente cierto que no he sacado los cargos de las constancias de la causa? Véamoslo. Los cargos de Maximiliano en lo principal y en la mayor parte de sus circunstancias más graves, se hallan contenidos en la suprema orden citada de 21 de Mayo (foja 2) y en la declaración ya mencionada del mismo reo, (párrafo 4): los tres últimos cargos constan en la causa, porque en ella los motivan las palabras de Maximiliano (fs. 5 vta. y 14). Los cargos de Miramón y Mejía se reducen á su rebelión constante contra el Gobierno legítimo de la República, su complicidad con la intervención francesa, su complicidad en la usurpación de Maximiliano; los tres están tomados de las declaraciones preparatorias de los reos (fs. 7 y 10 vta.) Las circunstancias de estos tres hechos cardinales, que á su vez constituyen otros cargos, ó contribuyen á agravar los anteriores, están tomados generalmente de las dichas declaraciones.

Está, pues, demostrado, que los cargos hechos á los tres procesados constan en la sumaria y de ahí los he tomado; que sólomente he ocurrido á la notoriedad y publicidad

de los hechos respecto de algunas circunstancias de los cargos, y que no tiene valor alguno el argumento conque se ha procurado por alguno de los defensores manifestar que son viciosas las confesiones de los reos.

8. En todo lo demás se han observado estrictamente las leyes y reglas del procedimiento. La excepción declinatoria de jurisdicción, la de vicios del proceso, los recursos de apelación y consiguientes no podían interrumpir el curso de la causa, por ser del todo impertinentes, como procuraré demostrarlo á su tiempo. Baste ahora, para completar la defensa de mis procedimientos, citar el decreto de 28 de Mayo en que el C. General en Jefe se sirvió declarar que la causa se hallaba en estado de defensa, y el de 3 del corriente, en que consta la aprobación de mi conducta de no haber suspendido los procedimientos, á pesar de la oposición de las excepciones y recursos mencionados.

9. Una vez examinada, con la brevedad que me ha sido indispensable, la forma, paso á hacer el análisis legal de la materia del proceso, ó más propiamente de la causa de Maximiliano, Miramón y Mejía. Me encargaré del examen de los cargos y defensas de cada uno de los procesados separadamente.

10. Los hechos de Maximiliano, que se

han mandado poner en tela de juicio, pertenecen ya al dominio de la historia. En la reseña de ellos que voy á hacer, procuraré revestirme de la imparcialidad y de la calma que convienen al historiador. Los tomo de dos fuentes incontestables: documentos fehacientes para la historia, publicados por la imprenta con anterioridad, y la declaración legal de Maximiliano, que obra en el proceso.

11. El 31 de Octubre de 1861 los gobiernos de Francia, España é Inglaterra, celebraron en Londres por medio de sus comisionados respectivos, una convención para intervenir unidos en México. La causa determinante alegada de tal resolución, fueron las reclamaciones que las tres potencias hacían á México. Los gobiernos interventores indicaban, que, si la nación mexicana quería darse un nuevo gobierno, podía contar para ello con la más amplia libertad y con el apoyo moral de la intervención.

12. A fines de Diciembre de 1861, *sin previa declaración de guerra*, se habían apoderado del puerto de Veracruz los comisionados de las tres potencias aliadas, con fuerzas de sus respectivos ejércitos, y hablando en el sentido indicado de la intervención, asentaban, que venían á presidir la obra de regeneración del pueblo mexicano.

13. Aun antes de la invasión de nuestro territorio, ejecutada por las potencias aliadas en la política de Napoleón III., se dejaba ver el proyecto de establecer en México una monarquía, y se presentaba como candidato para el nuevo Gobierno al Archiduque de Austria, Fernando Maximiliano. Así lo prueban los despachos dirigidos por el Emperador de los franceses á sus representantes en Londres y Madrid. Gutiérrez Estrada que había trabajado desde 1840 en favor de una monarquía en México, escribía desde Noviembre de 1861 un opúsculo, en que sostenía la propia candidatura y daba noticias biográficas del Archiduque. («Advenimiento de SS. MM. II. Maximiliano y Carlota al trono de México.» Cap. 1).—Documento núm. 1. Lo prueba asimismo la carta de D. Antonio López de Santa-Anna, fecha en Saint Thomas á 30 de Noviembre de 1861, y dirigida á D. José María Gutiérrez Estrada, en que ya se hace mención del Archiduque Fernando Maximiliano, como del príncipe que convendría para ocupar el trono que se estableciera en México en virtud de la intervención europea. (El «Diario del Imperio» núm. 813).—Documento núm. 2.

14. El 19 de Febrero de 1862, el Conde de Reus, representante del Gobierno de España,

por sí, y por los Comisarios de Francia é Inglaterra, ajustaba con el Ministro de Relaciones de la República Mexicana, los convenios conocidos con el nombre de «Preliminares de la Soledad,» en que se declaraba, que por tener el Gobierno Constitucional de la República los elementos de fuerza y opinión, los aliados prescindían de su intervención política y entraban desde luego en el terreno de los tratados, para formalizar sus reclamaciones: protestaron que nada intentaban contra la Independencia, Soberanía é Integridad territorial de la República; se convino en que durante las negociaciones, las fuerzas de las potencias aliadas ocuparían las poblaciones de Córdoba, Orizaba y Tehuacán, pasando nuestra línea fortificada que guarnecía el ejército mexicano; y se obligaron los comisarios de las potencias aliadas á repasar nuestras fortificaciones y situarse delante de ellas, rumbo á Veracruz, en el evento desgraciado de que se rompieran las negociaciones, dejando los hospitales que tuvieran bajo la salvaguardia de la Nación Mexicana. Estos convenios fueron ratificados y firmados por los comisarios de Francia é Inglaterra, el mismo día 19, y el 23, por el Presidente Constitucional de nuestra República («*Boletín Oficial del Cuerpo*

de Ejército del Centro», número 7).—Documento núm. 3.

En efecto, los ejércitos de las tres potencias aliadas, rebasaron en paz nuestras fortificaciones, y se situaron en los puntos designados en los Preliminares de la Soledad.

15. Estos convenios fueron aprobados por los gobiernos de España é Inglaterra. («Advenimiento de SS. MM. II. etc.» cap. 2).—Documento núm. 1, más los plenipotenciarios de Francia, Saligny y Jurien de la Gravière, comunicaron á nuestro Gobierno desde Orizaba, el 9 de Abril de 1862, que la vía de negociación en que habían entrado, no cuadraba á las intenciones del emperador de los franceses, que los exponía á volverse cómplices de la opresión moral bajo que gemía el pueblo mexicano, y que el mismo Emperador, suponiendo rotas ya las hostilidades entre los aliados y el gobierno de México, enviaba á D. Juan N. Almonte para hacer conocer al pueblo mexicano el objeto de la intervención europea. Los plenipotenciarios franceses cerraron su nota en estas palabras: «En consecuencia, tienen el honor de comunicar á S. E. el Señor Ministro de relaciones exteriores, que las fuerzas francesas dejando sus hospitales bajo la guarda de la Nación mexicana, se replegarán más allá de las po-

siciones fortificadas del Chiquihuite para recobrar allí toda su libertad de acción.»

El mismo día, los plenipotenciarios de los gobiernos de España é Inglaterra, participaron á nuestro Gobierno, que estaban en desacuerdo con los del Gobierno de Francia, acerca de la interpretación que debía darse á la «Convención de Londres» de 31 de Octubre de 1861, la cual quedaba rota; y el de España declaró que reembarcaría sus tropas. («Alcance al núm. 26 del *Boletín Oficial del Cuerpo de Ejército del Centro*»).—Documento núm. 4.

16. Pocos días después las tropas españolas y la corta fuerza británica bajaron de Orizaba á Veracruz y se reembarcaron para sus respectivos países.

«Con arreglo á los convenios de la Soledad, la fuerza francesa tenía que volver á las antiguas posiciones antes de romper las hostilidades.» Salió de Orizaba; mas á pretexto de su temor por la suerte de los enfermos que había dejado allí, Lorencez, general en jefe de dicha fuerza, volvió á ocupar á Orizaba el 19 de Abril, después de algunas escaramuzas que fueron el principio de las hostilidades.

Nótese bien, que éstas se rompieron *sin* *prévia declaración de guerra.* (Advenimien.

de SS. MM. etc., cap. 2º). Documento número 1.

Nuestro Gobierno, que había protestado contra la deslealtad de los franceses, y repeler en defensa de la Nación la fuerza con la fuerza, declarado había, por decreto de 12 de Abril, que para el caso de que los franceses rompieran las hostilidades, se considerarían en estado de sitio las poblaciones que ellos ocuparan, y serían tratados como traidores los mexicanos que de algún modo directo ó indirecto prestaran auxilio á la invasión («Alcance al núm. 26 del *Boletín Oficial del Cuerpo de Ejército del Centro*»).—Documento núm. 4.

17. El general Lorencez siguió avanzando con su ejército: el 28 de Abril ocupó, después de un combate, las Cumbres de Acultzingo y el 5 de Mayo atacó á Puebla, y fué rechazado. A consecuencia de este desastre, se retiró á Orizaba, donde después de nuevos combates, fué relevado por el general Forey, que vino de Francia con más tropas.

Una parte de éstas avanzó por Jalapa hasta Perote, y en esta línea permaneció hasta principios de 1863, en que se incorporó al resto de las fuerzas expedicionarias, que marcharon de nuevo sobre Puebla por el camino de Orizaba.

Sitieron la plaza de Puebla á mediados de Marzo y el 17 de Mayo la ocuparon.

Por fin, entraron á México, que no opuso resistencia, el 10 de Junio.

Vuélvase á notar que hasta aquí tampoco había declarado la guerra, conforme á derecho, el ejército francés.

18. El 16 de Junio el general Forey expidió un decreto, convocando una «junta superior de gobierno» compuesta de 35 individuos, quienes habían de nombrar á tres ciudadanos mexicanos que se encargaran del poder ejecutivo; y para formar una «asamblea de notables», se habían de asociar á otros doscientos quince miembros elegidos entre los ciudadanos mexicanos. En el mismo decreto manifestó que procedía en virtud de instrucciones que le había dado el Ministro del Emperador francés para organizar los poderes públicos que debían dirigir los asuntos de México, y reglamentó la «junta superior de gobierno», la «asamblea de notables» y el poder ejecutivo, declarando como el primer deber de dicha asamblea, la designación de la forma de gobierno de México y encargando de la ejecución del decreto al Ministro del Emperador.

El día 18 de Junio nombró los ministros de la junta superior de gobierno, median-

otro decreto, cuya ejecución confió también al Ministro del Emperador.

He aquí al Gobierno de Francia, que había invadido á mano armada y sin declaración de guerra el territorio mexicano, invadiendo también los derechos de la soberanía interior del pueblo mexicano.

19. La Junta superior de Gobierno declaró en 22 de Junio, que había nombrado para que se encargaran del poder ejecutivo, á D. Juan N. Almonte, al Arzobispo de México D. Pelagio Antonio de Labastida y á D. Mariano Salas, y como suplentes, al Obispo doctor D. Juan B. de Ormaechea y á D. Ignacio Pavon. Este nuevo Gobierno, de origen francés, quedó instalado en 25 de Junio.

El día 2 de Julio, el llamado «Supremo Poder Ejecutivo provisional de la Nación» publicó el nombramiento de los individuos que habían de integrar la asamblea de notables decretada por Forey.

Otro decreto del día 10 de Julio, expedido por la asamblea de notables y mandado publicar por el Supremo Poder Ejecutivo provisional, declaró que en virtud del de 16 de Junio (lado por Forey con poderes de Napoleón III) , la Nación Mexicana adoptaba por forma Gobierno, la monarquía; 2º, el Soberanoaría el título de Emperador de México;

3º, se ofrecía la corona imperial al príncipe Fernando Maximiliano, Archiduque de Austria, para él y sus descendientes; 4º, en el caso de que, por circunstancias imposibles de prever, el Archiduque no llegase á tomar posesión del trono ofrecido, la Nación Mexicana se remitía á la benevolencia de Napoleón III, Emperador de los franceses, para que le indicase otro príncipe católico.

20. Al mismo tiempo, los agentes de la regencia y del General en Jefe, del Cuerpo expedicionario francés, levantaron actas en que constaban los votos de muchos mexicanos en favor de la forma de Gobierno monárquico y del llamamiento del Archiduque de Austria; pero es de observarse, que todas las poblaciones en que se recogían estos votos se hallaban invadidas por fuerzas francesas, ó por fuerzas mexicanas que estaban al servicio de la intervención francesa, y que en la requisición de los votos no se observaban en parte alguna las reglas de la Constitución política de México de 1857. (Advenim. de SS, MM, cap. 2º y 4º números 61, 357 á 59 del Diario del Imperio).—Documentos números 1 y A, B, C, D que le siguen.

21. Fernando Maximiliano José, que se hallaba en Miramar, fué invitado por varios mexicanos, para aceptar el trono de México;

lo rehusó, entretanto no constase ser esta invitación nacida de la voluntad nacional. Recibió en seguida un acuerdo de la junta de notables que contenía el mismo ofrecimiento; pero por segunda vez se negó á aceptarlo, repitiendo que no le constaba aún la voluntad del pueblo mexicano. Por fin, le fueron presentadas actas de adhesión, que según dice, eran innumerables; y todavía no pudo ver en ellas la expresión de la voluntad general de los habitantes del país; solo el dictamen de jurisconsultos que le asistían, concedores, según dice también, de las costumbres, población y extensión territorial de México, de que constaba legalmente la proclamación del Imperio y su persona, por la mayoría del pueblo mexicano, lo decidió á aceptar y aceptó la corona imperial de Moctezuma é Iturbide.

He aquí el motivo de su venida.

22. Vino á México; pero aunque asegura que vino sin ejércitos, ni en son de guerra, la verdad es, que las fuerzas francesas, apoderadas de parte de nuestro territorio, le esperaban, protegieron su entrada y le prestaron apoyo, lo cual equivale exactamente á que hubiese venido con ejércitos: la verdad es también, que las armas á cuyo amparo vino estaban en guerra con la República, guerra

iniciada en nombre de Francia hasta la ocupación de la Capital de México, y desde entonces continuada para sostener el imperio mexicano; por lo que es inexacto que no venía, como dice, en son de guerra (Escrito de Maximiliano de 30 de Mayo, foja 46 de este proceso y núm. 53 y 589 del periódico Oficial del imperio).—Documento núm. 5 y 6.

Arribó á Veracruz, que estaba ocupado por el ejército francés, lo mismo que el camino que recorrió de Veracruz á México: los «lugares populosos» por donde anduvo después, se hallaban igualmente bajo la presión de las fuerzas francesas, en guerra abierta con la República. (Núm. 28 de dicho periódico.)—Documento núm 7.

23. Tuvo también el apoyo de fuerzas del ejército reaccionario, que había sido vencido por el liberal en 1860, y que después se adhirió á la intervención francesa. Desde el 23 de Abril de 62, Gálvez con su brigada se había unido al ejército expedicionario, y el 18 de Mayo Márquez, con su división, se incorporó al mismo ejército, con cuyo auxilio forzó el paso de Barranca Seca derrotando á fuerzas del ejército Republicano («Advenimiento de SS. MM. etc., cap. 2). Mejía con sus tropas se puso al servicio de la intervención desde el momento en que fué establecida

regencia del Imperio (fojas 7, 9, 21 y vuelta y 45 del proceso).—Documento núm. 1.

Maximiliano dió decretos para la formación de fuerzas mexicanas (números 587, y 596 «Diario del Imperio»).—Documentos números 8 y 9.

24. Otro cuerpo formó de extranjeros de varias naciones, principalmente austriacos y belgas, súbditos de potencias que no estaban en guerra con la República, y cuyo reclutamiento se hacía en nombre y con autorización de Maximiliano, (números 596, 447, 566) «Diario del Imperio»).—Documentos números 9, 10 y 11.

25. Con un ejército que se denominaba franco-mexicano, mandado por el comandante en jefe del cuerpo expedicionario francés y formado como se ha visto, de este mismo cuerpo, de las fuerzas del partido rebelde de México y de los extranjeros enganchados al servicio del Imperio, Maximiliano se sostuvo por más de tres años con fortuna varia, según las vicisitudes de la guerra, y establecía agentes y empleados imperiales en los lugares que ocupaba militarmente (núm. 28 del periódico oficial, 246 y 247 del «Diario del Imperio»). Documentos 7, 12 y 13.

26. Con dicho ejército continuó durante el tiempo de su dominación, la guerra que los

franceses habían comenzado contra la República. Esta guerra continuó haciéndose de la misma manera que había comenzado, sin las formalidades del derecho que observan las naciones civilizadas, siendo de considerarse que Maximiliano era el agresor.

Este príncipe extranjero negó á las fuerzas republicanas la consideración de beligerantes; decretó la pena de muerte para los prisioneros de guerra, cualquiera que fuese su número, organización y denominación que se dieran y causa política que defendieran contra el Imperio; siendo de notarse que mandaba aplicar la misma pena, por el solo hecho de pertenecer de algún modo á las fuerzas de sus enemigos.

Mandó castigar de muerte á todos los que auxiliaran con cualquier género de recursos, diesen avisos, noticias ó consejos, facilitaran ó vendieran armas, caballos, pertrechos, víveres ó cualesquiera útiles de guerra á los guerrilleros.

Conminó con multas á las poblaciones en masa, por el solo hecho de que no le diesen noticia de sus enemigos.

Encargó la ejecución de la pena de muerte decretada contra los republicanos á los jefes de fuerzas imperiales, respecto de los prisioneros de guerra y respecto de los demás

las cortes marciales; y no perdonó diligencia para que estas disposiciones tuvieran su cumplimiento, como lo prueban repetidas órdenes en que se encarecía, con posterioridad, la importancia de su ejecución.

Estableció penas para castigar á los ciudadanos que se negasen á aceptar empleo ó cargo público del Imperio.

En consecuencia, la guerra que cuando vino al país Maximiliano, se hacía contra las leyes de la naturaleza y de las naciones por el ejército francés, continuó con consentimiento y autorización suya, causando todos los horrores consiguientes.

Fueron aprehendidos y fusilados, en efecto, generales, jefes y oficiales de todas clases y aún individuos de tropa, voluntarios, que hacían la guerra en nombre de la República. A muchos particulares se dió también la muerte como á enemigos del Imperio.

Fueron saqueadas y reducidas á cenizas poblaciones enteras en todo el país, y especialmente en los Estados de Michoacán, Sinaloa, Chihuahua, Coahuila, Nuevo-León y Tamaulipas.

En los lugares sometidos á su poder por la fuerza de las armas, Maximiliano dispuso de los intereses, de los derechos y de la vida de los mexicanos. De esta manera «gobernó por

más de dos años en casi toda la extensión del país.» (Escrito de 30 de Mayo, foja 46 de este proceso; «Diario del Imperio,» y «Message of the President of the United States in answer to a resolution of the House of December 4, last, relative to the present condition of México.»)—Documentos números del 14 al 51 y tercer cuaderno de este proceso.

27. El mismo Maximiliano estuvo oprimido por las bayonetas francesas; porque una vez decidida la retirada del ejército de la intervención, él (son sus palabras) dudó de la firmeza y consolidación de su trono y pensó en tomar una resolución, *libre ya de toda presión extranjera*.

Llamo la atención sobre la confesión indirecta, que contienen estas palabras, de que el apoyo del trono era solamente la presión de las armas francesas.

El mismo concepto se halla consignado en la orden del día del ejército impertal, fechada en San Juan del Río en 17 de Febrero de este año.

28. A fin de tomar la resolución que pensaba, se retiró Maximiliano á Orizaba, llamó á sus consejos de ministros y estado, les expuso los fundamentos de sus dudas, y oídos dichos cuerpos, volvió á México, decidido.

según afirmó, á convocar el congreso para explorar la voluntad nacional.

29. Afirma que este propósito fué frustrado por obstáculos invencibles. ¿Cuáles eran estos obstáculos? No es difícil decirlo.

La causa de la República, que había sido defendida con valor y constancia, según la expresión de Maximiliano, que se lee en su manifiesto del día 2 de Octubre, continuó defendiéndose hasta el fin con el mismo valor y constancia. Si bien en dicho manifiesto aseguró inconsideradamente el Archiduque, la desaparición del personal del Gobierno constitucional republicano del territorio nacional, y de aquí dedujo que debían ser perseguidas las fuerzas de la República como bandas de malhechores; el mundo sabe que el Gobierno legítimo no salió ni por un momento del país, que con su autorización y en su nombre se mantuvo la guerra constantemente en defensa de la soberanía nacional, y que apenas desamparado el pretendido Imperio por el ejército francés, perdió el terreno que solo por la fuerza de las armas extranjeras tenía ocupado; y quedó impotente para oponerse al torrente de la opinión y al victorioso avance de las armas nacionales: por lo que la convocatoria, y aun más, la reunión del congreso que quería consultar Maximiliano, para la reso-

lución que debiera tomar, no pudo pasar de un deseo del todo irrealizable (Escrito de Maximiliano de 30 de Mayo, foja 46, y núm. 648 del «Diario del Imperio»).—Documento núm. 52.

30. En medio de sus dudas y sin poder consultar la voluntad nacional, resolvióse por fin á continuar la guerra para sostener su título: decretó el aumento de sus fuerzas, cuyo mando dió á sus generales Miramón, Mejía y Méndez: circuló órdenes para que con la mayor actividad y eficacia se diesen hombres á los jefes nombrados para los cuerpos de ejército, forzando á todo varón útil para el servicio de las armas: él mismo se puso á la cabeza de su ejército: perdido todo el interior para él, no era ya dueño sino de una línea militar que corría de Veracruz á Querétaro; y en esta plaza bien pronto se vió forzado á defenderse, sin perdonar para este resultado medio ni violencia alguna. (Números 587, 596, 584 y 646 del «Diario del Imperio»).—Documentos números 8, 9, 53 y 54.

31. Por fin fué vencido, y con él su ejército, y desapareció el Imperio promovido por Napoleón III, y proclamado por los agentes de la intervención francesa, á los tres meses de haber sido evacuado el territorio mexicano por el ejército francés que lo sostenía.

En la lista de los prisioneros que cayeron con él y decreto que le sigue, se encuentran los nombres de muchos criminales famosos, enemigos constantes del gobierno constitucional de México.—Documentos números 55 y el siguiente.

32. Su obstinación en conservar el título de Emperador de México, á pesar del desamparo en que le dejó el ejército francés, de sus dudas sobre la opinión nacional respecto del Imperio y de su impotencia absoluta para sostenerse con los elementos que le quedaban, está demostrado por la abdicación que hizo de su pretendido título de emperador, para que tuviese efecto después de su muerte, y aun para entonces pretendió que pudiera tener valor el poder que transmitía á los regentes para disponer de los derechos propios de la soberanía de México.—Documento número 56.

33. Con él cayeron también sus generales Miramón, en jefe del cuerpo de ejército de infantería, y Mejía de todas las fuerzas montadas.

Ambos, fueron, antes de la guerra extranjera, rebeldes al gobierno (fojas 13 y 25 vuelta, 26 y 26 vuelta, y 7 vta., 9, 22 y 45): ambos tuvieron complicidad con la intervención francesa, fojas 12, vuelta 30, vuelta 9 y 21 vuelta,

ambos sirvieron al llamado Imperio, tuvieron de él mandos importantes de armas, y de esta manera hicieron por su parte, hasta el último momento de su libertad, la guerra á la República.

34. Respecto de Miramón son notables: su reincidencia en la rebelión contra el gobierno (fojas 13, 25 vuelta, 26, 26 vuelta): su infidelidad cuando como militar servía al gobierno emanado del plan de Ayutla y se pasó á los pronunciados de Zacapoaxtla (fojas 25 y 26): el haberse abrogado el supremo mando de la nación (fojas 27 y 28): el no haber reprimido á Márquez por los asesinatos que cometió en Tacubaya el 11 de Abril de 1859, en prisioneros de guerra, en médicos que asistían á los heridos, y en un ciudadano pacífico, siendo al mismo tiempo ordenado por él el fusilamiento de los oficiales del ejército que habían pasado á servir al gobierno constitucional (fojas 28 vuelta): el de haber ocupado, con el título de presidente que se abrogó, los fondos de la convención inglesa, con violación de los sellos de la legación británica (fojas 29 frente y vuelta): el haberse puesto bajo el amparo de la intervención extranjera, á principios de 62, para eludir el castigo que merecía por sus delitos anteriores (fojas 30 vuelta); y el haber hecho &

mas contra la República y en defensa de la usurpación de Maximiliano, en Zacatecas, San Jacinto y la Quemada (fojas 13 y 32 vuelta).

35. Mejía en particular es responsable por su obstinación en no reconocer y en hacer la guerra al gobierno legítimo de la República (fojas 7 vuelta, 8 frente y vuelta, 9, 21, 22 y 45), y por haber hecho armas en defensa del llamado Imperio contra las instituciones republicanas en San Luis, el 27 de Diciembre de 1863 y después en Matehuala (fojas 10 vuelta).

36. Puestos en evidencia los hechos porque van á ser juzgados en este tribunal los tres reos de la presente causa, es tiempo ya de examinar su criminalidad conforme á derecho.

37. El primer cargo de Maximiliano consiste en haberse prestado á servir de instrumento á la intervención de los franceses en la política interior de México.

Está probado por todos los hechos referidos en este escrito desde el párrafo 11 hasta el 27.

Este cargo le constituye ante la nación cómplice en el delito que se comete contra la independencia y seguridad de ella, por la «in-
acción armada hecha al territorio de la Re-

pública, sin previa declaración de guerra,» de que habla la fracción 1ª del artículo 1º de la ley de 25 de Enero de 1862; conforme á las fracciones 4ª y 5ª del propio artículo, en las cuales se condena el hecho de «contribuir á que en los puntos ocupados por la invasión se organice cualquiera simulacro de gobierno,.....aceptando empleo ó comisión, sea del invasor mismo ó de otras personas delegadas por este,» y «cualquiera especie de complicidad para..... favorecer la realización y buen éxito de la invasión.»

Le constituye también cómplice en la infracción del derecho internacional y de la guerra; por cuanto la de intervención que nos hicieron los franceses, y en que él tomó una parte tan principal, fué ilegítima, por no haber precedido la demanda de una justa satisfacción ni la declaración de guerra (Grocio, Derecho de la guerra y de la paz, libro 2º, cap. 3º, párrafo 4º; Vattel, Derecho de gentes, libro. 3º, cap. 4º, párrafos 66 y 67); injusta y atentatoria por el fin que se propuso, de atacar á un pueblo independiente y constituido para mudar su constitución y arreglar á su placer la forma de su gobierno. (Wheaton, Elementos del Derecho Internacional, 2ª parte, cap. 1º, párrafos 12 y 14.—Vattel, Derecho de gentes, lib. 1º, cap. 3º, párrafos 30,

36 y 37; lib. 2º, cap. 4º, párrafo 54; lib. 3º, cap. 2º, párrafos 24, 26 y 28; lib. 3º, cap. 11, párrafos 183 y 184); finalmente, desleal y bárbara, porque los franceses, después de haber faltado cobardemente á sus compromisos (párrafo 16 y 17 de este escrito), cometieron muchos de los asesinatos, saqueos, incendios y todos los horrores que marcaron el paso de la intervención francesa (párrafo 26 de id. Vattel, Derecho de gentes, lib. 3º, cap. 3º, párrafo 24 y cap. 16, párrafo 263). El que favorece de cualquiera manera, el que se une al injusto agresor, se convierte en enemigo del agredido y merece ser tratado como tal (El mismo autor y obra citados, lib. 3º, cap. 6º, párrafos 83, 85, 98, 99 y 102).

38. El segundo cargo consiste en el título de emperador con que vino á secundar las miras de la intervención francesa (párrafo 21). La ilegalidad de este título le convierte en usurpador de los derechos de un pueblo soberano.

El título es ilegal en la forma; porque constituida la nación mexicana bajo los principios y reglas consignadas en su carta fundamental de 1857, «el pueblo ejerce su soberanía por medio de los poderes de la unión en los casos de su competencia (art. 41) y por el modo establecido para la reforma de

la Constitución política de México no es otro que el siguiente: «Se requiere que el Congreso de la Unión, por el voto de las dos terceras partes de sus individuos presentes, acuerde las reformas, y que estas sean aprobadas por la mayoría de las legislaturas de los Estados. El Congreso de la Unión hará el cómputo de los votos de las legislaturas y la declaración de haber sido aprobadas..... las reformas (art. 127 de la Constitución)» El ofrecimiento de algunos mexicanos, el acuerdo de la asamblea de notables, el voto de los pueblos oprimidos y el dictamen de jurisconsultos, en que hace consistir Maximiliano la legalidad de su título, no son la forma establecida por la Constitución de México para conocer la soberana voluntad del pueblo, ni para la reforma de sus instituciones políticas.

En la sustancia, tampoco es legal el título que vengo examinando: 1º porque hubo en él aquella violencia que según derecho, anula el acto en que intervino: 2º, porque su objeto, á saber, el cambio de la forma de gobierno de México, era ilegítimo en medio de un trastorno público, como el que causó la intervención francesa.

La violencia que hubo en los votos de los pueblos está puesta en evidencia, con solo

considerar que los franceses invadieron el país, obligaron al gobierno constitucional de la República á mudar de residencia, lo persiguieron, é hicieron una guerra bárbara á los republicanos: que en tales circunstancias, pueblos oprimidos por los enemigos de la República dieron votos en favor de la forma monárquica de gobierno y del Archiduque Maximiliano, forma de gobierno promovida y planteada, y monarca elegido y propuesto á los mexicanos por el Emperador de los franceses, que nos invadía con las armas. Fuerza presente, miedo grave, injusticia en el empleo de la fuerza, falta de ratificación del acto en ausencia de ella; todos los caracteres que las leyes, desde las romanas, asignaron á la violencia para que fuese capaz de anular los actos en que interviniese, y caracteres todos que nos presenta la intervención francesa, bajo la cual se hicieron, la proclamación del Imperio y el llamamiento de Maximiliano.

El objeto de los votos, á saber, la mudanza de la Constitución política de México en medio de un gran trastorno público, es otra causa de nulidad del título, prevista por nuestro código fundamental, que en su artículo 128 dice: «Esta Constitución no perderá su fuerza y vigor, aun cuando por alguna rebelión se interrumpa su observancia. En caso

de que por un trastorno público se establezca un gobierno contrario á los principios que ella sanciona, tan luego como el pueblo recobre su libertad, se restablecerá su observancia, y con arreglo á ella y á las leyes que en su virtud se hubieren expedido, serán juzgados así los que hubieren figurado en el gobierno emanado de la rebelión, como los que hubieren cooperado á ésta.»

De intento me abstengo de entrar en el examen de las importantísimas cuestiones no resueltas, de si fué ó no la mayoría de los mexicanos la que dió sus votos, si está probada la autenticidad de éstos y otras muchas; porque aun decididas á favor de Maximiliano en nada disminuyen la nulidad del título, por los vicios de forma y de materia que dejo demostrados.

Este cargo le hace cómplice en el delito contra la independencia y seguridad de la Nación, que explica la fracción 3ª del artículo 1º de la ley de 25 de Enero de 62, en estos términos: «La invitación hecha por mexicanos ó extranjeros á los súbditos de otra potencia, para..... cambiar la forma de gobierno que se ha dado la República, cualquiera que sea el pretexto que se tome,» conforme, así mismo, á la fracción 5ª antes citada, del propio artículo de la ley.

39. El tercer cargo que resulta del anterior, es la usurpación misma de los derechos de un pueblo soberano y libremente constituido.

El hecho está probado desde el párrafo 22 hasta el 32 de este escrito, donde se ve en resumen, que Maximiliano tuvo el ejercicio del poder que corresponde á la soberanía nacional; y la ilegitimidad de este ejercicio, que es lo que lo caracteriza de una usurpación, se deduce sin esfuerzos de las consideraciones legales precedentes relativas á la nulidad del título que tomó de emperador, y á su complicidad en la atentatoria intervención de los franceses en la política interior de México.

Este cargo le constituye reo ante el derecho de gentes, según la doctrina de Vattel (obra citada, lib. 1º, cap. 3º, párrafos 30, 36 y 37), que sirve de regla á las naciones.

Por él también es reo del delito contra la paz pública y el orden, que define así la fracción 10 del art. 3º de la ley de 25 de Enero: «Abrogarse el poder supremo de la Nación..... funcionando de propia autoridad, ó por comisión de la que no lo fuere legítima.»

40. El cuarto cargo es el de haber dispuesto, con la violencia de la fuerza armada, de los intereses, los derechos y la vida de los mexicanos.

Es una especialidad del cargo precedente y sus pruebas están consignadas en el párrafo 26 de este escrito.

Por este cargo, la citada ley, art. 4, fracción 2ª, le declara reo de delitos contra las garantías individuales, á causa de la violencia ejercida en las personas, con objeto de apoderarse de sus bienes y derechos que constituyen legítimamente su propiedad.

41. El quinto cargo consiste en el género de guerra que hizo Maximiliano á la República, al lado de los franceses, por las responsabilidades que contrajo, á causa de los excesos cometidos por el ejército francés en nombre del Imperio.

Las pruebas de este cargo se hallan especificadas en el párrafo 26.

Las consideraciones legales que he tenido presentes al examinar el primer cargo, que se reduce á la complicidad de Maximiliano con la intervención francesa, obran aquí de lleno contra él, como autor principal de la guerra que en su nombre continuaron los franceses, desde que tomó el título de Emperador: porque ni la arregló á los principios del derecho internacional, y autorizó las vejaciones y horrores de todo género que se cometieron en su nombre.

Este cargo le hace reo principal de delitos

contra el derecho de gentes, y lo pone en la condición del salteador y del pirata.

Vattel enseña que «las empresas sin ningún derecho y aun sin motivo aparente, no pueden producir efecto legítimo, ni dar ningún derecho al autor de ellas. La nación atacada de esta suerte por los enemigos, no está obligada á observar para con ellos las reglas prescritas en la guerra en forma, y puede tratarlos como *bandidos*. Después que Ginebra se libró del famoso *asalto*, mandó ahorcar á los prisioneros saboyardos que había cogido, como ladrones que habían venido á acometerla sin motivo y sin declaración de guerra, y no la acriminaron por una acción que, hubieran detestado en una guerra en forma. (Derecho de gentes, lib. 3, cap. 4, pár. 568).»

Nuestra circular de 15 de Noviembre de 1839 manda que se cumpla la suprema orden de 30 de Diciembre de 1835, por la que se previno que los extranjeros que desembarcaran en algún puerto de la República, ó penetraran por tierra á ella, armados y con objeto de atacar nuestro territorio, serían tratados y castigados como piratas.

42. El sexto cargo consiste en haber hecho Maximiliano por sí mismo la guerra con extranjeros: súbditos de potencias que no estaban en guerra con la República (párrafo 24).

Le constituye reo del delito contra la independencia y seguridad de la Nación, que explica la fracción 3ª del artículo 1º de la ley de 25 de Enero en estas palabras: «La invitación hecha.....á los súbditos de otras potencias, para.....cambiar la forma de gobierno que se ha dado la República, cualquiera que sea el pretexto que se invoque,» y del de piratería que se explica en la suprema orden de 30 de Diciembre de 1835 y confirma la circular de 15 de Noviembre de 1839 ya citadas.

43. El séptimo cargo que le hice, tiene dos partes: 1º la de ser autor del célebre decreto de 3 de Octubre de 1865; 2º la de haber mandado ejecutarlo.

Ambos puntos se hallan comprobados en el párrafo 26 de este escrito, y le constituyen reo de un grave delito, contra el derecho de la guerra, por el cual, como por los anteriores, merece ser tratado cual bandido y pirata.

La ley del derecho de la guerra que ha infringido, es la que consigna Vattel en estas palabras: «Luego que un enemigo se somete y rinde las armas, no se le puede quitar la vida, por consiguiente, se debe dar cuartel á los que deponen las armas en un combate (Derecho de gentes, libro 3, cap. 8, pár. 140).

«Dar muerte á los prisioneros no puede ser un acto justificable, más que en casos extremos, en que la resistencia por su parte, ó por la de los que quieran libertarlos haga imposible su custodia (Wheaton, Der. Intern., 4ª parte, capítulo 2º, pár. 2º).»

Cuando á prisioneros rendidos, como Arteaga y sus compañeros Chávez y otra multitud se quita la vida, se viola el derecho de la guerra. En este caso se halla Maximiliano.

También Vattel enseña (pár. 151, lug. y obra citados), que «hay un caso en que se puede negar la vida á un enemigo que se rinde, y toda capitulación á una plaza en el último apuro; y es cuando este enemigo ha cometido algún atentado enorme contra el derecho de gentes, y particularmente cuando ha violado las leyes de la guerra.»

44. El octavo cargo es el de haber dado un manifiesto el día 2 de Octubre de 1865, en que falsamente asentó que el gobierno republicano había abandonado el territorio nacional, y de cuya falsedad dedujo que las fuerzas republicanas no tenían bandera conocida, eran bandas de salteadores y debían ser tratados, como por su decreto del día 3 lo dispuso (pár. 29.)

Este cargo lo hace reo de un nuevo delito contra la paz pública y el orden, por ser el

caso de la fracción 12 del art. 3º de la ley de 25 de Enero de 62 de «esparcir noticias falsas alarmantes ó que debilitan el entusiasmo público, suponiendo hechos contrarios al honor de la República, ó comentándolos de una manera desfavorable á los intereses de la Patria.»

45. El noveno cargo es el de haber continuado la guerra después que se retiró de México el ejército francés; con las circunstancias agravantes de haberse rodeado de los hombres que se hicieron más famosos por sus crímenes en la guerra civil de México; de haber puesto en duda él mismo la legalidad de su título de emperador y de haber continuado empleando medios de violencia, de muerte y de destrucción, hasta que cayó rendido á discreción en esta plaza (pár. del 27 al 31.)

Es el mismo que ya se le ha hecho por sostener una guerra ilegítima é injusta, y que le convence de su obstinación hasta el fin, de tratar de mantener la usurpación con desprecio del derecho de las naciones y de nuestras leyes; siéndole aplicable como á principal autor el contenido de la fracción 1ª, art. 1º, de la de 25 de Enero de 62.

46. El décimo cargo es el de la abdicación del título que hasta el fin procuró defender con las armas (pár. 32.)

Esta es otra circunstancia agravante de su obstinación en defender la usurpación de los derechos del pueblo mexicano; pues solo quería desprenderse por la muerte, del título de soberano, y aun para ese caso disponía como absoluto la sucesión del mando en el imperio: por lo que reagrava el cargo de usurpación que queda examinado.

47. El undécimo cargo consiste en la indicación de que se le deberían guardar las consideraciones de un soberano vencido en guerra justa (fojas 5 vuelta, 33 y 46); y es una circunstancia que reagrava nuevamente el cargo de la usurpación y su obstinación en defenderla.

48. El duodécimo es el de no querer reconocer la autoridad de la ley de 25 de Enero de 1862, ni la competencia del consejo de guerra para que juzgue su causa (fojas 5 vuelta, 33 y 46).

Es un cargo, porque en derecho está obligado á reconocer la autoridad de la citada ley y la competencia del consejo de guerra ordinario. Procuraré fundarlo legalmente.

Según el derecho internacional, las leyes del Estado obligan á todos los que se encuentran en él, con la sólo excepción de las que suponen la calidad de ciudadanos ó súbditos del Estado, que no obligan á los que en él go-

zan la consideración de extranjeros. Mas el extranjero que perturba el orden, altera la paz, y más, el que ataca la Constitución del Estado, queda sometido á las leyes del mismo, que castigan estos delitos. (Vattel, Derecho de gentes, lib. 2, cap. 8, pár. 55, 104, 105 y 108).

Los delitos que afectan la soberanía, las instituciones, la paz y el orden del Estado, deben ser juzgados por las leyes del mismo; principalmente y sin excepción, si fueron cometidos y aprehendido el delincuente dentro de los límites del mismo Estado (Wheaton, Elem. del Der. Intern., 2ª parte, cap. 2º, pár. 13.—*Huberus prælectiones, t. 11, lib. 1, tit. 3, de conflictu legum*).

De conformidad con estos principios, nuestra Constitución impone expresamente á los extranjeros (art. 33) la obligación de obedecer y respetar las instituciones y leyes del país. Una de estas leyes es la de 25 de Enero de 1862, que define y castiga delitos de que está convicto, y en general confeso Maximiliano, quien por tanto, se halla obligado á reconocer la autoridad de dicha ley en su aplicación á la causa porque se le juzga.

No es menos favorable la doctrina del derecho de las naciones á la competencia de los tribunales que establecen las leyes para el

juicio y castigo de los delincuentes. Esencial es á la soberanía de un Estado reprimir los delitos por medio de sus tribunales; cuando estos son creados por la ley, tienen jurisdicción sobre los extranjeros, lo mismo que sobre los nacionales, para la persecución y castigo de los delitos que se cometen dentro de los límites del Estado. (Vattel, Derecho de gentes, lib. 1, cap. 13, pár. 169.—Wheaton, 2ª part., cap. 2º, pár. 13.)

Nuestra Constitución (cit. art. 33) impone también á los extranjeros la obligación de obedecer y respetar á las autoridades del país, sujetándolos á los fallos y sentencias de los tribunales sin que puedan intentar otros recursos que los que las leyes conceden á los mexicanos. La de 25 de Enero de 62, dada por el Ejecutivo en virtud de las facultades que el congreso le concedió en 11 de Diciembre de 1861, conforme al art. 29 de la Constitución, establece, para juzgar los delitos contra la nación, la paz pública y el orden, el derecho de gentes y las garantías individuales que especifica el consejo de guerra ordinario. Lejos de ser el fuero militar contrario, es conforme al art. 13 de la Constitución, por el cual se declara que subsiste para los delitos militares que fije la ley. Esta ley es la de 15 de Septiembre de 1857, que declara

sujetos al conocimiento de la jurisdicción militar en tiempo de guerra los delitos que suponen inteligencia con el enemigo y desobediencia á los bandos publicados por la autoridad militar, aunque sean cometidos por paisanos. También puede considerarse como reglamentaria de la parte citada del artículo constitucional que estoy examinando, la ley de 25 de Enero de 1862 en tiempo de guerra.

Es bien sabido que en este tiempo calamitoso, la autoridad militar puede ejercer todas las funciones de la judicial en el ramo criminal, y expresamente lo dice así la ley constitucional que tenemos sobre estado de guerra y de sitio; en la cual se declara que la autoridad militar puede revestirse de todos los poderes de la sociedad dejando solo aquellos que no juzgue necesario ejercer.

De todo esto resulta que Maximiliano tiene obligación estrecha de someterse á la ley de 25 de Enero de 1862 y consiguientemente de reconocer el fuero militar como competente para juzgarle. Se deduce esta obligación también del hecho de haberse rendido á *discreción* del gobierno republicano, cuya voz y autoridad llevaba el general en jefe del ejército de operaciones al hacerlo prisionero, y estar dispuesto este juicio, y repetida con autoridad legítima, la observancia de la referida ley,

por orden expresa del Ministerio de la Guerra, que obra como cabeza del proceso.

El negarse Maximiliano á reconocer la autoridad de la ley de 25 de Enero y la competencia del fuero militar, es, pues, un cargo verdadero que tiene.

49. El último consiste en la contumacia y rebeldía en que ha incurrido, por no haber querido declarar, ni responder á los cargos que le hice. «Está obligado el reo á contestar á las preguntas que se le hicieren, aunque crea que el juez que se las hace no es competente; sin perjuicio de protestar en el acto, si lo estimase oportuno. Lo que el juez puede hacer para obligar al reo á prestar su declaración es manifestarle, que su silencio no le favorece, que es un indicio de su criminalidad; que desde luego dará lugar á que se le trate como á culpable para todos los efectos legales del sumario, y que habrá de tenerse presente y acumularse con las demás pruebas que resulten contra él, al tiempo de dar la sentencia.»

(Escriche, Dicción., art. «Juicio criminal,» pár. 40).

50. Examinados los cargos de Maximiliano, paso ahora á fijar la criminalidad de los hechos en que se fundan los de Miramón y Mejía.

En el pár. 33 he reducido á las tres especies siguientes los que son comunes á ambos: 1º, su rebelión contra el gobierno legítimo de la República.

Este cargo nos presenta dos faces que miran, una al tiempo anterior al 25 de Enero de 1862, y á ella es aplicable la fracción 1ª del art. 3 de la ley de 6 de Diciembre de 1856, y la otra al tiempo trascurrido del 25 de Enero de 62 en adelantè, comprendida en la fracción 1ª del artículo 3º de la ley vigente desde la segunda fecha. En ambas leyes «la rebelión contra las instituciones políticas bien se proclame su abolición ó reforma,» está clasificada entre los delitos que se cometen contra la paz pública y el orden.

51. La complicidad de Miramón y Mejía con la intervención francesa es incuestionable; porque demostrado, como está, que dicha intervención se redujo de hecho al establecimiento de una monarquía por medio de la fuerza armada, y confesado por ellos que sirvieron al llamado imperio de Maximiliano, desde un tiempo en que el ejército francés era su apoyo en el país; este reconocimiento y servicio fueron realmente actos de complicidad con la intervención, Es de notarse y queda también probado, (párrafo 25) que el general francés, jefe de los invasores,

también mandaba en jefe el ejército imperial ó franco-mexicano, al cual pertenecieron como generales, en tiempo que los franceses ocupaban el país, los presos de cuyos cargos se trata aquí.

Están, pues, comprendidos por este segundo cargo en las fracciones 2ª, 4ª y 5ª del art. 1º de la ley de 25 de Enero de 62, que especifican entre los delitos contra la independencia y seguridad de la nación «el servicio voluntario de mexicanos en las tropas extranjeras enemigas, sea cual fuere el carácter con que las acompañen; cualquiera especie de complicidad para excitar ó preparar la invasión, ó para favorecer su realización y éxito, y en caso de verificarse la invasión, contribuir de alguna manera á que en los puntos ocupados por el invasor se organice cualquiera simulacro de gobierno.»

52. El servicio de armas que tuvieron desde la salida de los franceses del país, hasta la toma de esta plaza por fuerzas del ejército republicano, los constituye finalmente, cómplices en la usurpación de Maximiliano.

53. Las responsabilidades especiales de Miramón y de Mejía, que he apuntado en los párrafos 34 y 35, pueden considerarse en esta causa, por lo menos, como circunstancias agravantes de los delitos que han cometido

contra la independencia y seguridad de la nación, y contra la paz pública y el orden.

54. Determinada la criminalidad de los cargos de los tres procesados, con la extensión que me ha permitido el tiempo de que he podido disponer, debo encargarme en seguida de examinar las excepciones alegadas y los recursos intentados por ellos para impedir ó á lo menos retardar el juicio.

Las defensas peculiares de Maximiliano son estas: 1ª, que no debía responder sin que antes se le presentase acusación por escrito, para estudiarla (foj. 5 vuelta); 2ª, que no podía responder sin tener á la vista ciertos documentos de que carecía; 3ª, que en su calidad de Archiduque de Austria, y en virtud del derecho internacional, no podría imponérsele otra pena que la de ser entregado prisionero á un buque de guerra austriaco (foj. 33); 4ª, ignorancia de las leyes de la República (foj. 14); 5ª, la petición de un término de prueba (foj. 147).

55. El derecho de no responder en un juicio criminal, sin ver por escrito y estudiar durante tres días la acusación, no sé á qué legislación pertenezca; pero de seguro es desconocido en la nuestra. Aun por los principios generales de legislación, se puede decidir que no existe tal derecho, sino acaso con-

dicionalmente, cuando haya acusación; pero no en todos los casos, porque el juicio criminal puede originarse también de la denuncia, que es secreta, y hasta á veces anónima, y aun del conocimiento que de cualquier modo adquiriera el juez en lo privado de la comisión de un delito; y entonces en términos forenses, se dice que procede el juez de oficio. Debemos, pues, considerar como un mero capricho de Maximiliano, el pretendido derecho de recibir por escrito y estudiar por tres días su acusación, antes de declarar.

56. La excusa de que no tenía papeles á la vista, para no responder, es también muy extraña; pues se trataba de que declarase en la sumaria; le preguntaba yo hechos que no podía haber olvidado, y me contentaba con que respondiera lo que guardase su memoria, como no podía ser de otra manera.

57. No conozco tampoco la razón de derecho internacional para que á un archiduque austriaco, juzgado por delitos que ha cometido contra la Constitución de México, no pueda aplicársele más pena que la de entregarlo prisionero á un buque de guerra de su nación. Lo que sí tengo presente á este respecto es la declaración de nuestro código fundamental (art. 12) de que “no hay ni se reconocen en

la República títulos de nobleza ni prerogativas ni honores hereditarios.”

58. La ignorancia de las leyes de la República, en nada le favorece; porque desde el momento en que se determinó á venir al país á reformar sus instituciones, tenía necesidad de conocerlas: ya hemos visto en otra parte la obligación de todo extranjero de someterse á las leyes del Estado á donde pasa; y la ignorancia del derecho, por último, no es excusa legal de los delitos que se cometen.

59. En cuanto á la solicitud de sus defensores para que se les señale un término probatorio, distinto del que han tenido y tienen todavía para presentar pruebas y todo género de defensas legítimas, ya he manifestado mi parecer en mis pedimentos del día 11.— (fojas 148.)

60 Miramón y Mejía, dos son las excusas que presentan al defenderse de los tres cargos generales que tienen: la primera es, que juzgaron fundado en el voto de la Nación el Imperio de Maximiliano, y no como obra de la intervención francesa, y la segunda, que no han reconocido como legítimo al Gobierno Constitucional.

La primera es inadmisibile, porque tiene en su contra la evidencia, como lo he manifestado largamente al examinar el origen del

advenimiento de Maximiliano con el título ilegítimo de Emperador de México. La segunda, en resumen, no es más que la misma confesión de que han estado rebelados contra las instituciones de la República, que es precisamente el delito, según las leyes que nos rigen.

61. Los tres procesados han declinado la jurisdicción del Consejo de guerra, cuya excepción ha sido declarada inadmisibile por el Ciudadano General en Jefe y lo será también por el Consejo de guerra, que desde el momento en que ha sido convocado debe sentenciar la causa que se sujeta á su conocimiento, bien sea absolviendo ó condenando á los reos, ó mandando que se tomen nuevas informaciones, según el art. 46, tít. 5, trat. 8º de la Ordenanza; sin que le sea dado en ningún caso declararse incompetente; como se deduce de la Real orden de 22 de Octubre de 1776.

62. La apelación es un recurso desconocido en la práctica militar, tratándose de causas que deben verse en Consejo de guerra ordinario: así se infiere también del contenido de dicha Real orden, en que se prohíbe á los dichos Consejos elevar á la superioridad el proceso en cualquier caso que no sea para revisión, después de la sentencia, y de haber pasado para su aprobación al General en Je-

fe, Gobernador ó Comandante de la plaza, y en los casos que expresan las leyes militares. Esta disposición se ve confirmada por la ley de 27 de Abril de 1837, que establece como caso único de intervención de la Suprema Corte marcial en las causas que deben verse en Consejo de guerra ordinario, el de la aprobación ó reforma de la sentencia, cuando el Comandante militar, con dictamen de asesor, no la estime arreglada. Así es que la ley de 30 de Noviembre de 1846, más explícita todavía en aquel punto, disponía que «fuera de este caso no podría el tribunal intervenir en los procesos de esa clase, (frac. 2.^a del art. 4.^o)»

En ellos la falta del recurso de apelación está suplida por la revisión que debe hacer el General en Jefe ó Comandante Militar, y si este no aprueba la sentencia, por la de la Suprema Corte Marcial, que es una segunda revisión.

63. Finalmente, la consideración de prisioneros de guerra que podrían alegar los procesados, para que no les sea aplicable la pena capital, tiene por excepción el caso de que los prisioneros sean responsables de alguna falta grave contra el derecho de la guerra ó de algún delito especial que merezca tal pena, como ya en otra parte lo hemos visto. (Va-

ttel, Derecho de gentes, lib. 3º, cap. 8º, pár. 141, 42 y 43).

64. Sobre la conformidad de la ley de 25 de Enero de 1862 con la Constitución, ya he dado mi parecer, que se vé en la foja 140 de este proceso.

65. Por tanto: hallándose suficientemente convencidos de haber cometido delitos contra la independendencia y seguridad de la Nación y contra la paz pública y el orden, Fernando Maximiliano de Hapsburgo, que se ha titulado Emperador de México, y sus generales Miguel Miramón y Tomás Mejía, sus cómplices, y los tres en el caso del artículo 28 de la ley de 25 de Enero de 1862:

Concluyó por la Nación, pidiendo que sean pasados por las armas los expresados reos; el primero conforme á los artículos trece y veinticuatro, y los otros dos, conforme á los artículos primero, fracción cuarta, trece y primera parte del veintiseis, de la ley de veinticinco de Enero de mil ochocientos sesenta y dos.

Querétaro, 13 de Junio de 1867.—*Manuel Azpíroz*.—Una rúbrica. (1)

(1) Los documentos citados por el Fiscal en su pedimento, son los impresos que han corrido con profusión y están perfectamente conocidos. Esos impresos forman el segundo y tercer cuadernos que no nos pareció conducente añadir á la causa, cuando son demasiado públicos.

En la misma fecha se agrega la orden general de la División Mixta del Cuerpo de Ejército del Norte que guarnece esta plaza. Y para que conste lo firmó el fiscal con el presente escribano.—*Manuel Azpíroz*.—Una rúbrica.—*Ricardo Cortés*.—Una rúbrica.

Cuerpo de Ejército del Norte.—División Mixta.—Mayoría General.—Orden General de la División Mixta del 12 al 13 de Junio de 1867 en Querétaro.—San Luis.—S. Linares.—C. S. de P. Lujo.—Jefe de día para hoy el C. Teniente Coronel Carlos E. Margain, y para mañana el que se nombre.—Ayudantes de guardia con el ciudadano General en Jefe los CC. Teniente Coronel Pedro de León, y Capitán Pedro Farias, y en esta Mayoría el C. Capitán Tito Núñez de Cásares.—El día de mañana á las 8 de la misma, se celebra Consejo de Guerra ordinario para juzgar en él á Fernando Maximiliano de Hapsburgo, archiduque de Austria, y sus llamados Generales D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía sus cómplices por delitos contra la Nación, el derecho de gentes, la paz pública y las garantías individuales.—El Consejo será presidido por el C. Teniente Coronel Platón Sánchez y como vocales del mismo los CC. Capitanes José Vicente Ramírez, Emilio Lojero, Igna-

cio Jurado, Juan Rueda y Auza, José Verástegui y Lucas Villagrán, cuyo Consejo se reunirá á la hora señalada en el Teatro de Iturbide. En consecuencia, y conforme á lo prevenido en el tratado 8º, tít. 5º, última fracción del artículo 37 de la Ordenanza General del Ejército, todos los oficiales que no estén en servicio, concurrirán precisamente al consejo de que se trata en el local y hora ya citados.—A las 6 de la mañana se hallarán formados frente al Templo de Capuchinas cincuenta cazadores de Galeana montados, armados, y equipados, con la correspondiente dotación de oficiales y cincuenta hombres del Batallón de la Guardia Supremos Poderes en los mismos términos que la fuerza anterior, según su arma, y ambas fuerzas se pondrán á las órdenes del Coronel Jefe de la segunda Brigada Miguel Palacios.—De Orden Superior del General en Jefe.—El Mayor General, *Sierra.* — *C.—Medina.* — *J. Hipólito Sierra.*

Manuel Azpíroz, Teniente Coronel de Infantería, ayudante de Campo del C. General en Jefe del Ejército de Operaciones, Fiscal de esta causa.

Certifico: que hoy día trece de Junio de 1867 se ha juntado el Consejo de Guerra en el Teatro Iturbide de esta Ciudad de Queréta-

ro, bajo la presidencia del Teniente Coronel de Infantería, C. Rafael Platón Sánchez, y compuesto de los vocales capitanes CC. José V. Ramírez, graduado Comandante; Emilio Lojero, graduado también Comandante; Ignacio Jurado, José C. Verástegui, Lucas Villagrán y Juan Rueda y Auza, con asistencia del Asesor Lic. C. Joaquín M. Escoto: habiéndose hecho relación de este proceso, leyeron sus defensas los procuradores de los reos, en el orden siguiente: primero, el Lic. C. Próspero C. Vega, que lo es de Tomás Mejía; en segundo lugar los licenciados CC. Ignacio Jáuregui y Ambrosio Moreno, de Miguel Miramón, y á lo último los licenciados CC. Jesús M. Vázquez y Eulalio M. Ortega, de Maximiliano; en presencia el primero, de su defendido Tomás Mejía, quien fué preguntado por el Presidente si tenía que decir algo en su defensa y respondió que nó; y los dos segundos en presencia de Miguel Miramón, quien preguntado igualmente dijo: que nada tenía que agregar en su descargo; y no habiendo comparecido Maximiliano, aunque fué llamado, porque expuso que estaba enfermo, según consta en una diligencia del proceso, que había consignado en él cuanto tenía que decir, y que para lo demás que debiera presentar en su defensa lo representarían sus procura-

dores, en quienes había depositado su confianza. El Fiscal leyó su conclusión, después de la cual el Presidente permitió á los defensores que volviesen á hablar, y en efecto expusieron verbalmente nuevos alegatos impugnando la conclusión, y terminaron haciendo los Lics. Moreno y Vega, las protestas siguientes: primera, contra la denegación de los recursos hasta ahora entablados: segunda, contra la formación del proceso contraria á la ordenanza militar, á las leyes de veinticinco de Enero de mil ochocientos sesenta y dos, y quince de Septiembre de mil ochocientos cincuenta y siete: tercera, contra la infracción de los artículos relativos de la Ordenanza en la audiencia posterior á la defensa: cuarta, contra la presentación extemporánea de papeles y documentos de que no se corrió traslado á los defensores y que debían haber figurado en el sumario. Los licenciados Vázquez y Ortega, dijeron que reiteraban las protestas que tienen hechas en el proceso y dejaban nuevamente á salvo los derechos de su defendido contra todas las imputaciones que el Fiscal le hace en su conclusión. Practicado todo esto, pasó el Consejo á votar á la una de la tarde del 14 de Junio. Y para que conste lo pongo por diligencia y firmo.—*Manuel Azpíroz.*—Una rúbrica.

Conste por diligencia que se agregan las piezas siguientes: el dictamen y conclusión Fiscal, dos cuadernos de defensa del Lic. Jáuregui, otro del Lic. Vega, y el de los licenciados Vázquez y Ortega, que contienen sus respectivas defensas; y se forma un segundo cuaderno perteneciente á esta causa que contiene los documentos citados en el dictamen y conclusión del Fiscal, con excepción del "Message from the President, &c." que forma el tercer cuaderno de esta causa. Y para que conste lo firmó.—*Azpíroz*.—Una rúbrica.

Encontrando á los reos Fernando Maximiliano de Hapsburgo y sus llamados Generales Miguel Miramón y Tomás Mejía comprendidos, el primero en las fracciones primera, tercera, cuarta y quinta del primer artículo, fracción quinta del artículo primero, fracción quinta del artículo segundo y fracción décima del artículo tercero de la ley de veinticinco de Enero de mil ochocientos sesenta y dos, y á los segundos en las fracciones segunda, tercera, cuarta y quinta del artículo segundo de la misma y en el artículo veintiocho que comprende á todos igualmente, los condeno, conforme á las penas que demarca por la infracción de estos artículos

la ya citada ley por la cual se les juzga, á ser pasados por las armas.

Querétaro, Junio 14 de 1867.—*José C. Verástegui*.—Una rúbrica.

Hallando comprendidos á los reos Fernando Maximiliano de Hapsburgo titulado emperador de México y sus llamados generales Tomás Mejía y Miguel Miramón, al primero en el artículo primero; fracciones primera, tercera, cuarta y quinta del artículo segundo; fracción décima del artículo tercero; y á los segundos en las fracciones segunda, tercera, cuarta y quinta del artículo primero; quinta del artículo segundo, y artículo veintiocho que comprende á todos, de la ley de veinticinco de Enero de mil ochocientos sesenta y dos por la que son juzgados; les condeno á ser pasados por las armas.

Querétaro, Junio catorce de mil ochocientos sesenta y siete.—*Lucas Villagrana*.—Una rúbrica.

Hallándose comprendidos los reos Fernando Maximiliano de Hapsburgo, titulado emperador de México y sus cómplices los llamados Generales Miguel Miramón y Tomás Mejía, juzgados por la ley de 25 de Enero de mil ochocientos sesenta y dos. El primero en la

fracción primera, tercera, cuarta y quinta del artículo segundo; fracción décima del artículo tercero; artículo veintiocho; y á los segundos Tomás Mejía y Miguel Miramón comprendidos en la fracción segunda, tercera, cuarta y quinta del artículo primero, fracción quinta del artículo segundo, y artículo veintiocho de dicha ley.

Voto porque se les aplique la pena de ser pasados por las armas con arreglo á dicha ley.

Querétaro, Junio catorce de mil ochocientos sesenta y siete.—*Juan Rueda y Auza*.—Una rúbrica.

Hallándose comprendidos los reos Maximiliano de Hapsburgo, titulado emperador de México, y sus cómplices los llamados Generales D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía, juzgados por ley de veinticinco de Enero de mil ochocientos sesenta y dos, y estando el primero comprendido en las fracciones primera, tercera, cuarta y quinta del artículo primero, en la fracción quinta del artículo segundo, y en la fracción décima del artículo tercero; y los segundos en las fracciones segunda, tercera, cuarta y quinta del artículo primero, así como la segunda parte del artículo veintiocho que es general á todos; voto por-

que se les aplique la pena capital á que los condena dicha ley.

Querétaro, Junio catorce de mil ochocientos sesenta y siete.—*José V. Ramírez.*—Una rúbrica.

Hallando á Fernando Maximiliano de Hapsburgo que se tituló emperador de México, y á sus llamados Generales Miguel Miramón y Tomás Mejías sus cómplices, comprendidos, el primero en el crimen de haberse abrogado el supremo poder de la Nación que la ley de veinticinco de Enero de mil ochocientos sesenta y dos demarca en su artículo tercero fracción décima, valiéndose de los recursos que la mencionada ley de veinticinco de Enero prohíbe en su artículo primero, fracción primera, tercera, cuarta y quinta, y en la fracción quinta del artículo segundo.

El segundo y tercero de los personajes indicados comprendidos igualmente en la complicidad de los actos del primero, que como la citada ley de veinticinco de Enero indica en su artículo primero, fracciones segunda, tercera, cuarta y quinta y fracción quinta del artículo segundo, es crimen contra la independencia y seguridad de la Nación, y los tres referidos personajes en el caso del artículo veintiocho, por haber sido cogidos infra-

ganti delito en acción de guerra, los condeno á sufrir la pena de ser pasados por las armas; cuya pena queda ordenada por estos crímenes en la repetida ley de veinticinco de Enero de mil ochocientos sesenta y dos.

Querétaro, Junio catorce de mil ochocientos sesenta y siete. — *Emilio Lojero*. — Una rúbrica.

Fundándome en los artículos primero, segundo, tercero, y veintiocho de la ley de veinticinco de Enero de mil ochocientos sesenta y dos, y estando comprendidos en las fracciones primera, tercera, cuarta y quinta del artículo primero, quinta del artículo segundo, y décima del artículo tercero y artículo veintiocho el reo Fernando Maximiliano de Hapsburgo llamado emperador de México, y en la segunda, tercera, cuarta y quinta del artículo primero y quinta del artículo segundo, y artículo veintiocho sus llamados Generales Miguel Miramón y Tomás Mejía; los sentencio á ser pasados por las armas con arreglo á las penas que para dichas fracciones demarca la expresada ley de veinticinco de Enero de mil ochocientos sesenta y dos porque han sido juzgados.

Querétaro, Junio catorce de mil ochocientos sesenta y siete. — *Ignacio Jurado*. — Una rúbrica.

Estando comprendidos en la ley de veinticinco de Enero del año de mil ochocientos sesenta y dos los reos Fernando Maximiliano de Hapsburgo titulado emperador de México y sus llamados Generales Tomás Mejía y Miguel Miramón, el primero en las fracciones primera, tercera, cuarta y quinta del artículo primero, en la fracción quinta del artículo segundo, fracción décima del artículo tercero, y artículo veintiocho; y los segundos, Mejía y Miramón, en las fracciones segunda, tercera, cuarta y quinta del artículo primero, fracción quinta del artículo segundo y artículo veintiocho de dicha ley, por la cual se les debe juzgar: los condeno á la pena de muerte.

Querétaro, Junio catorce de mil ochocientos sesenta y siete.—*R. Platón Sánchez*.—Una rúbrica.

Vista la orden del Ciudadano General en Jefe del día veinticuatro del pasado Mayo para la instrucción de este proceso; la de veintiuno del mismo mes del Ministerio de la Guerra que se cita en la anterior, en virtud de las cuales han sido juzgados Fernando Maximiliano de Hapsburgo, que se tituló emperador de México, y sus Generales Miguel Miramón y Tomás Mejía, por delitos contra la Nación, el orden y la paz pública, el derecho de gen-

tes y las garantías individuales: visto el proceso formado contra los expresados reos con todas las diligencias y constancias que contiene, de todo lo cual ha hecho relación al Consejo de Guerra el Fiscal Teniente Coronel de Infantería C. Manuel Azpíroz: habiendo comparecido ante el Consejo de Guerra que presidió el Teniente Coronel de Infantería permanente C. Rafael Platón Sánchez: todo bien examinado con la conclusión y dictamen de dicho Fiscal y defensas que por escrito y de palabra hicieron de dichos reos sus Procuradores respectivos: el Consejo de Guerra ha juzgado convencidos suficientemente: de los delitos contra la Nación, el derecho de gentes, el orden y la paz pública que especifican las fracciones primera, tercera, cuarta y quinta del artículo primero, quinta del artículo segundo y décima del artículo tercero de la ley de veinticinco de Enero de mil ochocientos sesenta y dos á Fernando Maximiliano; y de los delitos contra la Nación, y el derecho de gentes que se expresan en las fracciones segunda, tercera, cuarta y quinta del artículo primero, y quinta del artículo segundo de la citada ley, á los reos Miguel Miramón y Tomás Mejía; con la circunstancia que en los tres concurre, de haber sido cogidos infraganti en acción de guerra el día quince del

próximo pasado Mayo en esta plaza, cuyo caso es el del artículo veintiocho de la referida ley; y por tanto condena con arreglo á ella á los expresados reos Fernando Maximiliano, Miguel Miramón y Tomás Mejía, á la pena capital, señalada para los delitos referidos.

Querétaro, Junio catorce de mil ochocientos sesenta y siete.—*R. Platón Sánchez*.—Una rúbrica.—*Ignacio Jurado*.—Una rúbrica.—*Emilio Lojero*.—Una rúbrica.—*José V. Ramírez*.—Una rúbrica.—*Juan Rueda y Auza*.—Una rúbrica.—*Lucas Villagrana*.—Una rúbrica.—*José C. Verástegui*.—Una rúbrica.

En la misma fecha (á las diez y media de la noche) el Ciudadano Fiscal, acompañado de mí el escribano, pasó al alojamiento del Ciudadano General en Jefe, en cuyas manos puso este proceso compuesto de doscientas noventa y cinco fojas útiles, con dos cuadernos de documentos pertenecientes á esta causa, y que contienen sesenta y una piezas el uno, y doscientas ochenta y ocho páginas el otro. Y para que conste lo firmó conmigo—*Azpíroz*.—Una rúbrica.—Ante mí.—*Ricardo Cortés*.—Una rúbrica.

Ejército del Norte.—General en Jefe.—Querétaro, Junio 14 de 1867.—Pase al Ciudadano

no Asesor para que exprese su dictamen. — *Escobedo.* — Una rúbrica.

Ciudadano General en Jefe. — El proceso instruído contra Fernando Maximiliano de Hapsburgo y sus llamados Generales D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía, por delitos • contra la independendencia y seguridad de la Nación, el orden y la paz pública, el derecho de gentes y las garantías individuales, ayer ha sido devuelto á V. por el Ciudadano Fiscal, á fin de dictar ya lo conveniente sobre su final resolución:

Una simple ojeada á este proceso basta para comprender de luego, que pertenece á los que por la naturaleza misma de los hechos que le sirven de materia, se separan en un todo de la esfera de los del orden común, sujetándose por lo mismo á disposiciones muy particulares aun en su misma tramitación.

El de que me vengo ocupando es tanto más excepcional cuanto que su punto objetivo no es la averiguación de los hechos criminales que lo motivan, porque éstos están ya comprobados con su pública notoriedad, sino que solo se ocupa de hacerlos constar para entrar desde luego en su examen y apreciación, oídas que hubieren sido las exculpaciones de los reos.

Cualquiera especie de delito, por leve é insignificante que sea, como que envuelve un ataque á la misma sociedad, el que estuviere encargado de velar por sus garantías, debe cuidar de reprimirlo, evitando su repetición y dando al mismo tiempo la satisfacción debida á la vindicta pública, imponiendo la pena proporcionada á su gravedad al que de este modo hubiere faltado á los deberes de asociación.

El punto de partida para la graduación de los delitos, debe, pues, tomarse de las consecuencias más ó menos funestas que por elló se siguieren á las sociedades donde se hubieren perpetrado; y siguiendo este principio, no creo se pueda señalar mayor graduación en esta escala que los que se dirijen á atacar directamente la existencia y derechos primordiales de toda una nación ó sea una sociedad.

A esta clase pertenecen los de que son acusados Fernando Maximiliano y los llamados Generales Miramón y Mejía; el primero como usurpador de los poderes públicos de la Nación Mexicana, prestándose de este modo á servir de instrumento para el mejor desarrollo de la invasión francesa entre nosotros, y los segundos, como sus cómplices. Veamos, pues, lo que el proceso ministra y si

las exculpaciones de los reos han sido suficientes para destruir la acusación y eximirlos por lo tanto de la responsabilidad en que se dice han incurrido.

En cumplimiento de la suprema orden de 21 del pasado, que obra en las primeras fojas de este expediente, la sustanciación del proceso, no obstante la premura del tiempo por lo angustiado de los plazos, ha sido en todo conforme á las prescripciones de la ley de 25 de Enero de 1862 y á las relativas consignadas en la ordenanza general del Ejército.

Maximiliano se negó desde un principio á contestar á las preguntas que se le hicieron, porque dijo, eran cuestiones de política á las que aquellas se contraían, y que por lo mismo, no podía reconocer la competencia de un tribunal militar para juzgarlas, y sobre todo, que ignoraba el idioma español en el sentido legal.

La causa siguió todos sus trámites, aunque en rebeldía contra él, con arreglo á lo prevenido en este caso por nuestra legislación.

Durante el curso del proceso, por medio de sus defensores, elevó varios recursos contraídos á hacer observaciones sobre lo impracticable de la ley de 25 de Enero y declinando la jurisdicción militar á que por ella se le ha su-

jetado, sosteniendo esta declinatoria en todas sus instancias.

Concluídas las diligencias del sumario concretadas á la declaración preparatoria de los reos y á su confesión con cargos, se declaró que el proceso estaba en estado de defensa, comenzando desde luego á correr el término que la ley señala á los defensores para evacuarla.

D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía, por medio de sus defensores, siguieron el mismo camino en cuanto á los recursos interpuestos por Maximiliano, teniendo todos á la vez un mismo resultado, es decir, denegación completa de sus pretensiones, fundada en el espíritu y letra de las disposiciones conforme á las cuales se les mandó procesar.

El Supremo Gobierno, única autoridad á quien está reservado conceder mejores franquicias á los encausados, decretó varias ampliaciones prorrogando el término que por la ley de 25 de Enero está concedido á los procuradores para la formación de su alegato, y una vez espirado el último plazo, con arreglo á lo prevenido en el art. 7º de la ley antes citada, se dictaron las providencias convenientes para reunir el Consejo de Guerra.

Este acto tuvo lugar el 13 del corriente, donde fueron oídas las defensas de cada uno

de los reos, el pedimento fiscal y las observaciones que sobre él quisieron hacer los abogados defensores. Discutido entonces el examen del proceso y recogida la votación sobre la absolución ó la pena que debía imponerse á los reos, el Consejo tuvo á bien formular la sentencia que se lee á fojas 294 y 295 frente.

Tal es hasta aquí la historia de este proceso. Como se vé por las constancias que ministra, el cargo principal hecho á Maximiliano se reduce á haberse prestado para ser el instrumento principal de la intervención francesa, en México, coadyuvando con su aquiescencia y conducta posterior á la realización de los inicuos planes de Napoleón III contra las instituciones de la República y su forma de Gobierno. Sobre esto poco tendré que añadir á las observaciones expuestas por el Ministerio Fiscal, en su pedimento leído ante el Consejo.

Es un hecho, y á nadie se le oculta, que en las miras bastardas de Napoleón III para contrariar la democracia americana, entraba el ocupar militarmente una parte de este continente, para influir en su política haciéndola desarrollar como mejor cuadrase á sus propósitos. Con este motivo y aprovechándose de nuestras disensiones intestinas y de algu-

nos malos mexicanos, promovió el establecimiento de un trono en México, que debía ser ofrecido al príncipe Fernando Maximiliano de Austria.

Consecuente á este programa, sólo se pensó después en efectuarlo. Pretestando reclamaciones contra nuestro Gobierno, las huestes francesas en unión de las de España é Inglaterra desembarcaron en las costas de Veracruz. Lo demás, de todos es bien conocido. Separados los franceses de la triple alianza, rompiendo con mengua de toda civilización los preliminares que conocemos con el nombre de «La Soledad» y hollando el derecho de gentes, desconocieron á nombre del Gobierno de su Emperador, los compromisos á que se habían sujetado, mientras tenían lugar las negociaciones del arreglo que se estaban trabajando, y sin más declaración, y ya entonces sin pretexto alguno, comenzaron sobre México sus operaciones de guerra.

Los defensores de Maximiliano antes de descender á la impugnación de los cargos que se le formularon, comienzan por sostener de nuevo la incompetencia del tribunal militar, repitiendo con más extensión las observaciones que antes habían hecho impugnando la legítima expedición de la ley de 25 de Enero.

Demostrado como está que esta ley ha sido dada por autoridad legítima y en virtud de facultades extraordinarias y omnímodas, que el Congreso le concedió en Diciembre de 61, creo que no se debe ni aceptar la discusión en este punto, puesto que sólo está reservado al Congreso de la Unión, cuando llegue el caso de que el ejecutivo le dé cuenta del uso que hizo de las facultades que aquel le concediera.

Descendiendo después á la impugnación y examen de los cargos, alegan en favor del encausado que no puede llamarse usurpador, porque el ejercicio que ha hecho de los poderes públicos fué en virtud de la buena fe con que creía ser llamado por la Nación para regirla.

Es de advertir, que antes de hacer esta manifestación, comienzan por confesar que la multitud de actas de adhesión que motivaron su error, eran realmente arrancadas por la fuerza y opresión de las armas francesas, negando la posibilidad de haber conocido este error aun después de su arribo al territorio.

Que no fué un instrumento de los franceses, lo fundan en que sus esfuerzos se redujeron en lo posible á disminuir la influencia de la política francesa y que la expedición de la bárbara ley de 3 de Octubre fué debida á la

triste necesidad en que se veía algunas veces de hacer ciertas concesiones á la intervención, y que aun en esa ley se encuentran algunos artículos redactados por el mismo Mariscal Bazaine.

Estas son las defensas por las que, comprobadas en la opinión de los abogados que las emitieron, el encausado debe ser absuelto.

Quiero suponer por un momento que con la mayor buena fe se hubiera creído llamado por la voluntad nacional para regir los destinos de México, ¿no era un hecho público y notorio que la nación estaba entonces invadida por el ejército francés? é invadida como estaba, ¿podría suponerse de algún modo que la multitud de adhesiones que se dieron eran emanadas y extendidas con la mejor libertad? si se sabía la presencia de las bayonetas francesas ¿cómo poner en duda su influencia para actos como este de tanta importancia y trascendencia? Si, como según dicen, le constaban los propósitos del gobierno francés para desmembrar nuestro territorio, ¿cómo pudo creer que la intervención tenía un fin loable en su programa? Francamente, C. General, esto no me parece creíble ni tampoco está probado; pero suponiendo como llevo dicho que ese error le hubiese mantenido en

todo aquel tiempo, al llegar á nuestro territorio ¿se le pudo ocultar también que el flujo y reflujo de los límites del imperio, era decidido únicamente por las victorias ó derrotas del Ejército francés? Pero pasemos adelante.

Que no fué un instrumento de los franceses para la opresión de nuestros nacionales, se exculpa con decir que sus esfuerzos se redujeron á disminuir la influencia de la intervención; pero luego, casi á renglón seguido, incurre en una contradicción por la respuesta que antes dije daba al negar la responsabilidad que pudiera reportar por la ley de 3 de Octubre.

¿Qué clase de compromisos podían existir entre el encausado y los jefes de la intervención para hacerles concesiones en que se atropellaba de la manera más cruel el mismo derecho de la guerra á que tratan ahora de apelar? Yo por mi parte no lo comprendo, ni mucho menos cuando veo que se admitía la redacción de esa ley del Mariscal Bazaine. Había, pues, una coacción respecto de él para sus actos, pero que no consigue disculparlo.

Además, el enganche de extranjeros pertenecientes á naciones que no habían estado en guerra con nuestra República para que viniesen á ayudar la intervención, á más de ponerlo como jefe y director de esa nueva inva-

sión filibustera, prueba también de una manera inequívoca la convicción que tenía de que el sostenimiento de su trono jamás podría deberlo á los nacionales, y que para esta empresa no juzgaba suficientes los esfuerzos aislados de los franceses.

Nunca, pues, hubo motivo para suponer otro objeto en la intervención, que establecer en México un gobierno que, aunque contrario á la opinión nacional, debía favorecer los intereses de la Francia ¿ni cómo suponerlo de otra manera? Napoleón III ha dicho “que la intervención en México es el pensamiento más feliz de su reinado”, y ya la historia nos prueba que el pensamiento de la familia reinante de la Francia, jamás ha sido la felicidad, sino la ruina de los pueblos.

Pero se dice que antes de admitir la corona de México, consultó á respetables Jurisconsultos de Inglaterra, sobre si estaría bien manifestada la voluntad nacional con las actas de adhesión que se le remitieron, y que en virtud de su respuesta afirmativa, se decidió á aceptar el llamamiento.

Ciertamente no hace mucho honor á los jurisconsultos de que se habla, la resolución emitida en tal sentido, porque para la sola duda, bastaba la reflexión de que al proclamar el imperio, México estaba en guerra, é

invadido, y mal podía suponerse libertad para tal proclamación.

Tiempo es ya de ocuparnos de lo relativo á D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía. El primero niega absolutamente el cargo de complicidad en la intervención, asegurando que lejos de tener algún participio en ella, siempre fué de opinión contraria, y que en virtud de la constante oposición que hacía á los jefes intervencionistas, se le obligó á salir del territorio nacional, paliando su destierro con una comisión al extranjero.

Como se vé por esta contestación, y lo que con motivo de ella se alega en su defensa, se sienta el principio de que, por no haber querido nunca servir bajo las órdenes de ningún jefe francés, se infiere por lo mismo que jamás quiso ni sirvió á la intervención.

La consecuencia no me parece arreglada á los principios de una buena lógica, como paso á demostrarlo.

Cuando D. Miguel Miramón regresó de Europa, al empezarse á extender el ejército francés en el interior de la República, como él mismo lo confiesa, aceptó una comisión para marchar á Guadalajara. ¿Es de suponerse que esta comisión se le confió sin haber sido antes aceptados sus servicios por el imperio? Y si el imperio era conocido ya como obra so-

lo de la intervención, ¿cómo se puede suponer que al prestar sus servicios al primero no coadyuvaba á las intenciones de la última? Unidas como estaban la intervención y el imperio, mal se podría servir directamente á cualquiera, sin que estos servicios fueran de gual importancia para la otra.

Si se le mandó á Berlín, porque su presencia aquí era nociva á los intereses de la intervención, como que no consta ninguna especie de protesta por parte del encausado contra esta determinación, es claro que al admitirla con tanta subordinación, ó reconocía su delito y trataba de espiarlo con la más ciega obediencia, ó en realidad existió la comisión, y por tanto sirvió al imperio y en consecuencia á la intervención francesa.

Se añade, que al regresar de este destierro, cuando los franceses efectuaban su reembarco, supuesto que la intervención había ya desaparecido, se creyó con más perfecta libertad de acción para tomar parte en la lucha que los franceses sólo pudieron comenzar, pero no llevar á cabo; como si por haberse retirado la intervención no hubiera quedado su proyecto de la erección de un trono, pudiendo mantener su influencia moral sobre él, y aplazar para más tarde la realización de los proyectos que esta vez fracasaron en su cuna?

Pasemos á ocuparnos de lo relativo á D. Tomás Mejía.

Las excepciones que en su favor alega este encausado, se reducen á las siguientes: como que constantemente ha hecho oposición al gobierno constitucional, porque su fe política le dice que no es el que quiere ni conviene á la nación, por esto es que, cuando se acercó la intervención lo encontró con las armas en la mano. Hace advertir que desde ese momento permaneció neutral, aunque sin deponer las armas, aguardando que la nación diera su fallo para luego decidirse él por su parte, y que en el momento que se proclamó la Regencia y el imperio, se creyó obligado á reconocer ese Gobierno mexicano, cuyas instituciones cuadraban mucho con las que siempre ha defendido.

De todos estos antecedentes intenta luego deducir que fué víctima de un error, y que como tal, no debe suponersele culpable.

No opino yo de esa manera.

El Sr. Mejía tuvo oportunidad, como que estuvo en puntos ocupados por el invasor, de observar muy de cerca la manera con que eran extendidas y arrancadas las actas de adhesión al régimen imperial, y sobre todo, mal podía reputar legítimo ese Gobierno cuando su principal apoyo se hizo consistir desde entonces

en los mismos cuyo rigor trataba él de templar á cada paso, es decir, en los franceses; y no obstante la convicción que al poco tiempo abrigó de que el imperio tenía que sucumbir á pesar del formidable apoyo de la Francia por ser contrario á la opinión nacional, continuó prestándole con toda eficacia sus servicios concurriendo ó varias acciones de guerra que decidieron en gran parte la prolongación de ese gobierno.

Cuando una nación como México se encuentra envuelta en los horrores de una guerra civil, por más de medio siglo sostenida, nada más natural que sus fuerzas parezcan agotarse; y si cuando el enemigo extranjero, aprovechándose de esta misma debilidad, se propone invadirla, nada más natural que los hijos de esa nación, olvidando sus reyertas intestinas, se apresten á defender su nacionalidad; y el que lejos de acudir á ese llamado se uniese al enemigo de su patria, su acción es tanto más criminal cuanto alevosa, y si por algún acaso puede admitírsele error como disculpa, por los que en virtud de él se hubieren adherido á la invasión, secundando sus proyectos, siempre simulados en el programa de la humanidad, en el momento que las dudas siquiera sustituyeran al error, desde ese mismo instante la criminalidad no re-

conoce límite, porque en materia de nacionalidad é independencia, el sólo titubear constituye otro delito.

El Sr. Mejía al militar bajo las órdenes del Comandante en Jefe de la intervención, contribuyendo por su parte á aumentar las víctimas de su patria en los campos de batalla, en el momento que desconfió de la veracidad y buena fé de los que lo habían comprometido al reconocimiento y defensa del imperio, desde ese mismo instante su deber de mexicano era deponer luego las armas decidiéndose por la causa nacional, ó si continuaba en las filas imperiales, cosa que ya repugnaba á su convicción, debió hacerlo en la inteligencia de que entonces ni el error podía alegar como defensa respecto de sus actos anteriores, porque su conducta equivalía nada menos que á ratificarse en lo pasado.

Otra objeción se hace que abraza á todos los encausados.

Según los sanos principios, se dice, de la verdadera civilización, los vencidos solo pueden ser juzgados conforme al derecho de la guerra y no por leyes *ad hoc*. En apoyo de esta verdad, citan los defensores todos las doctrinas de Wheaton, Vattel y otros respetables publicistas, deduciendo por consecuencia final, que la pena de muerte jamás debe

imponérseles á los reos de que nos vamos ocupando porque el derecho antes citado lo prohíbe, por la consideración que deben tener á nuestros ojos como prisioneros de guerra.

Cierto es, y sin que nadie lo cuestione, que los prisioneros de guerra no deben ser tratados con ese rigor en virtud de la ley recibida en todas las naciones civilizadas. Pero estamos absolutamente fuera del caso que ella se supone. No se trata aquí de una guerra justa ó legal seguida contra nosotros con arreglo á los principios adoptados por la civilización. Se trata de una guerra injusta, bárbara é ilegal en la que se ha despreciado el derecho de gentes, declarando fuera de la ley no solo á los que tomaban las armas en la defensa de su nacionalidad sino aun á los que mantenían algunas relaciones con ellos; se trata de personas que son responsables cada una solidariamente de atentados cometidos contra el derecho de gentes y las garantías individuales, caso también previsto por los mismos publicistas que acaban de citar, y que, en opinión de sus mismos autores, forman la excepción de la regla antes citada.

Además, el Supremo Gobierno con anterioridad á la comisión de estos delitos expidió la ley de 25 de Enero, donde con toda regularidad fueron previstos los casos de que hoy

nos ocupamos. En ella se trataba de impedirlos, con la imposición de penas severísimas á los que se decidieran á cometerlos, porque antes que todo, se quería salvar á la sociedad de los trastornos de que pudiera ser víctima con la guerra que entonces se iniciaba, y nada más justo y natural que en cumplimiento de su deber recurriera á medidas tan severas como esa para precaver males mayores, como la pérdida de nuestra nacionalidad.

Estas son, ciudadano General, las apreciaciones que en mi opinión deben hacerse de los descargos de los reos, y que por lo mismo, no habiendo sido suficientes estos para destruir los cargos que se les formularon, y encontrando perfectamente fundada la sentencia que el consejo de guerra ordinario pronunció el 14 del corriente, contra los reos de esta causa, soy de opinión que confirmándose en todas sus partes por los fundamentos en que se apoya, se condenen á la pena capital á los reos Fernando Maximiliano de Hapsburgo llamado Emperador de México, y sus llamados generales D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía.

Querétaro, Junio 15 de 1867.—*Lic. Joaquín María Escoto.*—Una rúbrica.

Aprobación de la sentencia.

Ejército del Norte.— General en Jefe. — Conformándome con el dictamen que antecede del Ciudadano Asesor, se confirma en todas sus partes la sentencia pronunciada el día 14 del presente por el Consejo de Guerra que condenó á los reos Fernando Maximiliano de Hapsburgo y á sus llamados generales D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía á ser pasados por las armas.

Devuélvase esta causa al ciudadano Fiscal para su ejecución.

Querétaro, Junio 16 de 1867.—*M. Escobedo.*—Una rúbrica.

Recusan

los defensores al Asesor D. Joaquín Escoto.

Los defensores que suscribimos del Sr. Archiduque Maximiliano, de D. Tomás Mejía, y D. Miguel Miramón, ante el C. General en Jefe del Ejército del Norte, con el debido respecto, decimos: que habiendo estado pendientes, como era de nuestro deber de defensores, de los procedimientos de este negocio, supimos que anoche cerca de las doce se di-

solvió el Consejo ordinario de Guerra que ha entendido en la causa formada á nuestros defendidos, lo que nos ha hecho entender que la sentencia ha sido pronunciada, aunque ignoramos la resolución que contiene. Corresponde á ese estado de ella que el ciudadano General en Jefe á quien tenemos el honor de dirigirnos, previa consulta de Asesor, se conforme ó no con la sentencia pronunciada, según lo que fuere arreglado á derecho. Pero al Consejo de Guerra ha concurrido el C. Lic. Joaquín María Escoto, para servirle de asesor, dándole su opinión legal sobre los puntos sobre que hayan deseado tenerla sus individuos. La resolución que ahora tiene que dictar el C. General en Jefe es la única clase de revisión que admite la sentencia en esta clase de causas. Y sería una cosa inconcebible que consultara la revisión de una sentencia el mismo que ha consultado sobre los puntos legales sobre que ha sido necesario formar juicio para pronunciar el fallo. El que ha tenido la intervención que se acaba de explicar en preparar la sentencia que se va á revisar, no tiene la imparcialidad necesaria para consultar en la revisión. Por tanto: Suplicamos al C. General en Jefe del Ejército del Norte, se sirva, para conformarse ó no con la sentencia pronunciada por el Con-

sejo ordinario de Guerra, habido en esta ciudad, los días de ayer y ante ayer, consultar con otro asesor que no sea el C. Lic. Joaquín María Escoto que ya consultó á aquel tribunal para la sentencia que se va á revisar. Es justicia: protestamos no proceder de malicia y lo demás necesario. No firman este escrito los CC. Licenciados Próspero C. Vega é Ignacio Jáuregui con cuyo acuerdo se redactó, por haber tenido que salir de improviso y violentamente de esta ciudad. Querétaro, Junio quince de mil ochocientos sesenta y siete.—*Lic. J. Ambrosio Moreno.*—Una rúbrica.—*Lic. Jesús M. Vázquez.*—Una rúbrica.—*Lic. Eulalio María Ortega.*—Una rúbrica.

El C. Fiscal eleva con apoyo esta solicitud.

Ciudadano General en Jefe.—Al elevar á V. el presente ocuro, debo decirle que en mi sentir es fundada la recusación que en resumen hacen los abogados que lo suscriben; porque, en primer lugar, se trata de revisar una sentencia dada en un proceso substanciado con asistencia del Licenciado Escoto, quien al revisar de algún modo, ahora sus propios actos, con razón puede presumirse que no tenga la imparcialidad necesaria, aun sin malicia. Esta consideración es más grave

en el presente caso, en que ha sido atacado de vicioso y nulo el proceso por los defensores; vicios y nulidad que podrían afectar de algún modo la sentencia, sobre las cuales ha dado ya su opinión el asesor. En segundo lugar, no hay inconveniente en mi concepto, por estas circunstancias, en que V. se asesore con otro abogado: y antes bien, ésta será mayor garantía para los reos y para la justificación de los procedimientos.

V. sin embargo, con mejor acuerdo, podrá disponer lo que fuere justo.

Querétaro, Junio 15 de 1867.—*Manuel Azpíroz*.—Una rúbrica.

Ejército del Norte.—General en Jefe.

Querétaro, Junio 15 de 1867.—Pase al C. Asesor para que dictamine.—*Escobedo*.—Una rúbrica.

*El asesor devuelve
al general el ocursó, negando que haya
justicia para ser recusado.*

Ciudadano General en Jefe.—El C. Fiscal de esta causa apoya la solicitud que con esta misma fecha elevan á V. los defensores de Maximiliano, contraída á que para la aprobación ó revocación de la sentencia que debe haber pronunciado ayer el Consejo de Gue-

rra en la causa de su defendido, se sirva V. asesorarse con otro abogado que no sea el que suscribe, por la circunstancia de haber concurrido también como asesor al mencionado Consejo.

Como esta pretensión, no obstante la opinión del C. Fiscal, la juzgo infundada, puesto que, por el contrario, terminantemente está mandado por la real orden de 23 de Junio de 1803, que los asesores no puedan ser recusados porque asisten á los consejos sin carácter alguno de jueces. Por lo mismo soy de opinión se declare sin lugar la pretensión de los mencionados defensores.

Querétaro, Junio 15 de 1867.—*Lic. Joaquín M. Escoto.*—Una rúbrica.

Conformidad

del C. General en Jefe con el parecer del C. Asesor sobre no admitir la recusación.

Cuerpo de Ejército del Norte.—General en Jefe.—Como parece al C. Asesor en el dictamen que antecede, se declara sin lugar la recusación que los defensores de los reos Fernando Maximiliano de Hapsburgo, D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía hacen del Asesor C. Joaquín M. Escoto.

Devuélvase al Ciudadano Fiscal para que lo notifique así á los interesados.

Querétaro, á 15 de Junio de 1867. — *M. Escobedo*. — Una rúbrica.

*Nuevo nombramiento
de Fiscal en substitución del C. Azpíroz.*

Ejército del Norte. — General en Jefe. — Estando impedido el C. Fiscal para seguir conociendo de la causa que se instruye contra Maximiliano y cómplices, pase esta solicitud al C. General Refugio González, nombrado para sustituirlo, notificando el auto anterior á los presentantes. — *Escobedo*. — Una rúbrica.

*Nuevo nombramiento
de escribano por la razón que expresa.*

En cumplimiento del superior decreto que antecede y no pudiendo continuar como escribanos los que han actuado en este proceso, por razones que el ciudadano General en Jefe tuvo á bien aceptar, he tenido á bien elegir para desempeñar este encargo al sargento segundo de ambulancia Félix Dávila, quien hallándose presente fué advertido por

mí de los deberes que contrae, y enterado dijo: que acepta y promete guardar sigilo y fidelidad en cuanto actuare; y para constancia lo firmó conmigo en la Ciudad de Querétaro á las diez y media de la mañana del día diez y seis de Junio de mil ochocientos sesenta y siete. — *Refugio J. González.* — Una rúbrica. — *Félix Dávila.* — Una rúbrica.

*Diligencia de haberse recibido este proceso
con dos cuadernos
y un ocurso proveído negativamente.*

Para dar cumplimiento al superior decreto que antecede, el C. General Refugio González, nombrado Fiscal en substitución del C. Teniente Coronel Manuel Azpíroz, dispuso se hiciera constar á continuación, haber recibido con la superior orden á que se refiere el ocurso presentado por los ciudadanos defensores de los reos de este proceso, en el cual solicitan se dé por recusado el ciudadano Asesor Lic. Joaquín M. Escoto; el decreto asesorado del ciudadano General en Jefe que sobre él recayó, el proceso seguido contra los referidos reos en un volumen y dos cuadernos formados con documentos impresos, que hacen parte del citado proceso, mandó se anotara por diligencia que firmó conmigo el presente es-

cribano, de que doy fe.—*González*.—Una rúbrica.—*Félix G. Dávila*.—Una rúbrica.

*Se cita para notificación á los defensores,
y se da por concluído
este asunto por no hallarse á éstos.*

A continuación dispuso el C. Fiscal se citase á los señores Licenciados defensores, para notificarles el proveído que recayó sobre su ocurso de recusación del Asesor C. Lic Joaquín M. Escoto; pero no encontrándose á éstos con la oportunidad que demanda lo angustiado del tiempo de que puede disponer el ciudadano Fiscal, dispuso se diera por concluída esta providencia, y lo anoté por diligencia, que firmó dicho señor conmigo el presente escribano, de que doy fe.—*González*.—Una rúbrica.

*Contestación de Miramón
á la notificación que se le hizo de su sentencia.*

Oída la sentencia dijo: que con arreglo al artículo 58 del tratado 8º, título 5º, de la Ordenanza General del Ejército, pide se suspenda la ejecución de la sentencia por la injusticia notoria que envuelve aplicándosele el

párrafo 4º del artículo 5º del decreto de 25 de Enero de 1862 que ni remotamente hace al caso, siendo además anticonstitucional la pena, lo que fundarán los defensores ante la suprema autoridad única que hay en el país y que reemplaza al Consejo Supremo de guerra, á la vez que debe de ir á ella por conducto del secretario de guerra.—*Miguel Miramón*.
—Una rúbrica.

Notificación de la sentencia á Maximiliano.

Acto continuo el ciudadano Fiscal pasó acompañado de mí el escribano, á la prisión militar donde se halla el reo Fernando Maximiliano de Hapsburgo, quien hallándose presente le fué leída la sentencia que lo condena á la última pena, y enterado de ella contestó: que estaba pronto, y para que conste lo firmódicho señor Fiscal, de que doy fe.—*González*.—Una rúbrica.—*Félix G. Dávila*.—Una rúbrica.

Notificación de la sentencia á Miramón.

A continuación hallándose en la misma prisión el reo Miguel Miramón, y estando presente le fué leída por mí la sentencia que lo condena á ser pasado por las armas, y ente-

rado de ella pidió expresar lo que de su propio puño consta en la anterior página de esta misma foja, lo cual el Sr. Fiscal permitió y para constancia lo firmó dicho señor Fiscal, de lo que doy fe.—*González*.—Una rúbrica. *Félix G. Dávila*.—Una rúbrica.

Notificación de la sentencia á Mejía.

Finalmente, hallándose en la misma prisión militar el reo Tomás Mejía y estando presente, se leyó por mí la sentencia que lo condena á la última pena, quien enterado de su contenido nada dijo en contestación, y para que conste lo firmó conmigo el ciudadano Fiscal, de lo que doy fe.—*González*.—Una rúbrica.—*Félix G. Dávila*.—Una rúbrica.

*Se libra oficio con inserción de lo contestado
por Miramón
al General en Jefe y se anota por diligencia.*

Aunque la sentencia pronunciada por el Consejo Ordinario de Guerra mediante la conformidad del ciudadano General en Jefe con el parecer del C. Asesor, debe ejecutarse sin ulterior recurso, según la ley de 25 de Enero de mil ochocientos sesenta y dos, por la cual han sido juzgados los reos, el ciudadano Fis-

cal dispuso se librase atento oficio al ciudadano General en Jefe, con inserción literal de la contestación que dió el reo Miguel Miramón á la notificación de su sentencia que se les hizo á las once y media de la mañana del día de hoy, y se libró el oficio que se cita media hora después, y para constancia el ciudadano Fiscal mandó se anotara por diligencia que firmó conmigo el infrascrito escribano, de que doy fe.—González.—Una rúbrica. Félix G. Dávila.—Una rúbrica.

Se manda agregar un telegrama que previene se suspenda la ejecución de la sentencia hasta el miércoles 19 del corriente.

En la Ciudad de Querétaro á los diez días del mismo mes y año, poco antes de ser ejecutados los reos de este proceso, recibió el Sr. Fiscal un despacho telegráfico, en el cual se previene por el Supremo Gobierno sea suspendida la ejecución por la tarde del día de hoy, y se prorrogue esta suspensión hasta la mañana del miércoles diez y nueve del mes corriente, y mandando el referido ciudadano Fiscal agregar el citado documento á este proceso, hizo se anotara por diligencia, y para constancia firmó conmigo el presente escribano, de que doy fe.—González.—Una rúbrica.

*Notificación
de la suspensión de la ejecución á Maximiliano.*

Acto continuo, el Sr. Juez Fiscal pasó acompañado de mí el infrascrito escribano á la prisión militar en que se hallan los reos de este proceso, para notificar la resolución contenida en el telegrama citado antes, á los referidos reos, y estándolo Fernando Maximiliano, le fué leído por mí, y enterado manifestó desconformidad por lo pedido por sus defensores, y para constancia firmó conmigo dicho ciudadano Fiscal, de que doy fe.—*González.*—Una rúbrica.—*Félix G. Dávila.*—Una rúbrica.

Empresa general de líneas telegráficas.—N. del depósito.—Número de palabras.—Fecha del depósito.—El empleado.—Modelo núm. I.—Depositado en Potosí.—Recibido en Querétaro á las dos horas en 16 de Junio de 1867.—De San Luis Potosí para Querétaro.

Telegrama oficial.—General Escobedo.—Los defensores de Maximiliano y de Miramón, acaban de ocurrir á manifestar al Gobierno, que se ha confirmado la sentencia del consejo de guerra que les impuso á ellos y á

Mejía la pena de muerte, y que se ha ordenado hacer la ejecución en la tarde de hoy.

Se ha pedido para los tres sentenciados la gracia de indulto, que el gobierno ha denegado después que ha tenido sobre este punto las más detenidas deliberaciones: con el fin de que los sentenciados tengan el tiempo necesario para el arreglo de sus asuntos, el ciudadano Presidente de la República ha determinado que no se verifique la ejecución de los tres sentenciados, sino hasta la mañana del miércoles diez y nueve del mes corriente.

Sírvase V. dar sus órdenes conforme á esta resolución, y avisarme desde luego el recibo de este mensaje. —*Mejía*.

Notificación hecha á Miramón.

En seguida presente en la referida prisión militar el reo Miramón, le fué leído por mí el despacho telegráfico de la anterior foja; y enterado, manifestó conformidad; y para constancia firmó conmigo el ciudadano Fiscal, de que doy fe. —*González*. — Una rúbrica. — *Félix G. Dávila*. — Una rúbrica.

Notificación á Mejía.

Finalmente, hallándose presente el reo Tomás Mejía, se le leyó por mí el escribano, el telegrama de la foja anterior, quien impuestó de su contenido, manifestó quedar conforme con esta disposición; y para constancia, el referido ciudadano Juez Fiscal mandó se pusiera por diligencia que firmó conmigo, de que doy fe.—*González.*— Una rúbrica.

Ejecución de la sentencia.

En el cerro de las Campanas, sito á setecientos metros de la orilla occidental de la ciudad de Querétaro, á las siete y cinco minutos de la mañana del día diez y nueve de Junio de mil ochocientos sesenta y siete, yo, el infrascrito Escribano, doy fe, que en virtud de la sentencia pronunciada por el Consejo ordinario de guerra y confirmada con el decreto asesorado del ciudadano General en Jefe del Cuerpo de Ejército del Norte, de ser pasados por las armas los reos Fernando Maximiliano de Austria, llamado Emperador de México, y sus generales Tomás Mejía y Miguel Miramón, se les condujo con segura cus-

todia al punto citado, dónde se hallaban situadas las tropas para la ejecución de la referida sentencia, mandadas por el C. General Jesús Díaz de León; y habiéndose publicado por dicho señor el bando de ordenanza, fueron simultáneamente ejecutados los precitados reos á la hora y en el lugar referidos; y para constancia, el ciudadano Fiscal mandó se pusiera por diligencia que firmó conmigo el presente escribano.—*González.*—Una rúbrica.—*Félix G. Dávila.*

En seguida el ciudadano Fiscal dispuso que se agregasen repuestas doce hojas de papel sellado, en reemplazo de igual número que obran en esta causa del común, por falta del primero. Y para constancia, lo firmó conmigo el escribano, de que doy fe.—*González.*—Una rúbrica.—*Jacinto Meléndez*—Una rúbrica.

A continuación, el referido ciudadano Fiscal, pasó, acompañado de mí el Escribano, al alojamiento del ciudadano General en Jefe, á hacer entrega de este proceso, compuesto de dos cuadernos de documentos, y el expediente compuesto de trescientas catorce fojas útiles. Y para constancia, mandó se pusiera esta diligencia que firmó conmigo el infras-

crito Escribano, de que doy fe.—*González*.—Una rúbrica.—*Jacinto Meléndez*.—Una rúbrica.

Durante el curso de este proceso, que había tenido en suspenso á los ánimos en toda la extensión de la República, los Licenciados Riva Palacio y Martínez de la Torre, que no habían querido detenerse en Querétaro, para estar inmediatos al Gobierno, y en último extremo arrancarle el indulto, habían puesto en acción, para conseguirlo, cuantos recursos les permitía su inteligencia, su amistad con los miembros del mismo Gobierno, y aquel infatigable celo de hombres que, poniéndose á la altura de circunstancias grandes y difíciles, buscan una solución satisfactoria, que corresponda á la magnitud del objeto.

Pero mientras en San Luis Potosí la cuestión tomaba proporciones solemnes, girando en la vasta región de la inteligencia, del patriotismo, del honor y de la buena fe, en Querétaro los amigos de Maximiliano, ponían en juego otra clase de manejos para libertarlo.

Entre las personas que más se distinguieron por su energía y actividad para salvar al desgraciado Archiduque, la joven Princesa de Salm, cuyo esposo había caído también pri-

sionero, fué quien sin medir peligros, dificultades ni instancias, apareció como una heroína. No dejó de ensayar uno solo de los medios en que abunda la imaginación femenil, apasionada y escudada con la belleza y la respetabilidad de su sexo.

Su incesante afán, le sugirió un acto de peligrosa seducción. Estaba encargado de la inmediata custodia de Maximiliano, el subordinado y valiente Coronel Miguel Palacios, que se había hecho notable por su inteligencia militar y por su intrepidez, á cuyas dotes unía una modestia suma. Tan buenas cualidades, lo habían hecho acreedor á la ilimitada confianza del General Escobedo.

La Princesa de Salm obtuvo de Palacios, que le hiciese una visita reservada en su propio alojamiento, donde comenzó por manifestar al coronel, que le eran conocidos los pormenores de su situación personal; que era un soldado pobre y con una familia en extremo necesitada; que su esposa, acabando de dar á luz un niño, había carecido hasta de lo indispensable para acudir á las necesidades del momento: que le era forzoso buscar un porvenir á sus hijos, y diciendo esto le ponía en las manos un billete de banco de valiosa suma, añadiendo, que sería mas ámplio el donativo, por solo un leve servicio que exigía,

con la condición natural de perfecto secreto, que Palacios guardaría bajo su palabra de honor.

Palacios la dió, poniendo á salvo honrada y prudentemente el cumplimiento de su deber, su reputación y su honor. Admirado de la puntualidad con que la dama se había informado hasta de las menores circunstancias de su vida privada, y de la gruesa cantidad que le ofrecía por el que la Princesa llamaba pequeño servicio, hubo de preguntarle, que era lo que deseaba.

Todo el servicio que la princesa exigía, era que Palacios se durmiese un momento, añadiendo, que sólo esto le faltaba para lograr la evasión de Maximiliano, á cuyo fin tenía ya hechos sus arreglos.

Esta revelación sobresaltó al Coronel, produciéndole desde luego la sospecha de que quizá la seducción había entrado en la tropa, y tranquilizando á la Princesa con la vaga frase de que iba á ponerse de acuerdo con el General Escobedo, frase que la Princesa quizá no pudo entender bien, por falta de conocimiento en el idioma, y que tal vez le infundió la idea de que Escobedo iba á hacerse cómplice en la seducción, despidióse cortemente de ella, y fué inmediatamente á comunicar al General en Jefe este acontecimiento.

Palacios, reducido á la pobreza, y sujetando á su modesta familia á todas las privaciones y escaseces de nuestros sufridos militares, acababa de desechar una fortuna, revindicando así el honor del soldado mexicano, la probidad del republicano generoso, el buen nombre de nuestra sociedad, la gloria del pueblo que ha sido tan villanamente calumniado en Europa con los epítetos de ladrón y prostituído.

La conducta de Palacios en este singular episodio, será siempre un padrón de vergüenza para nuestros detractores, y un timbre de honor para la República.

Afortunadamente las tentativas de soborno entre otros jefes y soldados, habían sido infructuosas; y Escobedo, á quien se le habían denunciado, y que sabia ya que se versaban en el cohecho cantidades enormes de dinero, satisfecho de la conducta de los soldados que custodiaban á Maximiliano, no quiso que se tentasen nuevos medios de inmoralidad, y le fué necesario hacer salir de Querétaro á la Princesa de Salm, y á los encargados de negocios de Italia, Bélgica y Austria, que habían acudido al llamamiento de Maximiliano, y que allí eran los únicos que para salvarlo no se detenían en gasto ni en riesgos.

Parece que la fatalidad con su titánica y

férrea mano pesaba sobre el Archiduque. Nada favorecía su salvación; sin embargo, los jurisconsultos Riva Palacio y Martínez de la Torre, antes de saber la sentencia, pero presumiéndola, habían elevado al Gobierno el siguiente recurso:

«Ciudadano Presidente. — Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre, defensores nombrados por el Archiduque Fernando Maximiliano de Austria, en la causa que se le formó como prisionero de guerra rendido en la mañana del 15 del próximo pasado Mayo, al Ciudadano Presidente de la República, con el debido respeto ocurrimos exponiéndole; que próxima á sentenciarse esta causa, y temiendo, supuesto el rigor de la ley porque se le juzga, que se imponga la pena capital á nuestro defendido, ocurrimos en su nombre pidiendo la gracia de indulto.

Acaso en los anales de los procesos políticos, no se registra uno en que más justificada sea la gracia que solicitamos.

Agobiada nuestra patria por una guerra civil en que han perecido muchos de sus mejores hijos, las pasiones se exacerbaron; y diciéndose agraviadas por una suspensión de pagos, tres naciones de Europa tomaron la resolución de intervenir en nuestros negocios interiores. Debatido el objeto de la invasión

en las playas de nuestra patria, se separaron de la empresa los gobiernos de España é Inglaterra. Francia, sola, afrontó los peligros de una lucha en que el espíritu nacional de México debía jugar el heroico papel de vencedor, que desprovisto de elementos de riqueza y de poder, su victoria la debiera al inmenso amor que el pueblo mexicano tiene á su independencia. Errantes anduvieron sus buenos hijos, pero con la frente levantada, porque la causa que defendían era nacional y justa, y el porvenir jamás cierra sus puertas á la justicia.

El Supremo Magistrado de la Nación, después de la lamentable ocupación de Puebla, se vió obligado á abandonar, por la irresistible fuerza de los acontecimientos, la ciudad de México, y el día 10 de Junio de 1863 entró á la capital el ejército francés. Poco tiempo después se preparaban trabajos para que se diera un nuevo gobierno al país.

La historia de este período nadie la ignora, y á nosotros sólo nos toca decir, que nombrado el Archiduque de Austria, por una junta de notables, Emperador de México, el día 10 de Julio de 1863, no bastó este nombramiento para resolverlo á venir; porque no se creyó llamado por la voluntad de los mexicanos. Nuevas condiciones de legitimidad im-

puso para resolverse. Transcurridos algunos meses, se le presentaron diversas actas que, á su juicio, según nos aseguró, y el de respetables abogados de Europa y América, le daban derecho para poderse reputar nombrado por México para ejercer la autoridad ó poder de Emperador. Esta creencia lo determinó, según nos ha referido también, á venir al país, animado de una firme resolución de defender á toda costa la independencia de México y la integridad de su territorio que creía amenazadas. Muchos actos de su administración así lo acreditan, y un gran número de pruebas pudieran haberse presentado en juicio, si el proceso formado lo hubiera permitido. Documentos de indisputable fe habrían visto los jueces, y acaso se hubiera mitigado el rigor de la ley. Fácil habría sido demostrar, según nuestro mismo defendido con toda sinceridad nos explicaba, la rectitud de sus intenciones, al aceptar el trono de México, y su firme resolución de sacrificarse por la independencia de su nueva patria y por la integridad de su territorio.

Envueltos quedan en el misterio de un proceso meramente militar, los grandes actos de defensa del acusado, quien con el calor de la más profunda convicción, nos decía: que la historia sabrá presentar más tarde sin pasión,

sus penas y esfuerzos para que México no se complicara en graves cuestiones internacionales. El Archiduque nos repetía, que este era para él su título de orgullo, y que si á su limitada defensa no podían acompañarse documentos de su justificada conducta, personas habría más tarde que honraran su memoria, presentando fielmente al pueblo mexicano y al mundo entero la verdad, á la que estaba ligada su rectitud de intenciones.

Embarazada la defensa en ese terreno que demanda tiempo para aducir las pruebas, creemos de un deber imprescindible, que en esta exposición que hacemos á toda prisa, se consignen especies que tienen, en el sentimiento mismo de la Nación, cierto carácter de verdad. Sea cual fuere la responsabilidad que pese sobre el Archiduque de Austria, ¿podrá atribuírse una intención criminal en un grado superior á la escala de delitos comunes? ¿No deberá tomarse en cuenta, que en el fondo de su conciencia, habiendo algún temor sobre la ilegitimidad de su elección, se habían dado pasos que en apariencia justificaban el origen de su nombramiento, y que estas apariencias se le presentaban con el sentido de la verdad?

Al hablar de este punto, el Archiduque nos decía: «Yo no he venido á hollar las institu-

«ciones de este país, que agitado por la guerra civil, era víctima, mucho antes de mi llegada, de una invasión que en mis propósitos estaba combatir, obteniendo para mi nueva patria los ofrecimientos de los gobiernos de Europa, sin humillación del más puro sentimiento nacional. La probabilidad de buen resultado, el éxito de esta empresa, podrá ponerse en duda; pero no la buena fe de mi conducta. Jamás creí, al venir, que se me hiciera responsable de una situación que no había creado, y de la cual, ni Dios ni la posteridad me juzgarán reo. Yo seré responsable de los actos de mi administración; pero jamás de acontecimientos en que ningún participio tuve. En el porvenir del Gobierno que debía fundar, comprometía también el mío, mi nombre y el de mi familia; y por muchos meses, con sangre fría, sin el estímulo de la pasión, creí que podría hacer el bien de esta Nación, que amaba por gratitud.»

¿Puede este error ser un crimen que merezca la pena capital? La pena de una apreciación inexacta, será tan severa como la del mayor delincuente del orden común?

Bien sabemos que al pesarse en la balanza política los daños de un trastorno público personas hay que los estiman superiores

mayor delito que un individuo pudiera cometer; pero esa opinión está condenada por los hombres cuerdos; porque el crimen del individuo tiene la reprobación del universo entero: no hay, para cometerlo, la conciencia tranquila, que es la fuente de lo excusable.

Nuestro defendido no se reconoce, sin embargo, como causa del trastorno del país. La bandera de la República flameaba lejos de la Capital y de muchos Estados, cuando se presentó como Emperador. Ni se reputó conspirador, ni tampoco revolucionario; «y el mal éxito de la empresa, nos decía, acredita la fuerza de los sentimientos republicanos en el país; pero nunca un crimen de mi parte, que al obrar como lo hice, me animaba una recta y patriótica intención. Si el instinto de humanidad es hacer el bien, yo quise y juzgué que podía hacerlo á un pueblo que creí que me llamaba.»

Los defensores, al oír esta instrucción que nos parecía franca y sincera, comprendimos la posibilidad, en personas honradas, de comprometerse en causas políticas que merecen toda la indulgencia del gobernante al ver reestablecido su poder. La prueba porque ha pasado la República, mientras más dura ha sido, más la engrandece, y su nombre y su por-

venir serán más grandes mientras menos severa sea con quien, rendido á la discreción del General en Jefe, nunca se conforma con los cargos de una perversidad indisculpable de intención, cuando se acepta por error el poder, como derivado del voto público.

Abierto á la razón el cuadro de estos sucesos, la ley de 25 de Enero de 1862 no es aplicable, porque no pudo estar en la mente del legislador poner frente al Gobierno Constitucional, otro, llámese de hecho ó de usurpación, que durára tres años y fuera reconocido por toda la Europa, por el Brasil, Rusia, etc.

- En la fría razón de los hombres de Estado, no puede caber que se niegue al tiempo y á los acontecimientos su propio nombre, su vida, y las consecuencias que se derivan de su existencia. Si la política tuviera ese poder, la omnipotencia del hombre sería un hecho, y la verdad estaría subordinada á las facultades del gobernante. Llámese por lo mismo Imperio, dictadura, poder usurpado, etc., la existencia de ese poder ha sido un hecho que no pudo haber estado en la mente del legislador que se juzgase en un Consejo de guerra, por personas incompetentes para las altas cuestiones de que provenían los cargos al que obraba á virtud de ese poder,

Mas ya que este fué un hecho, á los defensores corresponde, para el desgraciado evento á que se refieren, pedir una gracia, que esperan sea otorgada por las consideraciones que pasan á exponer.

En Diciembre de 1861 los españoles invadían ya á Veracruz, y el 5 de Mayo siguiente, el triunfo de las armas del país acreditaba que solo Francia luchaba con nuestra Patria. En todo este período, si es que había sonado el nombre del Archiduque de Austria, ningún compromiso lo ligaba en esa época, y retiradas las tropas francesas, casi un año han necesitado para ocupar á Puebla. Transcurrido todo el de 1863, es cuando se le llamó. De entonces á su llegada ha transcurrido otro año, y la Regencia había legislado y gobernado, no por su encargo ó instrucción, como lo justifican los primeros actos del Archiduque. Todavía á su llegada, antes de nombrar Ministerio, nos ha referido que quiso conocer la opinión del país, y que al legislar como Emperador, tuvo la convicción de que la República estaba reducida á una extensión muy limitada del territorio.

Tan cierto es esto, que se ha hablado siempre con elogio del número de personas que acompañó hasta Paso del Norte al C. Presidente de la República. Esta honra, justo tes-

timonio del patriotismo constante de algunos mexicanos, es un monumento que en lo moral se ha levantado á los sostenedores de las instituciones; pero es también una prueba fehaciente de que ese poder que se llamó Imperio, tuvo una existencia indisputable que miles de hechos lo acreditan.

La fuerza física que lo apoyara, no podía reputarla elemento invencible y poderoso hasta el extremo de callar las voces que proclamaran la República.

Indomables campeones de ésta, en algunos puntos sostenían con su sangre los altos sentimientos de su patriotismo; pero estaban también reducidos á un corto número de defensores que, si confiaban en el porvenir de su causa, era porque al través de esa calma ó indiferencia aparente de la Nación, veían solo oculto el grito que un día debería darse proclamándose por todos la libertad, la República, la independencia de su Patria.

Previsión será esta de un espíritu superior; inspiración acaso solo de un acendrado patriotismo. El hecho de actualidad lo está acreditando, y esos hombres merecen bien de la patria: sus nombres se escribirán un día con indeleble carácter de una tierna tradición que las generaciones dan con su memoria á los hombres públicos que honran el lugar.

que nacen; pero esto mismo ¿no acredita en Maximiliano que pudo equivocarse de buena fe en sus apreciaciones? ¿que el éxito de sus primeros pasos le haya parecido el afecto de un pueblo que quiere un rey, la obediencia de una nación que se había cansado de la República?

Esta vivía en el corazón de todos, y el silencio de cierto tiempo fué solo el estupor de sucesos imprevistos que en nada ligaban el corazón; pero ellos podían perturbar, como perturbaron, el juicio de este príncipe que, en su error, comprometió á otras personas.

¿No deberá ser esta consideración de algún peso en el ánimo de los que forman el Gobierno, para atenuar una pena que nuestra misma Constitución repugna? ¡Pena horrible, reservada en los tiempos modernos solo á grandes criminales!

Reciente está el hecho de una colosal insurrección en la República del Norte, y todos los gritos de odio y venganza en los momentos del conflicto armado, se volvieron calma y reposo cuando el gobierno tuvo la conciencia de haber dominado la revolución. No ha corrido allí más sangre que la de un infame asesino. Las causas políticas no han terminado con el fin dramático de los hombres de la insurrección.

En Europa tenemos también, en nuestros días, ejemplos de indultos otorgados á jefes de rebelión, á pesar de que contaran los gobiernos muchos años de establecidos, y á esta gracia se debe acaso la paz interior de aquellas naciones.

México, por desgracia, ha visto muertos entre los primeros de sus hijos, á Iturbide y á Guerrero, figuras colosales de nuestra independencia; la lucha prolongada ha seguido esa escala de exterminio, y ningún fruto ha dado en beneficio del país, sirviendo sólo de prueba, que las causas políticas no cuentan menos defensores cuando el patíbulo pone término á la vida de los hombres.

Tal convicción fué, sin duda, la más poderosa causa para que los legisladores de la Constitución de 1857 sostuvieran con un valor digno de elogio, la extinción de la pena capital por causas políticas, y así lo establecieron en su artículo 23.

En la sabiduría de aquellos legisladores, además de la virtud inestimable de hacer el bien, había la máxima, de que el extravío de sus semejantes no se castigara con una pena que impide la rectificación del error mismo. Las revoluciones se combaten con las armas; pero ha de haber siempre un fondo de rectas ideas que hagan amar la bandera de los go

biernos, lo contrario, exaspera los sentimientos, excita el delirio fanático de una causa, y el cadalso es entonces una escuela de martirio que eleva los principios que se combaten.

La terrible idea que se apodera en los gobiernos vencedores, de armarse de una poderosa energía que precipita muchas veces en un abismo los más caros intereses de la Patria, es acaso el fundamento más sólido de los sostenedores de que la pena de muerte no puede aplicarse por causas políticas. El Gobierno, en su victoria, es entonces el acusador, el fiscal, el juez, el tribunal, el ejecutor, y al fin los gobiernos son hombres capaces de pasiones que pudieran combinarse, sin una premeditada y dañada intención, con una intranigente energía que en nada apreciara los justos motivos de atenuación de las penas. Tal severidad, que en nada estima los errores excusables, cerrando los ojos y tapándose los oídos para no ver ni oír las súplicas, las quejas; las disculpas, las excusas del partido vencido, pudiera mirarse como un acto de enemistad, más bien que de recta aplicación de justicia, y en esa transformación de papeles del poder público, la sociedad estaría siempre expuesta á los peligros de una cadena sucesiva de ejecuciones.

Los legisladores de 1857 tenían á la vista

el triste cuadro de nuestras revoluciones, que han dado ya materia para escandalizar al mundo entero, y en esa misma época de exaltación, la más profunda que entre nosotros se halla conocido, con un esfuerzo que está reservado al porvenir apreciar, manifestaron con su conducta pública, que no querían el exterminio de sus enemigos, aspirando solo á una conversión cuya época no podía ser aquella en la que solo se depositaba el germen de un bien que más tarde debiera cosecharse. ¿Qué tiempo pudiera ser más á propósito que éste? ¿Cuándo pudiera presentarse ocasión más oportuna? Jamás los partidos han estado más cerca de entenderse, y esa Constitución debe ser el vínculo de unión para mexicanos que, aleccionados por la desgracia, piden á los vencedores una mano de hermanos por medio de la observancia de una prescripción humanitaria de la Carta fundamental. ¡Cuánto bien encerraría hoy el respeto profundo del art. 23 de la Constitución! Este ejemplo sería más eficaz que mil cadalsos que se levanten para ahogar en su propia sangre á los vencidos!

Los defensores saben que el C. Presidente cree que está en suspenso la Constitución de 1857, aun en sus bases ó principios fundamentales; pero esa misma suspensión, aceptándola como una verdad, ¿obliga á imponer

de una manera irremisible la pena capital al Archiduque de Austria, y con él, acaso, á algunas otras personas? No es más lógico ó humanitario amoldar el uso de las facultades discrecionales á los principios fundamentales de una Constitución por la que ha luchado la República, y quiere que no sea una letra muerta?

Las leyes fundamentales merecen tal acatamiento y respeto, que aun en el uso de ese poder con que se reviste á veces á los gobiernos, se cree, por distinguidos publicistas, que no se pueden tocar. Así los enseña Wattel diciendo: «Pertenece esencialmente á la sociedad hacer las leyes que han de arreglarla, el modo de gobernarse, y la conducta de los ciudadanos cuya potestad se llama poder legislativo. La Nación puede confiar su ejercicio al príncipe ó á una asamblea, ó á esta y al príncipe juntamente, los cuales tienen desde entonces un derecho de hacer nuevas leyes y abrogar las antiguas. Pregúntase si su poder se entiende hasta las fundamentales, y si puede mudar la constitución del Estado? Los principios que hemos establecido, nos obligan ciertamente á decir, que la autoridad de estos legisladores no alcanza á tanto, y que deben mirar como un sagrado las leyes fundamentales, si la Nación no los ha

«autorizado especialmente para mudarlas; por-
 «que la Constitución del Estado debe ser per-
 «manente; y puesto que la Nación la ha es-
 «tablecido primero, y ha confiado después el
 «poder legislativo á ciertas personas, las le-
 «yes fundamentales están exceptuadas de su
 «comisión. Y en fin, si la Constitución auto-
 «riza á los legisladores, ¿cómo han de poder
 «mudarla sin destruir el fundamento de su
 «autoridad?»

Esta doctrina es una consecuencia precisa en este sabio, que antes ha dicho que la Constitución del Estado y sus leyes, son la base de la tranquilidad pública, el apoyo más firme de la autoridad política, y la garantía de la libertad de los ciudadanos.

La lucha de cinco años por las instituciones, gloriosa por la democracia de México, sería estéril, si á la hora de invocar sus principios, cuando el más espléndido triunfo corona heróicos esfuerzos, se contesta que esas instituciones no tienen valor ni fuerza alguna; que la ley viva es la terrible de 25 de Enero de 1862. Pocos defensores tendría esta doctrina, cuando el emblema de unión, el punto de partida, el objeto de la lucha, ha sido el sacrificio de todo otro principio, de toda otra aspiración que no fuera el reconocimiento absoluto de la Carta de 1857. ¿Para cuán-

do, entonces, se reserva la aplicación del artículo citado? ¿Para cuando no haya rebelión? ¿Para cuando no haya á quien aplicarle pena alguna? A tanto equivaldría la severa aplicación de la ley de 25 de Enero de 1862, con la cual se pueden levantar tantos cadalsos, que la imaginación huye del cuadro de horror que se le puede presentar. Con ella es omnipotente el C. Presidente para llamar al patíbulo á los vencidos; pero en la exageración de patriótico delirio, pudiera esa ley devorar la sangre de muchos amigos de la República.

Si fuera posible ver en dos líneas paralelas la marcha de ésta, siguiendo en una la carrera que trace la sangre, y en otra la de la gracia, la de la atenuación, el C. Presidente apartaría aterrorizada su vista de la primera, que no haría más que llenar de luto y de amargura el corazón mexicano, toldando para el porvenir la más ligera esperanza de unión y de bienestar de nuestra Patria.

Es preciso repetir, que jamás ha habido en la Nación sentimientos más francos de adhesión al Código de 1857, y que al C. Presidente de la República, defensor constante de los principios liberales, toca, que lejos de exacerbar la pena de los vencidos, y estimular la ira, la venganza de los vencedores, se procu-

re solo la reparación de los males de los hijos de esta patria desgraciada. ¿Se remedian estos con enseñarles la tumba del Archiduque de Austria? ¿La reparación será satisfactoria, diciendo al pueblo mexicano: «Querétaro fué el sepulcro del que por tres años México le vió ejercer un poder usurpado, llamándose Emperador?» ¿Prefería la nación la muerte pronta de Maximiliano, aunque la historia del año de 61 á nuestros días quede sepultada con él en el misterio del proceso militar? Por la muerte de un hombre, ejecutada á toda prisa, ¿querrá el país perder el derecho de sus grandes reclamaciones, desarmarse ante el mundo entero cuando este mismo Archiduque de Austria ha dicho: «quiero que México me juzgue sin la precipitación de un «proceso solo militar, porque deseo que conozca revelaciones importantes para su existencia, para su bienestar?» ¿Cuándo habrá una causa que más interese á la Federación? Entonces, ¿para qué sirven los tribunales? ¿qué interés hay en una ejecución misteriosa que pudiera en lo futuro siniestramente interpretarse? La muerte, aplicada por un Consejo de guerra, llenará transitoriamente de satisfacción la impaciencia de algunos; pero no es esto lo que puede querer el país. La muerte de Maximiliano, prisionero, podrá llamar-

se por algunos justa venganza nacional; pero nunca merecerá los honores de un gran pensamiento de hombres de Estado. Si la muerte debiera ser la pena de Maximiliano, el proceso que le preparara debía ser, al menos, digno del caso más notable de violación que puede encontrarse en la historia del continente americano. No está aun inquirido el origen de esa invasión que á nuestros puertos mandaron tres grandes naciones de Europa, y antes de tan importante indagación, y de saber las inmensas responsabilidades á que dá lugar, se siga la fuente de todo examen, con grave é irreparable daño de toda la República. Vivo Maximiliano, á su honor correspondè esclarecer la verdad, y en su nombre ofrecernos que así lo hará; porque en las instrucciones que nos dió, repetidas veces marcaba que creía de imprescindible deber que se conociera la historia misteriosa, la parte secreta de nuestras relaciones internacionales. ¡Qué dieran otros pueblos de la tierra por tener á la mano una prueba viviente de tanto interés para su futuro! ¡Cuántas ventajas podrán obtenerse para la existencia de México como verdadera nación independiente, de la vida de un príncipe, ligado por tantos títulos con los soberanos reinantes hoy en Europa!

La misma República americana ha mani-

festado un grande interés por la vida de este príncipe; y si la nota que se pasó para esa recomendación, ha podido herir en algo el sentimiento nacional, que la ha visto como una amonestación, es preciso con la calma que deben tener los representantes de esta República, ver en ella, no una exigencia de superioridad, sino un buen deseo, por las simpatías y amistad que tiene acreditadas en favor de nuestra independencia, reclamando los derechos de México contra la intervención.

Esta no es aceptable, ni en el sentido moral, sea cual fuere el gobierno de que venga, y en este terreno, el mejor intérprete de la opinión pública, ha sido el supremo gobierno. Es este, sin duda, el título de más estimación que México tiene para su digno Presidente y los Ministros que, en crisis tan peligrosa, lo han acompañado.

¿Pero por esto se deberá desoir un buen consejo, se deberá despreciar una recomendación? El poder de esta nación amiga y el estilo de su nota, ¿dá derecho para no estimar en todo lo que valen sus buenos oficios? Si la recomendación se funda en un principio de moral; si es cierto que los principios republicanos detestan esos patíbulo que levantan las pasiones políticas, ¿se deberá á pe-

sar de ellos, contrariar una verdad, solo porque se dijo en un estilo que lastimara?

El espíritu de los hombres públicos de México es muy superior á esas apreciaciones de quienes ven las cosas al través de una susceptibilidad que se hiere de las formas, para sacrificar la justicia. Por una cuestión de estilo, no deben olvidarse los servicios que en la adversidad se reciben; y si se ha pedido algo que la justicia y los principios liberales aprueban, esa voz debe ser escuchada con toda la atención que merece el interés de hermanos que deben tener un lazo de unión.

Podrá haber persona que quisiera contestar esa nota con la muerte inmediata de Maximiliano; pero no hay temor de que tan ilustrado Gobierno pueda dar oído siquiera á esos gritos de una pasión que, aunque fuera patriótica, se parecería más á un delirio, que á la expresión prudente y discreta del verdadero amor al país.

Nada más cuerdo, que en las ocasiones en que México pueda acreditar su gratitud, hacerla patente: y hoy se presenta la más á propósito, para justificar que México es reconocido á los buenos oficios de las naciones amigas.

La muerte de Maximiliano será una demostración de energía; pero no será, es pre-

ciso repetirlo, un acto de prudente política ni de habilidad de gobierno. Desarmar al país, de sus incontestables derechos que podía hacer valer en lo futuro, matando al Archiduque de Austria, podrá ser muy bueno; pero si la nación pudiera ser escuchada, no serían sus mejores intérpretes los que quieren esa muerte, que se lleva la ocasión de presentar á México grande y digno del lugar á que está llamado.

En esas confidencias de solemnes momentos que un acusado tiene con sus defensores, mucho nos impresionó el tono de verdad con que el Archiduque nos decía: «Siento en el alma que mi muerte vaya á causar á la República algunos días de pena. Mi vida no sería nunca nociva al país, por cuya felicidad hago mil votos.»

Abundante es la materia bajo el aspecto internacional; pero esta gracia de indulto debemos más bien apoyarla contestando á los cargos que se hacen á nuestro defendido. El pormenor de ellos exigiría una extensión que debemos excusar, presentando lo capital de estos cargos y sus defensas.

«Se me ha acusado de un crimen que se quiere identificar ó hacerlo parecido, al menos, al delito de traición á la patria, y solo se me puede juzgar, decía Maximiliano, po

«mi conducta práctica y las disposiciones que dicté.»

Encargo muy especial nos hizo de llamar la atención de sus jueces sobre diversos actos que nos marcó; y ya que por la premura del tiempo y la necesidad de venir á hablar con el Ciudadano Presidente y su digno Ministerio, no pudimos regresar á tiempo para formar parte en la defensa, habiéndosenos negado toda prórroga y todo término para rendir alguna prueba, séanos lícito insertar aquí algunas de esas piezas en que creía el Archiduque encontrar la absolución de cargos tan injustos, á su juicio, que no han podido ser objeto del breve y ligero examen de un Consejo de guerra. Nos marcó, por principio, como descargo de toda idea de atentar contra la independencia nacional, su juramento espontáneo presentado ante la Comisión de Notables el día 10 de Abril de 1864, diciendo: «Yo, Maximiliano, Emperador de México, juro á Dios por los santos Evangelios, procurar, por todos los medios que estén á mi alcance, el bienestar y prosperidad de la nación, defender su independencia y conservar la integridad de su territorio.»

Notable fué su discurso del 16 de Septiembre en el pueblo donde se proclamó la inde-

pendencia de México, cincuenta y cuatro años antes, por el benemérito Hidalgo.

Con Francia, nos aseguró que jamás había tenido compromiso ni pacto alguno que comprometiera su honor, y que sobre el particular, de grande interés sería para la República el conocimiento pleno de la historia de estos cuatro años: que ningún tratado celebró con las potencias extranjeras, que pueda ocasionar el menor gravamen para México.

En cuanto á la política interior, grande empeño tuvo en que se leyera el decreto de 6 de Julio de 1864, en que se concedió una amnistía general; y que para quitar toda ocasión de discordia que avivase los resentimientos, dictó una circular en 27 del mismo mes y año, que dice así:

«Secretaría de Estado y del Despacho de Gobernación.—Circular.—México, Julio 27 de 1864.—Siendo el más vivo deseo de S. M. el Emperador, y su más constante anhelo, borrar aun las huellas de las disensiones que por tanto tiempo han afligido al país, y anudar los vínculos de fraternidad de la gran familia mexicana, no puede ver con indiferencia, que al hablarse de algunos individuos, se empleen calificaciones odiosas que pugnan con su política y benévolos sentimientos.

«Por esto, en el decreto que se sirvió expedir el día 6 del corriente, llamando á su deber á los que habían combatido y combaten al imperio, sin mancillarse con crímenes, no se lee la palabra indulto.

«S. M., pues, me manda prevenir á V. S., no exija á las personas que, deponiendo las armas, quieran retirarse á la vida privada, otra manifestación que la de vivir quieta y pacíficamente, sin tomarles cuenta de sus opiniones y sentimientos.

«Me manda igualmente recomiendo á V. S. la mayor circunspección y mesura en el lenguaje oficial, eliminando las frases y calificaciones con que hasta aquí se han zaherido los partidos, y que solo sirven para mantener vivo el fuego de la discordia.

«Manda, en fin, S. M., que esta vigilancia se extienda á todas las publicaciones de la prensa, dictándose contra los infractores las providencias que merezcan sus faltas, y que reclaman la unión y la concordia que debe reinar entre los mexicanos. — El Subsecretario de Estado y del Despacho de Gobernación, *José M. González de la Vega.*»

En idéntico sentido se dictó otra circular de 2 de Diciembre del mismo año, que en su primer párrafo dice:

«Con profundo desagrado ha visto el Emperador las providencias dictadas por esa Prefectura, respecto de los jefes, oficiales y empleados del antiguo Gobierno, y que han vuelto á buscar seguridad al abrigo del imperio. El regreso de esas personas indica por sí mismo una protesta de obediencia, sin que sea necesario exigirles otras demostraciones, que pudiendo humillarlas, no son de utilidad alguna para la seguridad pública..... etc., etc.»

Hay un cargo, que es el de la publicación de la ley de 3 de Octubre de 1865, que se nos explicó, diciendo: que un inexacto supuesto sobre el abandono del territorio nacional por el Presidente de la República, fué tal vez la sola causa de una ley que más tarde tuvo que derogar el mismo Maximiliano, aprovechando cuanta ocasión se le proporcionó de moderar ese rigor que, según nos dijo, fué tomado de otra ley dada con anterioridad por alguno de los gobiernos mexicanos.

Otorgó todos los indultos en causas políticas, aunque en la misma ley se negara el pase á la solicitud.

Tan ajeno estaba de sentir algún desagrado siquiera con la defensa que México había hecho en la guerra extranjera, que mantuvo el respeto que le inspiraban las acciones he-

róicas, y pública ha sido la demostración de simpatía por la memoria del general Zaragoza.

«La persona del Sr. Juárez no encontrará, «nos dijo, una sola especie, en la multitud de «leyes y decretos promulgados, que lastime «su reputación. Creí siempre que era honro- «sa la constancia de sus esfuerzos.» Y al ha- «blar de la alta estimación de ellos, añadió: «Mi regreso de Orizaba no tuvo otro objeto, «que no complicar más al país con una «nueva entidad de discordia que pretendía «levantarse por las fuerzas francesas, obli- «gándome á salir del país para apresurar «el resultado de trabajos iniciados con algu- «nos meses de anticipación. Regresé con el «firme propósito de procurar un allanamien- «to con el jefe de la República, por medio de «un Congreso que diera la paz al país, y cu- «ya idea habían aceptado con gusto las per- «sonas que me acompañaban. El choque mi- «litar y la firme resolución del Sr. Juárez de «no aceptar transacción alguna, me hizo per- «der toda esperanza. Alimenté, sin embargo, «alguna, viniendo á Querétaro para ese obje- «to, y comisioné al Sr. Licenciado D. Anto- «nio García para preparar los medios de ad- «venimiento. Nada se obtuvo, y el resultado, «es el juicio que se me forma. Presintiendo

«la desgracia en que debía caer, si el Congreso ú otro medio de pacificación no se aceptaba, hice depositar en persona en quien tenía toda confianza, mi abdicación, para el caso precisamente de que se me aprehendiese. Era un acto libre de mi parte, al que no quise se diese por algunos la interpretación de forzado. Todo lo encaminaba á la pacificación, que no tuve la dicha de lograr.»

Tiempo es ya de que los defensores, sin más recuerdo de lo qué era una instrucción para la defensa, nos ocupemos solo del indulto que se pide, no para quien la sentencia haya declarado absuelto, sino para quien, condenado á muerte, solicita la vida. Se suplica que esa pena, reservada por los hombres pensadores de este siglo, solo para ciertos delitos del orden común, no se ejecute en la persona del Archiduque de Austria.

Venimos á nombre de la humanidad, de la democracia, de la libertad, de la Constitución, á pedir se suspenda el golpe de la muerte sobre Maximiliano. No solo hay en los códigos esta pena; y al pedir el perdón de la vida, recordamos al Ciudadano Presidente, que esta gracia que otorgue, es una de las más nobles prerrogativas de su poder.

La clemencia es la virtud de los republicanos, y de ella jamás vienen males irrepara-

bles, que son siempre conquista funesta del poder de la tiranía, que con el rigor marca las huellas de un desenfreno que arranca mil lágrimas á la sociedad.

La reflexión, después de cierto tiempo, ha producido, aun en el ánimo de los más descontentos, la profunda convicción de que la paz solo puede venir del triunfo del principio constitucional, y la grande esperanza del país es, que templada la situación por la observancia de los principios mismos que se proclaman, sean un vínculo que ligue á los partidos, sin dar cabida á la agitación amenazadora de pasiones desenfrenadas.

¡Qué bello porvenir tiene el pueblo mexicano, si á la sabiduría del Gobierno y al prestigio de su triunfo, pudiera agregar la observancia precisa, indeclinable, de los principios que sostiene la Constitución!

La gracia de perdón puede ser para nuestra patria una fuente inagotable de bienes que más se estiman cuando más se necesitan. Hoy la sociedad pide la paz, y esta no viene con la sangre, que derrama el luto y la consternación. Al derramarla, si el país tiene algunos que aplaudan, la generalidad verá abrirse un abismo sin fondo de desgracias: porque el rigor es un mal de funesto contagio que lleva á los vencedores adonde no se pien-

sa, adonde no se cree, adonde no se conoce; pero que por todas partes encuentra lágrimas y desolación.

Hay en las grandes crisis un estupor que solo se disipa cuando el gobernante habla como padre que ama la sociedad que gobierna, cuando se ahuyenta ese amago terrible de la muerte, que es el fruto de la discordia; cuando se reciben con limpio corazón las excusas de los extraviados. México es una nación, donde diseminados lloran la mayor parte de sus hijos las desgracias de una lucha fratricida, y la señal de nuevos patíbulos sería un fatídico anuncio de calamidades nuevas que amargarían la existencia de los vencidos, y también la de los vencedores.

Perdón de la vida de Maximiliano pedimos nosotros, y él será, sin duda, bien visto de este país generoso, que conoce ya todo lo que vale la filantropía de los principios liberales. En estos días se abrieron las puertas de la prisión de Jefferson Davis, y su libertad fué aplaudida por el mismo pueblo que sintió los horrores de una discordia civil.

Nosotros, los defensores de Maximiliano, al interponer para su caso este recurso, cumplimos con un deber penoso, pero de honra; porque elegidos, sin duda, por la distancia á que estábamos de su política, mayor ha de-

bido ser el empeño de nuestro encargo en su infortunio. Obligados, por desgracia, á venir á esta ciudad, el tiempo no permitió ya nuestra presencia ante el Consejo, y este sagrado deber se habrá llenado por nuestros compañeros de defensa.

Débil acaso será, por la premura con que se habrá hecho sin apoyarla en pruebas que de tanto interés han parecido á nuestro defendido, para él y para el país. ¡Ojalá y sus jueces, penetrados de la imposibilidad de juzgar de actos superiores á su competencia militar, mitiguen el rigor de una ley que, hija de circunstancias excepcionales, fué producida ad-terrorem contra los que pudieran traicionar á la patria! Maximiliano y sus actos de administración, están á nuestro juicio, fuera de la mente del legislador, que al promulgar la ley de 25 de Enero de 1862, quiso solo aterro- rizar en la gran lucha de nuestra patria con las fuerzas extranjeras, ó imponer esas penas en una crisis pasajera que no dejara, á nuestro pesar, los rastros de una administración, por ilegal que fuera, en un período de años, funcionando con el reconocimiento de diversos Gobiernos del mundo y de la obediencia pasiva de diversos Estados, aunque no fuese espontánea.

No cabe, sin duda, el proceso de un Go-

bierno de largo tiempo de usurpación, en los estrechos límites de esa ley; y esta circunstancia, con muchas otras, hace muy justificado un indulto, que no es solo un caso de humanidad, sino de alta política, que reconocerán nuestra patria, nuestras hermanas las Repúblicas y el mundo entero.

Si no nos hubiese detenido aquí el interés de procurar la salvación de la vida del Archiduque Maximiliano, con los datos á la vista propios para su defensa, por diminutos que fueren, habríamos procurado apoyar esta solicitud, puntualizando las ventajas que el país obtendría de no cerrar con la tumba de Maximiliano la indagación de una preciosa historia para México, que con honra salió de la más crítica y ruda situación. La Providencia veló por su vida como nación, y los pormenores de tantos episodios de este paréntesis parcial de la República, debieran consignarse como un rasgo de valor en el ejército, de inteligencia en los hombres de Estado, y de abnegación y amor á la patria del pueblo mexicano.

Para que esa historia sea toda de honra, pedimos el indulto al Archiduque de Austria. Si se obtiene, la patria sabrá apreciar los rasgos de valor de sus dignos hijos en la lucha, y su generosidad en los días de su victoria.

La República y la democracia tienen hon-
das raíces en el corazón mexicano, y no ne-
cesitan derramar sangre en los patíbulos pa-
ra dar solidez á sus instituciones. Ellas vivi-
rán sin nuevo peligro; porque la experiencia
ha enseñado á los mexicanos, divididos en
otro tiempo, que el mayor de los males es
confiar sus penas al alivio que ofrecen las ba-
yonetas extranjeras. Estas sintieron la enérgi-
ca resistencia que la decisión del pueblo de
México opuso; y su incontrastable resolución
de no aceptar otras instituciones y otro go-
bierno, que el que su voluntad soberana se
diera, marcó sin duda para siempre una nue-
va era para este país, que vió retirarse al ejér-
cito invasor de la manera que el mundo ha
calificado ya. No hay, pues, peligro que con-
jurar; y la vida de Maximiliano, si el Ciuda-
dano Presidente se sirve otorgar el indulto,
en caso de que sea condenado á la pena de
muerte, será el testimonio más grande de que
el Gobierno que supo conjurar la injusta gue-
rra extranjera, fué generoso con los vencidos,
engrandeciendo así el nombre de México in-
dependiente y libre.

San Luis Potosí, Junio 12 de 1867.—*Mari-
ano Riva Palacio.*—*Rafael Martínez de la To-
rre.*»

Puesta la causa en estado de verse en consejo de guerra, éste se había reunido en el Teatro Iturbide, uno de los más ámplios locales que había en la ciudad, para la concurrencia numerosa que debía presenciar un acto tan solemne. Instalado allí el Consejo, presidido por el Teniente Coronel Platón Sánchez, se esperaba que los tres reos de la causa, llegasen á sus respectivos bancos, pero sólo pudieron estar presentes Mejía y Miramón, porque Maximiliano, un poco enfermo, quedó dispensado de la penosa obligación de ofrecerse á la expectación pública, como un reo despojado de sus insignias imperiales y separado del lujoso séquito que sólo supo adularlo y envanecerlo, y no acompañarlo en la hora de su enorme desgracia.

Para las almas supersticiosas, y para las imaginaciones exaltadas, que buscan coincidencias y símiles, era una circunstancia de predestinación, que en el teatro consagrado á perpetuar con su nombre el del primer caudillo de la Independencia en 821, se decidiera la suerte del nuevo imperio. El teatro Iturbide avivaba en aquellos momentos la memoria del héroe de Iguala, que, cediendo también á sugestiones de partido, quiso ceñirse la corona imperial, quizá con más derecho que Maximiliano. El nombre de un Em-

perador que había muerto en el patíbulo, se ligaba estrechamente al de otro emperador, que iba á morir de la misma manera en nombre de la República.

El Consejo compuesto de jóvenes oficiales había terminado su sesión pública, á las doce y media del día 14 de Junio de 1867. El Fiscal había pedido la pena de muerte, y no obstante la opinión que prevalecía en el ejército contra el Archiduque, esos jóvenes de corazón limpio, penetrados de la gravedad de la causa que tenían en sus manos y del augusto magisterio que desempeñaban, deliberaron once horas, al cabo de las cuales pronunciaron su fallo, unánimes, condenando á muerte al Archiduque Fernando Maximiliano de Hapsburgo.

Había transcurrido un mes desde la captura del príncipe á su sentencia, y en este tiempo habían surgido mil dudas, mil temores, mil esperanzas encontradas. La circunspección del Gobierno, algunos la tomaban por desmayo, y todavía después de la sentencia, no faltaba quien dudase de su confirmación, ni quien asegurase que vendría el indulto arrancado al Gobierno por la presión que se suponía ejercer el Gobierno de los Estados Unidos, que había en cierto modo interesándose en la suerte de Maximiliano.

Al comunicarse la sentencia en un mensaje telegráfico á San Luis Potosí, los señores Martínez de la Torre y Riva Palacio hicieron al Gobierno esta otra exposición:

«Ciudadano Presidente: — Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre, al Ciudadano Presidente de la República, con el debido respeto ocurrimos exponiéndole: que ha llegado ya á esta ciudad la noticia del adverso fallo que recayó en el Consejo de guerra que se ha seguido en la ciudad de Querétaro contra el Archiduque Maximiliano de Austria. Ha sido sentenciado á la pena capital, y nosotros, sus defensores, recordando al Supremo Gobierno el anterior ocuro que hemos presentado, para su caso, solicitando el indulto, de nuevo repetimos nuestra súplica pidiendo el perdón de la vida del Archiduque.

El fallo que se pronunció, es resultado indefectible, según habíamos previsto en las circunstancias actuales, de la aplicación de la terrible ley de 25 de Enero de 1862, que depositando en ciertas manos un inmenso poder para salvar la libertad, la expone á humillar y perderse con el sacrificio de todas las formas de un juicio, que son las tutelares de la vida y de la honra. Por esa ley, todo que-

da al libre albedrío de jueces incompetentes para estimar debidamente cierto género de excusas y defensas del acusado.

La muerte de Maximiliano y demás personas que lo acompañan, rendido á la discreción del General Escobedo, podrá ser en la balanza política de la justicia, pena merecida; pero ésta, moralmente ha sido satisfecha ya por la sentencia pronunciada, y su ejecución es innecesaria é inconveniente. El término del imperio es definitivo, porque es segura la existencia de la República. La lucha de la nación en esas dos formas, no tiene posibilidad: las pasiones y los intereses de partido tomarán acaso otra bandera, si la discordia y las agitaciones anárquicas no se conjuran por el ciudadano Presidente que con tanto acierto ha podido librar al país de los peligros de una dominación extranjera.

El medio para esto, no hay que dudarlo, era la más intransigente energía. La intervención no tenía otro enemigo digno, que la más completa resistencia á todos sus esfuerzos militares y diplomáticos. Fueron sus soldados, sin embargo, muchas veces libertados de la pena capital, y procedió sin duda bien el Gobierno moderando una disposición que no puede ser regla invariable de conducta. Sobre lo que está escrito en la ley, hay la dis-

creción de los gobiernos que, guiada por un recto criterio, es el poder más eficaz para el bien. Acabado el poder que se llamó imperio, la necesidad urgente es la paz, que vendrá con la moderación del excesivo rigor de leyes dadas en circunstancias muy excepcionales.

La intransigente energía para combatir la intervención, no puede ser del mismo efecto para la cuestión interior; aquélla tenía por término la salida de la fuerza extranjera por los puertos de la República, y ésta debe tener una solución que no sea de exterminio, aunque por una ley pudiera autorizarse.

Aleccionados por una triste experiencia los vencidos, el recuerdo de los dolorosos sucesos que hemos visto, bastará para la quietud, que no se obtendrá exacerbando sus penas y amagando su existencia, como es de temerse, al ejecutar la sentencia del Consejo.

Precaver el mal, es la más grande sabiduría de los Gobiernos, y en el orden de las probabilidades, más prepara que excusa el rigor, lamentables escenas que precipitan á los pueblos en la división ó en la anarquía.

¡Cuántas lágrimas y sacrificios habrían economizado algunos pueblos, si sus gobernantes hubieran podido prever las tristes conse-

cuencias de un excesivo rigor! Jamás ha sido este un vínculo de paz.

Perdone el Ciudadano Presidente que hayamos renovado algunas especies de las vertidas en nuestro anterior escrito, pero al mismo tiempo que somos defensores del Archiduque Maximiliano, para quien imploramos el perdón de la vida, somos mexicanos amantes de nuestra patria, á quienes interesa su porvenir y su buen nombre.

La distancia á que nos encontramos del lugar del juicio, y la violencia con que pudiera ejecutarse el fallo, nos obliga á suplicar al ciudadano Presidente, que si no puede desde luego otorgar el indulto, se sirva mandar suspender los efectos de la sentencia hasta que se resuelva definitivamente.

Esta súplica es tanto más urgente, vista la resolución que se dió á nuestra anterior solicitud. No pretendíamos un acuerdo prematuro; y para conciliar nuestra pretensión con lo resuelto por el ciudadano Presidente, hoy le hacemos nuestra súplica en los términos que se acaban de marcar.

Triste sería que una falta material del telégrafo, que un incidente que privara de tiempo, impidiera que fuese tomado en consideración el indulto, y que una causa que en lo moral es para el país de la más alta impor-

tancia, tuviera un mal suceso por la privación accidental de los medios de comunicación.

El mundo, que en los grandes episodios de la historia de una nación, la sigue en todos sus pormenores, tendría un motivo de censura, si temiendo nosotros una incomunicación momentánea con Querétaro, no procurásemos que este caso se previese.

Ya que hemos hablado de los que fuera de nuestro país se interesan en este proceso, permítanos el C. Presidente llamar su atención hacia este respecto.

México, por sus relaciones con Europa, necesita fijar su atención en nuestro derecho internacional, del que puede derivarse, en gran parte, la felicidad de la nación. ¿Vivirá ésta aislada? ¿Podrá cortar sus relaciones, casi todas, por haber tomado la iniciativa de la cuestión, España, Francia é Inglaterra, y haber mandado Bélgica y Austria algunas de sus fuerzas como legión extranjera?

Las naciones, en sus diferencias ó conflictos, tienen sus obligaciones ó derechos que, establecidos justamente por la habilidad ó sabiduría de los gobernantes, hacen la felicidad del país, así como su daño, si menospreciando las ocasiones de hacer el bien, lo exponen á un aislamiento y enemistad gene-

ral y constante, siempre peligrosa y de funestas consecuencias.

Las naciones, como los hombres, tienen sus oportunidades propicias para encaminar sus negocios, y la mejor ocasión es aquella en que universalmente se proclama la justicia de una causa. Al llegar á Francia las últimas fuerzas de la Intervención, del fondo de cada conciencia salía un grito de condenación á esa aventura sin resultado. Al terminar el imperio, la diplomacia europea, lanzando una mirada diez años atrás, tiene que reconocer el buen derecho de México para establecer de una manera justa esas reglas de conducta para con las naciones.

Tan brillante oportunidad será, sin duda, de feliz éxito, si se salva por el indulto la vida del Archiduque Maximiliano, en cuya tumba, si muriera, sepultaría el país, por desgracia, desde su historia internacional en cinco años, hasta los grandes elementos de reparación exterior. Con este sacrificio, México habría dado el triste testimonio de deshacer con una mano, en un segundo, el más poderoso elemento de su victoria. México, habría dicho, por satisfacer una mal entendida exigencia de momento: «Cierro el mejor camino que el esfuerzo de mis hijos me había abierto para su futuro de bienestar.» Méxi-

co, entonces, con la ejecución del Archiduque Maximiliano y sus compañeros, al empuñar con energía esa bandera, siempre fratricida, no sería prudente ni grande, ni generoso. Sacrificar todos los frutos que pudiera dar una gran victoria por halagar las pasiones de la discordia civil, no podrá jamás aprobarse por la Nación. La historia y la posteridad dirán si había algún error en estas apreciaciones. ¡Ojalá y ese juicio no recaiga sobre un hecho irreparable!

Con nosotros está el sentimiento nacional. Los hombres de todos los partidos verán, en el indulto de Maximiliano, un acto de alta política que pide la clemencia y apoya el pensamiento de la paz.

San Luis Potosí, Junio 15 de 1867.—*Mariano Riva Palacio. — Rafael Martínez de la Torre.*»

La ansiedad de los defensores, se apoderaba de cualquiera probabilidad favorable, de un destello de esperanza, por remoto que fuese, y aunque no tenían la de que el General en Jefe no confirmase la sentencia, seguían haciendo sus gestiones. Ya su segunda solicitud había sido despachada con esta resolución:

«Secretaría de Estado y del Despacho de Guerra y Marina.—Han expuesto ustedes en su nuevo ocurso, fecha de hoy, que teniendo noticia de que el Consejo de Guerra reunido en Querétaro, ha condenado á la última pena á Fernando Maximiliano de Hapsburgo, pedían ustedes, como defensores suyos, que el Gobierno le concediera la gracia de indulto, ó que si aun no podía resolver sobre ese punto, entretanto pudiera resolverlo, mandase suspender los efectos de la sentencia.

Impuesto de este nuevo ocurso el ciudadano Presidente de la República, ha acordado diga á ustedes, que según les manifesté en oficio de ayer, no es posible resolver sobre una solicitud de indulto, antes de saber la condenación en el juicio, no habiendo una condenación que pueda surtir los efectos de tal, mientras el fallo del Consejo no sea confirmado por el Jefe militar, con arreglo á la Ordenanza y leyes respectivas; y que en lo demás, diga también á ustedes, como les manifesté en mi oficio de ayer, que no alterando el Gobierno las disposiciones de la ley, si en el caso de ser confirmado el fallo del Consejo, se somete entonces en tiempo oportuno á la decisión del Gobierno, resolver sobre si se conceda ó no la gracia de indulto, en tal caso, entre todas las consideraciones que de-

ba pesar el Gobierno, tendrá presente lo expuesto por ustedes en sus dos ocursos.

Independencia y Libertad. San Luis Potosí, Junio 15 de 1867.—*Mejía*.—Ciudadanos Mariano Riva Palacio y Lic. Rafael Martínez de la Torre.—Presentes.

Sin embargo, al saberse la confirmación de la sentencia, hacían otro esfuerzo en esta solicitud:

«Ciudadano Presidente:—Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre, al ciudadano Presidente de la República, con el debido respeto exponemos: que el fallo del Consejo de Guerra ha sido confirmado por el General en Jefe, imponiendo la pena capital al príncipe Fernando Maximiliano. Por última vez debemos molestar al Supremo Magistrado de la Nación, pidiéndole hoy clemencia para nuestro defendido.

El fallo de los tribunales que han conocido de esta causa, es ya un hecho, y ante este acontecimiento omiten los defensores hacer nuevas observaciones á la ley, para implorar solo la gracia del indulto.

Cuanto hemos expuesto en nuestros anteriores ocursos, se ofrece tomarlo en consideración por el Ciudadano Presidente, y á nos-

otros solo nos toca protestar: que amantes de la libertad, estimamos como uno de nuestros mayores bienes exponer con verdad cuanto puede ser útil á la Nación. La vida de Maximiliano no será motivo jamás de trastorno interior en el país, y puede elevar á México, moral y positivamente en el exterior. Su muerte entraña un grave germen de mal; porque para la discordia civil, es un punto de partida que comienza con sangre, y no se sabe su término: en cuanto al exterior, significa el aislamiento de Europa y un motivo de sentimiento para la nación vecina. ¡Sombrio cuadro de un futuro que no quisiéramos profetizar!

No hablaremos ya de consideración alguna de orden público. Al recto espíritu del ciudadano Presidente no puede ocultársele cuanto puede pesar este perdón en un partido vencido, que ve en las manos de este Supremo Magistrado el poder de la salvación pública.

No es posible que el corazón del ciudadano que más ha luchado por los filantrópicos principios de la libertad, quiera amargar la existencia de las familias con una pena que reduce á la nada al reo de la ley. Esa nada en que se resuelve la muerte, es una negra sombra de la existencia cuando se pierde en el patíbulo por un delito político; pero esa

sombra que no se vé al ejecutar á un reo á nombre de la justicia política, la historia nos refiere que muchas veces al través del tiempo que corre, ha conmovido el corazón de quien enérgico creyera que llenaba un deber que impone la ley.

Buen padre de familia el C. Presidente, y educada ésta en los sentimientos que repugnan el horrible espectáculo de la sangre que se derrama por delitos políticos, puede creer, que si escuchara la voz de sus apreciables hijos y digna esposa, le pedirían á nombre de la respetable madre de Maximiliano y de la desventurada princesa Carlota, la vida de este príncipe desgraciado que, al iniciarse en la política de nuestra patria infortunada, cayó en ese abismo sin fondo ni luz que crían las disensiones civiles. ¡Pobre madre! ¡Qué distante estará de tener á su hijo al borde del sepulcro, si antes no le salva el ciudadano Presidente, abriendo las puertas á su corazón generoso, que debe ser el reflejo del pueblo que gobierna!

Ese sentimiento puede estar hoy dominado por esa terrible presión de una exigencia, mal calificada por algunos de patriótica; pero ese mismo sentimiento debe ser superior á un extravío, de que vendría muy pronto un cordial arrepentimiento.

Que piensen con el ciudadano Presidente los que sean llamados á votar en este indulto, cuál sería la súplica de las personas de su familia si estuvieran en esta ciudad, y estamos seguros del perdón que imploramos.

Al otorgarlo, el ciudadano Presidente habrá satisfecho una inspiración de su propia conciencia, y habrá sido digno intérprete de los sentimientos de la República.

Todo lo esperamos de su corazón generoso, pidiéndole se sirva otorgar el indulto, dictando luego sus órdenes para que se suspenda la ejecución, á fin de evitar que la más pequeña dilación en el despacho de este recurso, lo hiciera ineficaz, porque llegase fuera de tiempo.

San Luis Potosí, Junio 16 de 1867.—*Mariano Riva Palacio.*—*Rafael Martínez de la Torre.*

El acuerdo que recayó á ella está concebido en estos términos:

«Secretaría de Estado y del Despacho de Guerra y Marina.—Sección 1.^a—Al ocurso presentado por ustedes, con fecha de hoy, al ciudadano Presidente de la República, solicitando se conceda la gracia de indulto á Fernando Maximiliano de Hapsburgo, que ha sido sentenciado en Querétaro por el Con-

sejo de guerra que lo juzgó, á sufrir la última pena, ha recaído el acuerdo siguiente:

«Examinadas con todo el detenimiento que requiere la gravedad del caso, esta solicitud de indulto y las demás que se han presentado con igual objeto, el ciudadano Presidente de la República se ha servido acordar: que no puede accederse á ellas, por oponerse á este acto de clemencia las más graves consideraciones de justicia y de necesidad de asegurar la paz de la nación.»

Y lo comunico á ustedes para su conocimiento, y como resultado de su ocursio citad.

San Luis Potosí, Junio 16 de 1867.—*Mejía*.
—Ciudadanos Mariano Riva Palacio y Licenciado Rafael Martínez de la Torre.—Presen-
tes.»

Todo había concluído: conforme al tenor de la ley, Maximiliano y sus cómplices deberían ser ejecutados al acabar la tarde del día 16; pero se suplicó al Gobierno les dejase algunas horas más para que dictasen sus últimas disposiciones, y accediéndose á esto, la ejecución se difirió para la mañana del miércoles 19 de Junio.

Durante este corto tiempo, no dejaron de hacerse nuevas gestiones para salvar al Ar

chiduque. Dirigida una postrer súp
Lerdo, Ministro de Relaciones ext
Gobernación, dijo en respuesta á l
sores: «El Gobierno ha tenido una i
ble pena al tomar esta resolución en
puede cifrar el país un porvenir de
la justicia y la conveniencia públi
han exigido: si el Gobierno comete
no será hijo de la pasión, sino de
ciencia tranquila; ella nos dicta est
denegación.»

La esposa de D. Miguel Miramón,
había ocurrido á implorar para él
de indulto, y los señores Riva Palac
tínez de la Torre, quisieron prese
Presidente, quien ya fatigado en ex
combate moral en que habían estac
ber de hombre público y sus sentimi
manitarios, rehusó recibirla diciéndo
cúsenme uds. de esa penosa entre
haría sufrir mucho á la señora con
cable de la resolución tomada.»

Los infatigables abogados aprove
presencia del Sr. Juárez, todavía l
«Señor Presidente, no más sangre: q
ya un abismo entre los defensores
pública y los vencidos: que la neces
periosa de la paz sea satisfecha po
dón que la aproxima. No habla á

Presidente, el defensor de Maximiliano: lo veo en la tumba como á Mejía y á Miramón. Soy un hombre que ama con delirio á su patria, y ella me inspira esta súplica. Que no se nuble el porvenir de México con la sangre de sus hijos: que la redención de los extraviados, no sea á costa de la vida de algunos, porque el luto de las familias, sería para el partido vencedor, el negro reproche de la libertad triunfante.»

El Sr. Presidente respondió: «Al cumplir uds. el encargo de defensores, han padecido mucho por la inflexibilidad del Gobierno. Hoy no pueden comprender la necesidad de ella, ni la justicia que la apoya. Al tiempo está reservado apreciarla. La ley y la sentencia son en el momento inexorables, porque así lo exige la salud pública. Ella también puede aconsejarnos la economía de sangre, y este será el mayor placer de mi vida.»

Esta breve contestación, era el fallo irrevocable de un destino fatal: era la llave forjada en el fuego de la revolución de cincuenta años, que una vez concluída, sólo tenía el preciso objeto de cerrar con estruendo las puertas del pasado, para que una época de errores y desaciertos quedase enteramente separada de otra época fecunda en promesas de independencia, de orden y de paz; era también

una apelación á la historia en forma dogmática; era la oración con que se consagraba el sacrificio de la víctima en las aras del porvenir.

A las seis de la mañana del 19 de Junio, una división de 4,000 hombres mandada por el General Díaz de León, formaba en cuadro al pie del cerro de las Campanas, por el frente que mira al Nordeste. Multitud de gente del pueblo acudía silenciosa á colocarse en el vasto recinto de la colina. Los reos, que habían dictado ya sus últimas disposiciones y consagrado sus postreras horas á recibir los consuelos de la religión, subían cada cual acompañado de dos sacerdotes, á tres carruajes que debían conducirlos. Serían las siete y cuarto cuando llegaron al cuadro de tropa, frente al cual Maximiliano salió el primero, y dirigiéndose á Miramón y á Mejía que sucesivamente habían dejado los coches: les dirigió la palabra diciéndoles muy cortesmente: «vamos, señores?» Los sentenciados se dirigieron con paso firme al lugar del suplicio; allí se dieron un mútuo abrazo de despedida. Maximiliano sacó de su bolsa unas monedas de oro de á 20 pesos, que distribuyó entre los soldados que iban á fusilarlo. Mejía también dió á los que debían disparar so-

bre él, una onza de oro para que se la repartiesen; y en este intervalo, Maximiliano levantó la voz y dijo: «Voy á morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!» Miramón, á su vez, leyó en voz alta un papel en que decía: «Mexicanos: en el Consejo, mis defensores quisieron salvar mi vida; aquí, pronto á perderla, y cuando voy á comparecer delante de Dios, protesto contra la mancha de traïdor que se ha querido arrojarme para cubrir mi sacrificio. Muero inocente de este crimen, y perdono á sus autores, esperando que Dios me perdone y que mis compatriotas aparten tan fea mancha de mis hijos, haciéndome justicia. ¡Viva México!» Después colocándose en el sitio designado, Maximiliano, que había suplicado no se le lastimase la cara, separó su rubia barba con ambas manos, echándola hacia los hombros, y mostró el pecho; lo mismo hizo Miramón, diciendo á los soldados: «aquí» señalándose el corazón y levantando la cabeza: Mejía no habló nada; tenía el crucifijo en la mano que separó al ver que los soldados le apuntaban; se dió la señal de fuego, y una descarga echó por tierra á los tres colosos del Imperio.

Maximiliano no sucumbió en el acto, y se

advirti6, porque ya caído pronunció estas palabras: «hombre, hombre.» Entonces se adelantó un soldado para dispararle el golpe de gracia, con el cual, exhaló el último aliento.

Así concluyó el Imperio que por el escándalo que su creación había causado al mundo, atrajo sobre México las miradas de todas las naciones. A la muerte de Maximiliano y de sus generales, sucedieron momentos de un silencio solemne, que fué interrumpido á poco por las voces de mando y por los toques marciales con que las tropas regresaban á la ciudad, conmovida por tan gran catástrofe; y algunas horas después, no quedaban al pie del cerro de las Campanas, más que tres cruces pequeñas, fijadas en los lugares de la ejecución, como cifras melancólicas de la justicia nacional.

Esta, sin embargo, todavía no desarmaba su formidable brazo, sino que levantada su cuchilla, la tenía suspensa sobre otra porción de cabezas principales, de aquellos que en nombre del Imperio, habían ultrajado inícuamente á la civilización y á la humanidad.

La perspectiva de nuevas y numerosas ejecuciones, hizo que la opinión pública excitada, trasladase su interés del día anterior á los sucesos de actualidad y del porvenir, porque la ley irremisiblemente preparaba nuevos pa-

tíbulos. Pero había llegado la hora de la clemencia: el olor de la sangre ya no era necesario para satisfacer á los numerosos manes de las víctimas de la patria: los reos de infidencia, vieron prolongarse sus procesos, y concibieron esperanzas de perdón, que no salieron fallidas, pues que el Gobierno ajustándose á lo estrictamente necesario para dar complemento á su obra de reparación, bien á su pesar no pudo menos de permitir que se levantasen dos cadalsos últimos, el de D. Santiago Vidaurri y el de D. Tomás O'Horrán, juzgados ya por la opinión de todos los pueblos de la República.

Apenas ocupada la ciudad, el General Escobedo sin dar respiro á sus fuerzas, destacó en el acto cerca de quince mil hombres en auxilio del Ejército con que el General Porfirio Díaz sitiaba la Capital de la República. En esa fuerza venían comprendidos varios cuerpos del Ejército del Norte que habían combatido por tres años, y que acudían á recoger los últimos laureles del triunfo.

Escobedo, calculando que sucumbiría Querétaro antes que México, había resuelto ocurrir personalmente á prestar frente á la capital sus servicios, poniéndose á las órdenes del General Díaz. Así lo comunicó al Gobierno que aprobó su pensamiento, aunque des-

APÉNDICE

Los restos de Maximiliano.

Terminada la narración de los acontecimientos que nos ha sido dable conocer por el testimonio de personas fidedignas, por datos oficiales y por la constancia que tenemos de los que pudimos presenciar, poco nos resta que añadir.

Hemos omitido multitud de episodios interesantes y á veces heróicos, por ser más propios de una historia que de una reseña. También hemos pasado en silencio multitud de nombres de distinguidos patriotas, que sucumbieron con gloria en los combates ó que viven aún, como muestras palpitantes de honor para la República; pero los altos hechos de tan distinguidos ciudadanos, no quedarán ocultos, si, como es de esperarse, la gratitud de sus compatriotas y el celo del Go-

bierno por el buen nombre de México, favorecen á otros escritores de superior inteligencia, que se encarguen de trabajar la historia completa del país.

En las apreciaciones que hemos hecho sobre algunos sucesos, y principalmente sobre la causa de Maximiliano, poco hemos puesto de nuestra parte que no sea la expresión más ó menos clara del sentimiento público.

Quizá no falten envidias, rivalidades y otras malas pasiones, que vean en nuestra reseña algo de parcialidad, y salgan á la palestra para contender sobre lo que se ha dejado de decir, ó para hacer de un pequeño incidente, un motivo de grande escándalo, que pueda servir para llamar la atención y contentar el amor propio de algún quejoso.

Si así fuere, no nos cuidaremos de ello, puesto que nuestro principal objeto ha sido, no el de rebajar ni aumentar el mérito á quien lo tenga, sino el de ofrecer al mundo una sencilla narración de actos honrosos, que vindiquen á México y borren los epítetos de bárbaro y de cobarde con que en Europa y aun en los Estados Unidos, se ha pretendido infamarlo. En consecuencia, las omisiones errores en que hayamos caído, en nada podrán menoscabar nuestra patriótica intención.

Debíamos terminar esta reseña con el proceso de Maximiliano y su muerte, pero nos ha parecido interesante consignar lo relativo al cadáver del Archiduque.

Algunos periódicos de Europa, para sobreexcitar los ánimos en contra de México, dijeron con falsedad inaudita, que Maximiliano había sido destrozado, después de haber recibido groseros ultrajes. La verdad es, que cuando el Archiduque marchaba al cadalso, no hubo una sólo voz del pueblo ni de los soldados, que profiriese el más leve insulto, y que el Gobierno, cuidando siempre de su propio decoro, y previendo que los deudos del Príncipe desearían cobrar su cadáver, oportunamente había dispuesto que se embalsamase del mejor modo posible, y se acondicionase de una manera decente y adecuada á su conservación, previniendo además que se depositase y cuidase con el mayor esmero.

En cumplimiento de estas superiores prevenciones, el General Escobedo designó al Dr. C. Ignacio Rivadeneyra, que desempeñaba el cargo de Inspector general del cuerpo médico militar, y al Dr. Licea, para que practicasen el embalsamamiento.

La operación era difícil, porque la ciudad de Querétaro, agotada por los rigores del sitio, no ofrecía los mejores elementos para el

exquisito trabajo que se deseaba. Todo esto se hace constar en los siguientes documentos:

Ejército del Norte.—General en Jefe.—Sírvasse V. proceder al embalsamamiento del cadáver de Maximiliano, avisando á este cuartel general, cuando esté terminado.—Liber-
tad y Reforma. Querétaro, Junio 19 de 1867.
—*Mariano Escobedo*.—C. General Ignacio Riva-
vadeneyra.—Presente.

Ciudadano General en Jefe.—Hoy, después de nueve días y noches, ha quedado terminada la operación que se sirvió encomendarme, del embalsamamiento del cadáver de Maximiliano. A las siete y media de la mañana del día diez y nueve del presente, me fué entregado el referido cadáver, por el C. Coronel Palacios, Jefe del cuerpo que lo custodió y ejecutó; inmediatamente se dió principio á la operación, y si esta ha sido dilatada, ha consistido en que carecíamos de todos los elementos, aun de los más simples. A V. le consta, ciudadano General, el estado en que encontramos á Querétaro el día 15, que fué ocupado por el Ejército que tan dignamente manda. Hubo gran dificultad hasta para conseguir un poco de carbón vegetal. Las boti

cas estaban enteramente desprovistas, y sólo debido á las relaciones y actividad del Dr. Licea, pudieron conseguirse algunas substancias indispensables para una operación como de la que vengo haciendo mérito. Más adelante daré á V. un informe circunstanciado de los procedimientos que se emplearon, limitándome por hoy á suplicarle se sirva decirme á quien debo entregar el cadáver.

Independencia y Reforma. Querétaro, Junio 27 de 1867.—*Ignacio Rivadeneyra*.—Ciudadano General en Jefe del Ejército del Norte.—Presente.

Ejército del Norte.—General en Jefe.—Sírvasse V. entregar el cadáver de Maximiliano, al ciudadano Coronel Palacios, para que bajo su responsabilidad sea custodiado.

Libertad y Reforma. Querétaro, Junio 28 de 1867.—*Mariano Escobedo*.—Ciudadano General Ignacio Rivadeneyra.—Presente.

En el mismo día quedó entregado el cadáver referido al C. Coronel Palacios.

En la mañana del 26 de Agosto de 1867, fondeó en el surgidero de Sacrificios, el vapor de guerra austriaco «*Elisabeth*,» trayendo á bordo al Vice-almirante Tegetthoff, quien desde luego manifestó su deseo de pasar á la

capital, para obtener del Supremo Gobierno el permiso de llevarse el cadáver de Maximiliano.

Llegado á la Ciudad de México, el Vice-almirante se presentó al Sr. Lerdo, Ministro de Relaciones, haciendo su petición de palabra, y sin carácter oficial.

Ya antes habían pedido lo mismo el Barón Lago, el Barón de Magnus y el Dr. Samuel Basch, médico particular que fué del Archiduque; pero el Gobierno, que por razón de lo que se había escrito en Europa, había contraído cierta responsabilidad sobre el cadáver del Príncipe y que no podía desprenderse de su carácter oficial, ni de las formalidades convenientes para hacer constar de una manera solemne el decoro con que por su orden se había mantenido el cadáver, rehusó como era natural, que su entrega se hiciese por un acto privado. Así se significó al Sr. Tegettohff, manifestándole que era necesario un pedimento oficial del Gobierno de Austria, ó un acto expreso de la familia del Archiduque, con cuyo requisito estaría dispuesto á permitir se trasladase á Austria el cadáver, atendiendo á los sentimientos naturales de piedad que determinasen la petición.

Ya hemos dicho que por orden del Gobierno, se proveyó á la conservación del cuer

del Archiduque, y esto consta en el siguiente documento.

«Telegrama. —San Luis Potosí, Junio 18 de 1867. —A las nueve de la mañana. —Ciudadano General Mariano Escobedo. —Querétaro. —Se ha pedido al Gobierno que una vez que se verifique la ejecución de Maximiliano, permitiera disponer del cadáver, para llevarlo á Europa.

No se ha concedido esto, pero con motivo de tal petición, el Ciudadano Presidente de la República, ha acordado que se sirva V. proceder conforme á las instrucciones siguientes:

Primera. Una vez que se verifique la ejecución de los sentenciados, si los deudos de D. Miguel Miramón y de D. Tomás Mejía, piden disponer de los cadáveres, permitirá V. que desde luego puedan disponer libremente de ellos.

Segundo. Sólo V. dispondrá lo conveniente respecto del cadáver de Maximiliano, rehusando que pueda disponer algo otra cualquier persona.

Tercera. Oportunamente mandará V. hacer cajas de zinc y madera, para guardar de un modo conveniente el cadáver de Maximiliano y también para los de D. Miguel Mira-

món y D. Tomás Mejía, si no los piden sus deudos.

Cuarta. Si alguno pidiere que se le permita embalsamar ó inyectar el cadáver de Maximiliano, ó hacer alguna otra cosa que no tenga inconveniente, rehusará V. que lo disponga otra persona, pero en tal caso V. lo dispondrá previniendo que, sin rehusarse la presencia de extranjeros, se haga por mexicanos de la confianza de V.; y que todo se haga de un modo conveniente por cuenta del Gobierno.

Quinta. Una vez que se verifique la ejecución, prevendrá V. que desde luego se cuide del cadáver de Maximiliano y también de los otros, si no los piden sus deudos, con el decoro que corresponde después que se ha cumplido la justicia.

Sexta. Dispondrá V. que el cadáver de Maximiliano se deposite en lugar conveniente y seguro bajo la vigilancia de la autoridad.

Séptima. Para el depósito del cadáver de Maximiliano y de los otros, si no los piden sus deudos, encargará V. que se hagan los actos religiosos acostumbrados. — *Lerdo de Tejada.*

Embalsamado en Querétaro el cuerpo de Maximiliano, hubo de retocarse en México p

el C. Dr. Ignacio Alvarado, que corrigió del todo algunos defectos del embalsamamiento anterior, debidos á la carencia de sustancias que se había hecho notar en la primera de dichas ciudades.

Perfectamente acondicionado el cuerpo para su traslación en cajas trabajadas con decencia y esmero, se recibió en el Gobierno la petición directa del de Austria, para que se entregase al Vice-almirante, por cuyo conducto vino la nota del conde de Beust, concebida en estos términos:

«Señor Ministro:—Habiendo una muerte prematura arrebatado al Archiduque Fernando Maximiliano á la ternura de sus deudos, Su Majestad Imperial y Real Apostólica siente el deseo muy natural, de que los despojos mortales de su infeliz hermano puedan hallar el último reposo, en la bóveda que encierra las cenizas de los Príncipes de la casa de Austria. Participan de este deseo con el mismo anhelo, el padre, la madre y los otros hermanos del augusto difunto, así como en general todos los miembros de la familia imperial.

El Emperador, mi augusto amo, tiene la confianza de que el Gobierno mexicano, cediendo á un sentimiento de humanidad, no

rehusará mitigar el justo dolor de su Majestad facilitando la realización de este voto.

En consecuencia, el señor Vice-almirante de Tegetthoff ha sido enviado á México, con orden de dirigir al Presidente, la súplica de hacerle entregar los restos del hermano querido de su Majestad Imperial, á fin de que puedan ser transportados á Europa.

Por mi parte, estoy encargado, en mi calidad de Ministro de la Casa Imperial, de pedir la benévola interposición de Vuestra Excelencia, con objeto de obtener para el Vice-almirante la autorización necesaria al efecto.

Teniendo la honra, señor Ministro, de rogaros anticipadamente, que os hagais cerca del Jefe del Estado, el órgano de la gratitud de la augusta Familia Imperial por el cumplimiento de su deseo, y de que aceptéis vos mismo la expresión de ella: por los buenos oficios con que tengais á bien contribuir: aprovecho esta ocasión para ofrecer á Vuestra Excelencia las seguridades de mi alta consideración.

Viena, 23 de Septiembre de 1867.—El Canciller del Imperio, Ministro de la Casa Imperial, *Beust*.

A su Excelencia el Sr. Lerdo de Tejada, Ministro de Negocios Extranjeros en México.»

El Ministro de Relaciones de la República la contestó con la siguiente:

«Departamento de Relaciones Exteriores.
—México, Noviembre 4 de 1867.—Señor Ministro:—Me ha entregado el señor Vice-almirante de Tegetthoff, la nota que me dirigió Vuestra Excelencia en 25 de Septiembre último.

Se sirvió Vuestra Excelencia comunicarme en ella, que su Majestad el Emperador de Austria siente el deseo muy natural, de que los restos mortales de su hermano el Archiduque Fernando Maximiliano, tengan su último reposo en la bóveda que encierra las cenizas de los Príncipes de la casa de Austria: que participan de este deseo, el padre, la madre y los otros hermanos del finado Archiduque, así como en general todos los miembros de la familia imperial; y que confiando su Majestad el Emperador, en que el Gobierno mexicano facilitará, por un sentimiento de humanidad, la realización de ese voto, ha sido enviado á México el Sr. Vice-almirante de Tegetthoff, para pedir al Presidente que le permita llevar los restos del Archiduque á Europa.

Instruido de los justos sentimientos expresados en la nota de Vuestra Excelencia, no ha

dudado el Presidente de la República, disponer que sea atendido y satisfecho con gran consideración, el natural deseo de su Majestad el Emperador de Austria y de la familia imperial.

Conforme á lo dispuesto por el Presidente, he manifestado al Sr. Vice-almirante de Tegetthoff, que desde luego le serán entregados los restos mortales del Archiduque Fernando Maximiliano, para que pueda llevarlos á Austria, cumpliendo así el objeto de su misión.

Tengo la honra, señor Ministro, de protestar á Vuestra Excelencia las seguridades de mi muy distinguida consideración.—*S. Lerdo de Tejada.*

A su Excelencia el Sr. Conde de Beust, Canciller del Imperio y Ministro de la Casa Imperial de Austria.—Viena.»

Así acabó en México el peligroso ensayo de la monarquía. El fin debía ser trágico, y el ensayo penoso, porque no había un elemento sólo que se prestase á consolidar una institución extraña á la voluntad, á los hábitos y á las aspiraciones de un pueblo, que ha luchado medio siglo por la libertad y la democracia.

Cuando el mal aventurado Hapsburgo desembarcó en las playas mexicanas, nada esta-

ba preparado siquiera para parodiar los usos y ceremonias de las Cortes Imperiales. Fué necesario que los que rodearon al Príncipe, como gente de su servidumbre, aprendiesen desde la manera con que debía saludarse á un Monarca, y este aprendizaje no pocas veces era objeto de burlas y epigramas entre los alumnos del Imperio. Nadie sabía la colocación que debía tomar en las ceremonias públicas, y era preciso que un Maestro de ceremonias previniese por escrito, y en forma de bando, el orden con que deberían hacerse ciertas solemnidades.

Algunas medianías llamadas al servicio del Emperador ó de la Emperatriz, tenían que comprometer sus pequeñas fortunas para ostentar un lujo insostenible, por lo que llamaban el esplendor de la Corte.

Para fundar ésta, también se había hecho preciso, gastar cuantiosas sumas en alfombras, en mármoles, en cristales, en muebles régios, en salones de baile, en hacer del Palacio y bosque de Chapultepec, una deliciosa mansión de campo, y en otros mil objetos que absorbían las rentas públicas, y obligaban á la que llamaban caja central, á respaldar libranzas de los jefes imperiales, que imponían enormes préstamos á los propietarios, para

subvenir á los gastos de la guerra que hacían á la República.

Durante cuatro años, no pudo concluirse la transformación del Palacio Nacional, y desde la entrada del Archiduque, el trabajo y el gasto y el aprendizaje fueron incesantes, y algunos de sus servidores, abrumados con el lujo, muy pronto se arrepentían de su pasión por el Imperio, que tanto les costaba. Todo era tirantez, todo era sacrificio, todo era insostenible en fin.

En medio de esto, lo que más llama la atención es, que, apenas retiradas las fuerzas francesas, la caída del Imperio, no fué trabajosa y lenta, sino fácil y estrepitosa.

Al dejar nuestras playas las tropas expedicionarias de Francia, Maximiliano contaba aproximativamente con un ejército de 25 á 30,000 hombres y más de 300 cañones; y como recurso pecuniario, los pingües productos de la aduana de Veracruz, y las ya subidas rentas de las ciudades de Puebla, México y Querétaro. Sin embargo, el día 12 de Marzo de 1867, se habían embarcado en Veracruz los últimos restos de soldados de Napoleón, y en la mañana del 15 de Mayo, es decir, á los dos meses y tres días, el Imperio había dejado de existir, y un mes más tarde había desaparecido el mismo Emperador.

¿Qué prueba más robusta y más solemne pudiera presentar un pueblo para probar su profunda adhesión á la República democrática? Napoleón cometió un error ó una maldad, al apoyar las miras traidoras de los pocos mexicanos, perversos unos como Almonte, y estúpidos y candorosos los demás, que no hicieron otra cosa que ensangrentar el país, y cerrar el libro de su vida política como partidarios obstinados, con el sello de una imperecedera infamia.

El error ó la maldad de Napoleón, ya no nos importa; el error ha sido glorioso para México, y tenemos fe en que le será provechoso. México está llamado á gozar de una vida propia. El valor, la generosidad, la clemencia y el olvido de las desgracias y agravios que le han inferido sus propios hijos, constituyen un elemento de virilidad que augura su fuerza en el porvenir.

En contraposición de Maximiliano, Juárez, personificación de la democracia en México, es el hombre que, colocado á prodigiosa altura, se presenta á los Reyes de Europa, como una cifra sencillísima y clara que les dice: «La América latina no tiene el poder material, para ir allende los mares, á vengar los agravios que se le hacen, pero cuenta con fuerza maravillosa para despedazar las coro-

nas, aplastar las cabezas de los reyes aventureros, y absorber por el poderoso aliento de la libertad á las naciones del viejo continente.»

México para ser feliz, no ha menester nombres tradicionales, ni profundos sábios, ni guerreros conquistadores; necesita únicamente hombres libres, honrados y laboriosos. Víctima del gobierno francés y objeto de escarnio para la Europa, México sin hacer ostentación de sus victorias, tiende la mano á todos los seres oprimidos del mundo, para ofrecerles en un suelo hospitalario, riquezas y libertad.

Querétaro, abril diez de mil ochocientos sesenta y siete.—Al Campo.—C. General en Jefe.—Los que suscribimos, Oficiales del Primer Batallón Ligero del Valle de México, prisioneros en el ataque del veinticuatro del pasado, al punto llamado Casa Blanca, ponemos en el superior conocimiento de V., que en la mañana de hoy se nos ha participado que habiendo sido pasado por las armas un soldado del ejército que defiende esta plaza, sin consideración alguna del buen tratamiento que hemos recibido, en lo de adelante darán principio las represalias, siendo pasados por las armas sesenta y dos Jefes y oficiales; de

estos, dos norteamericanos, así como trescientos hombres de la clase de tropa.—Nosotros creemos de nuestro deber tanto manifestarle esto, como hacerle saber que el buen trato y toda clase de consideraciones no han sido escaseadas á los prisioneros que de nuestro Ejército existen en esta plaza.—Aprovechamos esta oportunidad, para ofrecer á V. nuestra subordinación y respeto.—Comandante, *José G. de la Parra*.—Comandante capitán, *José M. Ortiz*.—Capitán, *Joaquín Zapiain*. Teniente, *Trinidad Guzmán*.—Subteniente, *Luis Mijares*.

El C. General en Jefe del Ejército de operaciones se ha impuesto de las comunicaciones que con fecha diez de este mes le han dirigido los Sres. Oficiales que se hallan prisioneros en la plaza de Querétaro, en que le manifiestan, que en la mañana de ese día se les ha hecho presente, que habiendo sido pasado por las armas un soldado de las fuerzas que defienden la plaza, si en lo sucesivo se repite otro acto de esta naturaleza, darán principio las represalias y serán pasados por las armas sesenta y dos Jefes y Oficiales y trescientos hombres de la clase de tropa que están en ella prisioneros. El C. General en Jefe, me ha ordenado diga á VV., que no ha mandado pa-

resolution et qui veulent venir avec moi et me suivre de très près. Je crois que tous ceux de la classe de troupe serviront volontiers dans vos rangs; mais la majeure partie des officiers du moins en ce moment desirent rentrer en France ou aller se fixer comme civils dans l'interior du pays. Quant à moi élevé par un père republicain dans des idées qu'une instruction très liberale a développées et que la revolution de 1848 a confirmées en donnant naissance à une republique, presque aussitôt étouffée que créée par les reactionnaires qui parès du titre des *seuls honnes gens de France* et joints au parti clerical ont porté à la tête du pouvoir celui qui devait l'incarner en lui, ils le savaient bien, et qui, en attaquant la republique romaine, en 1849 annonçait aux clairvoyants son coup d'état de 1852, contre la republique française, et n'a étonné personne, en attaquant en 1861 la republique mexicaine. Quant à moi dis-je je serais heureux si votre excellence mon général, me permettre de servir sous ses ordres car j'ai confiance dans l'avenir du Mexique, je desire m'y fixer peut être pour toujours du moins tant que la France, ne changera pas de forme de gouvernement, c'est pourquoi je veux pouvoir, quant le pays sera pacifié pouvoir dir, que moi aussi j'ai combattu pour la cause de la

liberté, et la defense de l'indépendence du Mexique.

Pour décider ceux qui hésitent encore à tenter ce moyen de repatrier je prierais votre excellence de bien vouloir me donner une réponse écrit assurant notre liberté, car tous ont foi en votre parole. On doit tenter ici une forte sortie commandée par le général Miramon, je ne sais sur quel point, on nous a annoncé que sous peu le général Marquez arrivé de Mexico avec 5,000 hommes, Lozada de Guadalajara avec le même nombre. Olvera avec 4,000, le colonel Pesqueira de Morelia avec 3,000, et en fin, que Chavez avec des forces nombreuses du côté de San Miguel, toutes ces forces, opperent de concert, vous devez mon général beaucoup mieux que nous savoir si ces nouvelles sont controuvées. Que votre excellence daigne, mon général, agréer l'assurance du profond respect avec lequel je suis votre très humble serviteur. — *E. Mathis de Dalmstad.*

Es copia de la original. San Luis, Noviembre 25 de 1867. — *Joaquín M. Escoto*, secretario.

A Su Exmo. el Sor. General Escobedo Comandante en Gefe del Ejército nacional de-
liante de Queretaro. — En Queretaro abril 26 de

1867.—Emo. Sre.—Cuando ejecutores de la voluntad de nuestro Emperador llegamos en Mexico combatir anarquía é hidra revolucionaria, segun que se decíanos, eso fué sin el entusiasmo que guió nuestros pasos en los gloriosos campos de Crimea Italia é Africa; porque sentiamos que en esa ocasion no estabamos mas los soldados de la civilisacion y del progreso, la esperiencia habiéndonos hecho prudentes, habiéndonos enseñado en Francia desde 1848 hasta 1852 como tanto estas palabras *anarquía hidra revolucionaria trastar-no del órden social* etc. etc. son familiares á los reaccionarios de todos pais. Por entonces como nuestra pátria entera vemos con mucho menos que simpatía esta guerra pero dominados por la diciplina complemos friamente y estrictamente nuestro deber y fieles á nuestras banderas defendimos el honor france-se imprudentemente empeñado.—Cuando en 1866 el imperio quizo organizar una ejercita entremos en ella crendo hacernos un suerte honroso en este pais que hubiesemos considerado como nuestra segunda patria, y al elevacion de quien cada uno de nosotros habria contribuido segun su poder. Pero apenas nuestros compatriotas hubieron evacuado Mexico reconocemos que este Gobierno que segun nuestra primera creencia, habria sido acepto

todo el pais, estaba por el contrario, onal. Ademas cuando vimos que el de la libertad contaba bajo sus bandos esto que tenia creencias y talentos, imos defender mas de tiempo esto que eriamos nuestros mismos en Francia, *hierno extraño empuesto á la nacion por intad extranjera* y combatir los grandes os por los cuales nuestros padres han o su sangre en 1789 y en 1830 y nos i en 1848. Los de nosotros que tenian den su dejacion y preguntemos casi volver en Francia apoyando nuestra ta sobre una circular de su Exmo. el reschal Bazaine quedabanos órdenes lvernios: Pero el Emperador, aunque nuestra pregunta, púsonos en la imdad absoluta de dar seguida en ella, ando los auxilios nessesarios para lleeracruz conseguridad y poniendó prede nosotros que querian noobstante , rejuntar los franceses que querian iterin, Querétaro fué sitiado y fuimos obligación de emplazar nuestras pro para tiempos mejores. Pero en este ito, no preveendo cuando se acabará io, venemos, mi General, preguntar á cellencia eso que los Imperios nos han o, su proteccion para nuestro rapatria-

mento. Somos algunos 30 franceses en nuestro cuerpo que si su Ex. dignese acceder á nuestros ruegos pasaremos de nuestros puestos avanzados á sus líneas, ejemplo que será seguido de cerca por los franceses de los otros cuerpos que tenemos advertir per cuidad de las delaciones.—Esperando, mi general, que dignerese hacernos una respuesta favorable, rezamos á Dios tenga Um en su guardia y gritamos con el corazon Viva la santa libertad de los Pueblos.—*E. Mashis Dalmstad*, ex-sargento 1º francese; exteniente tesorero de los Lanceros—hoy sargento de la Gendarmaría.—Que su Ex. dignese perdonerme mis disparates franceses porque no solo el idioma castellano es dificil para mi pero es mas de mi gusto, despues de muchos años, de tener en ms manos un sable y una pluma

Es copia de la original. S. Luis, Noviembre 25 de 1867—*Joaquin M. Escoto*, secretario.

NOTA.—Insertamos estas comunicaciones, como una prueba más de que el General Escobedo no quiso deber la toma de Querétaro exclusivamente á una traición, ni aprovecharse de las ofertas que en ellas se contienen. Además, tampoco hemos querido quitar á estas comunicaciones su ortografía original.

JUAN DE DIOS ARIAS.

ÍNDICE.

	Págs.
El original del proceso y los seudosabios negociantes.....	VII
Orden del General en Jefe.—Cabeza del proceso.....	1
Orden del Ministerio de la Guerra que se cita en la anterior.....	2
Nombramiento de escribano.....	8
Habilitación del papel.....	9
Declaración preparatoria de Maximiliano.....	10
Incomunicación de Maximiliano.—Declaración preparatoria de Tomás Mejía.....	14
Incomunicación de Tomás Mejía.—Declaración preparatoria de Miguel Miramón.....	21
Incomunicación de Miguel Miramón.....	26
Suspensión de las diligencias.....	26
Nombramiento de defensores hecho por Maximiliano.....	27
Continuación de las diligencias para la declaración preparatoria de Maximiliano.—Petición	

de Maximiliano de algunas leyes de la República.—Protesta de Maximiliano.....	28
Confesión con cargos de Maximiliano.....	31
Carta de Maximiliano al Presidente.....	41
Confesión con cargos de Don Tomás Mejía.....	42
Aceptación del defensor de Mejía.....	49
Confesión con cargos de Miramón.....	50
Expósición verbal de Maximiliano.....	63
Carta de Maximiliano al Presidente de la República.....	67
Pase concedido á la carta de Maximiliano.....	67
Certificación del escribano sobre el estado del proceso.....	68
Telegrama de Maximiliano al Presidente de la República.....	68
Oficio del Fiscal para la entrega de la causa al General en Jefe.....	70
Dictamen del asesor sobre el oficio que antecede.....	74
El General en Jefe declara estar la causa en estado de defensa.....	76
Se mandó agregar la contestación á las solicitudes de Maximiliano.....	76
Notificación á Maximiliano.....	81
Citación al defensor de Mejía.....	82
Nombramiento de defensor de Miramón.....	83
Mejía pide se le amplíe su declaración.....	83
Entrega del proceso al Lic. Vega.....	84
Ampliación de la confesión con cargos á Mejía.....	85
Extracto del memorial del defensor de Maximiliano.....	.
Ampliación de los términos para la defensa.....	!
Notificación á Maximiliano.....	.
Notificación á Miramón.....	.
Notificación á Mejía.....	.

	Págs.
Se agrega el decreto que recayó al memorial del defensor de Maximiliano.....	95
Reposición de papel sellado.....	95
Dictamen del Asesor sobre el escrito que antecede.....	105
Decreto del General en Jefe declarándose competente.....	106
Apelación del auto del General en Jefe.....	107
Cita de D. Tomás Mejía.....	109
Dictamen del Asesor sobre la cita de D. Tomás Mejía.....	110
Telegrama del C. General Porfirio Díaz.....	112
Parecer del C. Fiscal sobre el recurso de apelación.....	113
Se levanta la incomunicación á los reos.....	115
Notificación á D. Tomás Mejía.....	116
D. Tomás Mejía y su defensor pide se provean los ocursos que presentaron al General en Jefe.....	117
Comparecencia del defensor de Mejía.....	118
El defensor de D. Miguel Miramón presenta un escrito y hace suyo el del Lic. Vega sobre declinación de jurisdicción.....	120
Parecer del Fiscal sobre los ocursos de D. Tomás Mejía y D. Miguel Miramón.....	121
Se hace saber á Maximiliano el telegrama del C. General Díaz.....	122
Notificación á Maximiliano de la resolución que recayó á su ocurso de 31 de Mayo, sobre incompetencia.....	123
El defensor de Maximiliano rehusa recibir la causa para hacer la defensa.....	125
Constancia de haberse recibido las resoluciones del General en Jefe.....	126
Parecer fiscal.....	127

Dictamen del Asesor sobre el recurso de apelación.....	130
Decreto del General en Jefe.....	131
Parecer fiscal sobre el recurso de Mejía y Miramón.....	131
Memorial de Miramón y Mejía declinando la jurisdicción militar.....	133
Parecer fiscal sobre el ocurso que antecede.....	143
Decreto declarando sin lugar los recursos que anteceden.....	145
Notificación al defensor de Mejía.....	145
Notificación á Maximiliano.....	147
Declaración fiscal sobre el término para la defensa de Maximiliano y respuesta del C. Lic. Vázquez.....	148
Parte del Fiscal al General en Jefe.....	150
Se nombra un segundo escribano.....	152
Comunicación del Fiscal al General en Jefe.....	153
Dictamen del Asesor sobre el oficio que antecede.....	157
Decreto del General en Jefe.....	159
Notificación al defensor de Miramón.....	160
Nombramiento del Lic. Jáuregui como defensor de Miramón.....	161
Entrega del proceso á los defensores de Miramón.....	162
Devolución del proceso por los defensores de Miramón.....	163
Telegrama del Supremo Gobierno que prorroga el término para las defensas.....	164
Citación á los defensores de Maximiliano.....	168
Aceptación de los defensores.....	168
Entrega del proceso al Lic. Vázquez.....	169
Devolución del proceso por el Lic. Vázquez.....	170
Nueva prórroga para las defensas.....	170
Se agrega el escrito de los defensores sobre declinatoria de jurisdicción.....	173

Dictamen del Asesor.....
 Consulta del Fiscal sobre recursos de los
 sores.....
 Dictamen del Asesor sobre la anterior co
 Decreto negando la apelación.....
 Notificación á los defensores de Maximili
 Los licenciados Vázquez y Ortega piden t
 probatorio.....
 Decreto declarando el proceso en estado d
 Aprobación de la sentencia.....
 Recusan los defensores al Asesor D. Joaqui
 coto.....
 El C. Fiscal eleva con apoyo esta solicitud
 El asesor devuelve al general el ocuso, n
 que haya justicia para ser recusado...
 Conformidad del C. General en Jefe con e
 cer del C. Asesor sobre no admitir la
 ción.....
 Nuevo nombramiento de Fiscal en subst
 del C. Azpíroz.....
 Nuevo nombramiento de escribano por l
 que expresa.....
 Diligencia de haberse recibido este proc
 dos cuadernos y un ocuso preveído ne
 mente.....
 Se cita para notificación á los defensores
 por concluido este asunto por no hallar
 tos.....
 Contestación de Miramón á la notificaci
 se le hizo de su sentencia.....
 Notificación de la sentencia á Maximilian
 Notificación de la sentencia á Miramón..
 Notificación de la sentencia á Mejía.....
 Se libra oficio con inserción de lo contest

Miramón al General en Jefe y se anota por diligencia.....	508
Se manda agregar un telegrama que previene se suspenda la ejecución de la sentencia hasta el miércoles 19 del corriente.....	509
Notificación de la suspensión de la ejecución á Maximiliano.....	510
Notificación hecha á Miramón.....	511
Notificación á Mejía.....	512
Ejecución de la sentencia.....	512
APÉNDICE.—Los restos de Maximiliano.....	573



MUY INTERESANTE

•
A

LOS LECTORES

AGENCIA DE INFORMES Y ENCARGOS ⁽¹⁾

DIRECCIÓN: ANGEL POLA, CIUDAD DE MÉXICO,
CALLE DE TACUBA NÚMERO 25.

DIRECCIÓN POSTAL: APARTADO NÚM. 1,265.

Muy acreditada por su honradez, eficacia y equidad, se ocupa en todo género de informaciones y encargos, siendo ilimitada su esfera de acción. Utilísima á los abogados para sus negocios judiciales, á los ingenieros para las materias de su profesión, á los médicos para medicinas de patente é instrumentos de las mejores fábricas; á todos los profesionales, en fin, para los objetos que les atañen; á los comerciantes para recibo y remisión, compra y venta de mercancías é información de precios; á los agricultores y ganaderos, para maquinaria, semillas y libros referentes á su ramo; á los artesanos, para la indicación de precios de sus materiales y la venta de sus artefactos; á los militares; á los enfermos, para que los recete el médico de su agrado; á todos los residentes de fuera de esta Capital, para indagaciones de toda clase, solicitudes de propiedad literaria y artística, peticiones de privilegio, denuncia de minas y terrenos, etc., etc.

Para cada ramo hay una persona especialista muy competente.

El precio de nuestra comisión queda á entera equidad del solicitante.

Para informes sobre nuestra integridad, diri-


(1) *Advertencia muy importante.*—Ningún pedido será servido sin el pago anticipado de su importe.

El pago en timbres postales tiene un recargo de 15 por ciento

girse á la Casa Bouret, calle del 5 de Mayo, núm. 14, uno de los establecimientos comerciales más fuertes de esta Capital.

¡Libros! ¡Libros!

Me encargo de servir con toda eficacia y á precio de catálogo, toda clase de libros, nuevos ó de medio uso, antiguos ó modernos, raros, sobre toda clase de materias y en cualquier idioma: agricultura, ganadería, veterinaria, letras, artes, ciencias y religión.

 Ningún pedido será servido sin la remisión anticipada de su importe, ya en giro postal, ya por exprens, ya en timbres postales de á cinco centavos; pero, en este último caso, aumentando quince centavos en cada peso, que es el importe del cambio en moneda.

Toda remisión se hace certificada y con toda eficacia. 

DE VENTA

(Este catálogo
anula los anteriores en los precios de los libros.)

Obras completas de Melchor Ocampo.—Consejero de D. Benito Juárez, jefe del partido puro (liberal republicano), alma de la Constitución de 1857 y autor y mártir de las leyes de Reforma: informan sus obras las ideas más elevadas y sanas en moral, religión, política, letras y ciencias.

TOMO I.—POLÉMICAS RELIGIOSAS, en que aparece su contrario el Dr. D. Agustín R. Dueñas, Cura de Maravatío, tras el cual se escudó el Lic. D. Clemente de Jesús Munguía, sabio prelado de Michoacán. Prólogo: —*El Apóstol y su credo*—del Lic. D. Félix Romero que fué diputado al Congreso Constituyente . . . \$ 1.50

TOMO II.—ESCRITOS POLÍTICOS: La República, la Constitución de 1857 y la Reforma. Retrato del autor en fotograbado, con auténticas, y biografía escrita por D. Angel Pola . . . \$ 1.50

TOMO III.—LETRAS Y CIENCIAS. Prólogo del Dr. D. Porfirio Parra, sabio filósofo y jefe de la escuela positivista, y un capítulo titulado: *En Peregrinación, de Pomoca á Tepeji del Río*, lugar el primero en donde fué aprehendido el Reformador, y el segundo, en el que le sacrificó el Clero. Con dos láminas . . . \$ 1.50

Obras completas de Benito Juárez.
—**TOMO I.—EXPOSICIONES. CÓMO SE GOBIERNA.** *Libro de sensación escrito por D. Benito Juárez, Benemérito de las Américas, que fué gobernador de Oaxaca y presidente de la República.*

El autor historia de modo maravilloso y con sinceridad incomparable cómo gobernó

aquel Estado y qué hizo, dando idea perfecta de la función independiente de los tres Poderes: Ejecutivo, Legislativo y Judicial; y de cómo se imparte justicia, cumple la ley y labra la felicidad del pueblo. Según el Apóstol de la República y de la Constitución, las leyes deben expedirse cuando las necesite el organismo social; la justicia debe ser impartida por igual, sin distinción absoluta de personas; la ley debe ser cumplida, aún á pesar del gobernante; las autoridades, para que llenen íntegramente sus obligaciones y hagan el mayor bien posible, deben ser aptas, probas, estar radicadas y tener intereses en el lugar que gobiernan; el militarismo es opuesto á la democracia; el gobernante debe dar cuenta de sus actos.

Biografía escrita por D. ANASTASIO ZERECERO, amigo íntimo del autor, revisada por D. MATÍAS ROMERO, que fué embajador de México en Washington y su discípulo de derecho en el Instituto de Oaxaca y rectificada dos veces por el Sr. Juárez. Magnífico retrato del autor, en fotograbado, con auténticas de su familia, y profusión de datos curiosísimos inéditos sobre su vida y entrevistas tenidas con personajes coetáneos, por ANGEL POLA.

Precio del ejemplar, rústica. . . . \$ 1.50

TOMO II.—DISCURSOS Y MANIFIESTOS.—
Volumen VI de la Biblioteca Reformista.
 — Contiene sus *Discursos y Manifiestos*, desde 1833, cuando era diputado á la legislatura del Estado de Oaxaca, hasta 1872, en que, al frente de la presidencia de la República, le sorprende la muerte.—Prólogo del Lic. Félix Romero,—que fué Diputado al Congreso Constituyente, y su amigo íntimo y el más decidido y leal de sus partidarios,—titulado *Reminiscencias del grande amigo de las leyes y las libertades públicas*, y un capítulo: *Juárez desde una nueva faz: la intervención de la Providencia en la cosa pública*.

Ejemplar rústica. \$ 1.50

TOMO III.—MISCELÁNEA.—Discursos, manifiestos, dictámenes, circulares, comunicados, respuestas y cartas.—Volumen VIII de la Biblioteca Reformista.—En este tomo, último que cierra sus obras completas, el autor aparece enteramente desconocido; mas no desmerece una tilde de su gran carácter, de su rica personalidad moral y de su incomparable temple como político. En cada página resaltan su respeto religioso por el cumplimiento de la ley, su amor á la Patria, su paso imperturbable en el camino de la vida pública, siempre puesta la mira en hacer el mayor bien. Estos escritos datan desde 1833 y debería titularse propia-

mente JUÁREZ CATÓLICO, porque con documentos firmados por él, se patentiza que defendió, en época remota, todo lo relativo á la Iglesia.

Ejemplar, rústica. \$ 1.50

Correspondencia de Juárez y Montluc.—RESUMEN: Prefacio histórico.—Autobiografía.—Capítulo I. (1858-1860).—I. Elsesser, cuñado de Jecker.—II. El Presidente Juárez.—III. Morny y las minas de Sonora.—Capítulo II (1861).—I. Almonte é Hidalgo.—II. Los bonos de Jecker.—III. Saligny.—IV. Cámara Sindical de Exportación.—Capítulo III (1862).—I. El Príncipe austriaco.—II. Laurencez y Zaragoza.—III. Cartas del Emperador.—IV. El General Forey.—V. Sus proclamas.—VI. Jecker protegido del Ministro de Prusia.—VII. El Congreso Mexicano.—VIII. Drouyn de Lhuys.—Capítulo IV (1863).—I. El Gobierno Mexicano aprueba los pasos conciliatorios de su Cónsul General en París.—II. Nuevas proclamas del General Forey.—III. Una consecuencia del negocio Jecker.—IV. Proceso de los Cónsules.—V. Entrada de las tropas en México.—VI. El Marqués de Montholon.—Capítulo V (1864-1866).—I. El Imperio en México.—II. 1867 ¡la catástrofe!—Capítulo VI (1867-1872).—I. Juárez entra en México.—II. México se levanta.—III. Guerra de Prusia.—IV.

Conclusión.—V. Ultima carta de Juárez.—
Documentos justificativos, etc., etc.

Ejemplar, rústica. \$ 1.50

El Libro Rojo:—HISTORIA DE LOS GRANDES CRÍMENES DE LA CONQUISTA, EL GOBIERNO VIRREINAL, LA ESCLAVITUD Y LA INQUISICIÓN por Vicente Riva Palacio, Manuel Payno, Juan A. Mateos, y Lic. Rafael Martínez de la Torre que fué defensor de Maximiliano. Este libro, fundado del todo en la Historia de México, produce intensa emoción su lectura.—INDICE: Tomo I, MOCTEZUMA II.—XICOTENCATL.—CUAUHTIMOC: I, Los tres reyes. II, El sitio y el asalto. III, El tesoro y el tormento. IV, Los tres ahorcados.—RODRIGO de PAZ: I, En el que se refiere quién era Rodrigo de Paz y qué papel desempeñaba en México. II, De como las cosas del Gobierno de la Nueva España iban mal y de como Cortés las puso peores. III, De como cinco enemigos comulgaron con una sola hostia consagrada dividiéndola en cinco partes. IV, De lo que hicieron Salazar y Chirino con Zuazo, Estrada, Albornoz y Paz. V, Refiérese como murió Rodrigo de Paz.—LOS DOS ENJAULADOS: I, E. emisario. II, El pregón. III, La arremetida. IV, Las fieras. V, Dos gotas en el mar.—LA SEVILLANA: I, La tempestad. II, Doña Beatriz. III, El Visitador. IV, La audiencia.

V, Los azotes y la loca.—ALONSO DE AVILA: I, Prólogo, la confesión. II, El Marqués del Valle III, Los hermanos. IV, El bautismo. V, La orgía y la conspiración. VI, Los oidores. VII, Los degollados.—DON MARTÍN CORTÉS: I, La flota. II, De lo vivo á lo pintado. III, El Visitador Muñoz. IV, El tormento. V, La justicia del Rey.—PEDRO DE ALVARADO: I, El comendador. II, El capitán. III, Tonatiuh. IV, El Gobernador. Epílogo.—CARIDAD EVANÉGLICA.—FRAY MARCOS DE MENA.—LA FAMILIA CARABAJAL: Christi Nomine Invocato. Contra. Abjuración. Declaración del Secretario Pedro de Mañosca. Auto de fe de 1601. Procesión. Amén. Laus Deo.—LOS TREINTA y TRES NEGROS.—EL TUMULTO DE 1624.—DON JUAN MANUEL.—EL TAPADO.

Tomo II.—La Familia Dongo.—El licenciado Verdad.—Hidalgo.—Allende.—El padre Matamoros.—MORELOS.—I, El viajero II, Grandes noticias. III, El guerrillero. IV, El caudillo. V, El Mártir.—ITURBIDE: El apoteosis, Padilla. — Mina. — Guerrero.—Ocampo.—Testamento.—Leandro Valle.—Don Santos Degollado.—Los Mártires de Tacubaya.—Comonfort.—Nicolás Romero.—Arteaga y Salazar.—Maximiliano.—Apéndice:—Amplificaciones. En peregrinación, de Pomoca á Tepeji del Rio, Pateo.—Pomoca.—Venta de Pomoca (Hoy Pomoca).

—Un suceso extraño.—Paquizihuato.—Maravatio.—Tepetongo.—Toshi.—Estancia de Huapango(Hoy Huapango).—Villa del Carbón.—Tepeji del Rio.—Santos Degollado.—Leandro del Valle.—José María Arteaga.—Carlos Salazar.

Ejemplar, dos tomos, rústica \$ 3.00

" " empastado \$ 4.00

Cómo deben ser amadas las mujeres.—Obrita de mucho provecho por las sanas enseñanzas que contiene. El asunto que trata es de suma utilidad para hombres y mujeres, que deseen la felicidad en el hogar en cualesquiera de los estados de la vida. Su doctrina ha sido tomada de la fuente pura de los libros sagrados, de los Santos Padres y los autores clásicos. Sus pruebas son vivas y convincentes; la elocuencia que las informa, deleita y persuade: penetran en el corazón y se hacen sentir, excitando al arreglo de costumbres. He aquí su índice: *Del amor por su naturaleza de pasión fuerte.—Del amor torpe.—Del amor honesto y espiritual de las mujeres.—Del peligro de pasar del amor espiritual al sensible y sensual.—Del remedio del amor con el amor de la Bendita entre las mujeres.*

Su autor es D. Juan Francisco Domínguez, sapientísimo teólogo de Puebla y notable literato.

Precio del ejemplar, rústica . . . \$ 0.60

Ultimas horas del Imperio.—(Los TRAIIDORES DE LOS TRAIIDORES,) por el general Manuel Ramírez de Arellano, jefe de la artillería imperial en el sitio de Querétaro.

Resumen: Entre los réprobos.—Bazaine traidor á Maximiliano: trata de dar un golpe de estado para ser dictador y propone armas y municiones á los republicanos.—Márquez y Miramón regresan del destierro.—El Emperador se entrega á ellos.—Partida á Querétaro.—Preparativos para el sitio.—Avance y concentración del ejército del Norte.—Márquez engaña al Ministerio.—Maximiliano, juguete de Márquez.—Envidia de Miramón.—Desavenencias graves entre los jefes imperiales.—Márquez y Miramón enemigos de muerte.—Miramón habla con los republicanos.—Sale Márquez para México.—Mejía y Méndez quieren capitular.—Revelaciones sensacionales de los generales Julio M. Cervantes y Francisco A. Vélez sobre la salida del coronel Miguel López para conferenciar con Escobedo.—Concierto para la entrega de la Cruz.—*¡Maximiliano habló antes con un enviado republicano!*—El Emperador, traidor á su partido.—Los traidores en México: Márquez, Vidaurri, O'Horán, Quiroga, Portilla reñidos de muerte.—O'Horán ofrece la entrega de Márquez á los republicanos.—Entrevista con el general Porfirio Díaz, Presidente de la República Mexicana.—Fusilamiento

de Vidaurri.— Cómo escapó el general Márquez, etc., etc., etc.

Ejemplar, rústica . . . \$ 3.00

Episodios Históricos Militares, por Domingo Ibarra.—Este hermoso libro es casi la historia de México durante el siglo XIX, referida de modo ameno por un testigo ocular de los sucesos, en los que tomó parte como buen patriota. — Contiene entre otros hechos: Toma de la fortaleza de Ulúa. — Revolución de la regeneración política. — Acción de guerra con los Comanches. — Destitución del general Santa-Anna. — Asonada en el Palacio Nacional. — Pronunciamiento del general Paredes. — El ejército mexicano marcha á batir al invasor norteamericano. — Presidencia de Arista y rebelión en la frontera del Norte. — Expedición del conde Raousset de Baulbón. — Expedición filibustera del norteamericano Walker. — Revolución de Ayutla. — Sublevación del general Uruga. — Miramón y Orihuela en Puebla. — Osollo y Cobos atacan á Orizaba. — Acción de Tunas Blancas en que Osollo pierde el brazo derecho. — Muerte de Plutarco González en Platanillo. — Fusilamientos hechos por Zuazua en Zacatecas. — Fusilamiento de Herrera y Cairo. — Acción de Atenquique. — Miramón, Márquez y Mejía salen de Querétaro para atacar á los liberales en San Luis. — Santos Degollado pone

sitio á Guadalajara.—Muerte de Blancarte y de Piélagó y Monayo, etc., etc.

Precio del ejemplar, rústica . . . \$ 1.00

Sueño de Imperio.—La verdad de la expedición á México, según documentos inéditos de ERNESTO LOUET, pagador en jefe del Cuerpo Expedicionario, por PABLO GAULOT. Traducción del Lic. ENRIQUE MARTÍNEZ SOBRAL, C. de la Real Academia Española.—El 4 de Octubre en Miramar.—Gutiérrez de Estrada.—Adhesión de Santa-Anna.—Navidad.—Promesa formal del Archiduque.—Carácter de Napoleón III.—El imperio latino.—Juicio acerca de los liberales y los conservadores de México.—Condenación de Gabriac y Saligny.—Elogio de Juárez.—La triple alianza.—Su ruptura.—La guerra está declarada.—Derrota de Lorencez en Puebla.—Llegada de Forey.—Sitio de Puebla.—Los franceses entran en México.—Los Notables.—La Regencia.—Delegación enviada á Miramar.—Biografía de Maximiliano.—Carlota.—Forey y Saligny son llamados á Francia.—La cuestión del Clero y la Regencia.—Campaña de Bazaine.—Las minas de Sonora.—Maximiliano se prepara al papel de Emperador.—Poesía de Maximiliano.—Juramento.—Partida á bordo de *La Novara*, etc., etc.

Ejemplar, rústica . . . \$ 1.50

El Imperio y los Imperiales.—(Manifestos.)—POR LEONARDO MÁRQUEZ, *Lugar-teniente del Imperio.*—Manifiesto que dirige á la Nación Mexicana.—Las ejecuciones de Tacubaya el 11 de abril de 1859.—La ocupación de fondos mexicanos por el gobierno reinante en 1860.—La Intervención y el partido imperial.—Por qué no regresé á Querétaro en auxilio del Emperador.—Los defensores del general Miramón.—Refutación al libelo del general de brigada D. Manuel Ramírez de Arellano, publicado en París el 31 de diciembre de 1868, bajo el epígrafe de: **ULTIMAS HORAS DEL IMPERIO.**—El autor.—Mi misión en Turquía.—Mis consejos al Emperador.—Lo de San Lorenzo.—Sitio y ocupación de México.—Cómo escapé de caer en manos de los republicanos.—Quién fué el culpable del fusilamiento de D. Melchor Ocampo.

APÉNDICE.—Querrela de Miramón contra Márquez.—Pesquisas acerca de la aprehensión y fusilamiento de D. Melchor Ocampo.—Cómo murió el general Leandro Valle.—Cómo auxilió el general Guadarrama al ejército de Oriente.—Aprehensión y fusilamiento del general Tomás O'Horán.—Los traidores después de la ocupación de la plaza de México.—Magnífico retrato del autor en fotograbado, biografía y notas.

Ejemplar, rústica. . . . \$ 2.50

Reseña Histórica de los acontecimientos más notables de la Nación Mexicana, desde el año de 1821 hasta nuestros días, escrita por el General José María Tornel y Mendivil, exministro de la Guerra. Edición primitiva con precioso retrato del autor. El autor escribió esta interesantísima obra reuniendo muchos documentos curiosísimos y evocando sus propios recuerdos de toda esa época en que fué uno de los principales actores en la cosa pública.

Ejemplar, empastado \$ 6.25

La Invasión Americana 1846 á 1848.
 —Apuntes del Subteniente de artillería Manuel Balbontín. Primeras batallas. Nuestras tropas se replegan á Monterrey. Pronunciamiento de Guadalajara. Pronunciamiento de la capital de la República en favor de Santa-Anna. Caída del Presidente Paredes. Llega á Veracruz el General Santa-Anna. Llegada de las tropas á Monterrey. Ataques de los fortines de la Tenería del Rincón del Diablo, del puente de la Purísima y del Obispado. Combates en las calles. Capitulación. Marcha á San Luis Potosí. Llegada de Santa-Anna. Contingente de los Estados. Grande escasez de recursos para hacer la guerra. Marcha del Ejército. Combate del 22 y batalla del 23 de Febrero. Retirada. Penalidades del Ejército. Pronunciamiento, de la capital. Desembarco d

los americanos en Veracruz. Reorganización del ejército del Norte. El General Gabriel Valencia es nombrado General en Jefe. Marcha para México. Rendición de Veracruz y pérdida de la Batalla de Cerro Gordo. Llega la División del Norte á Guadalupe. Marcha á Texcoco. Llegada de los americanos al Peñón Viejo. Marchan á Tlalpam. El General Valencia contramarcha, pasa por la Capital y va á situarse á Padier-na. Combate. Derrota de la División del Norte. Combates de Churubusco, Molino del Rey, Chapultepec y garitas de la Capital. Evacuación de la Ciudad. Abandono de la hacienda fortificada de San Antonio. Concentración de las tropas en Churubusco. Ataque de los americanos al convento fortificado y al Puente de Churubusco. Rendición del convento y abandono del puente. Armisticio. Preparativos para renovar las hostilidades. Combate del molino del Rey. Bombardeo el 12 de Septiembre sobre Chapultepec. Asalto y toma del mismo, el día 13. Defensa en las garitas. Retirada definitiva. Ejemplar empastado..... \$3.00

La Monarquía en México: *Iturbide y Maximiliano*.—Obra de D. José M. Hidalgo, de la Comisión Imperial Mexicana en Miramar, ex-Ministro de México en varias Cortes de Europa, amigo de los Emperadores Napoleón III y Maximiliano de Aus-

tria, confidente de la Emperatriz Eugenia é hijo predilecto de confesión de Pío IX.

INDICE: Proyecto del conde de Aranda.—Ofrece la corona á las casas de Borbón ó de Austria.—Coronación de Iturbide.—Proclamación de la República.—Nulidad de los partidos políticos.—Triunfo de los ultraliberales.—Ataques al Cuerpo Diplomático.—Expulsión del Nuncio y los Obispos.—España y sus colonias.—Ensayo de reconquista.—Expulsión de los españoles.—Asesinatos de españoles.—Los Estados Unidos.—Primeros ataques.—Ensayo de colonización francesa en Texas.—Guerra con México.—Desdén de la raza latina.—Mediación de Napoleón entre México y España.—Proyectos de Monarquía.—Candidatos.—Los generales Paredes, Santa-Anna, Almonte, Zuloaga y Miramón.—Intervención extranjera.—Condiciones.—Gutiérrez Estrada en Miramar.—Por qué no se eligió á un príncipe español.—El general Prim.—El general Laurencez y los refuerzos franceses.—Fusilamiento del general Robles.—El 5 de Mayo.—El general Leonardo Márquez ayudando á los franceses.—La figura de Juárez.—Proclamas.—La República.—La Comisión Mexicana en Miramar.—Maximiliano y Carlota ante Pío IX.—El Archiduque ante Napoleón.—En camino para México.—Entrada triunfal.—Manejo del Clero.

APÉNDICE: Plan de Iturbide.—Carta de Gutiérrez Estrada sobre la necesidad de la Monarquía en México al Presidente Bustamante.—Indicación acerca de la Intervención Europea.—Perfil de Maximiliano y Carlota, por el Arzobispo Labastida.—Elección de Maximiliano.—La Diputación Mexicana en Miramar, por el Lic. Ignacio Aguilar.—Regreso del Arzobispo Labastida á México.—Los imperiales.

Ejemplar, rústica. \$ 1.50

Vida y memorias de Agustín de Iturbide, ex-Emperador de México.—Este importante libro que acaba de publicarse, y cuyo autor es D. Carlos Navarro y Rodrigo, contiene: PRIMERA PARTE.—Vida de Agustín de Iturbide. Advertencia.—Prólogo.—Nacimiento y primeros pasos en la vida pública.—Iturrigaray y la independencia.—Venegas —Iturbide en la batalla del Monte de las Cruces.—Sorpresa y fusilamiento de Albino García.—Licéaga y Rayón.—Iturbide en Cópore.—Iturbide expoliador.—El ejército, el clero y los españoles.—La constitución y la independencia.—Iturbide y la independencia.—Iturbide y Apodaca.—Manifiesto de Iturbide.—Iturbide rehusa el tratamiento de teniente general.—Juramento de Iturbide.—Las ideas capitales del plan de Iguala.—“La naturaleza nada produce por saltos sino por gra-

dos intermedios."—La cultura de México.—España y la independencia.—Iturbide y Fernando VII.—Iturbide en campaña.—Santa Anna, Bravo y Negrete.—Iturbide militar y político.—Apodaca y Novella.—Entrada de Iturbide en Puebla.—Un obispo modelo de cínico.—Conferencia entre Iturbide y O'Donojú en la Villa de Córdoba.—¿Quién ganaba con la capitulación?—O'Donojú iturbidista.—Entrada de Iturbide en México.—Emancipación de Yucatán y Chiapas.—Los culpables de la pérdida del dominio de España en México.—Acta de independencia del Imperio Mexicano.—Iturbide y la Junta provisional.—Emigración de españoles.—Elementos hostiles á Iturbide.—La hacienda pública en bancarrota.—Estado del ejército.—Los borbónicos y los republicanos.—Medios infructuosos para mejorar la hacienda pública.—El Congreso, enemigo de Iturbide.—Diputados acusados de traición por Iturbide.—El partido republicano.—Iturbide proclamado Emperador.—Iturbide aclamado por la plebe.—Juramento de Iturbide ante el Congreso.—Consagración del Emperador y la Emperatriz.—Conspiración contra el imperio.—Disolución del Congreso.—Caudales de españoles en poder de Iturbide.—Santa Anna en desgracia.—Santa Anna proclama la República.—Plan de Casa Mata.—Proscripción de Iturbide.—Iturbide en el des

tierra. Regresa á México.—La República.
 Aprehensión y fusilamiento de Iturbide:—
 Consideraciones sobre Iturbide.—Conclu-
 sión SEGUNDA PARTE. **Memorias de Itur-**
bide. Discurso preliminar del Editor Me-
 xicano.—Prefacio.—Memorias.—Documen-
 tos. Número 1. Carta oficial dirigida des-
 de Iguala por el jefe del ejército trigarante
 al virrey de N. España.—Núm. 2. Plan ó
 indicaciones para el gobierno que debe ins-
 talarse provisionalmente con el objeto de
 asegurar nuestra sagrada religión y esta-
 blecer la independendencia del imperio mexi-
 cano: tendrá el título de junta gubernativa
 de la América Septentrional, propuesto por
 el señor coronel D. Agustín de Iturbide al
 Exmo. Sr. Virrey de Nueva España, Conde
 del Venadito.—Núm. 3. Oficio del Exmo.
 Sr. D. Juan O'Donojú, dirigido al Sr. Go-
 bernador de la Plaza de Veracruz.—Núm.
 4. Tratados celebrados en la Villa de Cór-
 doba el 24 del presente, entre los señores
 D. Juan O'Donojú, Teniente general de los
 ejércitos de España, y D. Agustín de Itur-
 bide, primer jefe del E. I. M. de las Tres
 Garantías.—Núm. 5. Representación del
 brigadier D. Felipe de la Garza al Empe-
 rador.—Núm. 6. Copia de la circular comu-
 nicada con fecha de ayer por el Exmo. Sr.
 D. José Manuel de Herrera, Secretario de
 Estado y del Despacho de Relaciones In-
 teriores y Exteriores.—Núm. 7. Acta de

Casa Mata.—Núm. 8. Proclama de S. M. el Emperador al Ejército Trigarante.—Número 9. Exposición del ex-Emperador al Congreso Nacional.—Número 10. Oficio de la secretaría del soberano Congreso.—Número 11. Decreto.—Núm. 12. Decreto.—Núm. 13. Carta al ministro Canning.—Núm. 14. . . . —Núm. 15. Copia de una carta escrita de México por el diputado D. Carlos María Bustamante á su amigo D. Manuel Vasconcelos, preso en Perote, por amigo y subordinado del Sr. Iturbide (fusilado en Padilla) con fecha 23 de Abril de 1823.—Núm. 16. Circular á los amigos en Londres.—Núm. 17. Exposición del general Iturbide á la República de Centro América.—Núm. 18. Decreto.—Núm. 19. Carta despedida del general Iturbide á su hijo mayor.—Núm. 20. Catástrofe de D. Agustín de Iturbide, aclamado emperador de México el 18 de Mayo del año de 1822, ó relación exacta de las circunstancias que han acompañado el desembarco y la muerte de este hombre célebre.—Núm. 21. Manifiesto del Sr. Iturbide á los mexicanos, que se halló entre los papeles que traía á bordo.—Número 22. Carta que el Sr. Iturbide dirigió á bordo á su favorecedor en Londres, Mateo Fletcher.—Núm. 23. Relación circunstanciada que da el general ciudadano Felipe de la Garza del desembarco y muerte de D. Agustín de Iturbide al mi

nistro de la Guerra.—Núm. 24. Contestación del ministro de la Guerra, extrañando la morosidad de Garza para la decapitación de Iturbide y ofreciéndole la primera vacante de general de brigada.—Núm. 25. Replica Garza al Ministro, se ofrece á responder en juicio y rehusa admitir la oferta.—Extracto de una carta del hijo primogénito del Sr. Iturbide al gobierno supremo de la federación.

Ejemplar, rústica. \$ 1.50

Cultivo del Maíz. — NUEVA EDICIÓN REFUNDIDA.—Libro escrito por D. Luis de la Rosa, sabio agrónomo eminentemente práctico. Contiene lo que sigue: Belleza del maíz.—Historia del maíz.—Origen de esta planta.—Su translación al antiguo continente.—Su propagación.—Descripción del maíz.—Su organización.—Su clasificación.—Especies y variedades del maíz.—Vegetación del maíz.—Circunstancias meteorológicas que la aceleran ó retardan.—Enfermedades del maíz.—Insectos que lo atacan.—Clima, terreno y abonos que convienen al cultivo del maíz.—Principios generales sobre el cultivo del maíz.—Método con que esta planta se cultiva en la República.—Utilidad del maíz.—Sus usos económicos.—El maíz considerado como objeto del más vasto consumo y del comercio más impor-

tante que se hace en México.—Medios por los que se puede fomentar el cultivo del maíz.—Conclusión.—Notas amplificativas.—Nota A: observaciones de Mr. Humboldt sobre el clima de México y particularmente sobre las lluvias.—Nota B: Cultivo del maíz en algunos puntos de la tierra caliente.—Nota C: sobre la condición de los cultivadores proletarios.—Nota D: cultivo del trigo en México.—Nota E: caminos carreteros.—Nota F: datos estadísticos sobre productos y consumos.—Nota G: años de escasez de maíz en México.—Nota H: consumos que hace la minería.—Catálogo de obras sobre el maíz y su cultivo.—APÉNDICE: de las señales para conocer la malicia y bondad de la tierra.—ADICIÓN: El maíz, su cultivo y su valor.—Del rastrojo y de la pastura.—Estudios y observaciones sobre el maíz.—Método muy fácil para conservar los granos libres de gorgojo.—Cómo se conservan los cereales.—Construcción de silos y modo de preparar el grano para su depósito.—Cómo se destruye el gorgojo.

El lenguaje es claro y ameno y al alcance de todas las inteligencias. La obra, cuyas enseñanzas, deducidas de la práctica y la ciencia, son provechosísimas, consta de más de 300 páginas.

Precio del ejemplar, rústica . . . \$ 1.00

Joya del agricultor. — **LIBRO DE ORO DEL HOMBRE DE CAMPO.** — Este hermoso libro, escrito por agricultores de rostro tostado por el sol, de manos encallecidas por el manejo de las herramientas de labranza y encorvados de tanto tratar íntimamente con la tierra, contiene lo que sigue, en resúmenes admirables:

INDICE: El libro. A los lectores. — Del conocimiento de las tierras y su análisis. — De la situación del terreno. — De la exposición de los terrenos. — De la calidad de los terrenos. — Tierra arenisca ó sílice. — Tierra arcillosa ó alúmina. — Tierra de cal ó caliza. — Tierra vegetal ó humus. — Diversidad de terrenos. — Composición de los terrenos. — Análisis ó separación de las tierras. — Separación del humus. — Separación de la sílice. — Separación de la caliza. — Separación de la alúmina. — Aplicación del análisis. — Especies de terrenos. — Variedades de terrenos. — Tabla geonómica. — Calidades de los terrenos. — Terrenos silíceos. — Terrenos aluminosos. — Terrenos calizos. — Terrenos de humus. — De las labores y el modo de hacerlas. — Labor de las tierras eriales y de las especies de arados propios para romperlas. — **METEOROLOGÍA DEL AGRICULTOR:** Pronósticos deducidos de la atmósfera. — Pronósticos deducidos de los cuerpos terrestres. — Pronósticos de los animales. — **TRATADO SOBRE EL FRIJOL:** I. Descripción de la planta.

II. Especies y variedades. III. Cultivo. *Apéndice*: clima y suelo, cultivo, siembra.—**TRATADO SOBRE EL ARROZ**: I. Descripción de la planta. II. Clima, variedades, terreno y cultivo. III. Secano. *Apéndice*: Sobre el arroz y su cultivo.—Clase de tierra y su abono.—Modo de blanquear y limpiar el arroz.—Calidades del arroz.—Uso del arroz.—**TRATADO SOBRE EL GARBANZO**: I. Descripción de la planta. II. Clima, terreno y cultivo. III. Enfermedades.—El garbanzo en España.—El garbanzo como medicina.—**TRATADO SOBRE EL HABA**: I. Descripción de la planta. II. Especies y variedades. III. Clima, terreno y contratiempos. *Adición*.—**TRATADO SOBRE EL CHILE**: I. Descripción de la planta. II. Variedades. III. Cultivo. IV. Plantío. V. Recolección.—**TRATADO SOBRE LA LENTEJA**: I. Descripción de género. II. Cultivo. *Adición*: La lenteja en Europa. La lenteja como medicamento.—**TRATADO SOBRE EL AJONJOLÍ**: I. Cultivo de la planta. II. Método para extraer el aceite. III. Conclusión.—**TRATADO SOBRE EL AZAFRÁN**: De la cosecha del azafrán.—De las propiedades del azafrán.—**TRATADO SOBRE EL TRIGO**: I. Descripción del género. II. Especies ó variedades. III. Elección y preparación de la siembra. IV. Preparación de las tierras y modo de sembrar. V. Accidentes y enfermedades. VI. Época y modo de hacer la cosecha. VII. Modo de hacer las harinas. *Adi-*

ción: Modo y tiempo de escardar el sembrado.—Siega, trilla y era. El chahuistle. De las trojes. De las propiedades del trigo.—Propiedades del grano entero, solo y preparado.—Propiedades del grano enfermo y de sus preparaciones.—CHAYOTE. *Adición*: Estudio sobre el chayote.—TRATADO SOBRE EL CAFÉ: I. Descripción del género. II. Cultivo.—Historia del café.—Su papel en la alimentación. Explanaciones —TRATADO SOBRE EL CACAO: I. Descripción del género. II. Cultivo. III. Recolección. *Adición*: Cultivo y beneficio del cacao.—TRATADO SOBRE LA CEBADA: I. Descripción de la planta. II. Cultivo. *Adición*: La paja.—TRATADO SOBRE EL TABACO: I. Descripción de la planta. II. Tierras convenientes: preparación y abonos. III. Trasplantación. IV. Epoca en que debe descollarse la planta. V. De las plantas madres. VI. Madurez. VII. Cosecha. VIII. Beneficios que se da al tabaco en el secadero. *Apéndice*: CULTIVO DEL FRIJOL. Los granos en la alimentación: los guisantes, las habas y las lentejas.—El te, el café y el chocolate. *Enseñanzas de un agricultor*: Cómo se cultiva el mejor tabaco.

Son tales las enseñanzas que contiene cada uno de estos Tratados, que bastan para que el agricultor pueda hacer con perfección el cultivo, obteniendo el mejor y más abundante fruto. Esta obra ha sido publicada bajo la dirección de los Sres. Santos

Rodríguez y José M. Rivero, agricultores
de más de 30 años de práctica.

Precio del ejemplar, rústica . . . \$ 1.00

El Caballo: cuidados prácticos.—Por C. de Comminges y Dr. Everardo Zanabria, de la Escuela Nacional de Agricultura y veterinaria. Contiene: De la Caballeriza: piso, inclinación, anchura, pesebres y abrevaderos, aeración, compartimentos, temperatura, estiércol, ronzales, cadenas, cabestros, bridones, camisas, capuchas, rodilleras, objetos para la limpia de los caballos. Cuarto del palafrenero. Almacenes de forraje. Granero. Cobertizo de limpia. Primeros cuidados al despertar. La pajaza. Manual de la limpia. Masaje de las piernas. Lavado de la crin. Cómo se levanta el pié de un caballo difícil. Cómo se hace sudar para apresurar la caída del pelo. Limpia antes de ensillar. Limpia al regreso. Las franelas. Accidentes producidos por las franelas. Aseo del caballo: de la cabeza, las piernas y la cola. De la esquila y sus ventajas. De las duchas. De las irrigaciones. Del pie. Principios del buen herrador: herradura francesa, de Charlier, inglesa, de Poret. Enfermedades del pie: cojera, caballo topino, encasquillado, ranilla escaldada, aguadura, cuarto, alcance y abarro, hormiguero, infosura, &., &. Alimentos. Raciones. La avena. El heno. La paja. Horas de las comidas. Abrevadero. Alimen-

tos cocidos. Salvado. Refrescos. Alimer
verdes. Purgas. De los diferentes brio
vicios. Aspecto del caballo enfermo.
fermedades y accidentes localizados en
cabeza y el cuello. De las enfermedades
accidentes peculiares del tronco. De las
ridas causadas por los arneses. Enferme
des y lacras de los miembros. Accidente
enfermedades diversas. Cortaduras y h
das. Cólicos. Farmacia. Medicamentos.
sología. Recetas diversas. De las diferen
especies de bridas. De la silla. De los ar
nes. Diferentes clases de estribos. Acio
Gamarras. Falsa cruz. Cincha de silla. C
servación de los aceros. Diversas rece
Conservación de las sillas, bridas y ot
cueros. Conservación de los arneses.
cetas. Embarque y desembarque del ca
llo en ferrocarril. Cuidados. Alimentaci
&., &.,

Ejemplar, rústica..... \$1

**Guía práctica para la elección de
vaca lechera.**—Libro de Dubos, Lec
Guenon, Aujollet y Thierry, conform
los últimos adelantos de la ciencia.—In
ce: CAPITULO I.—De la influencia de
edad y del carácter de los animales.—
clima.—De los establos.—De la alimen
ción en la producción de la leche.—Re
mientos medios de la vaca lechera.—C
TULO II.—De la leche.—Generalidades

Propiedades físicas y químicas de la leche.—De las modificaciones que puede experimentar la leche en sus propiedades.—Alteración de la leche: leche roja, leche azul, leche amarilla.—CAPÍTULO III.—Cómo se reconocen las cualidades de la leche.—Del lacto-densímetro.—Su descripción.—Precauciones que hay que tomar para obtener de él informes exactos.—Del cremómetro.—Su descripción —Su uso.—¿Son estos instrumentos de alguna utilidad para el cultivador? — Lacto-densímetro.—Tabla de correcciones para la leche descremada.—Cremómetro.—CAPÍTULO IV.—Adulteración de la leche.—Cómo se conoce que este líquido ha sido adulterado.—CAPÍTULO V.—De la ordeña.—Anatomía de las mamas.—Cómo se forma la leche en la ubre. Cualidades que hay que exigir en el ordeñador ó en la criada de la hacienda.—De la manera de ordeñar las vacas.—CAPÍTULO VI.—Elección de la raza bovina lechera.—Caracteres de la raza holandesa.—La raza bretona y el pequeño cultivo.—CAPÍTULO VII.—Elección de la vaca lechera.—Signos generales.—Signos locales.—Sistema de Guenon.—Observaciones de Lemaire.—Método de Magne.—Sistema Guenon.—Sistema Lemaire.—Sistema de Magne.—CAPÍTULO VIII.—De la castración de la vaca lechera.—Procedimiento operatorio antiguo.—Método de Charlier.—Ventajas que

se obtienen con la operación. — APÉNDICE POR GUENON, AUJOLLET Y THIERRY.—Elección de las buenas vacas lecheras y notas acerca de los fraudes y abusos que existen en el comercio de ganado.—Sumario.—Disposiciones generales. — Elección.—Notas y observaciones sobre las substancias alimenticias propias para la alimentación de las vacas lecheras.—De las razas lecheras.—Primera sección.—Signos exteriores de las cualidades lecheras. 1. Conformación general. 2. Escudos y espigas. 3. Sistema glandular.—Elección de las vacas lecheras.—Higiene de la vaca lechera: I. Habitación. II. Limpia. — Alimentación: I. Alimentación en los pastos. II. Alimentación en el establo —Raciones para buenas vacas lecheras. III. Condimentos. IV. Bebidas. V. Distribución de los alimentos y bebidas.—Ordeña: I. Ordeña con la mano. II. Ordeña mecánica.—Causas que hacen variar la producción de la leche en cantidad y en calidad.—Expulsión.—Accidentes y enfermedades consecutivos al parto.—Cuidados que deben darse al becerro. — Crianza: I. Amamantamiento natural. II. Amamantamiento artificial. III. Destete. IV. Castración. V. Régimen después del destete. — VI. El vaquero y la vaquera.—Compra de la vaca lechera.—Enfermedades de la vaca y del becerro.—La leche.—La lechería: I. Leche normal. II. Leche enferma. III. Al-

teraciones de la leche debidas á las enfermedades de la vaca. IV. Falsificaciones de la leche. V. Modificaciones de la leche al contacto de la atmósfera. VI. Conservación de la leche. VII. La lechería.—Industrias lecheras: I. Mantequilla. II. Queso. III. Otros productos derivados de la leche.—**REGLAMENTO DE ESTABLOS DE ORDENAS.**—Capítulo I: Del establecimiento de establos.—Capítulo II: De la alimentación del ganado.—Capítulo III. Del estado sanitario del ganado.—Capítulo IV: De las penas.—Capítulo V: De los inspectores veterinarios.—Capítulo VI: De la prima.—**REGLAMENTO PARA LA EXPEDICION DE PATENTES Á LOS EXPENDEDORES DE LECHE.**—Disposiciones reglamentarias del art. 139 del Código citado.

Ejemplar, rústica. \$ 1.50

El pie del caballo y la manera de conservarlo sano: *Higiene, enfermedades y curación.*—*De la herradura en general y la de los "Hunters" en particular.*—Libro importantísimo para toda persona de á caballo ó que cuide de él, escrito por Guillermo Miles, L. Goyau, veterinario, y M. Guyton, doctor en medicina. Contiene entre otras mucha materias: Descripción del pie. — Levantamiento de la herradura antigua.—Preparación del pié para recibir la herradura nueva.—Reglas para parar el pie.—Motivos par

no tocar nunca la ranilla con el cuchillo.—Peso de la herradura.—La posición de los clavos determina la forma del pié.—Forma de la herradura.—Número y posición de los clavos.—*Bastan cinco clavos para todos los casos.*—Méto lo para descubrir la parte exacta de la herradura en que alcanza un caballo.—Observaciones acerca de la herradura de los “hunters” y de los caballos de carrera.—Desventajas de los pesebres.—Sentido de la palabra sano cuando se aplica al pie del caballo.—Importancia del ejercicio regular y diario para la salud del pie del caballo.—Tratamiento del pie en la caballeriza.—Ungüento útil para el casco.—Defectos y enfermedades del pie.—Claudicaciones.—Tratamiento de las enfermedades y heridas del pie.—Conservación del pie.—Cuidados higiénicos, etc., etc.

Obra juzgada muy útil por el Departamento del Cuerpo Médico del Ministerio de Guerra y Marina.

Precio del ejemplar, rústica. \$ 1.00

Hogar del agricultor.—Hermoso libro indispensable al agricultor. Resumen: Arquitectura rural: casa de la hacienda, cuarto para el trigo, caballerizas, gallinero, establo, lecherías, aprisco, troje, heniles y hacinas, frutero ó guarda-fruta, cobertizo, corral. De la fabricación del carbón de leña: de la carbonización en los bosques, de los

procedimientos perfeccionados de carbonización, empleo del carbón, de las variedades de carbón, productos de la carbonización de las diversas clases de leña. Fabricación de la cal: de las materias que producen la cal, teoría de la fabricación de la cal, de la calcinación de la cal, maniobra de la operación, propiedades usuales de la cal, empleo de la cal. Cómo deben ser la huerta y el jardín. Abonos y guanos. Cría de gallinas: alimentación y enfermedades, sus preparaciones culinarias. Cría del pavo común. Cría de palomas. La cabra y el carnero. El cerdo: alimentación y ceba. El buey, la vaca y el toro. La leche y el queso: composición, fabricación y falsificación. El caballo: su importancia y cualidades. Conservación de sustancias alimenticias.

Precio del ejemplar, rústica. \$ 1.00

Cría de gallinas.—Obra de Alejo Espagnet, que trata: Del gallo.—De la gallina.—Razas económicas.—Elección de local y organización del gallinero, del dormitorio, del patio y del corral.—De la incubación.—De las crías: castración.—De la comida: comida de las ponedoras.—Gusanos de tierra.—Gusanero ficticio.—Cereales y hierbas.—Comida de las incubadoras y de los pollitos.—De los pollos, capones y pollas de leche.—Engorda.—El suelo de las gallinas.—**GALLINOS DE PELEA: RAZAS, CUALIDADES, SEMEN**

TALES, CASTEO, GALLERA, CONTRATO DE LI-
DIAS, CÓMO SE PREPARAN PARA LA PELEA Y
PARA QUE TRIUNFEN.—Causas de las enfer-
medades.—De la higiene.—Observaciones
diversas: los huevos, las incubadoras, ma-
nera de sangrar á las aves, incubación ar-
tificial.—Conservación de los huevos.— En-
fermedades de las gallinas.—Apoplejía.—
Vértigo.—Parálisis.—Estrechamiento del
buche.—Inflamación de estómago.—Dia-
rrea.—Catarro.—Bronquitis.—Cáncer.—
Agrietamiento.—Bostezo.—Pepita.—Con-
sunción.—Inflamación del ovario.—Pu-
trefacción del ovario.—Debilidad de los
miembros.—Reumatismo.—Calambres.—
Gotas.—Enfermedades de las patas.—Cal-
vicie y descoloramiento de la piel.—Agu-
sanamiento.—Diarrea.—Coriza.—Septi-
cemia.—Difteria; en fin, todas las enferme-
dades, su curación fácil y pronta, sus sínto-
mas, su causa, medios de prevenirlas, etc.

Ejemplar, rústica.....\$ 0.75

Cultivo del chile.—Libro indispensable
al agricultor y cuyas enseñanzas están fun-
dadas en prolongada práctica y la ciencia.
Indice: Introducción.—El chile como ali-
mento.—La ciencia de la agricultura.—His-
toria del chile. Descripción botánica y cla-
sificación.—Clima que le conviene.—Terre-
no que le es favorable.—Composición quí-
mica.—Lugar que debe ocupar en la rota-

ción.—Mejoradores y abonos.—Elección y preparación del terreno para la tormaación de las almácigas y elección de las semillas.—Siembra.—Conservación y cuidado de las almácigas.—Preparación del terreno para el trasplante.—Trasplante.—Conservación de la sementera. Cosecha y preparación de los frutos.—Empaque y rendimiento.—*Accidentes y enfermedades*.—Granizo.—Lluvias.—Mielecilla.—Plantas parásitas.—Aves.—Ratas.—Insectos.—*Apéndice*: El pimiento en España.

El autor, D. Manuel Cordero, fué alumno aprovechadísimo de la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria, y revela discreción suma en todas las páginas de esta obra, la única, hasta ahora, escrita especialmente acerca de la materia.

Precio del ejemplar, rústica.....\$ 0.60

Manual práctico del agricultor y del ganadero.—CALENDARIO PERPETUO DEL AGRICULTOR Y DEL GANADERO.—Libro de Mateo de Dombasle, indispensable á los agricultores y ganaderos, cualesquiera que sean su clase y riqueza: guía infalible para obtener buen éxito en todas las labores de campo que se verifican durante el año, día por día, según las estaciones y el terreno en que se trabaja.

INDICE: ENERO: labores de invierno.—Vacas.—Novillos.—Engorda del ganado de

cuerno.—Engorda de puercos.—Troncos de caballos.—Trilladoras.—Conservación de los caminos.—Conservación de cercados.—Surcos de desagüe.—Reparación y cuidado de los instrumentos.—Cultivo de la hortaliza.—FEBRERO: Sembrar las habas.—Sembrar la avena.—Conservación de los sucos de desagüe.—Visitar los silos de raíces.—Provisiones de forrajes.—Cultivo de la hortaliza y del jardín.—MARZO: Medios de reconocer la facultad germinadora de las semillas.—Dar al pasto los prados nuevos.—Reparaciones de los techos de los heniles y de las granjas.—Visitar los silos de raíces.—Cultivo de la hortaliza.—Cultivo de los árboles forestales.—ABRIL: Sembrar la cebada.—Sembrar los chícharos (arvejas).—Sembrar los prados artificiales.—Sembrar la mostaza blanca.—Sembrar las lechugas para los marranos.—Plantar las patatas.—Plantar el maíz.—Plantación del lúpulo.—Binar el trigo.—Binar las habas.—Binar las cotufas.—Rastrillar la avena, la cebada y las habas.—Escardar las zanahorias.—Escardar las adormideras.—Escardar y espaciar las remolachas, las rutabagas y las coles.—Escardar el lino.—Trazar los surcos de desagüe.—Extender las toperas.—Alimentación del ganado lanar.—Pastar los trigos.—Trabajos de barbecho.—Destrucción de la grama.—Cultivo de la hortaliza.—MAYO: Sembrar el cáñamo.—Sembrar el

mijo.—Sembrar la camelina.—Sembrar la
 corza ó berza primaveral.—Sembrar los
 chícharos ó arvejas.—Sembrar las rutaba-
 gas y los colinabos.—Plantar los frijoles.—
 Trasplante de las rutabagas, remolachas y
 coles.—Rastrillar las patatas.—Quitar los
 cardos al trigo.—Enyesar los chícharos ó
 arvejas.—Nutrición del ganado con forraje
 verde.—Segar las algarrobas de invierno.
 —Cerdos en el trébol.—Los carneros en el
 pasto.—Aprisco de los carneros.—Monta
 de las vacas.—Destrucción de los gorgojos.
 Extender las toperas.—Cultivo de la horta-
 liza.—Cultivo de los árboles forestales.—
 JUNIO: Sembrar el nabo silvestre de prima-
 vera.—Sembrar los nabos.—Sembrar el al-
 forfón.—Prados artificiales en el alforfón.
 —Binar las patatas y las otras cosechas es-
 cardadas.—Siega del heno.—Trasquila de
 los carneros.—Monta de las ovejas.—Culti-
 vo de la hortaliza.—Cultivo de los árboles
 forestales.—JULIO: Cosecha de la berza ó
 colza y del nabo silvestre.—Cosecha del cen-
 teno.—Sembrar la colza de invierno.—Sem-
 brar los nabos de segunda cosecha.—Sem-
 brar el alforfón después de los chícharos.—
 Binar las cosechas escardadas.—Rastrillar
 y binar los nabos.—Cultivo de la hortaliza.
 —AGOSTO: Cosecha de cereales.—Cosechar
 el cáñamo.—Destrozo.—Cosecha de hojas
 para forraje.—Cultivo de la hortaliza.—
 Cultivo de los árboles forestales.—SEPTIEM-

BRE: Cosechar las habas.—Cosechar la semilla de trébol.—Cosecha y conservación de las patatas.—Cosechar el maíz.—Cosechar el nabo silvestre de estío, la camelina y la mostaza blanca.—Cosechar el alforfón.—Sembrar el trigo.—Del sulfato como medio preservativo contra las caries del trigo. Sembrar las habas y las lentejas de invierno.—Plantar la colza.—Plantar las cardenchas.—Binar y espaciar la colza y el nabo silvestre sembrados al vuelo.—Cosechar el lúpulo.—Arranque y conservación de las remolachas y de las zanahorias.—Hacer los retoños.—Cultivo de la hortaliza.—

OCTUBRE: Labores preparatorias.—Alimento de invierno para los animales.—Paja y heno picados.—Raíces cortadas.—Cómo se da al ganado mayor las patatas cocidas ó crudas.—Engavillar el heno.—Limpiar los fosos de desagüe.—Fabricación del vino.—Cultivo de la hortaliza.—Cultivo de los árboles forestales.—

NOVIEMBRE: Siembras tardías de trigo.—Trilla de los granos.—Labores de invierno.—Desaguar los suelos húmedos.—Conservar los surcos de desagüe.—Quitar las piedras de los tréboles y las alfalfas.—Cultivo de la hortaliza.—Jardín.—Cultivo de los árboles forestales.—

DICIEMBRE. Conservación de los surcos de desagüe.—Contabilidad é inventario.—Parto de las ovejas y morriña.—Cultivo de la hortaliza.—

DE LA INTRODUCCIÓN DE NUEVOS INSTRUMENTOS DE

AGRICULTURA EN UNA EXPLOTACIÓN RURAL
 Conservación de los instrumentos de agricultura.—DE LAS IRRIGACIONES: Formación de las irrigaciones.—Conducción del agua en las irrigaciones.—DE LAS AMELGAS: Mejoramiento del ganado de cuerno.—DE LA REGENERACIÓN DE LAS RAZAS DE CABALLO Y DE SU MEJORAMIENTO: Influencia de la herencia.—DE LOS ÉXITOS Ó REVESES EN LAS EMPRESAS DE MEJORAS AGRÍCOLAS.—PERSONAL DE LA ADMINISTRACIÓN EN UNA PROPIEDAD RURAL.—Del estiércol, de los medios de aumentar su cantidad, recogerlo y emplearlo del modo más útil.—LA RIQUEZA DEL CULTIVADOR Ó LOS SECRETOS DE JUAN NICOLÁS BENITO:—Historia de Benito.—Su matrimonio.—El primo.—Cuentas de cultivo.—Trigo sembrado sobre el trébol.—Precio de las labores.—Supresión de los barbechos.—Destilación de las patatas.—Azada á caballo.—Arado sin tren delantero.—Gasto de tiros.—ALIMENTACION DE LOS CABALLOS EN LA DEHESA.—Alimentación de las vacas en la dehesa.—Tiros de vacas.—Pasto vano para los carneros.

Ejemplar, rústica \$1.50

Guía del amansador de caballos y del picador *por Francisco Serapio Mora* y MANUAL DE CARRERAS DE CABALLOS Y JURISPRUDENCIA DEL TURF, *por Ernesto Parent*.
 —MÉTODO MEXICANO PARA DOMAR EN DOS

HORAS CABALLOS Y MULAS BRUTAS Ó CERRILES.
 —Advertencia.—Prólogo.—Casos prácticos de doma.—Método económico, eficaz y expeditivo para desbravar y domesticar caballos y mulas cerriles en dos horas.

EXTRACTO DEL TRATADO SOBRE EL ARTE DE ADIESTRAR CABALLOS.—Introducción.—De la boca del caballo y del freno.—Primer ejercicio á pie.—Modo de hacer venir el caballo hacia el hombre, de que esté quieto al montar, etc.—Flexión de la quijada.—Flexiones perpendiculares del cuello y flexiones directas de la quijada.—Flexiones laterales del cuello.—Flexiones laterales del cuello estando el jinete montado.—Flexiones directas de la cabeza y del cuello ó sea recoger.—Efectos de conjunto.—Encapotamiento.—Continuación de los suavizamientos.—Cuartos traseros.—Flexiones y movilización de la grupa.—Recular.—Trabajo de pie firme.—El jinete á pie.—Cuartos delanteros.—Trabajo de pie firme.—El jinete montado.—Cuartos delanteros y traseros.—División del trabajo.—Primera lección: Ocho días de trabajo.—Segunda lección: Diez días de trabajo.—Tercera lección: Doce días de trabajo.—Cuarta lección: Quince días de trabajo.—Quinta lección: Quince días de trabajo.—MISCELANEA:—Del caballerango.—Del caballista ó sea hombre inteligente en caballos.—Modo de limpiar los caballos.—Los caballos de raza.—Ob-

servaciones del Emir Abd-El-Kader.--Mejoramiento de la raza caballar en México.—Paralelo entre el caballo árabe y el caballo inglés, por el Emir Abd-El-Kader.

MANUAL DEL ARRENDADOR DE CABALLOS.—Prólogo.—Del método de conocer la edad del caballo.—Circunstancias que deben tenerse presentes al elegir el potro según el uso á que se le quiera destinar.—Modo de quitarle lo arisco al potro y domesticar.—Primera lección de la falsa rienda.—Segunda lección de falsa rienda.—Tercera lección de falsa rienda.—Cuarta lección de falsa rienda.—Primera lección en las dos riendas.—Segunda lección en las dos riendas.—Tercera lección en las dos riendas.—Cuarta lección en las dos riendas.—Primera lección de rienda.—Segunda lección en la rienda.—Tercera lección en la rienda.—Cuarta lección en la rienda.—Instrucciones generales.

MANUAL DE CARRERAS DE CABALLOS Y JURISPRUDENCIA DEL TURF.—I. El caballo de carrera.—II. Cualidades de los potros de carrera.—III. El entraineur.—IV. El Jockey.—V. El que apuesta.—VI. El Tipster y el Tout (costumbres inglesas).—VII. El Hipódromo.—Naturaleza del suelo.—Distancia.—Pesos.—VIII. Las autoridades del Turf.—Jurado.—Juez.—Starter.—Clerk the scales.—IX. Del argot del Turf.—Argot del Turf Francés.—Argot del Turf L

glés.—X. Las grandes carreras.—XI. El Steeple Chase.—XII. De la redacción de un programa de carreras.

JURISPRUDENCIA DEL TURF.—Llegada.—Colores.—Cortar.—Carrera nula.—Carrera pública.—Dead-heat.—Descargas.—Media sangre.—Partida.—Descualificación.—Distancia.—Distancé.—Inscripciones.—Entradas.—Exclusión.—Forfeit-list.—Chocar.—Yeguas.—Muerte del propietario.—Objeto de arte.—Obstáculos.—Pedigré.—Pista.—Pesos.—Programa.—Purg-sang.—Reclamación.—Reclamaciones.—Retiradas.—Segundo caballo.—Sobrecargas.—Cuadro.—Tiempo.—Walk-over.

TRATADO DEL ADIESTRAMIENTO DE LOS CABALLOS DE CARRERA.—Higiene del caballo en adiestramiento.—1. Alimentación.—2. Alojamiento.—3. Curación.—4. Vestido.—De los ejercicios y del terreno de adiestramiento.—De los purgantes.—De los sudores.—Más sobre los ejercicios.—Bis-repetita-placent.—1. La primera preparación.—2. La segunda preparación.—3. La preparación final.—4. Entre dos paréntesis.—5. La prueba.—6. Los últimos preparativos.—De las diversas maneras de correr el caballo en carrera plana.—Después de la carrera.—Después de la estación.—De la educación del jockey.

APLICACIÓN DE LAS REGLAS DEL ADIESTRAMIENTO Á LA PREPARACIÓN DEL CABALLO PARA

LAS CARRERAS DE OBSTÁCULOS Y LOS STEEPLE-CHASES:—1. Prescripciones sumarias.—2. El caballo de las “Hurdle-races.”—3. El caballo de los “steeple-chases.”—4. Manera de correr las carreras de obstáculos.—De la educación del trotador y de la manera de montar en la carrera al trote.

PRIMERA EDUCACIÓN Y ADIESTRAMIENTO DEL CABALLO DE SERVICIO EN LA RIENDA Y EN EL MONTADOR:—1. Preliminares.—2. Adiestramiento en la rienda.—3. El caballo de silla.—4. Carretero y cochero.—5. Las veinte reglas del cochero.

REGLAMENTO GENERAL DE CARRERAS DE CABALLOS DEL JOCKEY CLUB DE MÉXICO:—De la clasificación de los caballos.—De la matrícula de los caballos.—Del jurado.—Del peso.—De la retirada de caballos inscritos.—De los jinetes.—De la salida.—De la carrera.—De las carreras de más de una prueba.—De las protestas y reclamaciones.—Del aplazamiento de las carreras.—De los jinetes y mozos de cuadra.

Ejemplar rústica.	\$ 1 50
Id. empastado	2 00

Arte de domar caballos.—**ANDADURA Y ENFERMEDADES.**—Obra de J. S. Rarey, celebrísimo domador de Ohio, traducida directamente del inglés por Andrés Z. Madueño.—Prefacio de S. de Guaita.—Índice.—

Introducción. — Principios fundamentales de mi teoría basados en el estudio de las particularidades de la naturaleza del caballo. — Qué es preciso hacer para coger á un caballo cuando pasta. — Cómo se hace que entre sin dificultad en la caballeriza. — Un momento de reflexión. — Del cabestro. — Observaciones acerca del caballo. — Experiencia. — Del hábito de olfatear que tiene el caballo. — Opinión de la mayoría de los hipócritas. — Del sistema de Powell para aproximarse á un potro. — Notas sobre el sistema de Powell: modo de gobernar caballos de toda especie. — Conducta que debe observarse con un caballo reacio. — Colocación del cabestro. — Manera de guiar á mano un caballo hacia otro manso. — Cómo se hace entrar un caballo en la cuadra y se sujeta. — Del freno y del secreto de acostumbrar á su uso al caballo. — Manera de enseñar al potro. — Cómo se debe montar. — Del secreto para guiar al potro. — Manera de enseñar á un caballo á que tenga bien la cabeza. — Secreto para que guíe un carruaje un caballo vicioso é indócil. — Secreto para convertir en caballos de tiro á los indómitos. — Cómo se acostumbra el caballo á las guarniciones. — Cómo se engancha el caballo tilbury. — Secreto para enseñar al caballo que se acueste. — Secreto para enseñar que el caballo lo siga á uno. — Cómo se le enseña á que permanezca quieto. — Instrucciones

para practicar el método de Rarey.—El cercado.—Acercarse el caballo.—Para tirar al caballo.—Mañas y malas costumbres: reparar, patear, colgarse del ronzal, pajarear, castigo, armarse.—*Apéndice*: Enfermedades agudas del pie y accidentes producidos por la herradura.—Clavo de calle.—Furúnculo de la ranilla.—Compresión del pie por los clavos.—Picadura.—Enclavadura.—Suelo calentado ó quemado.—Cerezas.—Edad.—Edad del caballo.—Anatomía de los dientes.—Dientes incisivos.—Caninos y colmillos.—Molares.—Señales suministradas por los dientes para el conocimiento de la edad.—Caballos mal dentados.—Desgaste demasiado lento ó demasiado rápido de los dientes.—Caballos dentivanos.—Caballos falso-dentivanos.—Caballos atacados de tiro.—Sobredientes.—Anomalías de los dientes y de las mandíbulas.—Medios empleados para engañar sobre la edad del caballo.—Medios empleados para hacer que un caballo aparezca viejo.—Defectos en el andar.—Caballos que se mecen.—Caballos que se retacan.—Caballos que se cortan.—Caballos que se alcanzan.—Espaldas frías y enclavijadas.—Esparaván seco.—Corvejones vacilantes.—Esfuerzo de los riñones.—Cojera ó claudicaciones.—Elección de los caballos según el servicio á que se les destina.—Caballo de silla.—Caballo de carrera.—Caballo de manejo de lujo.—Caballo

de viaje.—Caballo de carga.—Caballos de tiro.—Caballos de carroza.—Caballo de posta ó de diligencia.—Caballo de gran tiro.—Examen del animal en venta.—Examen del caballo en reposo.—Examen del caballo en acción.—Examen de dos caballos apareados.

El autor, renombrado arrendador de caballos, ha causado asombro en Europa, donde en una hora ha domado al caballo más cerril y espantadizo. Como en sus experiencias no ha sufrido un solo fracaso, se le considera como poseedor de arte diabólico.

Precio del ejemplar, rústica. \$ 0.75

Enfermedades del ganado y de las aves de corral.—Libro netamente mexicano, escrito por los Dres. Augusto Eloire y Everardo Zanabria, de la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria de México. Este libro es el mejor y el más completo, entre los publicados hasta hoy, acerca de la materia. Contiene en detalle todas las enfermedades del caballo, la mula, el asno, el toro, la vaca, el cerdo, el carnero, la cabra, el perro, el conejo, la gallina, el guajolote, el pato, la paloma, etc., etc. Sus enseñanzas están á la altura de los últimos progresos de la ciencia médica veterinaria, y se indican en cada una de las enfermedades, sus síntomas, sus causas, su tratamiento y el

régimen del enfermo. La obra contiene un formulario, está en forma de *Diccionario* para facilitar su manejo y la han escrito *verdaderos veterinarios*, con título oficial, competentísimos por su saber y su mucha práctica, cuyos nombres no son supuestos para ocultar una supina ignorancia acerca de la materia y *engañar* vilmente á la gente de campo.

Ejemplar, rústica.....\$ 1.00

Boletín del Ministerio de Hacienda

**Indispensable á los Comerciantes y Banqueros,
á las Compañías de Seguros,
de Ferrocarriles y Mineras, á los Abogados y Notarios,
á los Pagadores del Gobierno.**

Este periódico inserta todo el material del *Boletín de la Dirección General de Aduanas*, que dejó de publicarse, y todos los decretos de Hacienda y las disposiciones y circulares de la Dirección General de la Renta del Timbre, de la Dirección General de Aduanas, de la Tesorería General de la Federación, de la Inspección General de Instituciones de Crédito y Compañías de Seguros y de la Dirección General del Catastro.

En esta publicación, la única oficial del Ministerio, ven la luz pública innumerables disposiciones y acuerdos sobre Minería.

El precio de subscripción anual es de \$ 3.00, que se pagará necesariamente adelantado.

El volumen del año de 1905 contiene todas las leyes y disposiciones relativas á la Reforma Monetaria. Vale tres pesos.

En la entrega número 6, correspondiente al mes de Junio de 1906, se encuentra íntegra la NUEVA LEY DEL TIMBRE, y en la entrega núm. 10, de Octubre, el Reglamento de la Ley General del Timbre.

Para subscripciones: ANGEL POLA, CIUDAD DE MÉXICO, BIBLIOTECA DEL MINISTERIO DE HACIENDA, EN EL PALACIO NACIONAL.—DIRECCIÓN POSTAL: APARTADO NÚMERO 1 265.

Traumaticina Delafond

Curación infalible y pronta DE LAS HERIDAS, MATADURAS Y LLAGAS DEL CABALLO, LA MULA, EL PERRO, EL TORO, LA VACA, EL CARNERO, LA CABRA Y EL ASNO.—Después de muchos años de múltiples y continuados experimentos en el ganado caballar, mular y asnal, el toro, la vaca, el carnero, la cabra y el perro; el Dr. Everardo Zanabria, de la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria, ha descubierto en las montañas de Chihuahua una medicina maravillosa, cuya eficacia es indefectible para curar fácil y prontamente las siguientes enfermedades: *mataduras, escurrimiento de pus en las orejas, abscesos en la nuca, encabestraduras, rozaduras por la cincha y el collar, y en general, llagas y toda clase de heridas en cualquiera región, causadas por golpes, instrumentos cortantes, punzo cortantes, desgarramientos, mordeduras, etc., etc.*

Esta medicina, denominada TRAUMATICINA DELAFOND, tiene la ventaja de ser completamente inofensiva, pues sus componentes son del todo vegetales y puede aplicarse aún sin peligro á las heridas más extensas y profundas.

Precio de caja, con su guía explicativa...\$ 1.50

Para pedidos: Angel Pola. México, Calle de Tacuba, núm. 25

EL IMPARCIAL

DIARIO DE LA MAÑANA

Es el periódico de mayor circulación en la República, el más importante por su rectitud de criterio y sus noticias oportunas. Contiene, entre otras muchas secciones, éstas: Editorial, Alrededor del mundo, Información, Noticias telegráficas de los Estados, Cablegramas de todas partes del mundo, Notas sociales y personales, De sport, Teatros, Notas militares, Gremios y corporaciones, Notas de policía, Sección financiera, Avisos de ocasión (verdadera guía de toda clase de compras y ventas, de arrendamientos, traspasos, empleos y oficios,); etc., y todo esto, fuera de otras muchas secciones interesantes que hacen la lectura de este periódico una necesidad para todo el que quiera darse cuenta de la vida en México.

Director y propietario:	Gerente:
RAFAEL REYES SPÍNDOLA.	LUIS REYES SPÍNDOLA.

OFICINAS:—México, calle 2ª de las Damas núms. 3 y 4 y calle del Puente Quebrado núms. 3 y 4.

CONDICIONES DE SUSCRICIÓN DE EL IMPARCIAL:

En los Estados, trimestre	\$ 3.00
En el extranjero, trimestre	„ 6.00

EL MUNDO ILUSTRADO

Se publica semanariamente y su parte literaria y artística no tiene rival por su excelencia. Los más notables prosistas, poetas y dibujantes dan lustre con sus plumas y su lápiz á este periódico, cuyo lujo le pone á la altura de las más renombradas publicaciones de su género en el extranjero. Su sección de modas es de las del día en las grandes capitales de Europa. Contiene siempre numerosos grabados de sucesos de actualidad, en su mayor parte tomados del natural.

CONDICIONES DE SUSCRICIÓN:

En la ciudad, mensual.	\$ 1.25
En los Estados, trimestre	„ 4.50
En el extranjero, trimestre	„ 6.00

Director y propietario:
RAFAEL REYES SPÍNDOLA

Gerente:
LUIS REYES SPÍNDOLA.

OFICINAS:—México, calle 2ª de las Damas, núms. 3 y 4 y calle del Puente Quebrado núms. 3 y 4.



